

Richard A. Billows

MARATÓN

EL ORIGEN DE LA LEYENDA



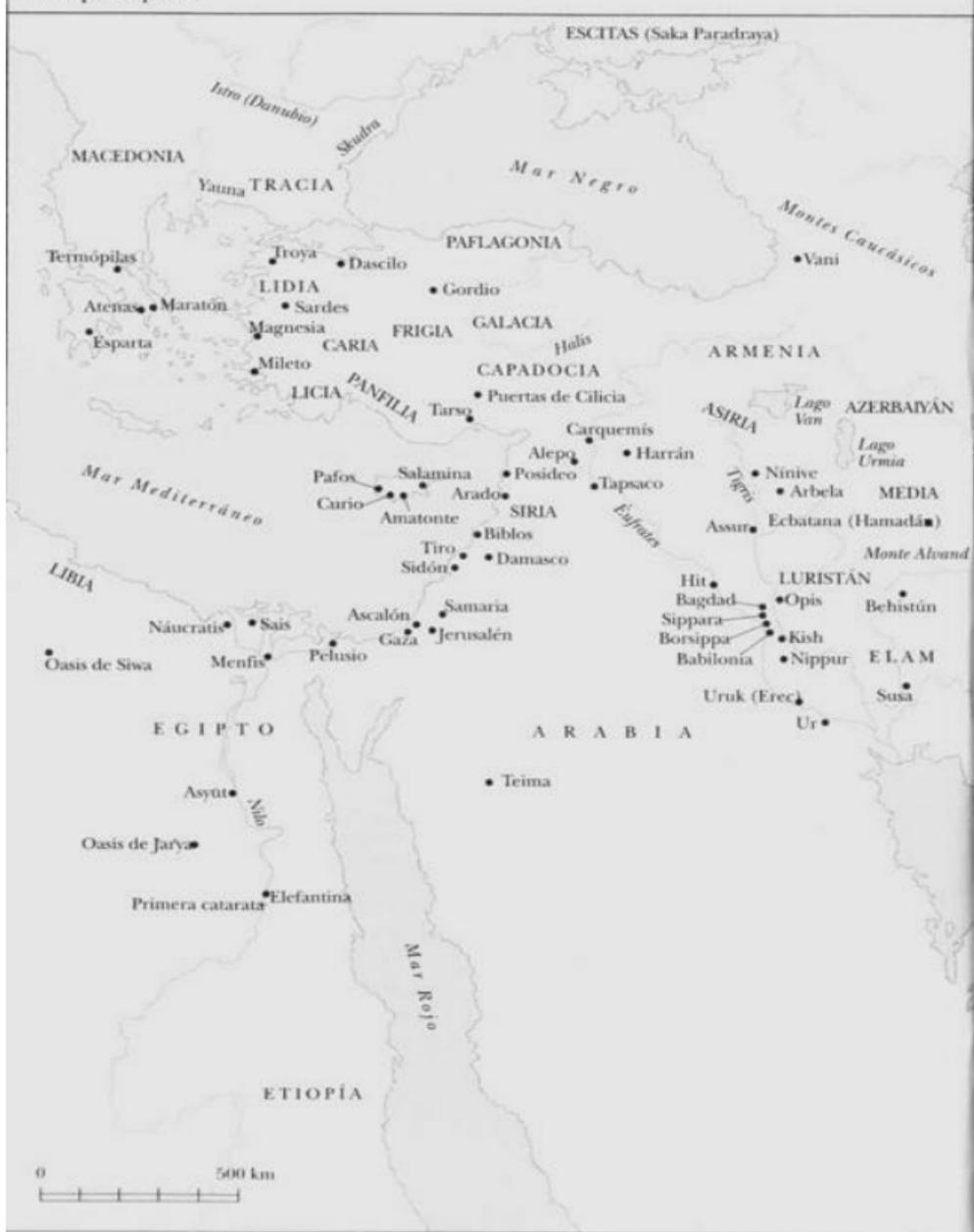
Ariel

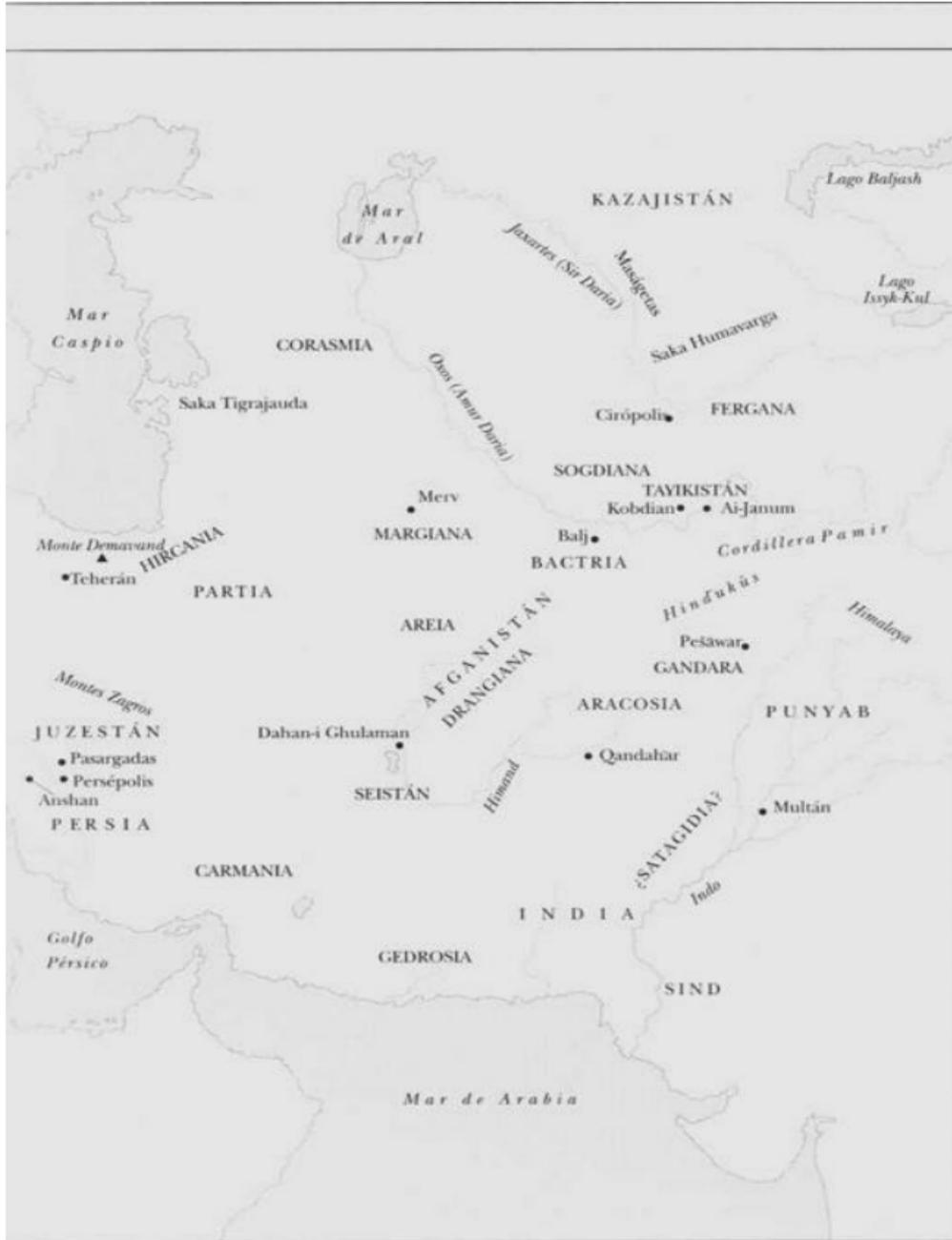
MARATON
EL ORIGEN DE LA LEYENDA
Richard A. Billows

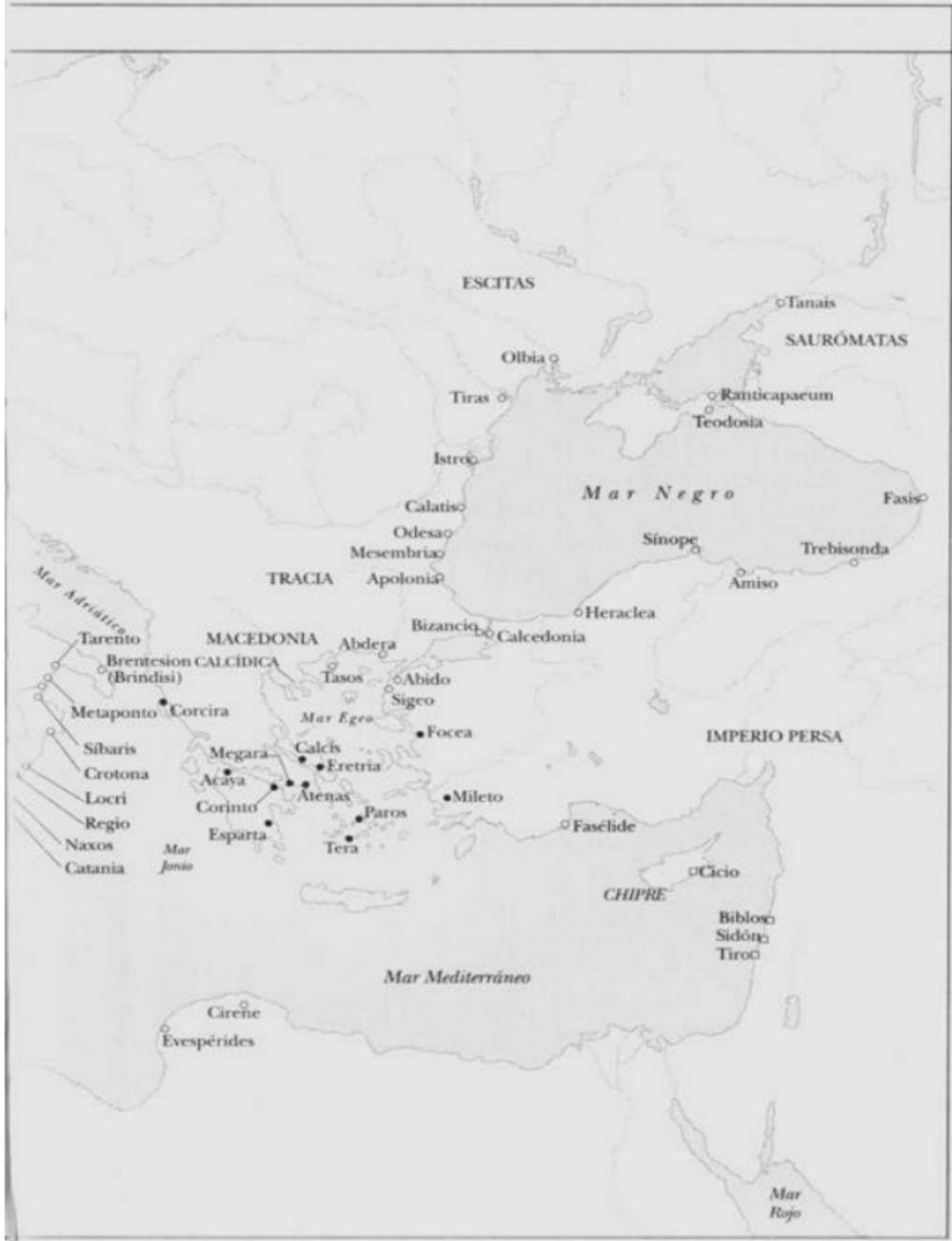
Para Madeline y Colette, que dan luz a mi vida

MAPAS

El Imperio persa







ESCITAS

Tanais

SAURÓMATAS

Olbia

Tiras

Ranticapaeum

Teodosia

Istros

Mar Negro

Fasio

Calatiso

Sinope

Trebisonda

Odesa

Amiso

Mesembria

TRACIA

Apolonia

Heraclea

MACEDONIA

Abdera

Bizancio

Calcedonia

Mar Adriático

Tarento

Brentesion (Brindisi)

Metaponto

Corcira

CALCÍDICA

Taso

Abido

Sigee

Focia

IMPERIO PERSA

Calcis

Eretria

Atenas

Paros

Tera

Mileto

Fasclide

Mar Egeo

Mar Jonio

Megara

Acaya

Corinto

Esparta

Sibaris

Crotona

Locri

Regio

Naxos

Catania

CHIPRE

Cicio

Biblos

Sidón

Tiro

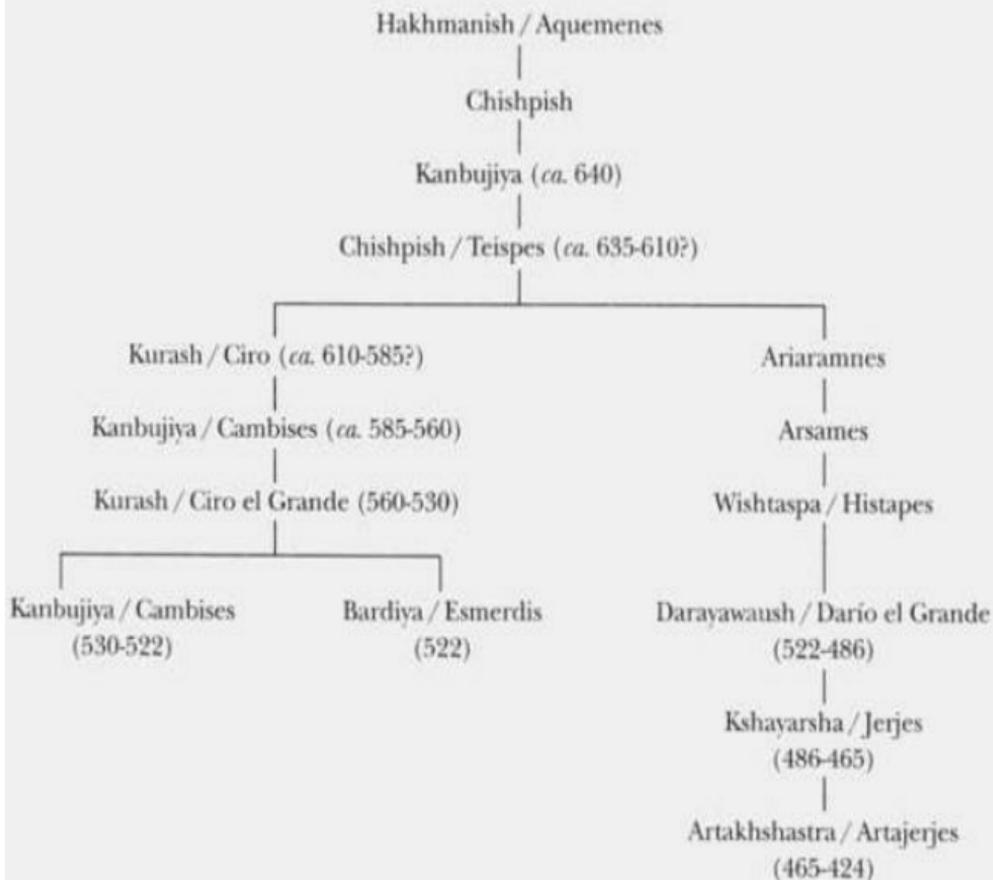
Mar Mediterráneo

Cirene

Evespérides

Mar Rojo

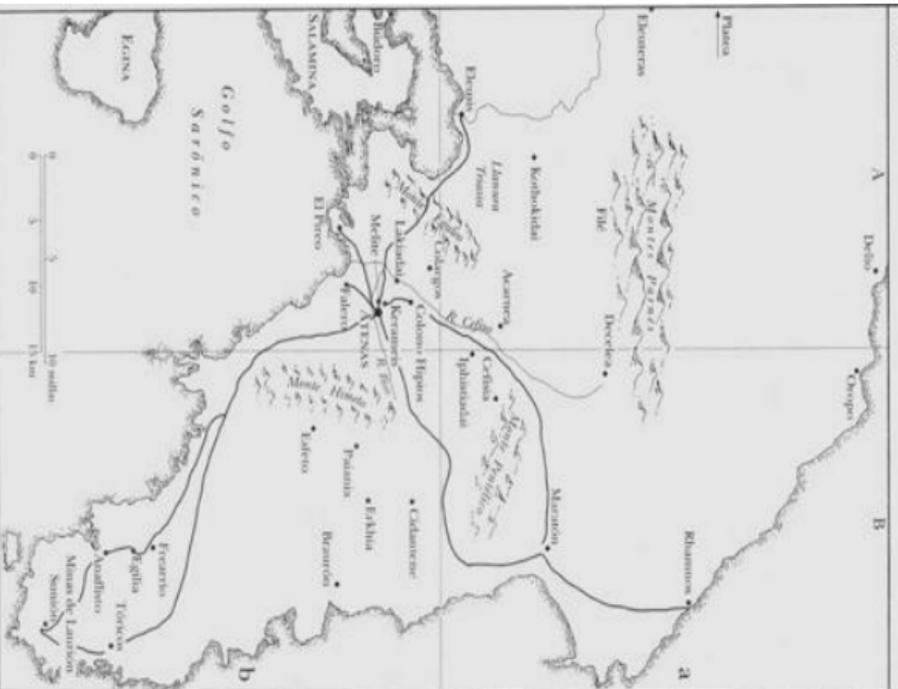
Los Aqueménidas



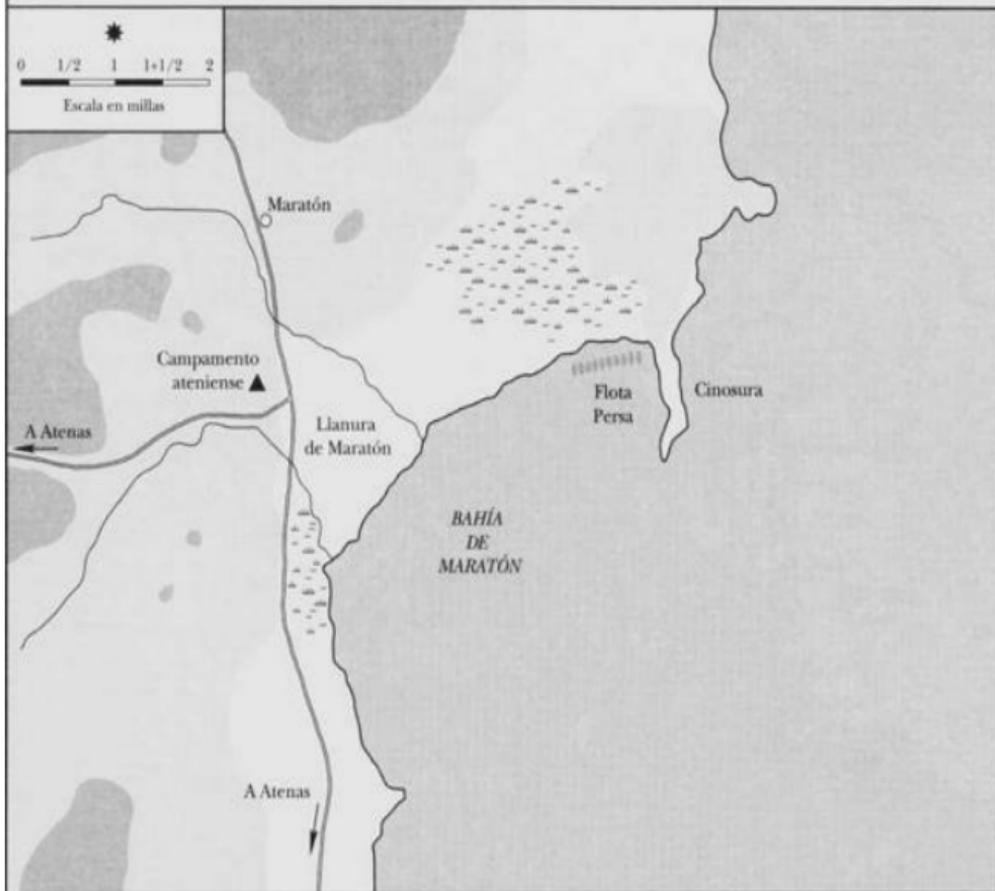
Grecia y el Egeo con la ruta persa a Maratón (línea discontinua)



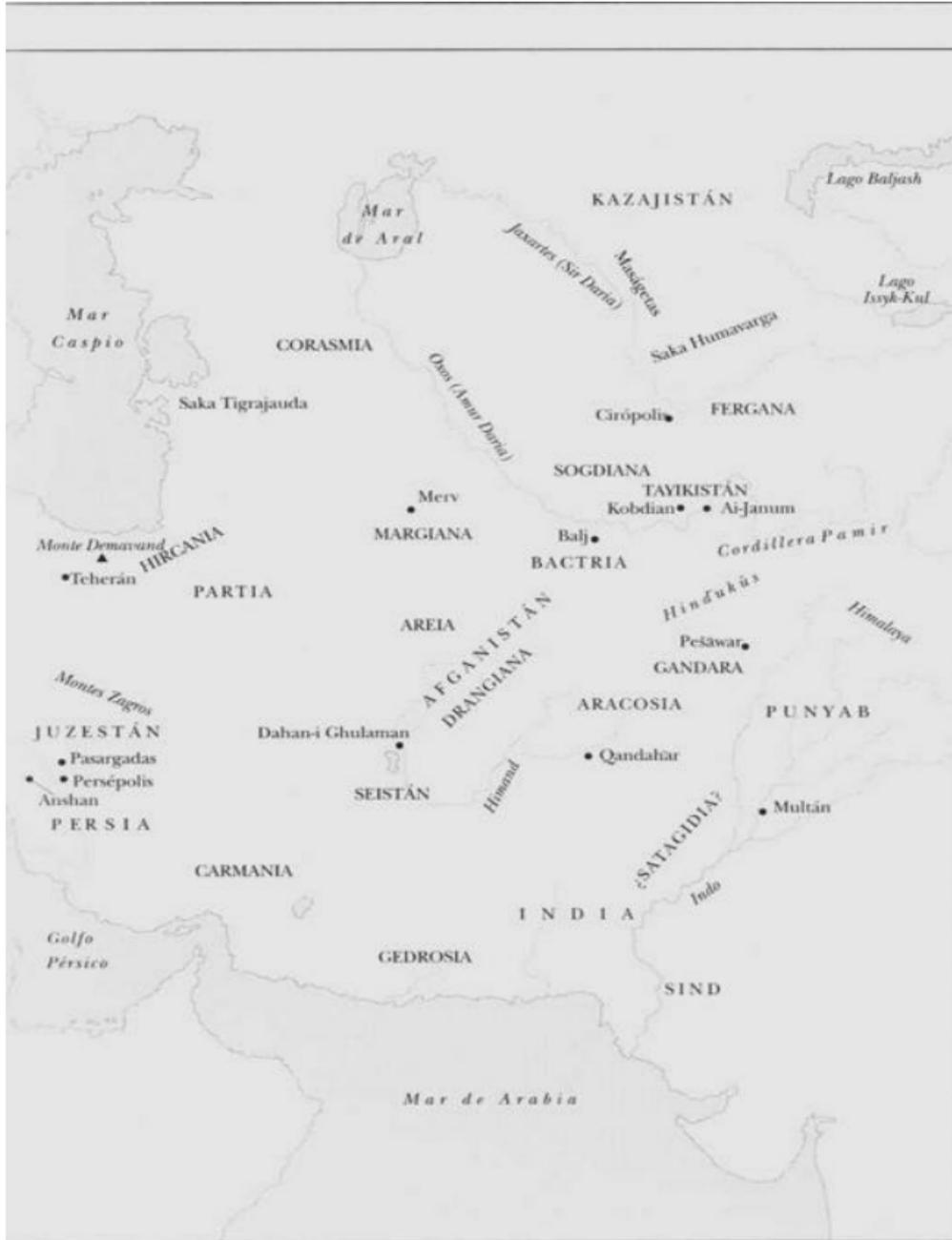
Fuente: Basado en *The Persian Empire*, de J. M. Cook, Schoken Books, 1985.



Plano de Maratón. *La batalla de Maratón*. Situación inicial, 490 a.C.

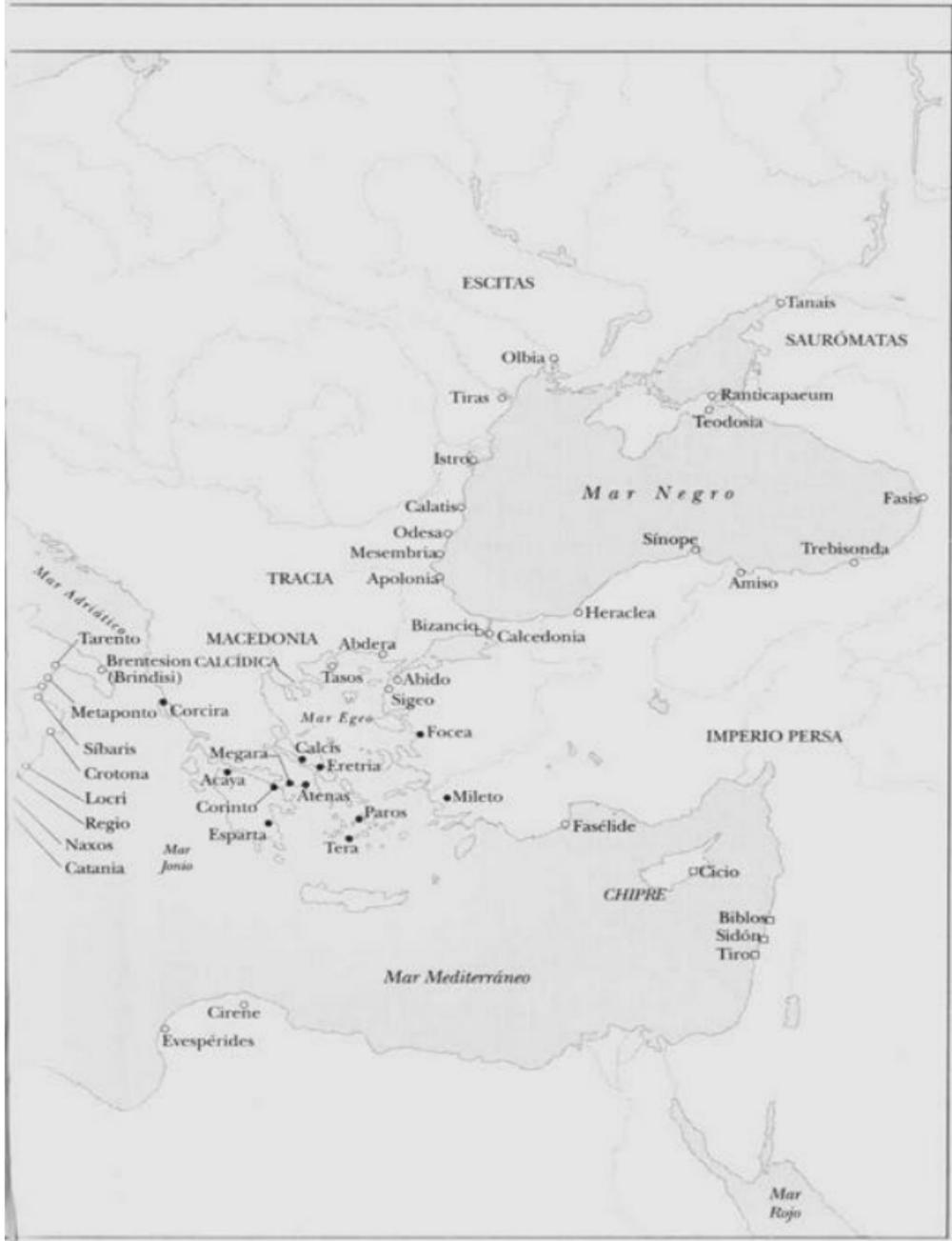


Cortesía de Department of History, U. S. Military Academy.



El mundo griego en la época de Maratón





ESCITAS

Tanais

SAURÓMATAS

Ranticapaeum

Teodosia

Fasio

Mar Negro

Sinope

Trebisonda

Amiso

TRACIA

Istro

Calatis

Odesa

Mesembria

Tiras

Olbia

Heraclea

Bizancio

Calcedonia

MACEDONIA

Abdera

Tasos

Abido

Sigeo

Focia

CALCÍDICA

Corcira

Metaponto

Brentesion (Brindisi)

Tarento

Calcis

Eretria

Atenas

Paros

Tera

Megara

Acaya

Corinto

Esparta

Mileto

Faselide

IMPERIO PERSA

CHIPRE

Cicio

Biblos

Sidón

Tiro

Mar Mediterráneo

Cirene

Evespérides

Mar Rojo

Mar Adriático

Mar Egeo

Mar Jonio

Naxos

Regio

Locri

Crotona

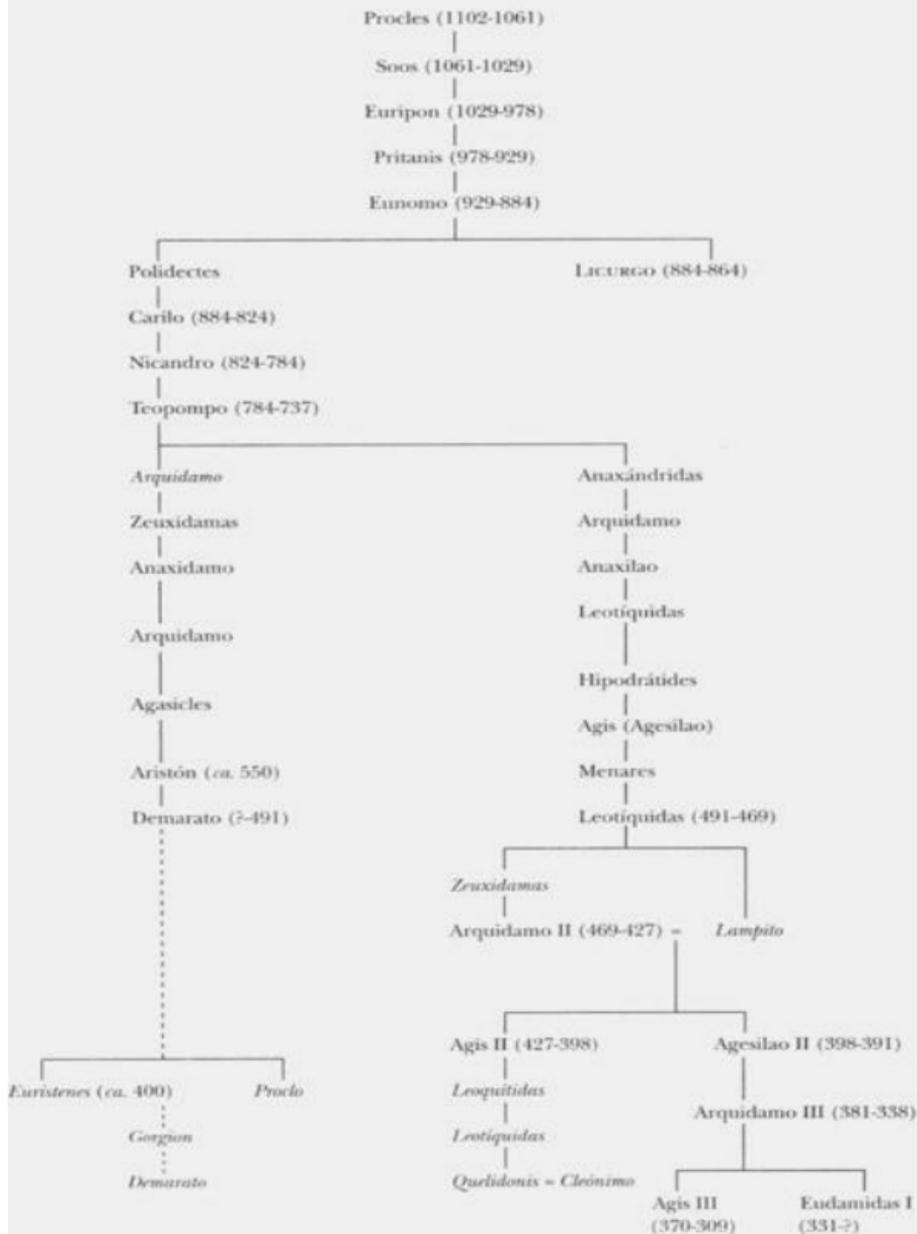
Sibaris

Metaponto

Brentesion (Brindisi)

Tarento

Reyes Euripóntidas de Esparta



PREFACIO

La palabra o el nombre de «Maratón» nos resulta familiar en la sociedad contemporánea, pero en la mentalidad popular se encuentra asociado sobre todo con una competición deportiva, con una carrera, más que con una batalla de la Antigüedad. Algunos de los seguidores de la carrera del maratón tienen una vaga idea de la legendaria «maratón» del antiguo mensajero ateniense enviado de Maratón a Atenas para anunciar la victoria en la gran batalla contra los persas; pero sospecho que muy pocos saben que dicha carrera es en cualquier caso una leyenda y, de hecho, una leyenda bastante tardía, y que la realidad histórica es mucho más impresionante que esta única carrera cubriendo una distancia de poco más de cuarenta y un kilómetros.

El objetivo de este libro es recuperar la realidad histórica de la batalla librada en la llanura de Maratón, a unos cuarenta kilómetros de la ciudad de Atenas, entre el pequeño ejército de los antiguos atenienses y un ejército mucho más grande de los invasores persas; y de la sorprendente marcha forzada que trasladó a todo el ejército ateniense (alrededor de unos seis mil hombres como veremos) desde Maratón a Atenas para evitar que las fuerzas persas capturasen la ciudad mientras los defensores se encontraban lejos; tanto la gran batalla como la marcha forzada tuvieron lugar en el mismo día: la batalla por la mañana, la marcha por la tarde. Estos acontecimientos, por

muy interesantes que sean por sí mismos, tuvieron una importancia enorme para el futuro del desarrollo de la cultura y la sociedad griega clásicas, y con ello de Occidente.

En interés de crear un texto «limpio» y legible, no he abarrotado las páginas con referencias de fuentes o notas al pie para entablar debate con otros historiadores. Al final del libro presento una relación de las fuentes y algunas indicaciones para lecturas que amplían la información de cada capítulo.

INTRODUCCIÓN

LA LEYENDA DE MARATÓN

Hace dos mil quinientos años, a principios de agosto del año 490 a.C., un ejército diminuto de unos 10.000 guerreros griegos fuertemente blindados —todos ellos atenienses a excepción de unos 600— se encontraba acampado al pie de las colinas meridionales que dominaban la amplia bahía y la llanura costera de Maratón al noreste del Ática. Los atenienses, y sus alrededor de 600 aliados plateos, estaban allí para defender su patria del Ática contra una fuerza invasora persa. Desde su campamento alrededor de un santuario del héroe Heracles, protegían del avance persa las carreteras que unían Maratón con Atenas, y dominaban el campamento persa que se encontraba a un nivel algo inferior en la parte septentrional de la llanura costera.

Entre los dos campamentos se extendía una amplia marisma, que convertía la ruta de uno a otro en una senda estrecha y difícil, y que evitaba cualquier ataque repentino o por sorpresa. Los dos ejércitos acampados de esa forma, se estuvieron vigilando durante una semana. Los persas superaban en número a los atenienses posiblemente hasta por tres a uno, o incluso más, haciendo que los atenienses fueran reticentes a salir de su segura posición defensiva para presentar batalla. Por su parte, los persas no querían intentar un ataque cuesta arriba contra la fuerte posición ateniense,

teniendo especialmente en cuenta la extraordinaria armadura defensiva de los griegos. Sin embargo, la larga espera de las dos partes saltó en pedazos. Al final de la semana de espera, los atenienses bajaron hasta la llanura para presentar batalla, y la batalla que se libró en Maratón entre los atenienses y los persas se iba a convertir en materia de leyenda, no sólo para los antiguos atenienses y otros griegos, sino hasta los tiempos modernos.

En el siglo XIX la batalla de Maratón estaba considerada el punto de inflexión de la historia griega y occidental. El filósofo británico John Stuart Mili llegó hasta el punto de considerar que «la batalla de Maratón, incluso como acontecimiento de la historia inglesa, es más importante que la batalla de Hastings». En la actualidad la misma noción de «batalla decisiva» no es demasiado aceptada por muchos historiadores, y la idea que subyace en la afirmación de Mili, que la Grecia clásica fue la cuna de la civilización occidental, y que, en consecuencia, este acontecimiento crucial en la historia griega pudo haber afectado a toda la historia occidental, ha recibido la crítica de algunos historiadores. Por ello, considerar en estos momentos la batalla de Maratón como el verdadero punto de inflexión en la historia de la Grecia clásica y como un acontecimiento crucial para toda la historia occidental que la siguió, es en la actualidad un tema muy controvertido, aunque hace cincuenta o cien años la mayor parte de las personas habrían considerado semejantes afirmaciones como verdades

incuestionables. Aquí, en este libro, argumentaré que — aunque como norma la historia se construye a partir de tendencias y desarrollos a largo plazo— de hecho es posible que ciertos acontecimientos y decisiones, en ocasiones excepcionales, tengan un impacto enorme, de largo alcance e incluso decisivo; y que la batalla de Maratón fue uno de esos acontecimientos excepcionales. Demostraré que el combate librado por esos poco más de 9.000 atenienses y sus alrededor de 600 aliados plateos en agosto de 490 a.C. hicieron posible la cultura griega clásica de los siglos V y IV, porque una victoria persa en esta campaña y en esta batalla habría conducido a una Grecia y a una cultura griega muy diferentes. Y debemos tener en mente que una victoria persa no sólo era posible sino que, según casi todos los cálculos, era lo más probable.

Muchos historiadores señalan que Maratón no terminó con la amenaza persa sobre la libertad griega; que de hecho los persas invadieron de nuevo Grecia con una fuerza mucho mayor en 480. Entonces, ¿cómo pudo ser Maratón la batalla decisiva que se pretende que es? Dicho de forma sencilla, si los persas hubieran ganado la batalla y conquistado Atenas —lo que la mayor parte de los observadores y de los cálculos esperaban que hicieran—, la democracia ateniense hubiera muerto en su infancia, un experimento fallido después de poco más o menos quince años. Los atenienses habrían sido deportados a Irán, para ser juzgados por el rey Darío, como les ocurrió a los milesios en 494 y a los

eretrios en 490; no habría existido una flota ateniense de 200 barcos de guerra para enfrentarse y derrotar al poder naval persa, como ocurrió en 480; el teatro trágico y cómico, la filosofía y la retórica, la historiografía y la teoría política que fueron características de la cultura democrática ateniense de los siglos V y IV no habrían visto la luz; y desde una base (Atenas) en el corazón de la Grecia central, una conquista completa de Grecia por parte persa habría sido el resultado aplastantemente plausible, de manera que incluso en el resto de Grecia la cultura clásica griega tal como la conocemos hoy no habría llegado a nacer. Todo esto, que será argumentado en extenso en los siguientes capítulos de este libro, significa que la historia y la cultura de la Grecia clásica se encontraban realmente en el fiel de la balanza en ese día de agosto en la llanura de Maratón, y que el choque de esos dos ejércitos en ese día fue de verdad una de esas raras bifurcaciones en el camino de la historia, cuando las acciones de un número relativamente pequeño de personas en un día determinado sacaron la historia posterior de una senda determinada y la colocaron en otra.

Todo esto aboga por la importancia de Maratón para la historia clásica griega, pero ¿qué ocurre con la pretensión de que Maratón fue el punto de inflexión en la historia occidental en un sentido más general, porque la cultura de la Grecia clásica fue la «cuna de la civilización occidental»? Algunos historiadores contemporáneos, influidos por el escepticismo y el minimalismo que parece un producto del

pensamiento desconstruccionista francés, rechazan la idea de la Grecia clásica como cuna de la civilización occidental. A mí me parece que, sencillamente, están equivocados con los hechos; equivocados no tanto sobre la Grecia clásica, como sobre el desarrollo moderno de la cultura occidental. Aunque a pocos intelectuales contemporáneos les guste el pensamiento y la cultura del Renacimiento y la Ilustración europeos, ellos y nosotros somos los descendientes intelectuales —y en este sentido también del siglo XIX— de escritores, artistas y pensadores del Renacimiento y de la Ilustración que conscientemente buscaron en la Grecia clásica —ya fuera directamente o a través de los discípulos e imitadores romanos de los griegos— sus modelos e inspiración, convirtiendo a Eurípides, Tucídides, Fidias, Platón, Aristóteles, Demóstenes y otros muchos en algo que de otra forma no habrían sido: nuestros antepasados intelectuales y culturales. Nos guste o no, la moderna cultura y civilización occidentales se han visto profundamente influenciadas por los modelos e ideas de la

Grecia clásica, y por ello la civilización griega clásica fue realmente, en un sentido muy importante, la «cuna» de la moderna civilización occidental. No porque intrínsecamente estuviera destinada a serlo, sino porque las elecciones de los líderes culturales europeos entre los siglos XVI y XIX la convirtieron en ello.

Como una victoria persa en Maratón hubiera convertido la democracia ateniense en un experimento fallido, el drama

ateniense no habría llegado a nacer, no habría ofrecido ninguna función o razón para que Herodoto y Tucídides escribieran sus grandes historias, no habría ofrecido ningún contexto para que Platón y Aristóteles filosofaran, o para que Demóstenes desarrollara la oratoria, de manera que una victoria persa habría abortado una cultura clásica griega en la que nuestros ancestros intelectuales encontraron su fuente de inspiración, al menos en la forma en la que la conocemos en la actualidad. En consecuencia, una victoria persa habría conducido inevitablemente a una moderna cultura occidental fundamentalmente diferente. Diferente en qué sentido, exactamente, no lo podemos decir. Algunos podrán decir que la moderna cultura occidental podría haber sido mejor: si a uno no le gustan las ideas y la influencia de hombres como Tucídides, Platón, Aristóteles y los modernos que sacaron de ellos su inspiración, se puede argumentar que podría haber sido mejor que hubieran ganado los persas. Sin embargo, el tema es que la diferencia habría sido muy grande, no sólo para los griegos del siglo V a.C., sino incluso para los europeos y americanos del siglo XXI, si el resultado de la batalla de Maratón hubiera sido diferente. Por eso esta batalla realmente se puede y se debe ver como un acontecimiento decisivo en la historia occidental en sentido amplio. Mili pudo exagerar en su afirmación sobre Maratón y la historia británica; pero creo que la batalla de Maratón fue verdaderamente un punto de inflexión en la historia de lo que consideramos como la «civilización occidental». La

lección de esta batalla es que en cierto nivel nada trivial, los humanos se pueden hacer cargo e influir en sus destinos: si 10.000 hombres no hubieran actuado como lo hicieron en la llanura de Maratón, la historia que conocemos no habría llegado a ocurrir.

En consecuencia, Maratón se convirtió en una batalla legendaria tanto en la Antigüedad como en la época moderna, pero de formas muy diferentes. La noción de la batalla de Maratón como un «punto de inflexión» decisivo en la historia griega y «occidental» es moderna. La batalla tuvo un significado bastante diferente para los antiguos, de manera que quizá sería más correcto referirnos a las «leyendas» de Maratón: Maratón fue una batalla legendaria para los antiguos atenienses, y después de ellos para los griegos y para el mundo antiguo en general, como la expresión última de la excelencia ateniense. La visión de Maratón como un punto de inflexión en la historia de Occidente fue una idea que se originó en la atmósfera filohelénica del romanticismo de la Europa del siglo XIX. En Inglaterra, ese filohelenismo romántico fue estimulado sobre todo por la decoración escultórica del Partenón que fue llevada a Inglaterra en 1806 y expuesta en Londres —los llamados Mármoles de Elgin— y por el levantamiento griego contra el gobierno turco otomano en 1821. La muerte del poeta Lord Byron, que estaba apoyando a los griegos en su levantamiento, sirvió para fortalecer aún más el romanticismo de la historia. Entre 1846 y 1856 el interés en

la Grecia antigua fue estimulado por la publicación de la monumental *History of Greece* en doce volúmenes de George Grote. La batalla de Maratón era extensamente analizada en el volumen 4 de dicha historia, publicado en 1848. Tres años más tarde, otra obra histórica, que se convirtió inmediatamente en un clásico, estimuló un interés apasionado en la batalla de Maratón por sí misma, y extendió la idea de que esta batalla fue un momento decisivo en la historia occidental: *The Fifteen Decisive Battles of the World* de Edward Creasy.

Pero existe aún un tercer elemento que se añade a la leyenda de Maratón: la carrera de 40 kilómetros después de la batalla, a la que se refieren las personas en la actualidad cuando utilizan la palabra «maratón». Esta leyenda entró a formar parte de la cultura occidental con la fundación de los Juegos Olímpicos modernos en 1896 por parte del barón Pierre de Coubertin. Cada uno de estos elementos de la leyenda de Maratón merece un análisis pormenorizado.

LA LEYENDA ATENIENSE DE MARATÓN

Sólo unas pocas décadas después de la gran batalla, para los antiguos atenienses Maratón se presenta como el acontecimiento más glorioso de su historia. En su biografía de Temístocles, Plutarco nos explica que ya en la década de 480 este gran general ateniense estuvo despierto toda una noche pensando en la gloria de Milcíades y en su impaciente ambición por emularle: Milcíades fue el general que dirigió a los atenienses en Maratón. Si eso fue verdad, la batalla de

Salamina en 480 —en la que la flota ateniense, dirigida por Temístocles, derrotó a la flota persa— cumplió sobradamente el deseo de Temístocles, y en la historia ateniense posterior Maratón y Salamina fueron citadas con frecuencia juntas como los logros supremos de las habilidades marciales atenienses. En algunas ocasiones, desde luego, Salamina se nombraba sola o se le daba mayor importancia porque la invasión persa dirigida por Jerjes fue mucho mayor y representó una amenaza mucho más grandes, de manera que su derrota fue la que terminó definitivamente con la amenaza persa sobre Grecia, y por supuesto, Salamina también representó el nacimiento del poder naval ateniense, el orgullo de los atenienses de los siglos V y IV. Sin embargo, Maratón disfrutó en el arte público y en los monumentos atenienses, en las obras de teatro, en los discursos públicos de diferentes tipos, y especialmente en las «oraciones fúnebres» compuestas en honor de los que habían muerto en batalla durante cualquier guerra, de una posición única como expresión última de la aristeia o «excelencia guerrera» atenienses, esa peculiar virtud homérica a la que aspiraban todos los griegos. La razón para ello se encuentra en la forma en que se hace referencia habitualmente a la batalla: fue el día en que los atenienses lucharon solos contra el poder de Asia.

Más aún, aunque después de la batalla de Salamina los atenienses eran los maestros reconocidos de la guerra en el mar, siempre se tuvieron que enfrentar a la comparación

envidiosa con los espartanos en todo lo que se refería al arte de la batalla hoplita en tierra. Sin embargo, como Tucídides hace que exprese Pericles en la oración fúnebre en el libro 2 de su historia, mientras que los espartanos se entrenaban durante toda su vida para ser valientes en el campo de batalla, los atenienses vivían sus vidas sin dichas restricciones, disfrutando completamente de la vida, pero estando dispuestos a enfrentarse a los mismos peligros que los espartanos. La batalla de Maratón era la prueba de esta presunción que los atenienses, a pesar de su estilo de vida de placeres, libertad y cultura, cuando llegaba el día del peligro, sabían y podían mantenerse firmes con la misma nobleza que cualquier espartano.

Se puede decir que la glorificación de Maratón se inició con la decoración pictórica del edificio público en la plaza central de Atenas llamado la stoapoikileo «pórtico pintado». Este edificio fue construido y decorado a mediados del siglo V, a las pocas décadas de la batalla, y un elemento prominente de su decoración era una pintura mural de la batalla de Maratón, en la que se representaba a numerosos dioses y al héroe Teseo luchando junto a los atenienses, y el general Milcíades tenía un lugar prominente luchando en las primeras filas. También se levantaron monumentos en la misma Maratón: los muertos atenienses fueron enterrados colectivamente en un gran montículo funerario que en la actualidad aún es visible en la llanura — el llamado Soros— y este montículo fue monumentalizado

con la erección de unas columnas de piedra en su cima con los nombres de aquellos que habían muerto en la batalla y estaban allí enterrados. Según se dice, el gran poeta Simónides, famoso por sus epigramas —un género en el que no fue superado— recibió el encargo de escribir un epitafio en verso para presentar los nombres de los heroicos muertos:

Los atenienses, defensores de los griegos, destruyeron en Maratón el poder de los medos cubiertos de oro.

También se ha hablado de un memorial a Milcíades en Maratón y otro en Delfos. En la medida en que podamos tomar estos monumentos como pertenecientes a la primera mitad del siglo V, lo más probable es que reflejasen la influencia de Cimón, hijo de Milcíades. Recordar el éxito de su padre en Maratón era para Cimón una forma perfecta de glorificarse a sí mismo sin levantar la envidia que era tan característica de la vida griega y ateniense, como habría ocurrido si hubiera glorificado de forma mucho más obvia sus propios éxitos en Eión y Eurimedonte, entre otras victorias. Pero se deban o no a la influencia personal de Cimón, este tipo de conmemoraciones monumentales y artísticas de Maratón no son sorprendentes o inusuales: era habitual que los estados griegos conmemoraran de esta forma sus éxitos.

Algo menos usual es la forma en que el gran poeta y dramaturgo Esquilo —el célebre autor de las obras maestras que aún se siguen representando *Los persas*, *Los siete contra*

Tebas y Agamenón, entre otras obras, tanto perdidas como que nos han llegado— tenía en consideración Maratón. El luchó personalmente en la batalla y la tradición es que después de una carrera brillante y llena de éxitos, en la que alcanzó gran fama en el mundo griego como poeta y dramaturgo trágico, cuando se estaba muriendo en Sicilia en 456 escribió un epitafio para su tumba que conmemoraba, no su fama como poeta y dramaturgo, ni siquiera su participación en la batalla de Salamina, sino el hecho que combatió en Maratón:

Esta tumba cubre el polvo de Esquilo, hijo de Euforio y orgullo de la fértil Gela.

De su glorioso valor Maratón fue testigo, y los medos de larga cabellera que lo conocen bien.

Para Esquilo la batalla de Maratón fue un acontecimiento especial y único, el punto culminante de su vida, de lo que estaba más orgulloso. Esto no querría decir gran cosa si los arqueólogos hubieran encontrado el epitafio de Esquilo sobre la lápida de un Juan Nadie ateniense. Pero Esquilo era un hombre que tenía muchas cosas de que estar orgulloso, un hombre al que por sus logros culturales sólo se le pueden comparar unos pocos centenares de occidentales en 2.500 años de historia. Y era muy inteligente, un hombre que en cuanto a análisis se podía comparar a los mejores. Al decidir que la batalla de Maratón era el hecho que quería recordar en su epitafio indica que Maratón ya se veía, hacia el final de su vida, como el acontecimiento decisivo en la

historia ateniense. Esta actitud ante la batalla de Maratón es lo que vemos completamente desarrollado en el último cuarto del siglo V en las comedias de Aristófanes.

Para Aristófanes, los marathonomachoi, los hombres que lucharon en Maratón, eran la expresión suprema de lo que podían llegar a ser los ciudadanos atenienses, y lo que habían sido en su mejor momento. La batalla de Maratón y los hombres que combatieron en ella aparecen una y otra vez en sus obras. Por ejemplo, en su primera obra que ha sobrevivido, Los acarnienses, el valiente ciudadano ateniense Diceópolis (el nombre significa «Ciudad justa», una puya contra la Atenas de la época de Aristófanes que, como queda implícito, no era justa) ha decidido hacer su propia paz con los espartanos puesto que el pueblo de Atenas no quiere hacerla. Su enviado a los espartanos, de regreso con el tratado de paz, es asaltado por un grupo de hombres del demo ateniense de Acamas. El hombre se los describe a Diceópolis como ancianos, «veteranos de Maratón, duros como roble o mármol». Aquí en parte la mención a Maratón puede ser una broma para exagerar la avanzada edad de esos hombres: los veteranos de Maratón estarían bien entrados en los ochenta años cuando se estrenó la obra, si es que sobrevivía alguno. Pero los acarnienses del título de la obra se describen como los viejos atenienses de verdad, del tipo correcto, el mejor tipo de atenienses; y el hecho que estén de acuerdo con Diceópolis indica que su política (y la de Aristófanes) de buscar la paz es la que

habrían aprobado los verdaderos atenienses, aquellos que lucharon en Maratón. En *Las avispas*, Aristófanes va más allá. Sugiere que los atenienses no sólo merecen su imperio por sus victorias sobre los persas, sino que sería justo que los aliados de Atenas pagasen para que miles de ciudadanos atenienses viviesen una vida de placer a la que «les dan derecho los trofeos de Maratón». Aquí Maratón no sólo se ve como el logro más glorioso de los atenienses, sino que benefició a todos los griegos.

El tema se desarrolla en otras obras. En *Los caballeros*, a Demos (la personificación del pueblo de Atenas) se le ofrecen diversos lujos a los que se dice que tiene derecho porque «espada en mano, salvó el Ática del yugo medo en Maratón», y más adelante en la misma obra se refiere de nuevo a «la gloria de Maratón». En la comedia perdida *Holkades* (barcos mercantes) se sugiere que, entre otros suministros que se proporciona a Atenas, se incluye un «pan especial para los ancianos, a causa de la victoria de Maratón». Y en *Lisístrata*, estrenada en 411, es decir, 79 años después de Maratón, los ancianos de Atenas que se oponen al intento de las mujeres de acordar la paz, recuerdan su antigua valentía y proclaman que, si fracasan en detener a las mujeres, «la llanura de Maratón no sea testimonio de sus grandes victorias». En esta época Maratón estaba camino de convertirse en un tópico, como se puede ver con toda claridad. Poco más o menos en la misma época, encontramos el mismo uso de Maratón en un fragmento del sofista Critias

(que se convirtió posteriormente en uno de los odiados «Treinta tiranos» que gobernaron Atenas durante un año después de su derrota en la guerra del Peloponeso). En una lista de invenciones útiles que tienen su origen en diferentes partes de Grecia, de las cuales sólo se menciona su nombre, concluye que «la rueda del alfarero, y la gloriosa cerámica, hija de la tierra y del horno, que proporciona prácticos útiles del hogar, fue inventada por aquella que levantó el trofeo en Maratón». La victoria en Maratón es ahora literalmente el acontecimiento definitorio de la historia ateniense, puesto que se puede utilizar para nombrar a Atenas. Y de nuevo en este mismo período del último cuarto del siglo V, encontramos escenas de la batalla de Maratón representadas en los frisos del pequeño pero bello templo de Niké (la Victoria) en la Acrópolis.

Fue en el siglo IV, época culminante de la oratoria patriótica ateniense, cuando la batalla de Maratón se convirtió realmente en un tópico que sacar a relucir en cualquier ocasión para recordar a los atenienses su antigua gloria, o para inclinarlos hacia alguna propuesta política que estuviera promocionando el orador. El famoso orador Isócrates, en un discurso que escribió por encargo del joven Alcibíades, hijo indigno del gran general y líder del período de la guerra del Peloponeso, hace que se refiera a sus ancestros paterno y materno (respectivamente a un Alcibíades mucho más antiguo y al gran Clístenes, inventor de la democracia como veremos más adelante) que juntos

«establecieron la forma democrática de gobierno que formaba tan efectivamente a los ciudadanos en la aristeia (la excelencia, literalmente “ser los mejores”) que con las manos desnudas derrotaron en batalla a los bárbaros que habían atacado a toda Grecia». Esta cita resume perfectamente la leyenda ateniense de Maratón: la asociación de la victoria con la democracia; la victoria se consiguió con las manos desnudas, una prueba de la aristeia suprema de los atenienses; y la victoria benefició a toda Grecia. Por supuesto, en gran parte, por mucho que se estuviera convirtiendo en un tópico y en una referencia manida, la leyenda estaba en lo cierto. Como argumentaré en el capítulo 6, la victoria en Maratón benefició a toda Grecia, y resulta difícil negar que fue el sistema de gobierno democrático el que otorgó a la milicia ciudadana de hoplitas atenienses la moral y la (auto)disciplina para enfrentarse a los persas de la manera en que lo hicieron. Pero como sabemos, la pretensión de que los atenienses habían vencido en Maratón con las «manos vacías» no era del todo cierta: los plateos habían servido con los atenienses pandemei o con todas sus fuerzas, alrededor de 600 hombres. Aunque los atenienses preferían ignorar con frecuencia este hecho para expresar la noción de «nosotros luchamos solos» de la aristeia atenienses, la participación platea fue de hecho muy bien recordada y formó otro aspecto de la leyenda de la batalla en Atenas.

Fue de nuevo Isócrates quien expresó especialmente en

público esta parte de la leyenda en su discurso escrito por encargo de los plateos, el Plataico. Por dos veces durante el discurso hace Isócrates que los plateos recuerden a los atenienses su ayuda en un momento crucial de la historia ateniense. Primero señala que fueron ellos los únicos de todos los griegos fuera del Peloponeso que compartieron el peligro de los atenienses: ésta era una referencia clara a la campaña de 479 que culminó en la batalla de Platea, un combate en el que la mayor parte de los hombres del centro y el norte de Grecia lucharon en el lado persa contra la Liga del Peloponeso, liderada por Esparta, y los atenienses. Un poco después, los plateos recuerdan a los atenienses que «fuimos los únicos de todos los griegos que luchamos a vuestro lado por la libertad»: aquí la referencia a Maratón es clara, porque fue la única batalla que atenienses y plateos libraron solos contra los persas. Y los atenienses estaban agradecidos. Con frecuencia ayudaban a los plateos contra los tebanos, sus vecinos poderosos y hostiles. En las dos ocasiones en las que no pudieron evitar que los tebanos saqueasen Platea y expulsasen a los plateos —en 427 con la ayuda espartana y de nuevo en 373— los atenienses ofrecieron alojamiento a los refugiados plateos, y en ambas ocasiones, específicamente en agradecimiento por Maratón, garantizaron a los plateos una forma de ciudadanía ateniense: en la primera ocasión, después que el tiempo mostrase que los atenienses no podían devolver su ciudad a los plateos, en 404; la segunda vez (en 373), de inmediato.

La generación siguiente de oradores atenienses siguió con el tema de Maratón en esta misma línea. Esquines y Demóstenes siguieron profundizando en los logros de los héroes de Maratón en la disputa entre ellos: Esquines en sus discursos *Sobre la embajada* y *Contra Ctesifonte*, y Demóstenes en su discurso *Sobre la falsa embajada*, por ejemplo.

Sin embargo, un caso especial es la tradición de las «oraciones fúnebres»: los grandes discursos pronunciados por líderes destacados para conmemorar y honrar a los hombres que habían caído en combate en una campaña determinada. El más famoso de estos discursos es la arenga de Pericles en el libro 2 de la historia de Tucídides; pero es muy poco habitual, de manera que los historiadores han dudado con frecuencia que tenga nada que ver con lo que realmente dijo Pericles. En cualquier caso, tal como nos ha llegado, el discurso de Pericles analiza extensamente la naturaleza de la sociedad y la política atenienses, describiendo la ciudad por la que los muertos que se honran habían aceptado morir, las oraciones más típicas hablaban de la tradición ateniense de gloria militar y al hacerlo ponían mucho énfasis en Maratón. La oración fúnebre de Lisias, por ejemplo, procedente de principios del siglo IV, se refiere extensamente a Maratón. Sugiere que los atenienses lucharon deliberadamente solos contra los persas, avergonzados por tener bárbaros en su propio país, y queriendo que el resto de los griegos les debieran gratitud por expulsar a los bárbaros,

mejor que deber gratitud a los otros griegos por su ayuda para salvar a Atenas. Por eso salieron de la ciudad en número tan escaso para enfrentarse a una multitud; y al demostrar la voluntad de poner en juego sus propias vidas, consiguieron una gloria admirada por toda Grecia, y se ganaron la buena voluntad de todos los griegos que sentían que habían sido salvados en la misma medida que lo habían sido los atenienses.

Esta es una visión de Maratón exagerada y en algunos aspectos históricamente imprecisa; pero se trata de una exageración adecuada para la naturaleza de la ocasión, que apelaba a un patriotismo extremo más que a una explicación detallada de los hechos. De forma similar, mucho más avanzado el siglo IV, Demóstenes enfatizó en su oración fúnebre que los atenienses solos rechazaron a una hueste reunida en todo un continente.

En consecuencia, la leyenda ateniense de Maratón enfatizaba que Atenas luchó sola, o prácticamente sola; combatiendo por toda Grecia, no sólo por la seguridad de los atenienses; y la gran diferencia en tamaño entre la hueste persa o bárbara, reunida en todo un continente, y la fuerza ateniense, pequeña pero aguerrida. Además, se menciona con frecuencia la relación entre la voluntad atenienses de poner en juego la vida, y la democracia que compartían todos y por la que estaban dispuestos a arriesgarse. La mistela ateniense era, según esta leyenda, una aristeia democrática, que fue ejercida en beneficio de todos los griegos, y era —como

requiere la noción de «ser los mejores»— superior a la aristeia de los demás porque los atenienses lucharon sin aliados. Esta era quizá la parte más importante de la leyenda de Maratón, porque contrastaba a los atenienses con sus rivales y pesadilla, los espartanos, que siempre entraban en combate acompañados de aliados. Esta leyenda de Maratón también fue utilizada por no atenienses, ya fuera para elogiar o para desacreditar a los atenienses.

Un ejemplo de cada ilustrará este punto. El filósofo de finales del siglo IV, Heráclides Póntico, en un tratado que defendía que el placer y la virtud no son incompatibles, presentaba una relación de lujos muy típicos de los atenienses y concluía que «éstos fueron los hombres que vencieron en Maratón, y que solos aplastaron el poder de toda Asia». La influencia de la leyenda oratoria ateniense sobre Maratón resulta clara. Por el otro lado, el historiador de principios del siglo III a.C. Duris de Samos escribió sobre la (desde su punto de vista) desgraciada adulación que los atenienses de su época mostraban hacia el rey macedonio Demetrio el Asediador, que incluía la composición y canto de un himno en su honor como si fuera un dios. Duris reproduce el himno en toda su extensión y después subraya que «ésta fue la canción entonada por los vencedores de Maratón (Marathonomachoi)... los hombres que mataron a incontables miríadas de bárbaros». Estas miríadas incontables reflejan la tradición oratoria sobre las enormes dimensiones del ejército persa en Maratón. Por eso, para

Duris la cuestión radicaba en que los atenienses de las generaciones posteriores simple y desgraciadamente no fueron capaces de vivir según el ejemplo de sus gloriosos ancestros. Maratón se había convertido en un bastón con el que golpear a los degenerados atenienses posteriores.

Tras el declive del poder y la influencia atenienses en el siglo III a.C., la necesidad de alabar o despreciar directamente a los atenienses —ya fuera por los propios líderes de Atenas o por comentaristas exteriores— también declinó. En la época romana se seguía recordando Maratón, pero se rememoraba sólo como un ejemplo de las virtudes de los atenienses de los viejos tiempos. Los oradores áticos del siglo IV seguían sirviendo como la fuente principal de las formas en que se presentaba Maratón, porque dichos oradores áticos se habían convertido en parte esencial de las lecturas de cualquier hombre educado. Así escritores de la Roma imperial como Cornelio Nepote (en su biografía de Milcíades), Plutarco, Luciano, Pausanias y otros se refieren a Maratón poniendo el énfasis en el gran número de persas que lucharon allí —cerca de un cuarto de millón en Nepote, por ejemplo; y hasta los 600.000 en Justino—y la virtud sobresaliente de los atenienses que combatieron solos y vencieron. Sin embargo, como el elogio de los antiguos atenienses era un tema más o menos habitual en estos escritores, el interés se centró en detalles pintorescos, reales o imaginarios.

Fue en los escritos de Plutarco y Luciano donde salió a

la luz un nuevo elemento de la leyenda de Maratón, 600 o más años después del acontecimiento: la leyenda del corredor de Maratón. Esta historia es probablemente la parte más conocida en la actualidad de la leyenda de Maratón: el corredor, habitualmente llamado Filípides, que corrió desde el campo de batalla hasta Atenas para anunciar la victoria y cayó muerto exhausto después de pronunciar las palabras «hemos ganado», o una sola palabra en griego: *nenikekamen*. Plutarco, en su ensayo *Sobre la gloria de Atenas*, atribuye esta historia al autor de finales del siglo IV a.C. Heráclides Póntico, así que es posible (si la atribución es genuina) que la historia apareciese por primera vez en la leyenda popular ateniense del siglo IV a.C.. En cualquier caso, el corredor, Filípides (o Fidípedes), fue una persona real, aunque para ser fieles a la historia sus gestas fueron mucho más impresionantes que una simple carrera de 40 kilómetros, como veremos más adelante.

LA LEYENDA MODERNA DE MARATÓN

Con el declive y el final del Imperio romano en Occidente, también declinó de forma natural el interés en los antiguos atenienses y en Maratón. El recuerdo de la batalla sobrevivió en el Imperio bizantino (o romano oriental), y fue recuperado de vez en cuando por hombres de cultura esencialmente en la misma forma que habían utilizado los oradores clásicos atenienses, un modo que se había convertido en un tópico honrado por el tiempo. La batalla tampoco fue completamente olvidada en Occidente, y en

cuanto revivió el interés por los antiguos griegos, también revivió el recuerdo de Maratón; pero no existía ninguna sensación de que la batalla de Maratón fuera algo demasiado remarcable, excepto por su valor habitual como prueba de la valentía de los antiguos atenienses. Y básicamente obtuvo el mismo trato por parte de los primeros historiadores modernos europeos de la Grecia clásica, como por ejemplo August Boeckh en Alemania y Connop Thirlwall en Gran Bretaña, y por el más grande de los primeros historiadores interesado en los griegos de la era moderna: George Grote.

Como se ha mencionado antes, Grote dedicó cerca de treinta páginas del volumen 4 de su historia a la batalla de Maratón, ofreciendo un relato minucioso de la batalla hasta el punto de que la investigación académica de su época era capaz de reconstruirla. Tomó en consideración las observaciones de los viajeros del siglo XVIII y principios del siglo XIX, como el coronel William Leake, que había visitado la llanura de Maratón, y realizó un evaluación detallada de la importancia de la batalla para los atenienses, y para la historia general de la resistencia griega contra la dominación persa. Pero hasta ese punto fue capaz de llegar: esencialmente seguía viendo la batalla bajo la misma luz con la que la habían contemplado los propios atenienses y griegos antiguos: un gran logro de los atenienses, una etapa importante en la resistencia griega ante los persas y nada más.

Sin embargo, justo tres años después de la publicación

del cuarto volumen de Grote, una obra histórica nueva y muy diferente iba a ocasionar una reevaluación fundamental de la batalla de Maratón y de su importancia, y sentará los fundamentos del interés moderno en Maratón como una «batalla decisiva en la historia occidental» y en su leyenda: el volumen de Edward Creasy publicado en 1851 *The Fifteen Decisive Battles of the World: From Marathón to Waterloo*. Como indica su título, la batalla de Maratón es la primera analizada en el libro de Creasy, y por eso las líneas iniciales del capítulo sobre Maratón dan inicio al libro propiamente dicho. Ellas dan una perspectiva de la forma grandiosa en que Creasy contemplaba esta batalla:

«Hace dos mil trescientos cuarenta años, se convocó una reunión de oficiales atenienses en la ladera de una de las montañas que dominaban la llanura de Maratón, en la costa oriental del Ática. El tema inmediato de la reunión era considerar si debían presentar batalla a un enemigo acampado en la orilla que se extendía a sus pies; pero del resultado de sus deliberaciones dependía no sólo el destino de dos ejércitos, sino todo el progreso futuro de la civilización humana».

Creasy era, como han señalado numerosos críticos, reconocidamente eurocéntrico en su visión de la historia. Sus quince batallas son todas batallas europeas: los grandes acontecimientos de las guerras en Asia como las victorias de Gengis Khan, la conquista de China por parte de Kublai Khan, las victorias de Tamerlán, o la batalla de Sekigahara,

tras la cual Ieyasu fundó el shogunato Tokugawa en Japón, se encuentran más allá de su punto de mira y probablemente más allá de sus conocimientos. De hecho, una serie de estas batallas decisivas (cinco de las quince: Maratón, Arbelá, Metauro, Chalons y Tours) parecen escogidas con la intención de mostrar cómo los pueblos europeos, para la buena fortuna del mundo en general, rechazaron los intentos de ejércitos «bárbaros» asiáticos de irrumpir o conquistar Europa. La implicación es que si hubieran triunfado, modos inferiores asiáticos habrían ocupado Europa; pero con estas victorias sagradas, argumenta Creasy, la luz de la cultura europea siguió reluciendo hasta el día que se pudo convertir en un faro para el mundo. Creo que esto es una exposición objetiva de la actitud de Creasy, que en la actualidad no le proporcionará muchas simpatías.

Aun así, el hecho de que no estemos de acuerdo con el punto de vista de Creasy sobre la razón por la que una batalla fue decisiva o importante no significa que necesariamente tengamos que rechazar la importancia de la batalla. No tenemos por qué ver la civilización occidental como una gran bendición para la humanidad, para creer que un acontecimiento particular pudo contribuir en gran medida a hacer de la civilización occidental lo que es en la actualidad. Tampoco la conciencia de la parte más oscura de la historia occidental —la brutalidad y la explotación descarnada que indudablemente formó parte del imperialismo occidental, por ejemplo— nos debe cegar ante

lo indudablemente positivo en la civilización occidental. En cualquier caso, en la segunda mitad del siglo XIX, la obra de Creasy fue enormemente popular e influyente. De hecho, fue una época en la que la idea de la «batalla decisiva» era muy atractiva.

Durante la época de las llamadas «guerras de gabinete» entre las «guerras de religión» (mediados del siglo XVI a mediados del siglo XVII) hasta la Revolución francesa, los conflictos entre las naciones europeas se habían resuelto frecuentemente a través de guerras, y las guerras habitualmente se decidían en las batallas. Como lo expresó un gobernante del período: «He perdido una batalla, debo pagar con una provincia».

La idea que las grandes batallas podían decidir grandes conflictos se vio reforzada por las guerras napoleónicas, cuando una serie de batallas épicas estableció el control de la Francia de Napoleón sobre Europa, y numerosas batallas igualmente épicas, en especial Leipzig y Waterloo, deshicieron el control y restablecieron el viejo orden. El impacto masivo de las guerras napoleónicas y el recuerdo romántico que las cubrió con el paso del tiempo, animó a los intelectuales a estudiar el arte de la guerra, dando lugar a lo que la mayor parte de los críticos siguen considerando como el mayor análisis filosófico de la guerra: *Vom Kriege* de Clausewitz (*De la guerra*). Aunque pocos se atrevan a comparar la obra de Creasy con la de Clausewitz, ambas son producto de la misma atmósfera de interés por la guerra y

sobre cómo influye en sociedades y civilizaciones.

La pregunta que se nos plantea es ¿por qué empezó Creasy con Maratón? No era una elección obvia. Dado su eurocentrismo y el filohelenismo romántico de la época, quizá se podría esperar que Creasy hubiera elegido una batalla de la Grecia antigua como su punto de partida. Pero de nuevo ¿por qué Maratón? Como la amenaza persa contra Grecia no se vio finalmente conjurada hasta las batallas de Salamina y Platea en 480 y 479, una de esas batallas podría parecer un punto de partida mucho más natural. Por eso nos volvemos a preguntar, ¿por qué empezar en absoluto con una batalla de las ciudades-estado griegas? ¿Por qué no empezar con una batalla de Alejandro Magno, por ejemplo? Aquí se puede sospechar la influencia de Grote, cuyo cuarto volumen no cabe ninguna duda que había leído Creasy, y al que cita numerosas veces en sus notas. Para Grote, como buen liberal inglés, la democracia ateniense era un modelo político único e imprescindible de cómo un pueblo libre se debía gobernar a sí mismo, y el éxito ateniense en conservar su libertad ante la dominación persa era por eso de vital importancia. También fue esta razón la que provocó que John Stuart Mili, que se movía en los mismos círculos liberales que Grote, estimase que Maratón era más importante para la historia inglesa que la batalla de Hastings. Aun así, la batalla de Salamina podría haber parecido la elección obvia para resaltar la preservación de la libertad y la democracia de Atenas, en particular porque se trataba de una batalla naval

que era de suponer que tendría un atractivo especial para un historiador británico teniendo en cuenta la larga y distinguida historia naval de Gran Bretaña. Quizá sea mejor que las propias palabras de Creasy expliquen su elección. Cierra el relato de Maratón con las reflexiones siguientes:

«Por muy significativa que fuera, el orgullo de Persia no quedaría quebrado por una sola derrota, ni evaporados sus sueños de imperio universal. Diez años después renovó sus intentos sobre Europa en una empresa de escala aún mayor, y fue rechazada por Grecia con pérdidas mayores y reiteradas. Fuerzas más grandes y matanzas más gravosas que las que se habían producido en Maratón marcaron el conflicto de griegos y persas en Artemisio, Salamina, Platea y en el Eurimedonte. Pero por muy grandes y significativas que fueran estas batallas, no alcanzan la importancia de Maratón. No originaron ningún impulso nuevo. No sirvieron para doblegar un destino. Simplemente sirvieron para confirmar la tendencia que ya existía y que se había originado en Maratón. El día de Maratón es el momento crítico en la historia de las dos naciones. Rompió para siempre la leyenda de la invencibilidad persa, que con anterioridad había paralizado la mente de los hombres. Generó entre los griegos el espíritu que rechazó a Jerjes, y que después condujo a Jenofonte, Agesilao y Alejandro en una venganza terrible a través de sus campañas asiáticas. Aseguró para la humanidad los tesoros intelectuales de Atenas, el crecimiento de instituciones libres, la ilustración

liberal del mundo occidental, y la ascendencia gradual durante muchos siglos de los grandes principios de la civilización europea.»

Creasy deja algunos puntos muy claros en este pasaje: fue Maratón la primera en «romper la leyenda» de la invencibilidad persa, y mostró a los griegos que podían ganar; fue Maratón la que «aseguró... los tesoros intelectuales de Atenas» y «la ilustración liberal del mundo occidental». Una vez más, quiero reiterar que no es necesario que lo sigamos en sus consideraciones sobre el valor para el mundo de la ascendencia de la civilización europea (aunque algunos aún lo sigan haciendo), para reconocer la validez básica del análisis que está haciendo sobre la preservación de Atenas y, en consecuencia, de los logros posteriores de los atenienses. En el capítulo 6 argumentaré que dichos logros fueron vitales para conformar la manera en la que nuestra civilización occidental piensa, organiza su vida política y se entretiene, y que esto es así más allá de cualquier concepto grandioso sobre la contribución de Occidente «al mundo». En otras palabras, dejando de lado sus prejuicios eurocéntricos y Victorianos, Creasy tenía razón: la batalla de Maratón fue un punto de inflexión, y sus lectores, tanto los inmediatos como los posteriores, también lo reconocían así.

Vale la pena que nos detengamos durante un momento en el término «ilustración liberal» del texto de Creasy, porque nos ayuda a situarlo en ese medio liberal inglés que

fundamentaba su pasado espiritual en la Atenas democrática, el mismo ambiente liberal en el que se movían Grote y John Stuart Mili. Fue este caldo de cultivo liberal el que contribuyó a la democratización de Gran Bretaña entre las grandes leyes de reforma de la década de 1830, las reformas posteriores del liberalismo gladstoniano en la década de 1880 y los últimos grandes triunfos del reformismo liberal en los primeros doce años del siglo XX. La leyenda de Maratón, tal como la expuso Creasy, jugó su papel —al establecer una visión positiva de la democracia ateniense y de sus excelencias— en consolidar el ambiente intelectual en el que se pudo producir dicha democratización.

La última parte del siglo XIX, que fue testigo de las grandes batallas —Sadowa, Metz, Sedán— con las que los prusianos terminaron con la influencia de los Habsburgo en Alemania, quebraron el poder del Segundo Imperio francés, y unificaron los estados alemanes en un nuevo Reich alemán, fue una época en la que el concepto de la batalla decisiva seguía teniendo su fuerza. El libro de Creasy siguió siendo popular, aunque existió un tormentoso debate histórico sobre su elección de las batallas. Muchos autores han revisado o actualizado a lo largo de los años la lista de batallas de Creasy. Sin embargo, en general Maratón sigue conservando su posición como la batalla crucial con la que dio propiamente inicio la historia occidental.

En la segunda mitad del siglo XX, sin embargo, la noción de la batalla decisiva empezó a perder popularidad.

La historia trágica de la Primera Guerra Mundial, en la que batallas a una escala y duración nunca vistas con anterioridad en la historia de la humanidad, y con listas de bajas que dejaban en ridículo a cualquier guerra anterior, no conducían a un resultado discernible más allá de mover las «líneas de frente» unos kilómetros hacia un lado o hacia el otro, iniciaron dicho proceso. La Segunda Guerra Mundial pareció restaurar hasta cierto punto la noción de batalla decisiva, con las brillantes victorias alemanas del *blitzkrieg* en sus fases iniciales, y los gigantescos despliegues de Stalingrado y el Día D que decidieron el resultado de la guerra. Pero desde entonces hemos visto guerras como las de Corea, Vietnam y más recientemente Irak y Afganistán, en las que las raras victorias parecen embarrancarse en interminables guerras de guerrilla, operaciones irregulares y/o insurrecciones que dejan sin sentido la victoria en una batalla, y convierten la guerra en algo aparentemente irracional al hacer que la victoria sea inalcanzable. En la atmósfera intelectual generada por estas experiencias de la guerra mucho menos estimulantes, la noción de batalla decisiva, un acontecimiento que marca una época y que hace que la historia salga de un curso para adoptar otro, como mínimo, ha pasado de moda.

Sin embargo, no debemos dejar que las modas intelectuales decidan nuestro análisis de los acontecimientos históricos. La experiencia actual de la batalla como un acto poco decisivo y que no conduce a ningún resultado útil sólo

es una fase de la historia, el resultado de una configuración particular de las sociedades, y de la distribución de los medios de la fuerza destructiva. La experiencia de nuestra época sobre la guerra y la batalla no se puede distanciar de forma apropiada de la realidad y validez de las experiencias de otras épocas, en las que bajo diferentes condiciones sociales, políticas y militares, las batallas eran realmente decisivas. Aún así, es necesario decir que la importancia de Maratón, y de las batallas en general, ha declinado enormemente en el último medio siglo, al menos en la estima de los historiadores académicos. Los divulgadores históricos siguen escribiendo libros sobre las guerras y las batallas decisivas siguiendo el viejo estilo, y los venden a un público interesado. Y la proliferación de la televisión por satélite ha proporcionado un nicho para que el mismo tipo de historia militar alcance una audiencia popular: el History Channel y su retoño el Military History Channel. Por ejemplo, el History Channel ha emitido recientemente su propia serie sobre «Batallas Decisivas», entre las cuales se encontraba Maratón.

LA LEYENDA DE LA CARRERA DE MARATÓN

Pero en este mismo siglo XX, el interés en Maratón cambió y se vio reforzado por otro aspecto de la leyenda de Maratón: la leyenda del corredor de Maratón. Esta leyenda apareció por primera vez en tiempos de la Roma imperial, como hemos visto, de la pluma de autores como Plutarco y Luciano; aunque la

leyenda moderna sólo se remonta a 1896: el año de los primeros Juegos Olímpicos de la era moderna. Las raíces del movimiento olímpico se hunden en el mismo filohelenismo romántico del siglo XIX del que ya he hablado, junto con el interés creciente en los deportes a finales del siglo XIX, tanto como actividad como espectáculo. Clubes urbanos de clase media y trabajadora proliferaron por toda Europa y América dedicados a la práctica de uno u otro deporte —fútbol, béisbol, rugby, tenis y otros— y a veces múltiples deportes. Los llamados deportes «atléticos», es decir, carreras, saltos y lanzamientos que tanto gustaban a los antiguos griegos, formaban parte de este movimiento.

Intelectuales imbuidos de este filohelenismo empezaron a destacar la pasión de los griegos por el atletismo, y a explicar la historia de las antiguas competiciones atléticas. Incluso surgió un movimiento dedicado a recrear estos antiguos festivales atléticos internacionales griegos, cuyo líder fue un aristócrata francés: el barón Pierre de Coubertin. Este movimiento se sintió especialmente impresionado por la llamada «tregua olímpica», según la cual todos los participantes en los Juegos Olímpicos quedaban protegidos de las hostilidades normales de cualquier guerra que estuviera en curso en Grecia, sobre todo porque esta tregua fue malinterpretada como un cese total de hostilidades durante el festival olímpico. Se esperaba que un

movimiento olímpico moderno pudiera reemplazar gradualmente la malsana competición internacional a través de la violencia y la guerra, con una sana rivalidad atlética que promovería la amistad en lugar de la hostilidad.

En cualquier caso, en 1896, el movimiento tuvo éxito en reunir suficiente apoyo internacional para organizar unos «Juegos Olímpicos» por primera vez desde la Antigüedad. Estos primeros juegos sólo se podían celebrar en un lugar: Grecia. Pero se consideró que celebrarlos en la propia Olimpia era muy poco práctico—un yacimiento arqueológico sin instalaciones para semejante acontecimiento—, de manera que se eligió la capital, Atenas. Trece naciones modernas (o catorce si se cuenta a Hungría separada de Austria, con la que estaba unida en aquella época) enviaron delegaciones de atletas, que compitieron en nueve deportes diferentes. Los juegos se consideraron un gran éxito: el Estadio Panatinaicos en Atenas se llenó de espectadores, y contó con la participación internacional más grande de cualquier acontecimiento hasta ese momento.

Pero de Coubertin y sus compañeros querían un acontecimiento espectacular para concluir la parte atlética de los juegos (es decir, en pista y campo a través), algo que captase la atención del mundo y que pusiera realmente los Juegos Olímpicos «en el mapa».

Michel Breal, un colega de de Coubertin, sugirió establecer una nueva versión de la legendaria carrera de Filípides entre Maratón y Atenas: el escenario era perfecto porque la carrera podía empezar realmente en Maratón y terminar en el Estadio Olímpico de Atenas. La idea fue acogida con entusiasmo y resultó un gran éxito, en especial por razones sentimentales y patrióticas. Los anfitriones griegos de los juegos, aunque habían tenido esperanzas de medallas en varias pruebas, no habían conseguido ganar ninguna. La carrera de Maratón sería su última oportunidad para ganar una medalla de oro en un acontecimiento deportivo que habían inventado los antiguos griegos. Y resultó que un desconocido y extremadamente sencillo aguador griego llamado Spiridon Louis ganó la carrera en un tiempo justo por debajo de las tres horas, convirtiéndose al instante en un héroe nacional. Según un mito sobre esa carrera de 1896, sobre la que se ha escrito mucho, el rey de Grecia le ofreció a Louis lo que quisiera como recompensa; Louis sólo pidió un carro para que le ayudase a cargar más agua en su negocio. Louis fue un verdadero corredor aficionado y nunca volvió a competir en ningún tipo de carrera, pero su actuación ha servido de inspiración a artistas y atletas durante más de un siglo.

A partir de ese momento el maratón se convirtió en una prueba fija de los Juegos Olímpicos y un

acontecimiento deportivo muy popular por sí mismo. Aunque pasaron unos veinte años antes de fijar la distancia exacta del maratón, la carrera se consolidó y creció, hasta que en la actualidad ha entrado en la cultura popular e incluso en el lenguaje. Hablamos de un «esfuerzo maratoniano», por ejemplo, para referirnos a cualquier empresa que requiere una enorme energía y perseverancia para culminarla. El maratón tiene lugar en diversas competiciones internacionales, y los corredores profesionales de maratón ganan grandes sumas de dinero por sus esfuerzos. El concepto de maratón se ha extendido en el atletismo moderno: tenemos maratones *iron man* en los que la gesta atlética requiere acercarse mucho más a los logros del Filípides histórico: una carrera de 225 kilómetros de Atenas a Esparta, y la misma distancia de vuelta, en sólo unos pocos días. En realidad, todas las recreaciones modernas de la antigua carrera de Maratón para atletas profesionales en las competiciones atléticas, aunque proceden de una leyenda antigua genuina sobre un antiguo atleta ateniense, guardan poca relación con la verdadera «carrera» histórica de Maratón: como veremos, en realidad se trató de una marcha forzada de todo el ejército ateniense desde Maratón a Atenas para salvar la ciudad después de la batalla.

Existen acontecimientos actuales que pueden dar una idea de esa extraordinaria tarde de agosto de 490. Pero

no son las maratones para los atletas profesionales, que han conseguido unas marcas mínimas para las Olimpiadas y otras reuniones internacionales de atletismo. Se parecería más a las maratones urbanas modernas —Nueva York, Chicago, Londres, Boston, Tokio— con sus miles y miles de entusiastas corredores «aficionados», es decir, corredores que lo hacen por puro amor al ejercicio, más que como una profesión. Y eso no es así porque los atletas antiguos fueran «aficionados» y por eso se parecieran más a los entusiastas que a los atletas profesionales actuales: la verdad es justo lo opuesto; los atletas antiguos eran profesionales y el «amateurismo» de las primeras Olimpiadas modernas fue un ideal Victoriano que no tenía nada que ver con la antigua Grecia. Lo cierto es que la carrera de masas —que con frecuencia es de hecho más una marcha rápida— de miles de entusiastas detrás de los profesionales, que han salido antes y se han distanciado, reproduce con verosimilitud el aspecto que debió tener ese trote forzado de miles de guerreros atenienses desde Maratón a Atenas después de la batalla.

Este aspecto de las maratones modernas ha sido captado en la película de 2007, *El espíritu del maratón*, que sigue a un grupo de estos corredores entusiastas alrededor del mundo mientras entrenan y cuentan sus historias, y finalmente corren el maratón de

Chicago. Resulta sorprendente que esta película sea el compromiso más elaborado de la industria del cine con la leyenda de Maratón.

A la luz del largo interés de Hollywood por el mundo antiguo, que ha dado películas tan famosos como *Ben Hur*, *Qüo Vadis*, *Demetrio el Gladiador*-, el clásico de Stanley Kubrick *Espartaco*, y otras muchas; y en los años más recientes el maravilloso *Gladiator* de Ridley Scott, la visualmente sorprendente *Troya*, y el entretenimiento comiquero (y basado en un cómic) *300*, sobre las Termopilas, resulta sorprendente que no exista ninguna película importante sobre la batalla de Maratón propiamente dicha. La única película que tiene esta batalla como su tema principal es, hasta donde he sido capaz de descubrir, la cinta de serie B de 1959 titulada *La batalla de Maratón* en Europa, pero *The Giant of Marathón*¹ en su distribución en EE.UU. Dirigida por Jacques Tourneur, con un reparto mayoritariamente europeo, está protagonizada por el musculoso actor norteamericano de serie B Steve Reeves, famoso por su papel protagonista en una serie de *peplum* sobre *Hércules*.

Resulta divertido que la película sea una buena mezcla de las leyendas modernas de Maratón, popularizadas por Creasy y de Coubertin, respectivamente: es decir, la batalla decisiva y la carrera de Maratón. El héroe de la película,

interpretado por Reeves, no es ningún otro que Filípides, reinventado como un atleta completo que se hace famoso y popular en Atenas al ganar una victoria olímpica en una especie de pentatlón híbrido, que comprendía el lanzamiento de jabalina, la natación (!), una especie de lanzamiento de peso con una piedra (quizá basada en una competición de lanzamiento que gana Ulises en Feacia y que aparece en *La Odisea*), lucha libre y finalmente la carrera por la que era famoso el verdadero Filípides. Gracias a su fama, Filípides es nombrado comandante de una unidad militar ateniense de élite (y ficticia) llamada la «Guardia Sagrada». Esto lo coloca en medio del debate militar y político sobre la invasión inminente por fuerzas del malvado rey Darío de Persia. Apoya a Milcíades al argumentar que Atenas debe luchar y se ofrece voluntario para ir a buscar la ayuda de Esparta. Al final, tras derrotar los griegos al ejército persa, Filípides debe encabezar la Guardia Sagrada en una carrera rápida de regreso a Atenas para salvar a la ciudad de ser traicionada ante los persas mientras el ejército se encuentra lejos, que es donde entra en juego la carrera de Maratón. Divertida como muestra de una época, no se trata de una buena película ni demasiado imaginativa, aunque parece ser la suma total del tratamiento más popular de la batalla de Maratón en el campo cinematográfico.

Sin embargo, parecería que la batalla de Maratón tiene todos los elementos que deberían llamar la atención de Hollywood: una historia de David contra Goliat (la pequeña Atenas contra el enorme Imperio persa); una serie de personajes remarcables: el rey Darío, Milcíades, el «arconte» militar Calimaco, los jóvenes y prometedores generales Temístocles y Arístides, entre otros; mucha acción e intriga; la recordada carrera de Filípides; la propia gran batalla; y el romántico regreso a paso ligero del victorioso ejército ateniense. Quizás en esta nueva época de películas épicas de guerra, reforzadas por los efectos informáticos y digitales, podamos esperar una revitalización de la leyenda de Maratón en la gran pantalla. Pero aun sin eso, resulta claro que el recuerdo de los atenienses en Maratón, su resistencia por la libertad, su defensa de una forma verdaderamente popular de autogobierno democrático, de manera que hicieron posible la cultura clásica griega que aún admiramos e imitamos, o simplemente la carrera a lo largo de esa mítica distancia de cuarenta kilómetros, sigue viva en la imaginación popular 2.500 años después del acontecimiento.

Y el interés en ella no parece que vaya a desaparecer en un futuro inmediato. La leyenda de Maratón sigue viva: veamos cómo, por qué y por quiénes fue librada esta batalla legendaria.

CAPÍTULO 1

LOS ANTIGUOS GRIEGOS EN LOS SIGLOS VII Y VI A.C.

La civilización clásica griega empezó con Homero. Los poemas épicos homéricos —la *Iliada* y la *Odisea*— fueron compuestos originalmente con casi toda seguridad en la segunda mitad del siglo VIII a.C. Rápidamente se convirtieron, en su redacción definitiva, en la «biblia» de los antiguos griegos, en especial la *Iliada*; y siguieron siéndolo hasta que fueron reemplazadas por la *Biblia* cristiana en el siglo IV d.C. Esto es lo mismo que decir que durante los siglos VII, VI y V a.C. y con posterioridad, los hombres griegos eran educados con los poemas épicos homéricos, contemplando las historias que se reflejaban en ellos como sus orígenes culturales, y considerando los valores y los ideales expresados en ellos como una autoridad suprema.

HOMERO Y EL ESPÍRITU COMPETITIVO EN LA CULTURA GRIEGA

Para comprender la antigua cultura griega es importante tener en mente que los poemas épicos homéricos eran épicos militares: la *Iliada* se centraba en la guerra y en los logros del más grande de todos los guerreros griegos, Aquiles; y la *Odisea* relataba la vuelta a casa de un guerrero (de Odiseo [Ulises]) después de una larga ausencia en la guerra, y su venganza contra todos aquellos que habían mancillado

su «casa» durante su ausencia. De los poemas épicos homéricos los griegos aprendieron a valorar por encima de todo las virtudes marciales y un espíritu intensamente competitivo. Porque la virtud, en Homero, está muy conectada con la destreza marcial y con la competición por el estatus y la primacía. Los héroes retratados en las épicas homéricas luchan por ser los mejores, para demostrar su *aristeia*, un término que literalmente significa «ser el mejor», de la palabra griega *aristos* que significa «mejor». Los griegos aprendieron de Homero a competir por el honor y el estatus, a luchar por ser el mejor en todas las ocasiones, y a percibir el hecho de ser el mejor de una forma muy guerrera, de destreza física. Por ejemplo, el héroe Aquiles era universalmente reconocido como «el mejor de los aqueos» (es decir, de los griegos). Cuando analizamos las cualidades que lo convierten en el mejor, no encontramos ninguna sugerencia de bondad moral como posteriormente —después de Platón, y en especial después del cristianismo— se entendería el concepto: Aquiles era el más alto, el más fuerte, el más guapo, el corredor más rápido, el mejor luchador, era propietario del mejor carro de guerra con los caballos más rápidos, y era todo esto lo que lo convertía en «el mejor», no su carácter moral. Su excelencia superlativa consistía en sus extraordinarias características, atributos y cualidades físicas y combativas.

La necesidad de ser el mejor lleva inherente la aparición de un espíritu competitivo. El mejor significa mejor que los demás. Para un líder homérico nunca era suficiente con ser bueno: tenía que ser mejor que los demás. Existía un deseo constante de competir por el estatus relativo, y la forma de probar la *arete* (excelencia, más tarde entendida como virtud) de uno era mostrándose mejor que los demás, derrotando a alguien, ya fuera un guerrero enemigo en un duelo, o a un guerrero aliado en logros. Como los guerreros aliados no podían luchar y matarse entre sí, era necesaria una forma de competición que limitara el peligro de un resultado letal, que se encontró en la competición atlética.

El ejemplo más notable en la *Iliada* son los Juegos Funerarios que Aquiles celebró por Patroclo, en el que los guerreros griegos compitieron para demostrar quién era el mejor en una serie de pruebas físicas: carrera, lucha libre, lucha con lanzas, puntería con el arco, boxeo y carrera de carros. Los premios se recibían por logros extraordinarios —ganar o llegar segundo o tercero— y dichos premios se consideraban símbolos de honor y estatus. De forma similar, se otorgaban premios a los principales guerreros por sus logros en la guerra: la ira de Aquiles, que forma la base de la trama de la *Iliada*, fue provocada porque el rey principal Agamenón le quitó los premios que Aquiles había

ganado por su valor, y por eso mancilló su honor. El honor tiene que ser protegido y acrecentado de forma constante: cuando Ulises, en la tierra de los feacios, declaró que no estaba dispuesto a participar en una competición atlética, se burlaron de él hasta que se vio obligado a proteger su honor y mostrar su «ser el mejor» batiendo a todos los feacios en la competición de lanzamiento. El término griego para competición era *agón*, que es la raíz de la palabra «agonía» y el espíritu «agónico» (competitivo) que impregnó siempre a la cultura griega es una de las claves para comprender la naturaleza de la sociedad griega y de la forma de vida griega.

Esta competitividad no era sólo una preocupación aristocrática. Una generación después de Homero, el poeta Hesiodo compuso su poema épico *Los trabajos y los días*, idealizando la forma de vida de la clase de los campesinos independientes en Grecia. Como los «héroes» aristocráticos, los pequeños agricultores de Hesiodo aparecen descritos infundidos de un intenso espíritu competitivo, aunque la competición no era para ellos tanto por el honor como por la riqueza relativa. Hesiodo constata que existen dos tipos de *eris* o conflictos, los buenos y los malos. Los malos —el sentido más habitual de *eris*— eran los conflictos que destrozaban una comunidad a causa de una lucha insana y violenta por el poder y la posición. Pero el tipo bueno

de *eris* era el deseo de batir al vecino, lo que provocaba que el alfarero compitiera con el alfarero, el herrero con el herrero, para ver quién podía tener más éxito. Hesiodo amonestaba a los campesinos y a los artesanos para que trabajasen duro, para que compitiesen entre ellos por el éxito y para que se intentasen batir los unos a los otros. El objetivo que fijaba era ser capaz de comprar la tierra del vecino, en vez de que fuera el vecino el que comprase la tierra de uno. En definitiva, se trata de una competición muy dura, porque la tierra y el estatus estaban profundamente conectados en la cultura y la sociedad griegas, y los hombres sin tierra se encontraban en lo más bajo de la escala social.

Muchos de los aspectos más admirados y más criticados de la cultura clásica griega derivan de este espíritu universal de competición. Por un lado, los extraordinarios logros militares, políticos y culturales por los cuales los antiguos griegos han sido admirados a lo largo de la historia fueron motivados por la competición mutua. Por el otro lado, la violencia constante que hizo descarrilar la historia griega — guerras interminables entre las ciudades griegas, y frecuentes luchas civiles dentro de las ciudades griegas — derivan también de esa misma intensa competitividad.

El énfasis de Hesiodo en la competición por la

propiedad de la tierra es especialmente remarcable. Grecia es un país muy montañoso, y más del 80 % de su tierra continental es tan rocosa y montañosa que resulta inútil para la agricultura. En consecuencia, la tierra productiva era un bien escaso y valioso, y la competición por la propiedad o el control de la tierra productiva no era sólo una competición pacífica entre agricultores que trabajaban duro. Buena parte de la historia política de las ciudades-estado griegas, con sus guerras crónicas de las unas contra las otras, se explica por la rivalidad por el control de la tierra cultivable. Dicho de forma sencilla, los estados griegos solían desarrollar rivalidades fuertes y frecuentemente hostiles por el control de los territorios fronterizos, con el resultado de que las disputas fronterizas resultaron endémicas a lo largo de la historia griega. Los estados vecinos en Grecia eran prácticamente siempre enemigos en lugar de amigos, porque en vez de compartir una historia de cooperación, compartían una historia de disputas fronterizas y de episodios bélicos.

Además, en la misma ansia de tierras, riqueza y, en consecuencia, poder, los estados griegos más grandes con frecuencia intentaban dominar o incorporar a vecinos más pequeños, provocando relaciones hostiles; y los estados más grandes competían por el predominio regional con todos los demás, llevando inevitablemente a la guerra. Ejemplos de estas características de la

relaciones interestatales griegas son habituales y muy bien conocidas: estados vecinos como Corinto y Megara, Eretria y Chalquis, Samos y Priene por nombrar a sólo unos pocos tenían disputas fronterizas de larga duración que envenenaban sus relaciones. Estados más grandes como Argos y Tebas intentaban dominar o incorporar vecinos más pequeños como Cleonai, Sición o Epidauro en el caso de Argos, Platea, Tespeia o Tanagra en el caso de Tebas, provocaban hostilidades frecuentes. Y los estados grandes como Esparta y Argos, Atenas y Tebas competían por el dominio en el Peloponeso y en la Grecia central respectivamente, provocando siglos de hostilidad mutua y guerras frecuentes.

En definitiva, al igual que los individuos griegos, los estados griegos se veían envueltos en una lucha competitiva constante por ser los mejores. Y ser el mejor se medía por el poder, la riqueza y sobre todo la cantidad de territorios y asentamientos que controlaba un estado. La guerra constante entre los estados griegos mantuvo la presencia continuada del sistema de valores homérico en la vida griega, y conservó las virtudes militares como las virtudes más importantes que enseñaba la moral griega. Por muy destructivo que pudiera ser este estado de guerra por el predominio, y frecuentemente lo era, tuvo el efecto de convertir a los griegos en unos luchadores duros con una determinación

feroz para defender la independencia personal y de sus respectivas comunidades. A lo largo de la historia clásica griega, los griegos se resistieron ferozmente a quedar subordinados a otros, a tener que obedecer las órdenes de otros, y en especial a tener que pagar impuestos o tributos (de recursos que nunca se consideraron nada más que adecuados) a los demás.

En la época en la que el Imperio persa empezó a surgir a mediados del siglo VI a.C. e inició su expansión, intentando someter a los griegos y a las tierras griegas, los griegos llevaban a sus espaldas más de 150 años de guerra interna que les había inoculado la dureza y los peligros de la batalla y les había enseñado un sistema militar muy efectivo. Por el otro lado, el odio mutuo entre los griegos era una debilidad que los persas podían e intentaban explotar, en la estrategia clásica del «divide y vencerás». Por eso quiero enfatizar de nuevo que el sistema de valores homérico y la sociedad y los valores competitivos y marciales que forjó eran a la vez una fuente de fortaleza y una fuente de debilidad para los griegos, y resultaba una cuestión muy abierta si prevalecería la fortaleza o la debilidad.

APRENDIENDO DEL ORIENTE CERCANO

Los griegos que tuvieron que resistir la presión persa, aunque con la guía de Homero en sus pensamientos y valores, tenían tras de sí doscientos

años de desarrollo desde los días de Homero. Durante estos siglos los griegos habían explorado y aprendido de otras culturas y tierras del más amplio mundo del Mediterráneo y el Oriente Próximo, habían creado unas estructuras muy organizadas y cohesionadas de ciudades-estado dentro de las cuales un amplio segmento de los ciudadanos compartían derechos políticos e ingresos, habían desarrollado una cultura única y diferenciada que les otorgaba el sentido de ser un pueblo especial, y habían desarrollado un sistema militar que fomentaba la disciplina colectiva, el peligro compartido y una formación masiva fundamentada en miles de hombres equipados de forma similar con fuertes armaduras defensivas y determinación para resistir y luchar.

En la época de Homero, unos 300 años después del colapso de la gran civilización griega de la Edad del Bronce —la llamada cultura micénica—, Grecia había sido durante mucho tiempo una tierra empobrecida y poco poblada sin contactos con las tierras y los pueblos que la rodeaban. Los estudiosos modernos se refieren con frecuencia a esos aproximadamente 300 años, desde alrededor de 1050 a.C. hasta más o menos 750 a.C., como la «Edad Oscura» de Grecia. Pero hacia 750 a.C. estaban en marcha cambios importantes que iban a transformar a Grecia y a los griegos durante los siguientes 200 o 250 años.

Para empezar, la población de Grecia estaba creciendo constantemente en el siglo VIII a.C.: de hecho, crecía a una tasa que casi se podría llamar una explosión demográfica. Excavaciones arqueológicas en Grecia han mostrado que el número de asentamientos habitados permanentemente en Grecia estuvo creciendo constantemente y a pasos agigantados en los siglos VIII y VII, y que también creció el tamaño medio de los asentamientos. Claramente, más asentamientos y más grandes sólo aparecerían para alojar a una población en crecimiento. Sin embargo, ya en 750 el crecimiento demográfico empezó a sentirse como un problema en el terreno restringido de Grecia, con sus limitados recursos alimenticios. Así, a partir de 750, los griegos empezaron lo que los historiadores llaman un «movimiento colonizador». Bandas de griegos abandonaron sus comunidades de origen para viajar por el Mediterráneo, en barco, en busca de nuevas tierras en las que asentarse. Cientos de nuevas comunidades griegas fueron fundadas como resultado de este «movimiento»: en el Mediterráneo occidental, alrededor de la costa oriental y meridional de Sicilia, a lo largo de la costa meridional y subiendo por la costa occidental de Italia, y a lo largo de la costa meridional de Francia; en el Mediterráneo oriental, la región llamada Cirenaica en la Libia actual (llamada así por la primera colonia de la antigua Grecia que se estableció

allí: Cirene), y la costa septentrional del Egeo; y más allá de la cuenca mediterránea, alrededor de las costas del mar Negro y su zona de influencia. El mundo griego se expandió y enriqueció enormemente con este movimiento colonizador, y decenas de miles, probablemente de hecho cientos de miles de griegos fundaron sus nuevos hogares y asentamientos fuera de la propia Grecia.

Aun así, los asentamientos en la misma Grecia siguieron aumentando en número y tamaño, indicio de que el crecimiento demográfico superó el gran movimiento migratorio hacia las nuevas colonias. Nos podemos preguntar cómo se vio impulsado y alimentado este crecimiento continuo de la población. También nos podemos preguntar cómo los empobrecidos y retraídos griegos de la «Edad Oscura» pudieron conseguir, después de 750, los conocimientos y habilidades marítimas para encontrar tierras al otro lado del mar, para asentarse y para mover un vasto número de colonos hacia esas nuevas tierras. La respuesta a ambas cuestiones es la misma: se remite a la voluntad y la habilidad griegas para aprender de vecinos más avanzados al este y al sur, y a desarrollarse ellos mismos desde el punto de vista cultural, social y económico a partir de lo que habían aprendido. Grecia se encontraba justo al borde de las grandes y antiguas civilizaciones del Oriente Cercano y Medio: los

egipcios, los babilonios y los asirios, los pueblos de Siria y Palestina. Durante siglos los griegos habían estado casi completamente aislados de estas civilizaciones, pero durante los siglos IX y VIII los barcos mercantes de las ciudades de los fenicios —las ciudades de Tiro y Sidón, Biblos y Berytos (Beirut) en el Líbano moderno— estaban explorando el Mediterráneo occidental y estableciendo rutas comerciales y puestos mercantiles a lo largo del camino hacia España y el noroeste de África, hasta el estrecho de Gibraltar e incluso más allá hacia el Atlántico. Los barcos fenicios a veces se detenían a lo largo de las costas de Grecia buscando suministros, y comerciando con cualquier producto local que los griegos pudieran producir en exceso, a pesar de lo escasos y poco impresionantes que dichos productos fueron en un principio.

Los griegos quedaron impresionados por los conocimientos y la riqueza de esos fenicios, por lo que podemos deducir de las frecuentes referencias de Homero a los mercaderes fenicios; y antes de que pasase mucho tiempo los aventureros griegos empezaron a aprender de los fenicios: construyendo barcos, navegando por aguas del Egeo y del Mediterráneo, y siguiendo a los fenicios a lo largo de sus rutas comerciales hacia el este y el oeste. Siguiendo las rutas comerciales fenicias hacia el oeste, los griegos

encontraron las relativamente «poco civilizadas» y escasamente pobladas, aunque ricas tierras de Sicilia, Italia y el sur de Francia, y se sintieron motivados para emprender la colonización de esas costas, como ya hemos visto. Sin embargo, de una importancia similar, si no mayor, siguiendo a los fenicios de regreso a sus puertos de origen en el Mediterráneo oriental, los griegos entraron en contacto directo con las culturas más avanzadas de Egipto y Asia occidental por primera vez en siglos. El resultado fue un florecimiento extraordinario de la civilización y la cultura griegas, puesto que los griegos aprendieron con ansia de las antiguas civilizaciones del este. A medida que aprendían, adaptaban y mejoraban, creando así una cultura propia y única.

Por ejemplo, una de las primeras cosas que los griegos tomaron prestado fue el sistema de escritura fenicio. Desde el final de la Edad de Bronce y el abandono del sistema de escritura silábico del Lineal B, los griegos no habían tenido escritura. El contacto con los fenicios condujo al descubrimiento de que estos orientales altamente civilizados tenían un método de registrar la información mediante la realización de unas marcas especiales en trozos de papel fabricado con fibra de papiro, o en tabletas de madera cubiertas con cera, o en tabletas de arcilla.

El sistema de escritura fenicio era puramente

consonántico: no existían símbolos para los sonidos vocálicos. En consecuencia, un documento escrito consistía únicamente en una serie de consonantes, una especie de artefacto mnemotécnico en el que el lector debía insertar, a base de memoria o deducción, los sonidos vocálicos correctos con el fin de formar las palabras reales que se pudieran decir en voz alta. Cuando algunos griegos emprendedores aprendieron este sistema de escritura e intentaron adaptarlo a la lengua griega, realizaron un descubrimiento y tuvieron una idea. El descubrimiento era que ciertos símbolos en el sistema de escritura fenicia representaban sonidos consonánticos que no se utilizaban en griego; la idea fue utilizar estos símbolo para representar en su lugar los sonidos vocálicos. Así se creó el alfabeto griego, el primer sistema de escritura verdaderamente alfabético del mundo, en el sentido de que todos los sonidos que se pronuncian en una lengua eran recogidos en la escritura, una escritura que de esta forma se podía leer y pronunciar directamente desde el texto escrito. La importancia de esta adaptación que los griegos hicieron del sistema de escritura fenicio no se puede exagerar con facilidad: el alfabeto griego de entre 24 y 30 letras (existieron variantes del mismo en los primeros siglos) era tan fácil de aprender que hizo por primera vez posible la extensión de la alfabetización; y todos los alfabetos occidentales modernos, los alfabetos latino y

cirílico al igual que el moderno alfabeto griego, son descendientes directos del antiguo alfabeto griego que fue creado alrededor de 800 a.C.

La forma en la que los griegos no sólo tomaron prestado el sistema de escritura fenicio, sino que lo adaptaron y mejoraron resulta un ejemplo típico de cómo los griegos aprendieron de las culturas orientales avanzadas en esta fase llamada «orientalizante» de la historia griega, entre aproximadamente 750 y 600 a.C. Arquitectura monumental en piedra, escultura, metalurgia, pintura, agricultura, navegación, construcción naval, religión: en todas éstas y otras disciplinas, los griegos tomaron prestadas ideas, técnicas, métodos, motivos y conocimientos prácticos de Egipto y de Oriente Próximo, y en cada uno de estos casos rápidamente desarrollaron y mejoraron lo que habían tomado prestado y lo que habían aprendido, convirtiéndolo en algo propio. La urgencia por mejorar estuvo provocada sin lugar a dudas, al menos en parte, por la naturaleza intensamente competitiva de la cultura griega que ya hemos descrito: como individuos y como comunidades, los griegos se veían impulsados a ser mejores que todos los demás, a sobresalir, y ese impulso hacia la excelencia condujo a una urgencia constante para probar cosas nuevas, para adaptar y para mejorar. Como ha señalado el destacado arqueólogo e historiador Anthony Snodgrass, esta época en la historia

griega fue la «era de la experimentación» y fue la experimentación constante con ideas y métodos nuevos lo que creó la sociedad y la cultura de la Grecia clásica.

Gran parte de la atención que los historiadores han dedicado a esta fase del aprendizaje griego de las civilizaciones avanzadas del Oriente Próximo se suele centrar, de manera bastante comprensible, en temas culturales: el desarrollo de la arquitectura griega, la escultura y las artes decorativas bajo el impacto de los modelos de Oriente Próximo. Sin embargo, tan importante, si no más, fue el desarrollo económico que experimentó Grecia bajo el impacto del contacto con Oriente. Al seguir las rutas comerciales fenicias hacia el oeste, los griegos se abrieron a un mundo completamente nuevo de posibilidades económicas mediante la adquisición de los abundantes recursos naturales disponibles en las regiones del Mediterráneo occidental: grano, madera y metales fueron sin duda los más importantes de estos recursos.

Mediante la colonización extensiva del Mediterráneo occidental, los griegos consiguieron un acceso garantizado a estos recursos y desarrollaron rutas comerciales seguras, compitiendo con y hasta cierto punto expulsando a los intermediarios fenicios a través de los cuales habían establecido el primer contacto con estos bienes comerciales. Es más, con el objetivo de

competir con eficacia con los griegos, los fenicios también se vieron en la necesidad de fundar colonias permanentes en el Mediterráneo occidental: Cartago, Tunicia y Utica en el norte de África, por ejemplo, Motia y Panormos (Palermo) en el oeste de Sicilia, y Gades (Cádiz) en España.

Siguiendo a los fenicios hacia el este, los griegos fueron capaces de competir con los fenicios en el papel de intermediarios en el comercio de materias primas del Mediterráneo occidental para los productos manufacturados ampliamente deseados y otros productos de Egipto, Siria/Palestina y Mesopotamia. Y a medida que aprendían de estas civilizaciones avanzadas, los griegos fueron capaces de comerciar cada vez más con productos propios —vino y aceite de oliva, procedente del desarrollo de su propia agricultura industrial, pero también bienes manufacturados, en especial objetos de metal— a medida que empezaban a superar a sus maestros en el refinamiento y la calidad de sus manufacturas. La alfarería griega, la joyería, las herramientas y las armas empezaron a ser valoradas en todo el mundo mediterráneo, de manera que los griegos ya no eran, como muy tarde hacia el año 600, sólo mercaderes intermediarios. Un ejemplo excepcional de las manufacturas griegas más valoradas son las herramientas y armas de acero carbónico que los

griegos aprendieron a construir poco después de 700 a.C.

El crecimiento de las rutas comerciales, el acceso a recursos abundantes no sólo del Mediterráneo occidental sino también, a partir de la segunda mitad del siglo VII, de Egipto y la región del mar Negro (grano, madera, metales, pieles para producir cuero, pescado y esclavos), el desarrollo de una agricultura intensiva mucho más productiva y generadora de riqueza, y el crecimiento de la manufactura de cerámica y de objetos de metal en particular: todo este desarrollo económico condujo a un enorme aumento de la riqueza de los griegos, alimentó el crecimiento sostenido de la población griega, financió la expansión de los asentamientos hasta convertirse en ciudades de verdad (Atenas, Corinto, Mileto, Samos y muchas otras), e hizo posible el nacimiento de una próspera «clase media» de agricultores independientes con excedentes producidos por sus cosechas comerciales, de artesanos que manufacturaban todo tipo de productos de metal, cerámica, madera y cuero, y de mercaderes y comerciantes que facilitaban los mecanismos de intercambio que hacía todo esto posible.

Esta nueva clase próspera de agricultores, artesanos y comerciantes empezó a jugar un papel importante en la vida política y militar, además de la económica de sus comunidades. Su riqueza excedentaria les permitía

afrontar el gasto del equipo militar y tener el tiempo para el servicio militar, y su independencia económica e importancia les llevó a pedir una participación política en el gobierno de sus comunidades.

Ocupádonos en primer lugar de este último punto, las evidencias —aunque poco abundantes— indican que en la primera mitad del siglo VII, las comunidades griegas estaban dominadas y gobernadas por una aristocracia más o menos hereditaria, siendo los *Eupátridas* (los de noble cuna) de Atenas los mejor conocidos. Algunas de estas aristocracias eran muy reducidas, consistiendo esencialmente en una familia extendida o *genos* (clan), como los *Baquiadas* de Corinto o los *Pentílid* de Mitilene; otras consistían en una serie de familias o clanes que competían entre ellos, como era el caso de los eupátridas atenienses. Lo que estas aristocracias tenían en común era su disfrute exclusivo del poder y el predominio en sus comunidades, y su desdén por aquellos nacidos fuera del círculo de privilegios aristocráticos. Hesiodo ya se quejaba en *Los trabajos y los días* (posiblemente hacia 700 a.C.) de la arrogancia, la codicia y (según lo veía él) la injusticia de estos aristócratas. Por otro lado, conservamos una descripción excelente de la mentalidad y la apariencia de esta aristocracia a través de la poesía del aristócrata de Megara Teognis, escrita (con toda probabilidad) a mediados del siglo VI cuando

el poder y los privilegios de las aristocracias estaban en plena decadencia. Los agricultores, artesanos y mercaderes prósperos que no dependían de ninguna manera de estos aristócratas para su bienestar y forma de vida naturalmente se empezaron a resentir por estarles subordinados en el gobierno de sus comunidades. Al expresar esta insatisfacción y al hacer algo al respecto, se enfrentaron con un problema: las atrincheradas aristocracias tradicionales no iban a entregar con facilidad su poder y privilegios.

Con el objetivo de conseguir un cambio en la estructura política de control aristocrático, la nueva «clase media» necesitaba encontrar una forma para conjugar sus intereses y energías dispares, y lograr una acción unitaria. Esto no fue fácil de conseguir, pero en muchas de las comunidades griegas más prósperas y desarrolladas, en ese sentido y con todas sus consecuencias, encontraron una forma de hacerlo. Empezaron a aparecer poderosos líderes individuales, en parte desde dentro de las propias aristocracias, que unieron los numerosos grupos del *demos* (pueblo) a su alrededor. El objetivo era, en esencia, sencillamente ocupar por ellos mismos el poder dominante: recordemos de nuevo que en la sociedad griega ser uno más del mejor grupo nunca era suficiente, se quería ser el mejor. Pero al movilizar a diversos elementos insatisfechos de fuera de la aristocracia para conseguir

sus fines, necesariamente tuvieron que servir hasta cierto punto a los intereses de los grupos a los que habían movilizad; y con el objetivo de mantenerse en el poder una vez que lo habían ocupado, tuvieron que romper con el poder tradicional de los aristócratas.

Algunos de estos líderes poderosos fueron, según todas las apariencias, no sólo advenedizos ansiosos de poder sino verdaderos reformadores. Los griegos inventaron un término nuevo para referirse a estos nuevos gobernantes autocráticos y usurpadores: *tyrannos*, una palabra de origen no griego (posiblemente adaptada a partir de un término fenicio para designar al gobernante), que es por supuesto el origen de la palabra «tirano». Sin embargo, hay que señalar que en su origen griego el término «tirano» no tiene el sentido de «gobernante malvado, duro e injusto» que adopta en la actualidad. De hecho, los primeros tiranos griegos no fueron en absoluto tiránicos. Algunos de ellos eran recordados como gobernantes afables, justos y populares. El término tirano fue inventado en su origen para referirse de forma sencilla a un usurpador autocrático que no había llegado al poder según las reglas y normas tradicionales, oponiéndose al tradicional *basileus* («rey»), que sí accedía de esa forma y en consecuencia se veía limitado por las reglas y las costumbres tradicionales de dicha sociedad.

Algunos de estos tiranos usurpadores, que disponían de un poder prácticamente ilimitado en sus comunidades durante todo el tiempo que duró su dominio, se volvieron famosos y fueron recordados durante mucho tiempo en la memoria histórica y las leyendas griegas. Entre los más notables y de éxito se encuentran Fidón de Argos, que tiene fama de haber sido el primero de los tiranos (ca. 680-660); Cípselo y su hijo Periandro en Corinto, que gobernaron entre los dos cerca de 60 años desde alrededor de 650 hasta cerca de 590; Clístenes de Sición, que gobernó durante bastantes décadas a principios del siglo VI, hasta al menos 570; Teágenes de Megara y Trasíbulo de Mileto, que ejercieron el poder, hasta donde podemos saber, en la segunda mitad del siglo VII; Pitaco de Mitilene, que se dice que ejerció el poder durante diez años antes de abdicar y regresar a la vida privada (algo único), muy probablemente a principios del siglo VI; Polícrates de Samos, muy conocido de los lectores de Herodoto como un gobernante destacable, poderoso y enérgico en las décadas de 530 y 520; y Pisístrato y sus hijos en Atenas, que ejercieron el poder desde 547 hasta su expulsión en 510. Se conocen otros muchos tiranos de este período de los siglos VII y VI, que a veces recibe el nombre de la «era de los tiranos» por estos déspotas característicos. Sin embargo, de la mayoría de ellos sólo conocemos una o dos anécdotas, y muchos de ellos

no son para nosotros más que nombres. Los historiadores han gastado mucha tinta sobre la cuestión de por qué aparecieron tantos tiranos en un período de sólo cuatro o cinco generaciones, y cuál era el significado o el propósito de estas tiranías. A pesar de las controversias planteadas desde hace tanto tiempo, no parece que realmente se haya avanzado demasiado en el tema.

Los profundos cambios económicos, sociales y culturales que tuvieron lugar en las comunidades griegas en proceso de desarrollo y urbanización bajo el impacto del contacto con el más amplio mundo del Mediterráneo y, en especial, del Oriente Próximo estaban destinados a tener un efecto en las estructuras políticas de las comunidades griegas. Las antiguas maneras de hacer las cosas, las viejas élites con sus códigos y apariencias tradicionales no podían seguir dominando sus comunidades sin sufrir cambios. Pero, como ocurre habitualmente con las élites atrincheradas, se oponían al cambio político, que sabían que sólo se podía producir a sus expensas. Y desde luego tenían razón en temerlo, teniendo en cuenta que los nuevos y emergentes elementos de clase media de la sociedad no podían ganar una participación sustancial en el poder político excepto a expensas del tradicional poder aristocrático.

Fue la oposición de estas élites atrincheradas al

cambio político lo que obligó a aquéllos decididos a forzar el cambio a reunirse alrededor de líderes poderosos que, al ocupar el poder supremo autocrático, podían romper el monopolio de las élites atrincheradas y facilitar los cambios que se necesitaban. El proceso difiere de lugar en lugar, y no se puede concluir que todos los tiranos intentasen implantar reformas; pero en todas partes, incluso donde los tiranos surgieron de un largo conflicto interno de la aristocracia como en Mitilene, la consecuencia fue un debilitamiento considerable de las aristocracias tradicionales. Fueran cuales fuesen sus objetivos y ambiciones personales, los tiranos se vieron necesariamente amenazados por los aristócratas tradicionales que se oponían a su poder autocrático, y se vieron obligados a debilitar a los aristócratas con el objetivo de seguir aferrados al poder.

Herodoto relata una famosa historia sobre este tema. El tirano de Corinto Periandro, sintiendo que su control del poder era demasiado débil para sentirse cómodo, envió un mensajero a su amigo el tirano Trasíbulo de Mileto para buscar consejo sobre la mejor forma de fortalecer su control del poder. Trasíbulo, en lugar de responder a la pregunta del enviado, se lo llevó a dar un paseo por los alrededores de la ciudad de Mileto. Durante la caminata, Trasíbulo interrogó profundamente al enviado sobre las condiciones en Corintio y, para

sorpresa del mensajero, utilizaba el bastón para cortar la parte superior de las espigas de grano más altas mientras atravesaban los campos de trigo. Finalmente regresaron a Mileto y Trasíbulo envió de vuelta a Corinto al mensajero de Periandro sin ofrecerle ningún consejo verbal. Sin embargo, cuando Periandro escuchó con detalle el relato del comportamiento de Trasíbulo de boca de su enviado, captó enseguida el significado de la forma de actuar del tirano de Mileto: al cortar las espigas de grano más altas, Trasíbulo estaba aconsejando a Periandro que se librara de los hombres más prominentes —en el sentido de más ricos y con mayor influencia— de Corinto, porque esos eran los hombres que podían amenazar su poder. Y esto es de hecho lo que hicieron no sólo Periandro y Trasíbulo sino la mayoría de los tiranos. Los aristócratas y otros hombres prominentes fueron exiliados o asesinados, y la mayor parte o a veces la totalidad de sus propiedades fueron confiscadas y distribuidas entre los que apoyaban al tirano —habitualmente hombres más pobres— o utilizadas con otros propósitos.

Los cambios que ocurrieron en el mundo griego, como podemos ver con el beneficio de la perspectiva del tiempo, marcaban la tendencia al crecimiento en el número, la riqueza relativa y la importancia política de lo que he llamado, a falta de un término mejor, la nueva «clase media» de agricultores independientes, artesanos

y mercaderes, aunque también se produjo un crecimiento significativo de nuevos ricos. Tanto los nuevos ricos como la «clase media» se oponían al control exclusivo del poder político por parte de los aristócratas e intentaban quebrar este monopolio.

Además, se estaba produciendo un proceso de formación estatal: las comunidades pequeñas, mal articuladas y con frecuencia bastante dispersas de los primeros tiempos estaban dando lugar a comunidades más grandes, más estrechamente estructuradas y urbanizadas que empezaron a establecer una idea de ciudadanía y sistemas de gobierno de manera que podemos empezar a llamar a estas comunidades «estados». El proceso fue desigual, y realmente no consiguió prosperar en la Grecia central y del norte, pero en las regiones más desarrolladas del sur y el este de Grecia, y en las colonias, de la misma forma que la urbanización y el crecimiento económico creó *poleis* (ciudades), los cambios políticos que acabo de mencionar convirtieron a estas ciudades en ciudades-estado. Aquí de nuevo las aristocracias atrincheradas, con su resistencia a una autoridad central y la insistencia en el poder más o menos independiente de su propio *oikoi* (familias, propiedades), también entorpecían el camino. Tanto para facilitar el desarrollo ulterior de la «clase media» y de nuevas élites, como para permitir el proceso de centralización, unificación y

elaboración de estructuras de gobierno, había que debilitar a las antiguas aristocracias.

Y este es el papel que jugaron los tiranos, ya fuera como reformadores deliberados que tenían cierto control sobre lo que estaba ocurriendo, o ya fuera incidentalmente como simples detentadores del poder que ayudaron a introducir los cambios necesarios por puro accidente. Por supuesto, en cuanto la aristocracia se vio debilitada y/o se hubieron introducido reformas importantes, la emergente «clase media» y las nuevas élites ya no tuvieron más necesidad de los tiranos; y, en consecuencia, resultó raro que el gobierno tiránico perdurase en cualquier comunidad como mucho unas pocas décadas antes de ser derrocado.

La Grecia que surgió de la «era de los tiranos» ya no era una Grecia de comunidades pobres, dispersas y desunidas, dominadas por aristocracias atrincheradas, sino que en su lugar —al menos en las regiones más desarrolladas que se acaban de mencionar— aparecían unas regiones de ciudades-estado estrechamente unificadas en las que la participación política (ciudadanía) se había extendido por la escala social hacia un amplio segmento medio de miles de agricultores y mercaderes. Estos griegos de las ciudades-estado estaban orgullosos de su ciudadanía, siendo participantes altamente patrióticos y activos en el proceso de gobierno de sus estados. Habían

desarrollado códigos de leyes escritas, disponibles para que las pudieran leer todos los ciudadanos alfabetizados; y la alfabetización se había convertido en una cualidad valiosa en todo ciudadano que se respetase, que no quería que nadie le pudiera mirar por encima del hombro. Habían desarrollado sistemas de gobierno bien definidos: magistrados anuales para que gestionasen el día a día de la comunidad, consejos de estado para controlar a los magistrados y para asegurarse que no sobrepasasen su autoridad, y asambleas públicas en las que la masa de los ciudadanos podía expresar sus preocupaciones y sus opiniones. Habían desarrollado un sistema militar nuevo, basado en milicias ciudadanas autoequipadas y automotivadas. Y como estas milicias y su forma de hacer la guerra eran cruciales para permitir que estas «clases medias» tuvieran la presencia y el poder para conquistar y mantener su papel político en las ciudades-estado, y para proporcionar la fuerza disciplinada y motivada necesaria para oponerse al poder del Imperio persa, vamos a analizar con mayor detenimiento este nuevo estilo de hacer la guerra y cómo fue posible su aparición.

LA NUEVA FORMA HOPLITA DE HACER LA GUERRA

La forma de hacer la guerra descrita en la épica militar de Homero y el estilo de hacer la guerra descrito con considerable detalle en los historiadores

del siglo V, Herodoto y (en especial) Tucídides son fundamentalmente diferentes, y las diferencias son un reflejo de los principales cambios económicos, sociales y políticos. La guerra homérica es un estilo de guerra aristocrático. Aunque la *Iliada* describe ejércitos masivos de griegos y troyanos combatiendo en batallas campales, queda claro que la mayor parte de los soldados en estos ejércitos tienen muy poca importancia real. Se hace una distinción clara entre los «combatientes de vanguardia» y las masas de soldados de apoyo, y resulta evidente que la base de esta distinción es el equipo. Los «combatientes de vanguardia» vestían yelmo de bronce, coraza y grebas (protectores de las espinillas), y llevaban un gran escudo de madera cubierta con capas de cuero de buey. Este equipo defensivo les permitía colocarse en el frente de batalla y enfrentarse a los guerreros enemigos con confianza: el arma habitual era una lanza corta que se podía usar tanto para empujar como para lanzar, aunque la espada era un importante arma de apoyo. Además, los guerreros principales eran propietarios de carros tirados por grupos de dos o cuatro caballos, en los que iban hacia la batalla y volvían de ella, y les permitía moverse por el campo de batalla de un punto de combate a otro, de una forma notablemente similar a los carros británicos descritos en los libros 4 y 5 de *La guerra de las Galias* de César.

El coste de todo este equipo era muy alto: el coste de una panoplia sencilla de armadura se estimaba en el valor de nueve bueyes (*Iliada* 6.234-6.236), lo que significaba que sólo los hombres ricos se podían permitir equiparse con esta armadura. Y la cría de caballos durante toda la historia de Grecia fue una afición que sólo se pudieron permitir los realmente muy ricos. La mayoría de los soldados, equipados y blindados de forma mucho más ligera, se quedaban detrás y apoyaban a sus líderes aristocráticos, «combatientes de vanguardia», con toda una serie de armas arrojadizas —arcos y flechas, hondas, piedras— y avanzaban para ofrecer su apoyo sólo cuando los aristócratas habían matado o expulsado del campo a los «combatientes de vanguardia» enemigos y estaban presionando sobre las filas enemigas.

Bajo estas circunstancias, las batallas eran asuntos esporádicos, desestructurados y desorganizados. Los ejércitos tenían poco orden o disciplina. Los «combatientes de vanguardia» aristocráticos se retaban individualmente a través de la «tierra de nadie» y se enzarzaban en duelos, mientras que sus séquitos de compañeros y soldados ordinarios les daban apoyo con sus misiles y gritos. Los soldados avanzaban o retrocedían según los cambios en la fortuna de la batalla. A veces grupos de guerreros abandonaban las filas para descansar; otras veces se reunían en filas

apretadas para apoyar a su líder enzarzado en un duelo o que intentaba quitar el equipo a un enemigo que había matado. Los aristócratas se movían libremente por el campo de batalla, buscando a oponentes dignos, alejándose de cualquier confrontación que pudiera parecer peligrosa, o lanzándose hacia cualquier combate que pareciera prometedor. La victoria y la derrota venían realmente determinadas por la muerte o la retirada de los líderes clave, de manera que el resto de los soldados avanzaba o se retiraba según el éxito o el fracaso de sus líderes.

La batalla era, en esencia, un medio para que los líderes aristocráticos pudieran afirmar su posición en sus propias comunidades, aumentaran su honor, y probaran su «excelencia» (*aristeia*) a costa de los líderes enemigos o en comparación con los campeones aliados. No es necesario decir que sociedades que conducían la guerra de esta forma no podían tener la más mínima esperanza de resistir frente a los ejércitos grandes, altamente organizados y bien equipados y disciplinados de un imperio como el de los persas. Y vale la pena señalar que aquellas partes de Grecia que no desarrollaron ciudades-estado y todos los cambios políticos y militares que las acompañaron —el norte y el centro de Grecia, es decir, donde las comunidades siguieron poco organizadas y dominadas por la aristocracia— se rindieron ante los persas sin luchar

cuando se produjo la gran invasión.

Sin embargo, en el sur y el este de Grecia, los cambios económicos y sociales del siglo VII condujeron a una forma fundamentalmente diferente de conducir la guerra. Tres elementos cruciales hicieron posible los cambios: el desarrollo de nuevas armas que eran más adecuadas a un estilo de hacer la guerra más disciplinado y colectivo; el comercio con los metales del este y del oeste que provocó que los objetos de metal estuvieran mucho más fácilmente disponibles en Grecia y, en consecuencia, fueran significativamente más baratos de adquirir; y la aparición de la próspera «clase media» que estaba lo suficientemente acomodada para poderse permitir un equipo militar y tenía la suficiente participación en la sociedad para desplegar la voluntad de jugarse la vida por el bien común. Aunque sin duda la coraza de bronce o corselete se desarrolló y abarató en este período del siglo VII, los cambios cruciales en el equipamiento fueron la aparición de nuevos escudos, yelmos y lanzas.

Poco después de 700, el «escudo argivo» —llamado así posiblemente porque fue inventado en Argos— se empezó a extender como el escudo favorito de los guerreros griegos. Mientras que el homérico escudo de cuero de buey se sostenía mediante un agarre central y una correa alrededor del cuello, y ofrecía sólo una protección limitada contra lanzadas fuertes, el nuevo

escudo era más pesado y fuerte, y se sostenía por un nuevo tipo de agarre. El escudo argivo estaba construido con un núcleo de madera sólida fuertemente reforzada con bronce: como mínimo un borde y un umbo central de bronce, pero con mayor frecuencia la parte frontal estaba completamente recubierta de bronce. Perfectamente redondo y de aproximadamente un metro de diámetro, este escudo de madera y metal era demasiado pesado y difícil de manejar para manipularlo con un agarre central o llevarlo colgado con una correa alrededor del cuello. En su lugar se debía sostener con un agarre doble: en el centro de la cara interior del escudo se encontraba una banda de metal (llamada *porpax*) por la que se pasaba el brazo izquierdo hasta el codo; y en el borde del escudo se encontraba un asa para la mano llamado *antilabe*. Al sostener el escudo con este doble agarre, el brazo izquierdo quedaba totalmente ocupado; pero el escudo era lo suficientemente fuerte para ofrecer una protección excelente contra cualquier arma arrojadiza e incluso contra lanzazos muy fuertes. Pero aun así el peso era un desafío para el brazo izquierdo, de manera que el escudo tenía una forma muy cóncava que permitía colocar el hombro izquierdo dentro del hueco del escudo y descansar el borde sobre él, y de esta manera se podía llevar la mayor parte del peso sobre el hombro. Como el brazo izquierdo sostenía el escudo

desde su centro hasta el borde derecho, casi la mitad del escudo sobresalía a la izquierda del guerrero, inútil para el portador del escudo pero ofreciendo protección al hombre que estuviera pegado a su lado izquierdo. Fue esta característica la que animó a los guerreros griegos a desarrollar una formación (la falange) que implicaba a miles de hombres que formaban juntos en líneas rectas con los escudos sobreponiéndose, como veremos más adelante.

En este mismo período, después de 700, un nuevo tipo de yelmo, el llamado casco corintio, se volvió cada vez más popular hasta que se convirtió en el yelmo habitual de la infantería pesada griega. Este yelmo, batido a partir de una sola lámina de bronce, cubría toda la cabeza a partir del cuello, incluyendo la mayor parte de la cara. Ciertos cortes creaban los agujeros para los ojos y dejaban libres la boca y los agujeros de la nariz. Un gorro de fieltro y/o cuero o una tela de fieltro era necesaria para proteger el interior del casco. Cuando se ponía sobre la cabeza ofrecía una protección de primera clase para toda la cabeza contra cualquier tipo de arma. Pero por otro lado, limitaba la visión que se reducía directamente al frente y amortiguaba considerablemente la audición. Por eso, normalmente lo llevan levantado sobre la coronilla hasta momentos antes de la batalla, cuando se bajaba para cubrir la cabeza y la cara como prácticamente lo último que

hacía un guerrero antes de enfrentarse al enemigo. Finalmente, en oposición a la lanza homérica que, como servía tanto para lanzarla como para golpear con ella, debía ser relativamente ligera, se adoptó una lanza larga y pesada que sería exclusivamente para golpear. Fabricada habitualmente en madera de cornejo, la lanza tenía más de dos metros de largo. Disponía de una hoja de metal que podía medir hasta treinta centímetros de largo y una pesada pica en el otro extremo que servía como contrapeso, diseñada en parte para mantener en equilibrio la punta de la lanza cerca de su extremo opuesto, y en parte para permitir que incluso una lanza rota se pudiera utilizar como arma.

Junto con estos tres elementos, el infante pesado griego completamente armado u hoplita, llevaba grebas de bronce sobre las espinillas, desde los tobillos hasta las rodillas; una coraza de bronce que cubría todo el torso (aunque después de 550 los corseletes fabricados en materiales más ligeros se volvieron más populares, puesto que el escudo ofrecía una protección tan excelente para el torso); y llevaba, como arma secundaria, una espada corta pero muy afilada, habitualmente de poco más o menos cuarenta y cinco centímetros de largo. Equipado de esta forma, con grebas, coraza, yelmo, escudo, lanza y espada, el hoplita griego llevaba sobre su persona alrededor de treinta kilos de equipo. La armadura y el escudo

limitaban de forma importante su movilidad, haciéndolo relativamente lento y pesado; y el casco le reducía grandemente la visión y la audición. Para compensar estos inconvenientes, el guerrero equipado de esta forma era hasta cierto punto bastante invulnerable a recibir daños de un ataque frontal. Cara a cara con un guerrero con un equipo más ligero, podía rechazar con facilidad los golpes del enemigo, parándolos con el escudo o con el yelmo, y un golpe con la lanza pesada—ya fuera por encima o por debajo del brazo— podía producir un daño considerable.

Es posible que esta panoplia, que encontramos por primera vez completa poco después de 700, fuera desarrollada para los guerreros aristocráticos y sus duelos: dos campeones enfrentados y embutidos en esta armadura podrían haber mantenido un duelo muy satisfactorio y con frecuencia con una amenaza muy limitada a la vida de ambos. Sin embargo, muy pronto debió quedar claro que un hombre con armamento ligero enfrentado a semejante hoplita en solitario, podía fácilmente deslizarse a su alrededor, sortear el escudo y escabullirse fuera de su ángulo de visión, derribándolo desde un lado o desde la espalda con una cuchillada o con cualquier otro arma aplicada al cuello o a los muslos.

En consecuencia, visto como equipamiento para guerreros individuales que operasen al estilo homérico,

la panoplia hoplita era de utilidad limitada. Semejante guerrero necesitaba tener un grupo de compañeros protegiendo sus flancos y retaguardia con el objetivo de sobrevivir contra soldados más móviles. Sin embargo, miles de guerreros equipados con esta panoplia y operando juntos de una forma disciplinada, ofrecían una oportunidad interesante. Pero antes de poder aprovechar esta oportunidad, fue necesario que un millar de hombres en al menos un estado griego pudieran adquirir esta panoplia. Esto fue posible gracias al menor coste de los objetos de metal como consecuencia del desarrollo de las redes comerciales griegas y de la especialización económica griega, en este caso en la metalurgia; y gracias al crecimiento de la «clase media» de pequeños agricultores y mercaderes prósperos a los que me he referido más arriba, hombres que tenían suficiente riqueza excedentaria para permitirse comprar un equipo para ellos mismos. Porque los guerreros griegos se tenían que equipar ellos mismos: ningún estado griego ni ningún líder griego tenían los recursos para equipar a miles de guerreros a sus expensas. Sin embargo, como el estatus marcial y el equipamiento militar estaban estrechamente relacionados, y como un estatus marcial más alto y mayor valentía conferían mayores honores y estatus en la comunidad, los pequeños agricultores y mercaderes que se lo podían permitir se equiparon con

la nueva armadura y el nuevo armamento. Dotados con el mejor equipo militar, estos hombre podían y de hecho empezaron a pedir mayor voz en la vida política de sus comunidades, y resulta bastante plausible que se haya sugerido que estos hombres recién equipados con la panoplia hoplita constituyeron un elemento crucial al apoyar la ascensión de al menos algunos de los primeros tiranos. A largo plazo, se puede argumentar legítimamente que en las ciudades-estado griegas el desarrollo de la ciudadanía y de la propiedad del armamento fueron de la mano.

Sin embargo, en términos militares, miles de hombres con armadura hoplita seguían siendo una masa indisciplinada, y seguirían siendo una masa tan caótica hasta que alguien encontrase una organización táctica y un sentido de la disciplina que pudiera crear un orden e hiciera más efectivos a los guerreros. No se sabe cómo ocurrió exactamente, y su proceso de adopción debió ser lento e irregular, pero se creó un nuevo orden táctico que convirtió a estos hoplitas griegos en una unidad altamente disciplinada y efectiva en el campo de batalla: la llamada formación en falange. Una falange hoplita en su forma completamente desarrollada, como la encontramos en las batallas descritas por Herodoto y Tucídides, era una masa rectangular de soldados formados en columnas y filas precisas de hombres. Como una formación similar aparece representada en un

vaso corintio pintado de mediados del siglo VII, conocido como Vaso Chigi, podemos deducir que esta formación táctica fue inventada poco antes de 650 a.C. Las claves de la formación eran la parte izquierda del escudo argivo que sobresalía, proporcionando cobertura a un hombre que se encontrase a la izquierda del hombre que llevaba el escudo, y la naturaleza del terreno griego.

Cuando miles de hombres formaban en filas precisas, una detrás de la otra, de manera que los hombres en las filas sucesivas se encontraban con precisión detrás de un hombre en la fila delantera —formando columnas de hombres uno detrás del otro, a la vez que filas de hombres uno al lado del otro— el resultado fue una unidad organizada de soldados que presentaba un muro de escudos sin fisuras al enemigo que tenía delante, puesto que cada hombre en la línea de vanguardia sólo estaba protegido por su propio escudo sino también, en su lado derecho, por la porción que se proyectaba del escudo del hombre a su derecha. Los escudos, y el resto de la armadura, y las filas sucesivas de hombres dispuestos a dar un paso adelante y rellenar cualquier hueco en la línea de vanguardia, significaba que una falange de hoplitas era extremadamente difícil de vencer siempre que no se la pudiera flanquear y su retaguardia permaneciera segura. Y como el terreno griego consiste básicamente en llanuras pequeñas y

estrechas separadas entre ellas por barreras montañosas y brazos de mar, y cortadas por barrancos, resultaba bastante fácil formar una falange, sin importar su tamaño, en un lugar en el que hubiera tanto un terreno llano para luchar, como barreras naturales a ambos lados que protegiesen sus flancos vulnerables.

Varios miles de hombres equipados como hoplitas y formados en falange podían resistir prácticamente en cualquier punto de Grecia, siempre que escogiesen el terreno adecuado; y mientras resistieran con firmeza eran prácticamente invencibles, excepto por otra falange de hoplitas mucho más disciplinados. Este tipo de guerra no proporcionaba la oportunidad para ningún tipo de heroicidades individuales ni para la épica de la guerra homérica. En su lugar se basaba en la solidaridad comunitaria, en una disciplina de hierro y en el coraje obstinado de mantener el terreno bajo presión, más que en el valor brillante de dos campeones en pleno duelo. Se trataba de una forma de hacer la guerra intrínsecamente igualitaria, puesto que cada guerrero hoplita tenía más o menos el mismo valor, y cada uno de ellos tenía la misma tarea: mantener la posición en la fila y en la columna de manera que la formación se mantuviera intacta. Era la formación ideal para la «clase media» de griegos independientes de las ciudades-estado: expresaba perfectamente su sentido de pertenencia y de compromiso con su comunidad y todo

lo que representaba, y su voluntad como miembros activos de sus comunidades a levantarse en defensa de la *polis*. Cuando dos de estas falanges se encontraban en la batalla, el combate era esencialmente un pulso de empujones cuando las dos líneas de vanguardia se encontraban y presionaban los escudos los unos contra los otros, y literalmente intentaban empujar al enemigo hacia atrás. Evidentemente se intentaban lanzazos por encima o por debajo del escudo enemigo, pero eran de una efectividad limitada porque sabemos que las bajas en la mayoría de las batallas hoplitas fueron reducidas: los guerreros iban demasiado bien protegidos para ser vulnerables. Por otro lado, si una falange hoplita en el terreno adecuado se enfrentaba a una fuerza con un equipo más ligero, lo más sencillo era que pasase como un rodillo por encima y a través de esa fuerza más ligera; y las cargas de caballería eran inútiles contra una falange hoplita siempre que se produjeran de frente (no desde un lado) y mientras la falange mantuviera el terreno. Enfrentados al extenso muro de escudos sin fisuras, los caballos sencillamente rehusaban y se negaban a cargar directamente contra un obstáculo que no veían forma de superar o atravesar.

Resulta evidente que la formación en falange debió ser inventada e introducida por algún reformador. Formar una unidad disciplinada de filas y columnas precisas, y avanzar hacia el combate en semejanza

formación es una actividad totalmente artificial. Los hombres no se alinean de forma natural entre ellos formando líneas precisas, o forman filas disciplinadas, como demuestra a primera vista cualquier multitud. Alguien tuvo que imponer este orden, de la misma forma que cualquier otra innovación artificial en la táctica militar a lo largo de la historia ha sido la obra de un reformador: por ejemplo, la formación en cohorte en la táctica militar romana fue impuesta por Cayo Mario, y la instrucción y las formaciones de la guerra moderna fueron inventadas e impuestas a finales del siglo XVI y principios del siglo XVII por generales como Mauricio de Nassau y Gustavo Adolfo. En la Grecia del siglo IV a.C. sabemos que la nueva falange de sarisas de los macedonios fue inventada e impuesta por el rey Filipo II. Un reformador militar tan destacado e inventivo debió encontrarse tras la primera falange hoplita en la historia griega, pero no sabemos quién fue, ni cuándo ni dónde estableció este sistema militar que tuvo tanto éxito.

Como suposición resulta posible que uno de los primeros tiranos fuera el responsable, quizá Fidón de Argos o Cípselo de Corinto, porque dos de las piezas principales del equipo hoplita —el escudo y el yelmo— están asociados con estas ciudades.

Fuera quien fuese el que creó la falange hoplita, fue un éxito extraordinario, y a mediados del siglo VI era la

formación militar dominante en la forma de hacer la guerra griega, y lo siguió siendo durante dos siglos hasta el nuevo sistema militar de los grandes reyes macedonios Filipo II y Alejandro Magno. Además de su rápida popularidad y éxito en las guerras griegas propiamente dichas, la excelencia del sistema hoplita de táctica militar está comprobada por la popularidad de los hoplitas griegos como mercenarios fuera de Grecia. Los faraones egipcios Neco II y Psamético II a finales del siglo VII y principios del siglo VI ya emplearon a numerosos hoplitas griegos en sus ejércitos, y a mediados del siglo VI el faraón Ahmosis se apoyaba en alrededor de 30.000 hoplitas griegos como núcleo de su ejército. También se sabe que el gran gobernante babilonio Nabucodonosor empleó a mercenarios griegos durante sus campañas palestinas en la década de 580.

En consecuencia, a mediados del siglo VI, cuando el poder persa empezó a extender su dominio en el Oriente Medio y Cercano, el sur y el este de Grecia eran el hogar de docenas de ciudades-estado independientes y que competían entre ellas y se encontraban en pleno florecimiento político, económico, militar y cultural. Políticamente, estas ciudades-estado se apoyaban en una numerosa «clase media» de ciudadanos que disfrutaban de un nivel limitado pero importante de participación política en su propio gobierno:

magistrados y consejos de estado se siguieron reclutando entre las aristocracias tradicionales, aunque con una participación creciente de las familias recientemente enriquecidas, pero en cierto sentido eran nombrados y responsables ante la ciudadanía general, que expresaban sus preocupaciones y opiniones en reuniones públicas más o menos regulares.

Desde el punto de vista económico, los griegos se habían desarrollado más allá de cualquier reconocimiento desde sus inicios de agricultura y ganadería de subsistencia en los siglos IX y VIII. Especializados en cultivos comerciales que hacían la agricultura mucho más productiva y rentable, los mecanismos de intercambio y las redes comerciales permitieron que los griegos pudieran disponer de sus cosechas comerciales con facilidad y rentabilidad, y abastecer sus variadas necesidades con bienes importados, comprados con los beneficios de sus cultivos industriales. Navegantes y mercaderes griegos llenaron las cuencas del Mediterráneo y del mar Negro, rivalizando y en algunas regiones y en algunos aspectos suplantando a los fenicios como los grandes intermediarios en el comercio este-oeste y norte-sur en estos mares, y alimentando así un crecimiento económico sostenido. Y una clase de artesanos próspera y cada vez más numerosa producía objetos en metal, cerámica, madera y cuero. Estos bienes no sólo

satisficían un apetito creciente por dichos productos entre la propia población de las tierras griegas, cada vez más grande y acomodada, sino que también se volvieron cada vez más populares entre las poblaciones no griegas del este y del oeste, del norte y del sur, gracias a la habilidad creciente de los artesanos griegos y la calidad de sus productos. Desde el punto de vista militar, como acabamos de ver, la clase media griega había formado la columna vertebral de una nueva e igualitaria milicia ciudadana que era —en su equipo, formación táctica y disciplina— de primerísima calidad; y, como consecuencia, los soldados griegos eran cada vez más buscados como mercenarios. Su estatus como soldados autoequipados y fuertemente armados de una milicia ciudadana fue crucial para la participación política de estas clases medias griegas en sus propias ciudades-estado.

DESARROLLO CULTURAL

Sin embargo, aún tenemos que echar un vistazo al desarrollo cultural de los griegos, aunque empezamos esta visión general con una reflexión sobre cómo consideraban los griegos a dos gigantes culturales: Homero y Hesiodo. Aunque muchos poetas griegos siguieron escribiendo poesía épica después de Hesiodo, poca de ella ha sobrevivido y la opinión general sobre su valor literario, con la excepción de unos pocos de los llamados «Himnos Homéricos», ha

sido muy crítica. La cultura poética griega se alejó fie la composición épica hacia la creación de una poesía lírica de menor extensión. Vale la pena resaltar que la palabra «lírica» debe entenderse en su sentido literal: los poemas escritos en esta época (los siglos VII y VI) eran las letras de canciones que se solían cantar con el acompañamiento de una lira (un instrumento de cuerda, una especie de guitarra antigua) o de un instrumento de viento llamado *nulos* que, aunque se traduce habitualmente como «flauta», era en realidad una especie de flauta doble con doble lengüeta, como si una persona estuviera tocando al mismo tiempo dos flautas dulces o flautines. En consecuencia, los poetas de esta época se pueden comparar no tanto con los poetas literarios modernos como T. S. Eliot o Alien Ginsberg, sino más bien con autores de canciones como Bob Dylan o Joni Mitchell. La música escrita por estos primeros poetas griegos desgraciadamente no ha sobrevivido; pero siempre debemos recordar que su poesía era cantada, y que su fama se extendió por todo el mundo griego gracias a los intérpretes musicales y no porque sus poemas fueron leídos de una página escrita.

El primero de estos nuevos cantantes/poetas cuyo nombre y fama ha sobrevivido fue Arquíloco de Paros, que vivió en la primera mitad del siglo VII y escribió canciones sobre sus experiencias en el amor, en la amistad y en la guerra desde un punto de vista

decididamente individual y a veces controvertido. Esto no quiere decir que los poemas que han sobrevivido sean literalmente autobiográficos, como tampoco lo son siempre y completamente autobiográficas las canciones de los letristas actuales. Pero sus canciones reflejan sus propias ideas y experiencias de la vida y del mundo, y a partir de ellas podemos comprender el tipo de vida que llevaba Arquíloco, aunque no necesariamente los acontecimientos y las experiencias particulares de su vida.

Después de Arquíloco, otros muchos compositores de canciones siguieron su ejemplo de escribir canciones que reflejasen sus ideas, opiniones y experiencias, y encontraron audiencias entusiastas para su obra. Terpando y Arión de Lesbos fueron famosos por sus innovaciones en la música, pero por aclamación general los más grandes de los nuevos poetas fueron Safo y Alceo de Mitilene en Lesbos, ambos activos a principios del siglo VI; Alemán de Esparta en la segunda mitad del siglo VII; Estesícoro de Himera en Sicilia, muy probablemente un contemporáneo de Alemán aunque más joven; Mimnermo de Colofón e Hiponacte de Éfeso, activos aparentemente a finales del siglo VII y principios del siglo VI; Íbico de Rhegion y Anacreonte de Teos, que escribieron en la segunda mitad del siglo VI; y Simónides de Ceos y Píndaro de Tebas, poetas de finales del siglo VI y principios del

siglo V. Se podrían citar otros muchos nombres — Tirteo, Solón, Teognis, Baquílides y otros muchos— pero la cuestión es que existía una cultura floreciente de letristas populares, cuyas canciones se difundieron rápidamente por el mundo griego, interpretadas en festivales públicos y en fiestas privadas, dando testimonio de una sociedad que apreciaba el fuerte individualismo y que con frecuencia lanzaba una mirada crítica sobre las ideas y las costumbres recibidas.

Por ejemplo, tanto Arquíloco como Alceo transgredieron las convenciones al proclamar que habían tirado sus escudos en batalla, con el objetivo de facilitar su huida cuando sus fuerzas habían sido derrotadas. La opinión común insistía en que era una vergüenza y una desgracia perder el escudo, que el guerrero de verdad mantenía el terreno y conservaba el escudo, encarándose al enemigo, y que prefería la muerte a la huida y la desgracia. Arquíloco proclama descaradamente un punto de vista alternativo:

Un sayo ostenta hoy el brillante escudo
que abandoné a pesar mío junto a un florecido
arbusto.

Pero salvé la vida. ¿Qué me importa ese
escudo?

¡Peor para él! Uno mejor me consigo.

Claramente, la moraleja es que sólo se tiene una vida
y que tirarla por la borda por una cuestión de honor es

una tontería. Las audiencias griegas disfrutaban y cantaban las canciones de Arquíloco, y apreciaban la reflexión que realizaba; pero no cambiaron la opinión común de que era una vergüenza perder el escudo. Se trata de una cultura rara que permite, e incluso desea, escuchar y alabar las críticas a sus valores y creencias más apreciadas, especialmente por parte de individuos que no ejercen ningún puesto de poder o respeto y que no aportan ninguna autoridad más allá de sus opiniones personales. Aun así, esto es lo que ofrecen la mayor parte de los letristas más populares de esta época.

Quizá más sorprendente que el caso de Arquíloco y Alceo minando la noción tradicional del honor militar, porque después de todo eran todos hombres —y en el caso de Alceo, al menos, un aristócrata— es el de la poetisa Safo. Porque Safo, sorprendentemente, era una mujer, cuya voz fue escuchada a pesar de la naturaleza fundamentalmente patriarcal de su sociedad. Safo también cuestionaba la visión marcial prevaleciente sobre el honor y la belleza. En un poema sobre el amor, reivindicaba que todos aquellos que pensaban que la visión más bella que se pudiera tener era un grupo de soldados marchando, o un escuadrón de caballería, o los barcos en el mar, o incluso todos los carros de guerra de Lidia, estaban equivocados: la visión más bella es el rostro de la mujer que se ama, e ilustra esta opinión refiriéndose a la belleza de Helena de Troya,

famosísima y causante de una guerra. Resulta obvio que las personas que consideraban la infantería o la caballería, los barcos de guerra o los carros, como la visión más bella, eran los hombres de su época, hombres griegos de clase alta o media imbuidos de la ética marcial de Homero. Safo no sólo se atreve a meterse con ellos y a rechazar su visión, sino que desaprueba sus ideas desde su misma tradición mitificada y reverenciada: porque, por supuesto, Homero celebró la misma guerra que la belleza fabulosa de Helena había provocado.

En definitiva, estos antiguos autores de canciones componían sus canciones sobre temas cotidianos — asuntos amorosos, peleas, fiestas, viajes, luchas políticas, vida militar— y eran ávidamente escuchados, siendo famosos en su propia época, y reverenciados a lo largo de toda la historia griega posterior. Y quizá el aspecto más destacado de todos ellos es que hablaron completamente con sus propias voces y con su propia autoridad. Hesiodo ya se había atrevido a criticar a la aristocracia de su época, y a expresar sus propias ideas y opiniones, pero se amparaba en la autoridad de las Musas, diosas de la música, que le habían enseñado cómo y qué cantar. En Israel, los profetas y los reformadores religiosos se atrevían a criticar a los gobernantes y las políticas de su época, pero pretendían que no estaban expresando sus ideas, sino la palabra de

Dios. Los líricos arcaicos de Grecia en su mayor parte no presentaron dichas pretensiones: se presentaron a la audiencia tal como eran, hombres y mujeres griegos (además de Safo, estaban Corina y Praxila, por ejemplo) al igual que sus oyentes, a los que valía la pena escuchar sencillamente por lo que tenían que decir como miembros de una sociedad libre en la que la voz del individuo tenía derecho a expresarse.

Las canciones de estos poetas tremendamente individualistas fueron un componente integral de la cultura popular de los elementos más adinerados de la sociedad griega. A los griegos les gustaba reunirse cuando podían en grupos de amigos y familiares, para cenar juntos y disfrutar de una velada de convivencia bebiendo vino y entreteniéndose: los llamados *simposio*, literalmente «beber juntos». El entretenimiento en estas fiestas, que eran una parte crucial de la vida social griega —cumpliendo la misma función que ir a un restaurante y después ir a ver una película, un concierto o una obra de teatro, o ir a una fiesta en la vida social moderna—, a veces lo proporcionaban artistas profesionales. Bailarines, músicos, juglares y acróbatas, y otros por el estilo eran contratados por patronos ricos para entretener a sus invitados al *simposio*. Pero casi siempre, y con frecuencia exclusivamente, se esperaba que los invitados se entretuvieran los unos a los otros con una

historia o una discusión sobre los últimos acontecimientos o ideas políticas, o con canciones.

Participantes ambiciosos y con talento es posible que compusiesen canciones propias para interpretarlas en las fiestas, pero con mayor frecuencia (inevitablemente) se cantaban las canciones más populares del momento. Cuando se le pasaba la lira, un invitado podía tañer una canción de Arquíloco o Anacreonte, Safo o Simónides, y de esta manera las canciones se convirtieron en parte integral de la cultura griega y de la conciencia griega. Los griegos de las ciudades-estado, en especial los de clase alta, viajaban frecuentemente por negocios, para asistir a festivales o sencillamente para visitar a «clientes-amigos» (*xenoi*) en otras comunidades, y regresaban con las últimas canciones y los nombres de los poetas más de moda. Y los mismos poetas/compositores de canciones viajaban, en algunos momentos, extensamente: Arión realizó una gira de conciertos muy famosa y de gran éxito por las colonias en Italia y Sicilia, por ejemplo, como nos cuenta Herodoto en su conocido relato; Íbico y Anacreonte se trasladaban de comunidad en comunidad buscando patrocinio; Simónides y Píndaro se podían encontrar por todas partes en Grecia ejerciendo su oficio de compositores de canciones.

Junto con estas interpretaciones esencialmente

privadas, muchas canciones fueron compuestas e interpretadas en acontecimientos públicos. Safo era especialmente famosa por sus canciones nupciales, interpretadas por coros de doncellas y jóvenes en bodas en toda Grecia. Píndaro y Simónides escribieron canciones corales para que las interpretasen coros de hombre jóvenes para alabar a los ganadores atléticos que habían conseguido fama al vencer en uno y otro de los eventos durante los Juegos Olímpicos (o los Juegos Píticos en Delfos, o los juegos Ístmicos o Nemeos). Sobre todo, se trataba de los festivales religiosos de celebración regular, repartidos a lo largo de todo el año griego, en los que los coros de hombres jóvenes (o a veces mujeres jóvenes) cantaban y bailaban en honor de los dioses. Alemán y Estesícoro eran especialmente famosos por sus canciones corales escritas para estos festivales. Y estas canciones corales más grandiosas compartían las mismas características de individualismo e interés en la vida cotidiana como las letras más personales: en una de las famosas «Canciones de la doncella» de Alemán, las muchachas del coro no cantan sólo las historias míticas en honor de los dioses, sino también los chismes de la vida cotidiana: qué muchacha es más bella, quién está enamorado de quién, y cosas por el estilo.

La expresión última de este individualismo griego característico llegó en el siglo VI, con la aparición de

la filosofía racional. Empezando con Tales de Mileto en la década de 580, una serie de pensadores griegos, muchos de ellos procedentes de las ciudades de Jonia en la Grecia oriental (a lo largo de la costa de Asia Menor), se atrevieron a cuestionar las ideas tradicionales de cómo fue creado el mundo y de qué estaba compuesto; qué es la vida y qué son dios o los dioses. Como la mayoría de ellos eran de Jonia, estos filósofos reciben con frecuencia el nombre de racionalistas jonios, un término más útil que «filósofos pre-socráticos» que también se suele utilizar, porque les caracteriza con un elemento clave: son esencialmente racionalistas. Estos hombres no se sintieron satisfechos con las explicaciones religiosas y míticas tradicionales sobre la forma en que funciona el mundo. En lugar de apelar a la autoridad de dios o de los dioses, querían explicar y comprender el mundo en sus propios términos, mediante el uso de su propia razón. Tales observó que la materia tiene tres formas básicas —sólida, líquida y gaseosa; o en sus palabras, tierra, agua y aire— y teorizó que la forma intermedia, líquida, debía ser la más esencial. En consecuencia, también argumentó que toda la vida debía tener sus orígenes en el agua, es decir, en el mar, y que los humanos debían proceder originalmente del mar. Uno de sus discípulos, Anaximandro, reunió datos sobre la forma del mundo y sobre esa base dibujó el primer

mapa conocido del mundo, que grabó en una lámina de bronce.

A finales del siglo VI, Jenófanes de Colofón se atrevió a teorizar sobre los dioses, argumentando que resultaba irracional para los griegos adorar a unos dioses que se parecían y se comportaban como los humanos. Afirmó que semejante antropomorfismo era absurdo, y sugirió que si los caballos y las vacas pudieran pensar y tuvieran manos para esculpir estatuas, concebirían dioses que tendrían el aspecto de caballos y vacas. Jenófanes planteaba en su lugar un dios perfecto, que como epítome de perfección debía ser singular y único, porque el singular es más perfecto que el plural. Este dios único y perfecto debía ser muy diferente de los imperfectos humanos. Como las formas corpóreas están sujetas a cambios y deterioro, dios (siendo perfecto) no podía tener una forma corpórea, sino que debía ser mente pura, la esencia de la razón pura. Esta concepción de dios tendría, por supuesto, una larga historia en la religión de Occidente y el Cercano Oriente: Jenófanes se encuentra al principio de la teología monoteísta, y las tres grandes tradiciones monoteístas de Occidente y Oriente, judaísmo, cristianismo e islam, nombrándolas en orden cronológico, tomaron prestadas muchas de sus ideas, aunque seguramente sin ser conscientes de ello. Sin embargo, a diferencia de los profetas y los teólogos de

dichas religiones, Jenófanes se atrevió a presentar estas ideas como fruto de su razonamiento humano: no reclamaba ningún mandato divino para sus ideas, no pretendía ser el «portavoz de dios».

A finales del siglo VI y principios del siglo V, Heráclito de Éfeso concibió el principio del relativismo. Expresó sus puntos de vista en breves comentarios aforísticos, que escribió en un libro que según la tradición dedicó en el templo de Artemisa en Éfeso. Heráclito observó que no existe una realidad última que podamos conocer porque todas las cosas que observamos están en cambio constante, en flujo constante: todas las cosas fluyen (*panta rhei*), según sus palabras. Por eso el cambio es una característica esencial del mundo, de nuestra realidad: uno no puede bañarse dos veces en el mismo río, según su famosa frase. Y la realidad de cada personas es ligeramente diferente a la de cualquier otra, porque todas las personas perciben la realidad desde su punto de vista propio y único. Cómo concibe cada uno una cosa concreta, y en consecuencia también cómo lo nombra, qué considera que es, depende de su posición en la realidad con respecto a ella: la subida y la bajada son lo mismo, en palabras de Heráclito. Por eso la realidad es relativa, no es un absoluto; la realidad es cambio, no permanencia; los humanos no pueden conocer verdaderamente la realidad, sólo pueden conocer lo que

ellos mismos perciben que es la realidad.

En definitiva, la alta cultura de Grecia, literaria e intelectual, estaba abriendo nuevos caminos, impulsada por el espíritu competitivo y el individualismo que eran tan característicos de los griegos. Al mismo tiempo los griegos estaban construyendo templos monumentales en piedra de una gracia y un sentido de la proporción remarcables, además de tener un gran tamaño y ser impresionantes: el templo de Artemisa en Éfeso que fue considerado una de las maravillas del mundo antiguo; el templo de Hera en Sainos, el templo de Apolo en Dídima, y otros numerosos templos de la península griega y en las colonias occidentales.

Los griegos estaban creando estatuas de hombres y mujeres que anatómicamente eran cada vez más correctas, en su interés por reflejar el ideal físico de la masculinidad y de la joven feminidad. Crearon pinturas de una sensibilidad psicológica única: sólo nos han llegado restos de estas pinturas en las vasijas de lujo que nos dan una idea de lo que era capaz la pintura griega, pero en el arte de un maestro como el famoso Exequias se puede ver que nuestra pérdida, al no tener prácticamente pinturas griegas de gran tamaño de esta época, es muy grande. Sin embargo, un estado griego se situó fuera de esta efervescencia cultural del siglo VI, y también le dio la espalda al desarrollo económico, social y político; aunque lo hizo sin apartarse de la

corriente principal de la vida griega y, aun más, convirtiéndose en uno de los bastiones centrales de la helenidad. Me refiero, por supuesto, a los espartanos, y ninguna visión general de los antiguos griegos en vísperas de las guerras con Persia estaría completa sin una descripción de este estado tan especial y su historia.

Los ESPARTANOS

En los siglos VIII y VII, los espartanos no eran demasiado diferentes de las otras comunidades griegas en desarrollo. La ciudad de Esparta fue fundada probablemente alrededor de principios del siglo VIII, cuando cuatro aldeas situadas en la orilla oriental del río Eurotas se fundieron en una sola comunidad. Una característica muy poco habitual de Esparta se puede explicar por su origen: los espartanos tuvieron a lo largo de toda su historia una monarquía dual, con dos familias reales —los Agíadas y los Euripóntidas— cada una de las cuales proporcionaba simultáneamente un rey. Lo más probable es que éstas fueran las familias dominantes en dos de las aldeas que se unieron para formar Esparta. Desde su ubicación sobre algunas colinas que dominaban el valle del Eurotas, los espartanos controlaban dos de las mejores llanuras agrícolas de la región de Lacedemonia, el rincón sudoriental del Peloponeso. Desde esta posición eran capaces de dominar y controlar estas llanuras, y su

posesión convertía a los espartanos en la comunidad más grandes y poblada de Lacedemonia. En consecuencia, en el tercer cuarto del siglo VIII los espartanos habían conseguido unir y dominar toda Lacedemonia.

Al unificar la región, los espartanos impusieron al resto de los lacedemonios —excepto a la aldea de Amiclai a unos pocos kilómetros al sur de la propia Esparta— uno de los dos estados de subordinación. Los habitantes libres de los otros pueblos y aldeas de ciertas dimensiones siguieron siendo libres, pero quedaron políticamente supeditados a los espartanos, sin voz en el gobierno de la *polis* de los lacedemonios, como los espartanos llamaban a su estado. Estos lacedemonios libres pero políticamente subordinados eran llamados *perioikoi*, que significa «los que viven en los alrededores», es decir, los que vivían alrededor de la propia Esparta, la perspectiva siempre es desde Esparta. La población rural de Lacedemonia y unos pocos pueblos menos favorecidos fueron reducidos a una condición parecida a la esclavitud y semejante a la de los siervos medievales: se les conocía como ilotas. Los ilotas mantenían una vida familiar normal y vivían en sus propias pequeñas comunidades, pero pertenecían a su amos espartanos que eran los propietarios de la tierra que cultivaban, y estaban obligados a pagar la mitad de su producción a los amos espartanos, además

de tener la obligación de desarrollar otras actividades para ellos.

Es necesario señalar que estas poblaciones y situaciones de esclavitud no eran tan inhabituales en la Grecia más antigua. En Creta existían personas en situación de servidumbre llamadas *klarotai*; Argos tenía un grupo de población no libre llamados los *gymnetes* (literalmente, los «desnudos»); y en Tesalia se tienen noticias de una población servil llamada los *penestai*, por poner unos ejemplos. Lo que fue totalmente inusual en Esparta fue la persistencia y la brutalidad de la situación de servidumbre de los ilotas.

Aunque al unir de esta forma a toda Lacedemonia los espartanos habían creado uno de los estados más grandes en Grecia, no estaban satisfechos. En el último cuarto del siglo VIII, los espartanos empezaron a invadir y a intentar subordinar las regiones vecinas del Peloponeso hacia el oeste: Mesenia. Los mesemos controlaban algunas de las mejores tierras de cultivo en Grecia, y con parte de la tasa de precipitaciones anuales más altas de Grecia (puesto que los vientos que traen la lluvia a Grecia proceden mayoritariamente del oeste), disponían de condiciones muy favorables para la agricultura. A lo largo de una lucha de 20 años, según el poeta espartano Tirteo que vivió a mediados del siglo VII, los espartanos tuvieron éxito en controlar la mayor parte de Mesenia, reduciendo la gran parte de

los habitantes de Mesenia al estado de ilotas. Los ilotas mesenios, como sus homónimos lacedemonios, no eran propietarios de sus tierras y debían pagar a sus amos espartanos la mitad de todo lo que producían, como afirma Tirteo. Tras una oscura lucha interna en Esparta —en cuyo transcurso un grupo de espartanos fueron expulsados para fundar la colonia de Tarento en el sur de Italia antes del año 700— parece que la mayor parte de la tierra mesenia fue distribuida de forma bastante equitativa entre los espartanos libres, de manera que cada uno de ellos se convirtió en un terrateniente que no necesitaba trabajar para vivir, teniendo unos ingresos amplios procedentes del trabajo de sus ilotas mesenios.

La amargura de los mesenios, reducidos a una situación de esclavitud de subsistencia y explotados por sus amos espartanos, se puede imaginar con facilidad. Durante un tiempo, los espartanos vivieron con bastante comodidad con esta situación. Participaron totalmente en la cultura de los griegos: la cerámica y los objetos de bronce laconios (es decir, espartanos) eran muy apreciados en Grecia e incluso en el área mediterránea, aunque lo más probable es que estos objetos fueran producidos por los *perioikoi* más que por los espartanos en sentido estricto. Dos de los más notables poetas antiguos, Alemán y Tirteo fueron espartanos, y en la poesía de Alemán encontramos una gracia, una alegría, un sentido del goce de la vida que ya no se

encuentran en la Esparta de los siglos VI y V.

Además, los espartanos crearon, al menos para ellos mismos, un sistema político que era de lo más avanzado del desarrollo político griego en la primera mitad del siglo VII. El monopolio del poder y los privilegios de la aristocracia tradicional desaparecieron sin tener que recurrir a un tirano. Las familias aristocráticas aparentemente retuvieron el privilegio de proporcionar los miembros del consejo de estado, la *gerousia* (ancianos), llamados así porque el mínimo de edad para pertenecer a ella eran 60 años. Todos los miembros de la *gerousia* —excepto los dos reyes que eran miembros *ex officio*— eran elegidos por los espartanos ordinarios entre aquellos que eran elegibles; y una vez elegidos su pertenencia era vitalicia. Parece que la *gerousia* dirigió la política espartana y funcionó como una especie de corte suprema. Pero la autoridad suprema en el estado espartano residía en la asamblea de todos los ciudadanos de Esparta, que se reunía a intervalos regulares y votaban sí o no a las propuestas que les presentaba la *gerousia*. En esta época (principios del siglo VII) era un sistema bastante avanzado que anticipaba el gobierno participativo por parte de los ciudadanos, dentro de sus límites, es decir, que sólo agrupaba a los espartanos propiamente dichos, o espartiatas que es como se llamaban a sí mismo el grupo de ciudadanos con plenos derechos.

Sin embargo, hacia el tercer cuarto del siglo VII, los espartanos atravesaron una grave crisis que provocó cambios profundos en su sociedad, que los transformaron en el pueblo duro y militarista que conocemos de las fuentes del siglo V, y se apartaron completamente de todo desarrollo cultural, económico y político posterior en el mundo griego. Esta crisis fue una gran revuelta de los ilotas mesenios en la que los mesenios estuvieron muy cerca de recuperar su independencia. El poeta Tirteo, que vivió durante esta revuelta, sugiere que debieron existir algunos derrotistas en Esparta, dispuestos a ceder el control sobre Mesenia, pero Tirteo espoleó a sus conciudadanos espartanos a no rendirse sino a conservar lo que habían ganado sus abuelos. Al final, los espartanos vencieron y recuperaron el control de toda Mesenia. Como consecuencia de esta revuelta que había estado a punto de tener éxito, los espartanos reformaron su forma de vida con un objetivo en mente: convertirse en los guerreros supremos de manera que pudieran mantener el yugo sobre los ilotas en cualquier circunstancia, y para eso se liberaron de cualquier necesidad de trabajo físico. Para aquellos en el mundo moderno que aún admiran a los espartanos, como hicieron muchos pueblos a lo largo de la historia, vale la pena subrayar en lo que se fundamentaba la «gloriosa» forma de vida espartana: una explotación

despiadada de una clase subordinada conquistada y el rechazo de la necesidad de dedicarse al trabajo productivo. El secreto espartano, y el éxito del mito del legislador Licurgo, que supuestamente creó el sistema espartano de la nada se pierde en la niebla de la prehistoria, de manera que en la actualidad resulta imposible vislumbrar el proceso y la cronología de la autorreforma espartana. Pero podemos ver el resultado del proceso en la descripción de los espartanos y de la forma de vida espartana en los escritos del siglo V y posteriores.

Cada año los espartiatas elegían entre ellos a cinco magistrados llamados *Ephoroi* (éforos o «supervisores»), que jugaron un papel muy importante en el sistema espartano reformado, siendo básicamente los magistrados supremos del estado espartano. Cada año presidían dos ceremonias religiosas: en una, los dos reyes juraban ante los éforos, como representantes de los espartiatas, que gobernarían de acuerdo con la ley, y después los éforos juraban en nombre de los espartiatas que mantendrían a los reyes en su cargo, con todos los privilegios y poderes, siempre que mantuvieran lo que habían jurado. Con esto, los éforos se convertían efectivamente en supervisores y jueces de los reyes. Los reyes eran acompañados por lo menos por dos éforos cuando se ocupaban de asuntos públicos, que les aconsejaban, y los podían acusar si creían que

los reyes no habían estado a la altura que se requería de ellos. Se conoce una serie de estas acusaciones de los siglos V y IV, y algunos reyes fueron depuestos y exiliados como resultado de los juicios.

En la otra ceremonia, los éforos, actuando de nuevo en representación de los espartiatas, declaraban formalmente la guerra a los ilotas. Así, a lo largo de la mayor parte de este largo período de los siglos VI, V y IV el estado espartano estuvo formalmente en guerra con la mayor parte de su propia población: los ilotas superaban en número a los espartiatas por siete a uno o incluso más. El sentido de esta declaración de guerra anual era convertir, jurídica y religiosamente, a los ilotas en enemigos extranjeros a los que, según las reglas de la guerra, se les podía someter a cualquier trato, incluyendo la muerte. Los espartiatas siempre tuvieron miedo de la posibilidad de una revuelta ilota, y utilizaron el terror puro y la brutalidad para mantener sometidos a los ilotas.

La forma de vida espartiatata estaba pensada exclusivamente para producir soldados extraordinarios que estuvieran dispuestos, a la primera señal, para emprender la acción contra los ilotas en defensa de los privilegios espartiatas. Cuando nacía un bebé espartiatata, era inspeccionado por los «ancianos de la tribu» para comprobar su disposición física. Un bebé que mostrase cualquier deformidad o una debilidad

obvia era arrebatado a sus padres y expuesto para que muriera en una colina cercana a Esparta: el estado espartano sólo criaba a niños sanos de los que se podía esperar que crecieran para convertirse en guerreros fuertes o, si eran niñas, madres saludables. Una vez pasada la inspección, el bebé era criado por la madre hasta que cumplía los siete años. Con esa edad, los muchachos espartiatas eran separados de sus hogares y llevados a vivir en cuarteles en los que eran sometidos a la *agoge*, el sistema de entrenamiento espartiatá.

El entrenamiento del muchacho espartiatá le inculcaba dureza, indiferencia al frío, al dolor y al hambre, una disciplina rígida, buena forma física y resistencia, y familiaridad con las armas, la armadura y las tácticas del guerrero hoplita y la falange. El sistema de entrenamiento era extremadamente brutal, y los muchachos eran observados con atención en busca de cualquier signo de debilidad o indisciplina. Cualquier señal podía llevar a que se considerase que el muchacho había fracasado en la *agoge*, en cuyo caso no podría obtener la ciudadanía espartiatá plena al llegar a la edad adulta: durante toda su vida sería considerado un *hypomeion* (un menor). Los chicos espartiatas crecían bajo un estilo de disciplina militar: oficiales especiales estaban a cargo de los muchachos y del entrenamiento; cualquier espartiatá adulto era automáticamente un superior del chico y le podía dar

órdenes; los muchachos mayores, si no había oficiales o adultos presentes, estaban al mando de los más jóvenes; y dentro de las clases de edad de los chicos, los que lo hacían mejor en la *agoge* eran elevados a la categoría de oficiales del resto. Así, siempre había una cadena de mando, y un muchacho espartiatá siempre estaba bajo disciplina. Resulta bastante fácil imaginar todos los rituales de iniciación y las novatadas que debían prevalecer inevitablemente en estos acuartelamientos juveniles, y como eran toleradas, si no fomentadas, como parte del proceso de endurecimiento.

Los muchachos sólo eran alimentados adecuadamente, vestidos con escasez, y se les daba una sola sábana y el derecho a cortar cañas de la orilla del río para hacerse la cama. En consecuencia, casi siempre estaban hambrientos, pasaban frío con frecuencia, e inevitablemente siempre estaban incómodos. Pero se les animaba a completar su alimentación y otras necesidades con el robo de todo lo que pudiesen, con la advertencia de que si los atrapaban serían sometidos a un duro castigo mediante azotes. El objetivo de esto era que, como soldados, tendrían que vivir con frecuencia sobre el terreno en territorio enemigo, forrajeando para obtener suministros y con el peligro de que los matasen si los pillaba el enemigo. De esta manera se les enseñaba de muchachos a robar y a que no los atrapasen. Cada año durante el

festival de Artemisa Ortia, en un templo que se encontraba a las afueras de la ciudad de Esparta, los chicos eran sometidos a un ritual especial de brutalidad. Se disponían quesos en el altar de la diosa y los muchachos mayores formaban armados con palos a lo largo del camino que conducía al altar. Los chicos más jóvenes tenían que «correr el pasillo» para recoger los quesos del altar. El muchacho que conseguía más quesos y, en consecuencia, soportaba mayor castigo, era el vencedor.

A los 18 años, los muchachos finalmente se graduaban de la *agoge* y se convertían en guerreros y ciudadanos espartiatas, si se consideraba que habían completado con éxito la *agoge*. Esta evaluación la expresaban los espartiatas adultos de una forma muy especial. Se requería que para conseguir la plena ciudadanía cada espartiatas fuera miembro de un grupo militar de comida en común, llamado *sysstition* o *phidition*. A lo largo de su vida, excepto que estuviera fuera en servicio oficial o tuviera un permiso especial para ocuparse de un asunto personal u otras cuestiones por el estilo, el hombre espartiatas comía con su grupo de banquete. Estos grupos eran transversales al sistema de clases por edades de la *agoge*, uniendo a espartiatas de diferentes edades y generaciones, y se accedía a la membresía de uno de estos grupos por invitación. Un joven espartiatas que no conseguía que lo invitasen a

ningún grupo de banquete se consideraba que no había actuado adecuadamente durante la *agoge* y se le privaba permanentemente de la ciudadanía espartiatá completa. Como miembro de un grupo, se esperaba que el espartiatá proporcionara una cantidad fijada de alimentos básicos para sus cenas, y la imposibilidad de proporcionar la contribución mensual provocaba la expulsión del grupo y la pérdida de la ciudadanía plena.

Las cenas espartanas eran famosas por su minimalismo. La comida básica de cada velada consistía en una especie de guiso, cuyos ingredientes principales eran alubias, sangre de cerdo y cebada, un basto pan campesino y vino. Nos ha llegado una historia de un hombre de la ciudad de Sibaris en el sur de Italia, famosa por su riqueza y lujo, que visitaba Esparta y fue invitado a cenar con uno de estos grupos. Para sorpresa de sus anfitriones, el sibarita se comió la cena con bastante rapidez. Sin embargo, cuando le preguntaron qué pensaba de la típica cena espartana, contestó que finalmente había comprendido una cuestión que hasta ese momento siempre le había intrigado, es decir, ¿por qué los espartanos no tenían miedo a morir! Con la perspectiva de tener esto para cenar todas las noches, ¿quién iba a tener apego a la vida?

Sin embargo, la graduación de la *agoge* no significaba que un joven espartiatá podía abandonar el cuartel y volver a casa. De los 18 a los 30 años los

espartiatas formaban el «ejército permanente» del estado espartano, viviendo en acuartelamientos bajo disciplina, dispuestos a movilizarse para el servicio activo en cualquier momento. Incluso cuando no había ninguna guerra en marcha —algo raro en la historia espartana— salían de maniobras por Lacedemonia y Mesenia, donde se les animaba a hostigar a cualquier ilota que no pareciera completamente intimidado y servil. De hecho, los muchachos que habían superado la *agoge* como los mejores eran reclutados para una unidad de élite llamada la *kryfjteia* (literalmente, el grupo secreto), cuya tarea era moverse de incógnito por Mesenia, sin dejarse ver y observando a los ilotas. Se sabe que ilotas inusualmente fuertes o de carácter desaparecían misteriosamente: se intuía que la *krypteia* se los había llevado y que nunca más se les volvería a ver. Aterrorizar a los ilotas era una preocupación constante de los espartiatas. Se animaba a los espartiatas adultos a que se casasen jóvenes y empezasen a tener hijos; pero no podían vivir con sus esposas hasta que, a la edad de 30 años, hubieran superado su etapa de servicio activo y pudiesen regresar a casa y emprender una vida hogareña: si eso era posible para hombres que vivían en acuartelamientos en compañía masculina desde los 7 años, y seguían teniendo la obligación de cenar cada noche con sus compañeros de banquete.

En la vida espartana no había lugar para actividades de creatividad cultural, para actividades intelectuales o para cualquier otra actividad de ese tipo. Después de Alemán y Tirteo en el siglo VII, Esparta no volvió a producir otro poeta del que nos hayan llegado noticias; Esparta no produjo dramaturgos o filósofos; no hubo historiadores, arquitectos o escultores espartanos, al menos ninguno de renombre, ninguno durante la época de dominio espartano del siglo VI a principios del siglo IV. Desde el punto de vista cultural, Esparta murió cuando impuso la *agoge*, y el entretenimiento y la vida cultural giraba alrededor de las actividades «masculinas» del ejercicio y del atletismo (en los que sobresalieron los espartanos), la caza y la recitación o el canto de viejos poemas y canciones tradicionales, en especial de Homero y Tirteo. En Esparta no se fomentaba la libertad de palabra o de pensamiento. En su lugar lo que se apreciaba era un rígido conformismo: según la leyenda, el sistema espartano había sido creado por el gran héroe Licurgo y era perfecto. Sin ninguna invención o desviación, no se necesitaba nada nuevo.

Por supuesto, existía algo en lo que los espartanos eran extraordinariamente buenos, lo que no resulta sorprendente porque se pasaban la vida trabajando para ser los mejores en ello: el estilo de guerra hoplita. El principio espartano sobre la guerra es famoso y

popularmente sencillo: conquistar o morir. Cuando un espartano partía a la guerra, su madre o esposa le entregaba el escudo con las palabras: vuelve con él, o sobre él. El significado era (pie volviera victorioso y cargando con el escudo; o muerto y que lo trajesen de vuelta sobre el escudo. Un espartano que fracasaba, que perdía y/o huía, no debía regresar a Esparta de ninguna manera: nadie lo recibiría o le hablaría. En una comunidad griega de ciudades-estado en la que los guerreros hoplitas eran soldados de una milicia ciudadana, que sólo tomaban las armas cuando se presentaba la necesidad, los espartanos sobresalían como profesionales rodeados de aficionados, puesto que los espartanos se dedicaban completamente al entrenamiento como hoplitas. Una anécdota famosa ilustra este hecho.

A principios del siglo IV, el rey espartano Agesilao estaba al mando de un ejército de espartanos y aliados, en el cual los aliados formaban una mayoría aplastante. Viendo esto, los jefes aliados se quejaron ante Agesilao que sólo él tuviera el mando y argumentaron que puesto que ellos, los aliados, proporcionaban la mayor parte de los soldados, ellos debían participar en el mando por turnos. En respuesta, Agesilao reunió una asamblea de todo el ejército y se dirigió a las tropas. Ordenó a todos los hombres que eran alfareros que se sentasen: muchos soldados aliados lo hicieron. Entonces

Agesilao dio la misma orden a todos los hombres que eran carpinteros y herreros, y así toda una lista de formas de ganarse la vida. Finalmente, todos los aliados estaban sentados, sólo los espartanos seguían de pie. Entonces Agesilao preguntó quiénes de los presentes eran soldados, y los espartanos se sentaron. Agesilao se volvió hacia los jefes aliados y les explicó que los espartanos no proporcionaban la mayor parte de los soldados del ejército; proporcionaban los *únicos* soldados del ejército, y por eso los espartanos siempre estaban al mando.

De hecho, desde mediados del siglo VI y durante cerca de 200 años los espartanos no sólo disfrutaron de una reputación de invencibles en el campo de batalla, sino que en realidad nunca habían sido vencidos en una batalla campal, hasta la batalla de Leuctra en 371. En una serie de campañas a lo largo del Peloponeso, los espartanos derrotaron uno a uno y obligaron a cerrar alianzas con Esparta a todas las ciudades y comunidades peloponesias, excepto los argivos. Las alianzas eran invariablemente muy simples en su forma: la ciudad o la comunidad en cuestión se comprometía a tener «los mismos amigos y enemigos que los lacedemonios», es decir, juraban seguir el ejemplo de Esparta en política exterior y en la guerra. De esta forma, a finales del siglo VI, los espartanos habían establecido el dominio sobre todo el Peloponeso, y

podían recurrir a las fuerzas militares de cada estado peloponesio cuando lo desearan para que luchasen a su lado en la guerra. Hubo una excepción: los argivos.

Aunque los espartanos habían derrotado a los argivos en una gran batalla a mediados de siglo, y les habían arrebatado una parte sustancial del territorio argivo — la región llamada Tireatis— en calidad de botín, los espartanos no tuvieron éxito en forzar a los argivos a una alianza. Excepto por eso, su control sobre el Peloponeso era completo a finales de siglo, y esta red de alianzas bajo dominio espartano recibe por parte de los historiadores el nombre de Liga del Peloponeso. Esto resulta un poco confuso porque en realidad no era una liga, sino sólo un sistema para justificar el predominio espartano. La mayor virtud del sistema desde la perspectiva espartana era que, si se rebelaban los ilotas, no podrían recurrir a nadie en todo el Peloponeso en busca de ayuda o alianza, porque todos eran ya aliados de los espartanos. Sin embargo, más allá de esto, el sistema de alianza espartano era la estructura militar más grande en el mundo griego: a través de él, los espartanos podían movilizar con facilidad a más de 20.000 hoplitas cuando los necesitaban, además de los 9.000 espartiatas de esta época y miles de *perioikoi* capaces de servir como hoplitas.

Poco más o menos alrededor de 520, cuando el poder

de Persia se estaba extendiendo en Asia, un nuevo y joven rey subió al trono en la línea agiada de Esparta. Su nombre era Cleómenes y resultó ser un gobernante muy destacado, aunque al final también controvertido. Durante unos treinta años fue claramente la personalidad dominante en Esparta. Casi cada historia que explica Herodoto sobre los espartanos en esta época, de 520 a 490, implica a Cleómenes, y normalmente en un papel dirigente. Lo encontramos por primera vez en 519, cuando aparentemente estaba intentando involucrar a Megara, que se encontraba a las puertas del Peloponeso, en el sistema de alianza de Esparta. Se pusieron en contacto con él enviados de los plateos, en el sur de Beoda, que, bajo presión de los expansionistas tebanos, buscaban la alianza con los espartanos para su protección. Sin embargo, en lugar de aceptarlos como aliados, Cleómenes, quizá por motivos maquiavélicos, aconsejó a los plateos que buscasen la alianza con los atenienses, que estaban mucho más cerca de Platea. Los atenienses aceptaron, iniciando una alianza con los plateos que duraría siglos, pero iniciando también una amarga hostilidad con los poderosos tebanos, que muchos sospechan que era el objetivo de Cleómenes. Entre 510 y alrededor de 506, Cleómenes estuvo profundamente involucrado en los acontecimientos que rodearon el final de la tiranía pisistrátida en Atenas, y el inicio de la democracia

ateniense. Hablaremos con más profundidad de este tema en el capítulo 3, pero con ello se inició una época de hostilidad entre los atenienses y los espartanos, y dentro de Esparta una enemistad entre Cleómenes y su co-rey de la línea euripóntida, Demarato, que resultó ser fatal. En 499 fue de nuevo Cleómenes el que se reunió, y rechazó las peticiones, del líder jonio Aristágoras, cuando buscó la ayuda espartana para la revuelta jonia, como veremos en el capítulo 4. Los intentos de alejar a los espartanos del Peloponeso y de la amenaza de sus ilotas nunca tuvieron éxito en esta época.

El mayor logro de Cleómenes como rey de Esparta estuvo en la guerra contra los argivos en 494. Esparta y Argos eran viejos y perennes rivales y enemigos. Los espartanos habían derrotado decisivamente a los argivos a mediados del siglo VI, y se había firmado una paz tras la victoria espartana. Pero cada pocas décadas los argivos probaban de nuevo fortuna en la guerra contra los espartanos, y en la década de 490 fue Cleómenes, como la personalidad dominante en Esparta, quien tomó el mando contra ellos. En lugar de marchar por tierra a través del territorio de Tegea en Arcadia, o a través de Tireatis en territorio argivo, Cleómenes demostró su inteligencia estratégica al reunir barcos y transportar por mar a su ejército hasta territorio argivo, desembarcando en la costa de la

Argólida, cerca de Nauplión. Esto tomó por sorpresa a los hombres de Argos, que no pudieron impedir el desembarco de Cleómenes; pero condujeron a toda su fuerza hoplita hasta Nauplión y se enfrentaron allí al ejército espartano de Cleómenes. Durante muchos días, los dos ejércitos se prepararon cada mañana para la batalla en un lugar llamado Sepeia, pero ninguna de las dos partes quería tomar la iniciativa de avanzar contra el enemigo. Después de formar durante unas pocas horas en formación de falange, esperando que los argivos hicieran un movimiento, Cleómenes ordenaba a sus hombres que rompieran filas y regresaran al campamento a comer algo. Sin embargo, tras unos cuantos días de esta rutina, se dio cuenta de que los argivos, en cuanto ordenaba a sus trompeteros que hicieran sonar la señal para que sus hombres se fueran a comer, también rompían fila y regresaban a su campamento. Se aprovechó de esta situación ordenando a sus hombres que cuando los trompeteros hicieran sonar el toque para ir a comer, en lugar de romper la formación debían cargar contra los argivos. Al día siguiente, cuando sonó el toque para ir a comer, los argivos bajaron los escudos y se empezaron a dar la vuelta para irse, cuando vieron que la falange espartana avanzaba al ataque. Esto cogió a los argivos por sorpresa y estalló el pánico: los argivos corrieron y Cleómenes ganó una victoria aplastante.

Como ocurría habitualmente en las batallas hoplitas, la mayor parte de los argivos huyeron: dejando caer los escudos, librándose de los yelmos y (quizá) de las grebas, se volvían mucho más ligeros y móviles que sus enemigos que aún llevaban todo el equipo, de manera que los superaban fácilmente en velocidad. De aquí la asociación en el pensamiento griego entre la pérdida del escudo y la derrota, la huida, y por extensión también la cobardía. Sin embargo, en este caso, en vez de correr todo el camino de vuelta a la ciudad de Argos y refugiarse detrás de sus muros, muchos de los argivos en retirada se refugiaron en una cueva sagrada que se encontraba en las cercanías, uno de esos lugares de árboles y matorrales primigenios, bajo la protección de un dios o héroe, que punteaban todo el paisaje griego. Se cuenta que unos 6.000 argivos se refugiaron en esta cueva, y Cleómenes decidió que su victoria fuera decisiva no dejando escapar a estos argivos. Al principio atrajo a muchos argivos para que salieran de la gruta al conocer sus nombres de esclavos capturados y llamándolos con el pretexto de que sus familias habían enviado un rescate por ellos. Todos los que salieron fueron asesinados, pero el resto de los argivos descubrió pronto el truco y dejaron de salir. Cleómenes no quería ofender a la deidad de la gruta, ni tampoco quería dejar allí a los argivos; de manera que ordenó a los ilotas que incendiaran la cueva, dando a los argivos

la alternativa de salir corriendo para que los matasen o quedarse y morir quemados. En consecuencia, la mayoría de los 6.000 argivos murieron y este golpe al potencial humano argivo fue tan devastador que Argos tardó 30 años en recuperarse. Sorprendentemente, a pesar de haber debilitado tan drásticamente a los argivos, Cleómenes no intentó capturar la ciudad de Argos, por lo cual fue acusado por los éforos ante la *gerousia* cuando regresó a casa, pero consiguió que lo declarasen inocente al dar una explicación religiosa a su decisión de no atacar Argos. Los espartanos fueron siempre especialmente escrupulosos con las observancias religiosas.

En definitiva, esta victoria en Sepeia en 494 marcó el punto culminante del éxito de Cleómenes y de su influencia en Esparta. Después de esta batalla, fue la creciente amenaza de Persia lo que empezó a preocupar a los líderes griegos, puesto que Mileto había caído, la revuelta jonia estaba derrotada y los persas volvían visiblemente su atención para expandir su poder hacia la otra orilla del Egeo, hacia Grecia. Como líderes del Peloponeso, la actitud de los espartanos hacia Persia sería de importancia crítica. Si decidían resistir a Persia, las fuerzas que pudieran dirigir harían posible un enfrentamiento con el ejército persa; si decidían someterse, la conquista persa de Grecia sería inevitable. Pero la sumisión no formaba parte del

carácter espartano: al menos su terrible sistema educativo tenía esta virtud, que bajo su influencia los espartanos no se someterían mansamente a nadie sin luchar, y si se llegaba a eso caerían luchando con valentía hasta el final antes que rendirse.

En 491, el rey persa Darío envió embajadores por toda la península griega para pedir la tierra y el agua, los elementos formales de la rendición ante el dominio persa. La mayoría de los estados griegos ofrecieron las prendas, pero los espartanos rechazaron la demanda y tampoco permitieron que sus aliados ofrecieran las suyas. Cuando los atenienses, que habían rechazado someterse, supieron que Egina, su enemiga, había ofrecido la tierra y el agua, aunque era aliada de Esparta, se quejaron ante Esparta, y fue Cleómenes el que recibió la queja. Ahora, bajo la amenaza mucho más grave del poder persa, dejó de lado la hostilidad hacia los atenienses y ordenó que Egina retirase las prendas de rendición ante Persia y que entregasen rehenes a los atenienses para garantizar su buen comportamiento (es decir, en contra de Persia) en el futuro.

Cleómenes estaba acostumbrado a imponer su voluntad en Esparta durante décadas, pero ahora intervino su co-rey Demarato. Los dos hombres habían estado en conflicto con anterioridad, quince años antes por la política hacia Atenas en 506, y ahora resultaba

evidente que Demarato estaba animando a los eginos para que se resistiesen a las demandas de Cleómenes. Cuando Cleómenes visitó Egina en persona, los líderes eginos le dijeron a la cara, según Herodoto, que sólo obedecerían si los dos reyes espartanos daban la orden, lo que dejaba claro que Demarato se encontraba detrás de su negativa. Esto se ha visto a menudo como un conflicto personal entre dos líderes rivales; sin embargo, Cleómenes y Demarato llevaban en ese momento gobernando juntos durante la mayor parte de los últimos veinte años y el único desacuerdo entre ellos del que nos ha llegado noticia se había producido hacía mucho tiempo. Parece mucho más probable que el conflicto fuera político y que al animar a los eginos, Demarato revelase su opinión de que una resistencia directa contra Persia era poco inteligente. Sin embargo, Cleómenes no era de los que se dejaba obstaculizar: a pesar del hecho de que Demarato había sido rey durante tanto tiempo, lanzó sospechas sobre la legitimidad de Demarato, y sobornó al oráculo de Delfos para que negase el nacimiento legítimo de Demarato cuando los espartanos le pidieron consejo.

En consecuencia, Demarato fue depuesto y reemplazado como rey por su primo Leotíquidas. Y acompañado por Leotíquidas, Cleómenes pudo visitar Egina e imponer sus órdenes de rescindir la sumisión a Persia y que entregaran rehenes. Al principio, Demarato

permaneció en Esparta: se encontraba bajo estrecha vigilancia. Pero cuando Leotíquidas se burló de él por la pérdida de su estatus, consiguió escabullirse y huyó a la corte del rey persa, donde se convirtió en consejero para asuntos griegos y más tarde (480) acompañó al rey Jerjes durante su invasión de Grecia. Herodoto, que aparentemente conoció a algunos de los descendientes de Demarato, lo trata con una extraña simpatía; pero analizando los hechos parece claro que Demarato no fue nada más que un traidor a Esparta y a la causa de la libertad griega. En el mejor de los casos quizá le podamos conceder crédito a su creencia de que la sumisión a Persia era el único curso seguro para Esparta y para los griegos.

Sin embargo, el asunto Demarato resultó tener un gran pero. Por el momento, hubo un gran acuerdo entre los atenienses y los espartanos para colaborar en su resistencia al ataque persa, simbolizado en la visita de Cleómenes a Atenas para «enterrar el hacha» y entregar a los rehenes egios en manos atenienses. Pero, poco después, salió a la luz el hecho que Cleómenes había sobornado a la pitia en Delfos, lo que debilitó totalmente su posición en Esparta. Cleómenes se vio forzado a huir, refugiándose en Tesalia, y después en Arcadia en el Peloponeso. En consecuencia, cuando los persas finalmente iniciaron la invasión y desembarcaron en el Ática, Cleómenes no se

encontraba al frente de Esparta, y los espartanos vacilaron sobre qué ayuda enviar y cuándo, como veremos más adelante. Cleómenes mismo fue imitado a regresar a Esparta, pero una vez allí fue repentinamente arrestado por loco y tuvo un final horripilante —y según los informantes de Herodoto— mediante suicidio. Muchos historiadores ponen esto en duda y sospechan que los enemigos de Cleómenes lo quitaron de en medio. Cuando se produjo la gran invasión persa de 480, en consecuencia, fue no Cleómenes sino su medio hermano Leónidas quien dirigió a los espartanos. Mientras tanto, en 490, los atenienses acabaron enfrentándose solos a los persas. Todo este asunto ilustra la fragilidad de la cooperación griega, y la voluntad de los espartanos de apoyar a otros griegos: el destino de líderes individuales podía cambiar radicalmente lo que los espartanos estaban dispuestos a hacer o no.

En definitiva, así era Grecia en vísperas del conflicto persa: una sociedad vibrante y en desarrollo de ciudades-estado y otras comunidades, creciendo económicamente, expandiéndose desde el punto de vista demográfico, dando nuevos pasos adelante en logros políticos y culturales. Pero también una sociedad que seguía siendo profundamente frágil por la desunión endémica que sufría, una desunión entre ciudades rivales y dentro de ellas entre líderes y facciones

rivales. La fortaleza más importante de los griegos radicaba en su sistema militar formado por hoplitas, que se basaba en el compromiso y la disciplina de miles de ciudadanos guerreros griegos que estaban dispuestos, en principio, a salir al campo de batalla y poner su vida en juego para defender su forma de vida libre. Pero ¿realmente serían capaces de hacerlo? Casi todo dependía de lo que decidieran hacer los espartanos, los guerreros hoplitas más diestros y líderes del sistema de alianza más fuerte en Grecia. ¿Presentarían batalla? Los ojos y las esperanzas de todos los griegos que querían evitar la sumisión a Persia se centraban en ellos, pero después de todo, la batalla decisiva no la acabarían librando los espartanos.

CAPÍTULO 2

EL ASCENSO DEL IMPERIO PERSA

Fuera de Irán lo más probable es que muy poca gente sepa que en su momento los persas crearon y gobernaron el imperio más grande y poderoso que había visto el mundo. La fama del Imperio persa se ha visto oscurecido por el imperio de los romanos, que fue más grande y perduró durante más tiempo, y el hecho más conocido sobre el Imperio persa es probablemente el aspecto más bien negativo que fue derrotado y conquistado por Alejandro Magno. Pero entre mediados del siglo VI a.C. y la llegada de Alejandro en 334, el Imperio persa fue durante dos siglos el estado más grande, más rico y más poderoso del mundo antiguo, mucho más grande y poderoso que los imperios anteriores de los egipcios, los babilonios y los asirios. Y a pesar de la insistencia de los griegos en que los persas eran crueles y corruptos, el gobierno persa parece ser que en su conjunto fue bastante suave y justo a ojos de la mayoría de los pueblos sometidos, aunque sólo fuera en comparación con imperios anteriores. En la época en la que el Imperio persa tomó el control de toda Asia occidental, ya existía una larga tradición de imperios en esta parte del mundo, que se remontaban al tercer milenio con gobernantes sumerios como Gudea de Lagash y Sargón de Acad, al Imperio babilonio de

principios del segundo milenio con el gran Hammurabi y otros, y sobre todos, a finales del segundo milenio y —de forma revivida— entre 800 y 612, el poderoso Imperio asirio, el más grande de todos estos imperios antiguos.

Lo más importante es que estos primeros imperios habían acostumbrado a la mayor parte de los pueblos de Asia occidental a ser gobernados por un poder imperial, de manera que la tarea de conquista por parte de los persas fue mucho más sencilla.

En su momento culminante, entre 510 y 480, el Imperio persa era un poder verdaderamente vasto y multiétnico. Cubría toda Asia occidental desde los modernos Pakistán y Afganistán, y las antiguas repúblicas soviética en Asia central (Uzbekistán, Tayikistán y Kirguistán), hasta los mares Egeo y Mediterráneo en el oeste, incluyendo los modernos Turquía, Siria, Líbano e Israel/ Palestina, y se extendía hacia el noreste de África en los modernos Egipto, Libia y Sudán. Básicamente comprendía cuatro grandes zonas culturales/lingüísticas. En su corazón e incluyendo la porción oriental del imperio, se encontraban las tierras ocupadas por diversos pueblos y tribus de lengua irania: los persas mismos y sus vecinos del norte, los medos, y los pueblos partos, bactrianos y sacas que habitaban el resto de los modernos Irán y Afganistán. Estas regiones proporcionaban los

guerreros que daban su poder al imperio, pero existían relativamente pocas ciudades y en general pequeñas, y desde el punto de vista económico y cultural, esta parte del imperio estaba menos «avanzada» que otras zonas.

Al oeste de estos territorios centrales del Imperio se encontraba una gran zona dominada por pueblos semíticos que hablaban una u otra variante del arameo, comprendiendo Mesopotamia (el Irak moderno), Siria y Palestina. La «civilización» urbana en esta zona se remontaba a cerca de tres milenios y era la región que proporcionaba el poder económico al imperio —la rica agricultura de Mesopotamia, las ciudades florecientes de dicha región y de Siria/Palestina, y sus grandes redes comerciales establecidas desde antiguo—, así como la mayor parte de la estructura administrativa que mantenía el imperio en funcionamiento. Fue por esta última razón que el acadio (la lengua tradicional de Babilonia y de su clase burocrática) y el arameo se convirtieron en los idiomas principales de la administración imperial, por delante del persa, que es lo que se podría haber esperado.

También existían dos grandes extensiones hacia el noroeste y el sudoeste, respectivamente. La primera comprendía Anatolia o Asia Menor (la Turquía moderna), una vasta región poblada en la Antigüedad por diferentes grupos étnico/lingüísticos —lidios, carios, licios, pisidios, panfilios, frigios, misios,

bitinios, paflagonios, capadocios, cilicios, armenios, así como los griegos que vivían a lo largo de las costas occidentales y septentrionales— y presentaban una diversidad similar en urbanización, nivel de «civilización», sofisticación económica y otros aspectos. La segunda comprendía Egipto, antigua en civilización e inmensamente rica gracias a la floreciente agricultura del valle del Nilo, con extensiones al sur hacia el Sudán y al oeste hacia Libia. Egipto fue la última de estas grandes zonas en ser conquistada por los persas y la que más resistencia ofreció al poder persa: los egipcios se rebelaron con frecuencia y a menudo con un éxito significativo, aunque temporal. Existen registros de rebeliones a mediados de la década de 480, en la década de 450, y tuvo un éxito especial una a finales del siglo V que propició que Egipto fuera independiente durante algo más de cincuenta años antes de su reconquista en 343. Los egipcios siempre aceptaron mal el gobierno persa, o de hecho cualquier interferencia extranjera, recordando siempre su largo y glorioso pasado.

Sin embargo, la resistencia determinada de los egipcios contra la dominación persa fue relativamente poco habitual: en general la mayor parte de los pueblos sometidos permanecieron tranquilos bajo el gobierno persa, a excepción de ocasionales levantamientos locales provocados por toda una variedad de razones.

Además de su confianza en las tradiciones imperiales establecidas y en las estructuras administrativas adoptadas de los imperios anteriores, el éxito persa en mantener a sus súbditos tranquilos y al menos sumisos a un nivel razonable se puede remitir a una serie de elementos clave del gobierno persa. En primer lugar, los persas se apoyaron extensamente en las élites locales para el gobierno inmediato de las regiones de su imperio. Esto se conoce muy bien en Occidente, donde los líderes locales fueron colocados a cargo de las diversas ciudades griegas a lo largo de la costa, y una dinastía familiar nativa —los Hecatómnidas— obtuvo el permiso para gobernar Caria. Pero parece que esta política se aplicó a todo el imperio, y al permitir a las élites locales que gobernasen sus regiones de origen —bajo la supervisión de los gobernadores persas de las grandes provincias del imperio, por supuesto— los persas eliminaron una posible fuente de desafección: estas élites locales a las que los persas confiaban el gobierno local no se sentían inclinadas a rebelarse y a «morder la mano que les daba de comer», por seguir el dicho popular. Además, los persas establecieron un sistema de calzadas —la mejor conocida es el gran «camino real» descrito por Herodoto y que conducía de Susa a Sardes, con una extensión hacia la costa egea en Éfeso— que creaba un sistema de comunicación eficiente desde el centro del

imperio hasta las partes más alejadas del mismo. A lo largo de estos caminos, que tenían a distancias regulares posadas donde se podía comer y dormir, y cambiar los caballos los mensajeros imperiales, eran utilizados por los mensajeros y las fuerzas militares del imperio, llevando información de un lado a otro y permitiendo disponer la fuerza militar donde era necesaria. Finalmente, los persas eran tolerantes con las costumbres, culturas y tradiciones religiosas locales, y no intentaron imponer sus propias costumbres o religión.

Los pueblos iraníes compartían una tradición religiosa que implicaba el culto a una serie de deidades tradicionales, de las cuales posiblemente las más importantes eran Mitra y Anahita, el primero de ellos un dios asociado en especial con el Sol, con luz y fuego, y con el don de la profecía, y por esto los griegos lo identificaban a veces con Apolo; la segunda era una gran diosa de la vida en todas sus formas, en la que los griegos vieron parecidos con Afrodita y Artemisa. En la religión iraní jugaba un papel fundamental una tribu o casta sacerdotal conocida como los Magoi (o Magos), que es posible que en origen fueran específicamente medos pero que parece que disfrutaron de un prestigio especial en todas las tierras iraníes. Atendían los altares del fuego sagrado ante los cuales se desarrollaban los cultos religiosos, y en general se

entregaban a la devoción de las tradiciones y ritos religiosos de los dioses iraníes. Herodoto habla mucho de ellos, aunque no queda muy claro hasta qué punto comprendió su papel o papeles exactos. En tradiciones populares posteriores se les asoció a ritos y conocimientos mágicos, a los que de hecho han prestado su nombre.

Sin embargo, en el siglo VI, la época en la que los persas se elevaron hasta el poder imperial, también fue en apariencia el momento en que vivió el gran profeta iraní Zaratustra o Zoroastro (como lo llamaron los griegos), que enseñó nuevas ideas religiosas sobre dos fuerzas opuestas en el universo: una fuerza de verdad, justicia, bondad y luz; y una fuerza de mentira, injusticia, maldad y oscuridad. Esta visión dualista del mundo tendrá gran influencia en el pensamiento religioso posterior del Cercano Oriente y de Occidente, y los gobernantes persas, al menos a partir de Darío el Grande, se adhirieron a este pensamiento, proclamándose los favoritos del gran dios de la luz y la verdad Ahura Mazda, y enemigos de la Mentira. Pero los gobernantes persas no eran exclusivistas ni proselitistas: estaban preparados para ver en las deidades principales de otros pueblos —el judío Yahvé o el griego Zeus Megistos, por poner dos ejemplos— a versiones de Ahura Mazda, que merecían respeto. Este respeto por las tradiciones religiosas locales no fue un

factor menor en la aceptación del gobierno persa por parte de los pueblos sometidos. Pero debemos considerar cómo llegaron los persas a gobernar su vasto imperio, cómo lo conquistaron, y para eso debemos volver a los últimos días del poder imperial asirio.

CIRO Y LA CONQUISTA PERSA

Uno de los acontecimientos cruciales en la historia del Oriente Cercano antiguo fue el saqueo de Nínive, la capital del gran Imperio asirio, en 612 a.C. Como los asirios habían dominado Mesopotamia (Irak) y las tierras que la rodeaban hacia el este (Irán occidental) y oeste (Siria y Palestina) durante poco más o menos seis o siete siglos, la destrucción de Nínive, y con ella el colapso posterior y la desaparición del Imperio asirio, marcó realmente el final de una época y el inicio de algo nuevo. Los asirios, un pueblo imperial marcial y con frecuencia brutal, desaparecieron sin que nadie se lamentara: de hecho muchos de sus antiguos súbditos, como los habitantes de Judea, se alegraron de su caída (véase, por ejemplo, el libro bíblico de Nahum). Pero la desaparición de este imperio poderoso y de larga duración dejó un vacío de poder en Asia Occidental, y resultaba todo un interrogante cómo y por quién se llenaría este vacío de poder. El imperio asirio fue destruido por una coalición de dos poderes: el nuevo imperio de los medos en el norte de Irán, y un Imperio

babilonio revivido en el sur de Mesopotamia bajo dirección caldea. De éstos, los medos, dirigidos por su rey Huwakhshatra (Ciáxares en griego), fueron los más efectivos, e incluso temibles, desde el punto de vista militar. Pero el gobernante caldeo de Babilonia, Nabopolasar, consiguió imponerse en la alianza y efectuar una división de Asia Occidental en dos esferas de poder: el Imperio medo ocupaba Irán y parte de Afganistán, así como el noreste de Irak y una parte de Anatolia Oriental; y el llamado Imperio neobabilonio mantenía el sur y parte del noroeste de Irak, junto con Siria y Palestina. Además, el final del poder asirio permitió el renacimiento de Egipto bajo la dinastía faraónica de los saítas: Nekau, Psantik (Psamético en griego) y Amasis (Ahmose en griego) fueron los reyes más notables; y un nuevo poder se alzó en Anatolia occidental en la forma del Imperio lidio de Giges y sus sucesores, en especial Aliates y Creso.

Después de algunas guerras iniciales entre babilonios y egipcios, y entre medos y lidios, parece que se estableció un equilibrio de poder entre estos cuatro imperios, con los medos de Irán quizá como los más fuertes de los cuatro, pero les faltaba la fuerza para enfrentarse a los otros tres y conquistarlos. La capital del Imperio medo se estableció en Ecbatana (Hamadán) en el norte de Irán, y el imperio abarcaba básicamente tierras y pueblos iraníes; de hecho parece que la

atención de los medos estuvo centrada predominantemente en el sur y en el este, para controlar a los pueblos iraníes en Persia (Fars) y Bactria (Afganistán).

Aunque los restos que han sobrevivido son escasos y mucho menos claros de lo que nos gustaría, parece ser que los grupos de lengua irania entraron en las regiones que se consideran históricamente iraníes en una serie de movimientos tribales que culminaron en el siglo VII a.C. Los persas propiamente dichos se pueden identificar en las fuentes asirias, ubicados en la región más alta de los montes Zagros (en el Kurdistán moderno) moviéndose hacia el sudeste a lo largo de lo que en la actualidad es aproximadamente la frontera entre Irán e Irak para acabar en el año 600 en su patria histórica, la región montañosa de Fars, justo al este del golfo Pérsico. Mientras tanto, diversos grupos de tribus y clanes medos seminómadas y criadores de caballos habían ocupado el norte y en especial el noroeste de Irán, donde las mesetas eran particularmente favorables para la cría de sus caballos y para su vida pastoril. Estos grupos se fueron fundiendo gradualmente hasta formar un pueblo unido bajo una sucesión de líderes influyentes: tenemos noticias de un tal Daiukku que estuvo incordiando al poder asirio poco antes del año 700, y que probablemente se pueda identificar con el primer rey medo llamado Deioces por Herodoto; y de

cierto Khshathrita que entró en conflicto con los asirios a principios del siglo VII. En la segunda mitad del siglo VII, Herodoto menciona al rey Fraortes (un nombre genuino, pues es la versión griega del medo Frawartish), que aparentemente expandió el poder medo hacia el este y el sur.

En cualquier caso, el rey Huwakhshatra o Ciáxares, que gobernó desde aproximadamente 625 a 585, controló toda Media y la mayor parte de los pueblos iraníes vecinos: los parsas (persas) al sur, los parthava (partos) al noreste, y los bakhtrish (bactrianos) al este. Avanzado su reinado, Ciáxares libró una guerra en Anatolia oriental contra el rey lidio Aliates. La guerra terminó de forma poco clara después de que una gran batalla se viese interrumpida por un eclipse solar, y los dos reyes acordaran una paz de compromiso, estableciendo el río Halys como frontera entre ambos reinos, y la boda de Arienis, hija de Aliates, con Ishtuwegu (Astiages), hijo de Ciáxares, para cimentar la paz. Este eclipse ha sido identificado como el del 28 de mayo de 585, proporcionándonos uno de los pocos puntos de apoyo cronológicos en la historia meda.

Además, las fuentes babilónicas establecen que fue Huwakhshatra/Ciáxares quien saqueó Nínive en 612, y la babilónica Crónica de Nabonido establece 550 como el año en que el rey medo Ishtuwegu (Astiages) fue derrocado por el persa Kurash (Ciro). Esto concuerda

bien con las fechas dadas más arriba para Ciáxares, basadas en Herodoto, mientras que lo último también concuerda con la cronología de Herodoto sobre la ascensión del poder persa. El resultado de todo esto es un Imperio medo ascendente que se desarrolla en la primera mitad del siglo VII bajo reyes llamados Khshathrita y Frawartish, y que llegó a dominar las tierras iránicas durante la segunda mitad del siglo, y el Imperio medo, en su punto culminante, como una de las grandes potencias del Oriente Medio y Cercano entre aproximadamente 625 y 550 bajo dos reyes conocidos para los griegos como Ciáxares y Astiges.

Los persas (parsa) en su patria de Fars eran, durante los reinados de los dos últimos grandes reyes medos, nada más que un pueblo sometido, aunque importante, bajo dominio medo. Los persas tenían su propia dinastía gobernante, que descendía de un fundador legendario llamado Hakhmanish (Aquemenes en griego) y se dividió en dos ramas a principios del siglo VI. La rama más importante, en un principio, se convirtió en la dinastía reinante de Anshan, una ciudad y región al norte de Fars, bajo dominio medo. Un sello cilíndrico del gran conquistador Ciro (Kurash en persa) procedente de Babilonia nos informa de su genealogía: «hijo de Kanbujiya (Cambises), gran rey, rey de Anshan, nieto de Kurash (Ciro), gran rey, rey de Anshan, bisnieto de Chishpish (Teispes), gran rey, rey

de Anshan». Esto representa al menos tres generaciones de reyes de Anshan antes de Ciro el conquistador, demostrando que los gobernantes persas de Anshan llevaban ya mucho tiempo en el poder en el momento de la ascensión de Ciro al trono de Anshan en 560. La importancia de estos gobernantes persas locales para sus señores medos queda claramente establecida por un hecho crucial: el rey medo Astiages casó su hija Mandane con Cambises de Anshan, de manera que Ciro el conquistador fue nieto del rey medo. La importancia de estos persas en el Imperio medo se basó probablemente en cuestiones militares: los medos eran guerreros a caballo sobresalientes, quizá los mejores en el mundo antiguo de su época, en gran parte a causa de la calidad de los caballos que criaban. Pero también necesitaban una infantería de primera clase para mantener su imperio, y además de la infantería de origen medo, los persas proporcionaban arqueros y lanceros que se encontraban entre los mejores infantes que tenían los medos a su disposición.

El origen del Imperio persa se encuentra en la rebelión de Ciro el Grande contra su abuelo y señor Astiages en 550 a.C. (la fecha queda establecida por la contemporánea Crónica de Nabonido procedente de Babilonia). La razón de esta rebelión, más allá de un simple deseo de poder, no está clara. Herodoto relata una historia sobre un sueño de Astiages que le llevó a

temer al hijo aún no nacido de su hija, e intentó que matasen al bebé: la historia es, por supuesto, un cuento popular clásico del tipo Moisés/ Edipo/Blancanieves, y en el caso de Ciro se demuestra que no es histórico por la información incorrecta sobre el padre de Ciro. Tal como aparece en Herodoto, Astiages se sintió impulsado por el sueño a casar a Mandane con un persa sin importancia de manera que sus hijos no pudieran ser una amenaza (Cambises era de hecho, como sabemos, un poderoso gobernante subordinado y rey de Anshan). Aun así temeroso del niño, Astiages (en la historia de Herodoto) ordenó a su mano derecha Harpago que matase a Ciro; pero Harpago no pudo hacerlo y en su lugar entregó al niño a una pareja de pastores. Al final, por supuesto, el chico fue reconocido por sus maneras y su comportamiento reales, y reinstalado en su hogar. Aún así, Harpago fue castigado por Astiages, que mató al hijo del propio general y le sirvió el muchacho asado como cena: un castigo espantoso por el que Harpago no perdonó nunca al rey, y otra muestra de cuento popular clásico (véase por ejemplo las historias griegas de Tántalo y Pelops, o de Atreo y Tiestes). Estos cuentos populares proporcionan una explicación de la hostilidad de ambos hacia Astiages: Ciro, que se rebeló contra su abuelo y señor, y Harpago, que traicionó a Astiages y se puso del lado de Ciro. En realidad, como la historia es claramente ahistórica, no conocemos las

verdaderas razones de la rebelión de Ciro y de la traición de Harpago.

Lo que sabemos es que Ciro se rebeló, persuadió a los persas para que le apoyaran en su rebelión contra el rey medo, y luchó contra el ejército medo en numerosas batallas; y que el conflicto fue decidido por Harpago el medo al tomar la determinación de cambiar de bando, situándose al lado de Ciro con parte del ejército medo. Como consecuencia, Astiages fue derrotado y capturado, y en lo que fue esencialmente un golpe interno, el Imperio medo se convirtió en el Imperio persa. Hasta aquí no había nada demasiado remarcable en Ciro y la conquista del poder por parte de los persas: simplemente consiguieron hacerse cargo de un imperio que ya estaba en funcionamiento, en parte gracias a la traición de un jefe militar de dicho imperio. Este origen del poder persa ayuda a explicar la fusión que realizaron los griegos entre persas y medos, y el origen de su costumbre habitual de referirse al Imperio persa como «el Medo». De hecho, en parte sin lugar a dudas gracias al papel tan importante de Harpago y las fuerzas medas al permitir el éxito de Ciro, los medos fueron tratados casi como unos socios en el imperio, más que como súbditos, al menos en la primera época del Imperio persa. Pero Ciro no se sintió satisfecho simplemente con tomar el control del Imperio medo: la ascendencia persa en las tierras y la cultura iraníes

desencadenaron una oleada de nuevo expansionismo que vio como el Imperio persa se convirtió en el imperio más grande en la historia de Oriente Medio hasta ese momento.

El primer paso en esta nueva expansión no fue dado por Ciro. El rey lidio Creso, con su riqueza fabulosa y después de establecer un control firme sobre todo el oeste y el centro de Asia Menor, incluyendo las ciudades griegas de Jonia a lo largo de la costa, decidió atacar el primero al Imperio persa en 546. Herodoto explica la agresión de Creso como motivada por el deseo de vengar la caída de su cuñado Astiages que, como se recordará, se había casado con la hermana de Creso, Arienis. Resulta mucho más creíble que Creso viera simplemente en el caos interno en el Imperio medo/persa una oportunidad para ampliar su propio poder más allá de los límites del Halys que su padre Aliates se había visto obligado a pactar. Herodoto recoge una historia muy características sobre la decisión de Creso: supuestamente el rey lidio buscó el consejo fiel famoso oráculo de Apolo en Delfos antes de decidirse definitivamente a emprender la guerra. El enviado de Creso premunió al Oráculo qué ocurriría si Creso fuese a la guerra contra los persas. La pitia (sacerdotisa del Oráculo) respondió que, si Creso atacaba a los persas, destruiría un imperio poderoso. Esto le sonó bien a Creso y declaró la guerra. Pero, por

supuesto, se descuidó de preguntar qué imperio quedaría destruido, el suyo o el de los persas.

Ciro movilizó a su ejército y se encontró con el ejército lidio al mando de Creso en Anatolia oriental. Se libró una gran batalla, casi a finales del verano, en la que se repartieron los honores: se nos cuenta que la caballería lidia combatió de forma soberbia y mantuvo al ejército de Creso en la lucha, aunque los persas les superaban en número. Después de esta batalla culminada en tablas, Creso decidió que la estación estaba demasiado avanzada para continuar con la campaña y regresó a casa en Lidia, dispersando su ejército para pasar el invierno. Aquí podemos observar la diferencia entre un gran líder militar y uno que sólo es bueno. Dejando a Creso el tiempo suficiente para que se pusiera en camino, Ciro decidió no regresar a casa para el invierno, sino que siguió a Creso hasta Sardes, llegando allí poco después de que el ejército de Creso hubiera sido licenciado para regresar a sus casas. Creso consiguió reunir sus tropas lidias de las llanuras que rodean Sardes, pero tuvo que librar una batalla a las afueras de Sardes superado totalmente en número. Aunque la caballería lidia volvió a combatir de forma heroica, Ciro también tenía una respuesta para eso. Los caballos lidios no estaban acostumbrados a los camellos, y Ciro se había dado cuenta en batallas anteriores que nos les gustaba el olor de dichos

animales y que solían alejarse de ellos. Por eso montó a muchos de sus hombres sobre camellos y los envió contra la caballería lidia, que no pudo forzar a sus caballos a que se acercasen a esas bestias extrañas y que olían fatal. Los lidios desmontaron y continuaron la lucha a pie, pero el resultado fue inevitable: el ejército de Ciro venció, y Creso y sus hombres se vieron obligados a buscar refugio en la ciudadela de Sardes. Aun así, no estaba todo perdido: se consideraba que la acrópolis de Sardes era impenetrable, por buenas razones; y Creso esperaba resistir hasta la primavera, cuando su ejército y sus aliados se movilizarían y vendrían a su rescate.

Ciro estaba decidido a que no se llegara a ese punto. Muchos de sus soldados vivían en regiones montañosas de Irán, y eran escaladores experimentados. Les envió a explorar los acantilados de la acrópolis de Sardes para buscar una vía de subida. Como ocurre con frecuencia, la solución se encontró en la vertiente más empinada y aparentemente más impenetrable de la ciudadela. Mientras que los lidios vigilaban con cuidado las murallas de la acrópolis, en ese lugar por donde parecía imposible que pudieran subir los soldados enemigos, la vigilancia lidia era laxa, y fue precisamente por allí por donde un pequeño grupo de montañeses de Ciro escaló la pared y penetró en la ciudadela. En cuanto algunos de sus hombres estuvieron

dentro de la acrópolis de Sardes, Ciro lanzó un ataque total sobre las murallas, y al cabo de pocas horas Sardes estuvo en sus manos. Creso fue capturado y probablemente muerto, aunque Herodoto se enteró de una leyenda según la cual su vida fue perdonada en el último momento y se convirtió en un consejero valioso de Ciro y posteriormente del hijo de Ciro, Cambises. Toda Anatolia fue incorporada al Imperio persa, incluyendo las ciudades griegas de Jonia a lo largo de la costa occidental. Después de tardar algún tiempo en establecer un control seguro sobre el antiguo Imperio lidio, Ciro regresó con su ejército y empezó a pensar en la siguiente fase de su expansión imperial: había puesto los ojos en el Imperio babilonio.

El Imperio babilonio estaba gobernado en esa época por un rey anciano llamado Nabonido, cuya familia procedía del norte río Mesopotamia. Los dos grandes gobernantes caldeos, Nabopolasar y Nabucodonosor, habían convertido Babilonia en una potencia formidable, pero no habían sido capaces de ganarse la plena aceptación de los babilonios nativos. Los hijos de Nabucodonosor, hombres muchos más débiles que su gran padre, fueron derrocados, y el anciano general Nabonido se hizo con el poder. Al principio fue bastante bien recibido, pero su política religiosa empezó muy pronto a generar descontento. Se le veía como poco comprometido con los dioses tradicionales

de Babilonia y Acad. Su madre había sido sacerdotisa del dios lunar Sin en su templo de Harrán en el norte de Mesopotamia. El templo había sido destruido durante las guerras entre los asirios y los medos, y la mayor ambición de la vida de Nabonido fue restaurar el templo y el dios de su madre Sin en su antiguo esplendor y honor.

Los sacerdotes babilonios se quejaban de los recursos enormes que Nabonido dedicaba a este templo distante en el lejano norte, y Nabonido aumentó la insatisfacción con otras políticas. Decidió extender el poder babilonio con una campaña en el interior de Arabia, y permaneció allí durante años, perdiéndose la ceremonia anual del Año Nuevo en Babilonia, que significaba tanto para los sacerdotes babilonios. Además, cuando aumentó la amenaza «de un ataque persa después de 545, no regresó a Babilonia, aunque dio órdenes para que las estatuas de los dioses de las ciudades de Acad y Sumeria fueran llevadas a Babilonia para garantizar su seguridad, lo que no le granjeó el cariño de las habitantes de dichas ciudades. Durante su ausencia en Arabia, Babilonia fue gobernada por su hijo Belsasar, el de la famosa fiesta del bíblico *Libro de Daniel*.

En las décadas de 590 y 580, el rey Nabucodonosor había realizado campañas en Palestina, conquistando Judea, saqueando Jerusalén y deportando a Babilonia a

gran parte de su población, el famoso exilio babilónico del Salmo 137: «Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos, y aun llorábamos, acordándonos de Sión». Ahora, mientras los babilonios miraban nerviosos hacia el norte y el este, preguntándose cuándo atacaría Ciro, los exiliados judíos en Babilonia esperaban el ataque persa con esperanzas. Los persas se movieron en 539 y conquistaron Babilonia con bastante rapidez y con una relativa facilidad. Como en el caso de la conquista de Media, Ciro recibió la ayuda de un líder enemigo: el gobernador de una provincia importante de Babilonia al este del Tigris, llamado Ugbaru, se pasó con sus fuerzas a los persas. Incluso parece ser que fue Ugbaru el que capturó Babilonia en nombre de Ciro, mientras el rey persa realizaba operaciones más al norte. Nabonido, que había regresado a Babilonia después de una ausencia en Arabia de casi diez años, huyó de la ciudad, pero fue capturado. Para apaciguar los diversos grupos religiosos, las estatuas de los dioses que Nabonido había ordenado llevar a Babilonia fueron devueltas a sus templos, a los judíos se les permitió regresar a Jerusalén, e incluso se les permitió reconstruir su templo, y Ciro observó los rituales del dios babilonio Marduk. Con la conquista de Babilonia, Ciro controlaba ahora Asia desde Afganistán a los mares Mediterráneo y Egeo, y dominaba tres de los cuatro reinos que habían dividido Oriente después de la

caída del Imperio asirio: sólo Egipto bajo el faraón Amasis seguía independiente del control persa. Durante el resto de su reinado, parece que Ciro centró su atención en consolidar y en extender su Imperio hacia el este en dirección a Asia central. Fue allí donde murió en una batalla contra una tribu nómada en 530.

En consecuencia, quedó en manos del hijo y sucesor de Ciro, Cambises, decidir qué hacer con Egipto, si es que había que hacer algo. El desafortunado destino de Cambises fue vivir bajo la sombra de su extraordinario padre. No sólo fue un gran conquistador, que había construido el imperio más grande que había conocido el mundo antiguo, sino que además Ciro era un hombre adorable. Herodoto nos cuenta que los persas lo recordaban como un padre. Cambises tenía que intentar vivir a la altura de la reputación de su padre, pero carecía evidentemente del carisma de su padre. Al no tener la habilidad para hacerse popular, al menos quería demostrar que era el verdadero heredero de su padre como líder militar, de manera que él también podía conquistar nuevos territorios para ampliar el Imperio persa. Egipto era el objetivo obvio: los asirios, en una etapa tardía de su historia, habían conquistado Egipto; seguramente los persas también podían hacerlo. Y de hecho lo hicieron. Está claro que Cambises fue un líder militar lo suficientemente capaz puesto que conquistó Egipto con aparente facilidad. Se libró una gran batalla

cerca del brazo pelusio del Nilo, el brazo más cercano a Palestina, en la que los persas resultaron victoriosos. Herodoto visitó más tarde el campo de batalla e informó que aún lo encontró cubierto con los huesos y las calaveras de los hombres que allí murieron: tiene la pretensión de ser capaz de decir inmediatamente qué calavera era persa y cuál era egipcia por el grosor del hueso. Hay que señalar que entrar en Egipto desde Palestina no ha sido nunca fácil: a lo largo de la historia muchos ejércitos han fracasado en la empresa cuando se enfrentaron a una defensa decidida. Así que Cambises seguramente merece el mérito de dirigir con éxito a los persas a través de las defensas egipcias y penetrar en Egipto, añadiendo al Impelió persa el último de los cuatro imperios sucesores del asirio. Sin embargo, no sobrevivió demasiado a su victoria.

DARÍO Y LA ORGANIZACIÓN DEL IMPERIO PERSA

En 522 Cambises había muerto, su fin estuvo rodeado por circunstancias misteriosas. Ya fuera una herida, o una enfermedad, o asesinato o suicidio, o incluso la ira de Apis, el toro egipcio, que arrebató a Cambises, como relatan las diferentes versiones, no lo podemos asegurar. Pero fue sucedido, brevemente, por su hermano pequeño Bardiya o, según las fuentes griegas, Esmerdis. El reinado de Esmerdis terminó violentamente a causa de una conspiración de los principales nobles persas, que pretendían que el

hombre que gobernaba como Esmerdis, hijo de Ciro, era de hecho un impostor, puesto que el verdadero Esmerdis había sido asesinado hacía algún tiempo por orden de su hermano Cambises. Herodoto explica la historia con gran detalle, pero durante mucho tiempo su veracidad ha sido puesta en duda por los historiadores que se preguntan cómo podía saber lo que ocurría en los palacios del rey de Persia, en los más altos niveles de la sociedad persa. Sin embargo, a mediados del siglo XIX, un soldado, diplomático e historiador británico, Henry Rawlinson investigó un gran relieve grabado en piedra en Bisutun al norte de Irán, no muy lejos Ecbatana (Hamadán), que incluía una gran inscripción en tres idiomas diferentes. Dos de ellos eran en principio indescifrables, pero el tercero resultó ser persa antiguo, una lengua conocida por los escritos sagrados del zoroastrismo (los *Avesta*), que sigue en uso. Traducido, el texto resultó ser una especie de «autobiografía» del nuevo rey Darayawaush (Darío), en la que explica esencialmente la misma historia sobre Esmerdis que recoge Herodoto, demostrando que Herodoto tenía acceso a excelentes fuentes persas.

En resumen, siete grandes nobles persas, entre los cuales se encontraba Darío, llegaron a la conclusión que Esmerdis era un impostor, aunque se puede sospechar que en realidad simplemente no estaban de acuerdo con la forma en que estaba gobernando

Esmerdis. En cualquier caso, se pusieron de acuerdo para derrocar al joven rey, o pseudo-rey si tomamos en serio sus pretensiones, y reemplazarlo por otro miembro de la dinastía real aqueménida. Este sería el propio Darío, que era un primo lejano de Cambises, descendiente según su propio relato del mismo Chishpish (Teispes) que era el bisabuelo de Ciro. Los siete grandes —Otanés, Megabizo, Gobrias, Intafernes, Hidarnes y Ardumanish, además de Darío— forzaron su entrada en el palacio, aparentemente cerca de Ecbatana, donde residía Esmerdis y lo mataron. Darío se convirtió en rey en su lugar, quizá no sólo porque fuera aqueménida y primo de Cambises, sino porque había sido «portador de la lanza» de Cambises, un cargo importante que hacía que el ejército persa que Cambises traía de vuelta de Egipto cuando murió lo conociera y confiara en él. Desde luego, para Darío era crucial un fuerte apoyo militar del «ejército real» persa, porque su ascensión al trono no fue ampliamente aceptada en un principio. Estallaron toda una serie de rebeliones por todo el imperio en los años 521 y 520, y Darío y sus seguidores prácticamente se vieron obligados a conquistar de nuevo el Imperio persa.

Los problemas empezaron casi inmediatamente después de la ocupación del trono por parte de Darío, a principios del otoño de 522, en dos de los estados más antiguos de Oriente Medio, que solían ser potencias por

derecho propio y se sentían muy incómodos como súbditos de los persas: Elam y Babilonia. Las revueltas en Elam fueron rápidamente aplastadas mediante una demostración de fuerza, pero en Babilonia un pretendiente que se autodenominó Nabucodonosor y pretendía ser el hijo de Nabonido consiguió tomar el control del sur de Mesopotamia, y a principios de octubre los documentos empezaron a datarse en Babilonia según su reinado. Darío tuvo que conducir su ejército hasta Babilonia y emprender una dura campaña para recuperar el control: forzó un cruce del Tigris sobre pieles de animales infladas, y a mediados de diciembre venció en una gran batalla, que le permitió entrar en Babilonia. Sin embargo, mientras tanto las revueltas se habían extendido. Media se alzó en rebelión bajo un gobernante medo llamado (según Darío) Frawartish (Fraortes), pero que se llamaba a sí mismo Khshathrita de la semilla de Huwakhshatra, es decir, asumía el nombre del rey medo de mediados del siglo VII que había unido Media y el primero que luchó con éxito contra los asirios, y pretendía ser descendiente del gran Ciáxares. Queda claro que esto resultó ser un intento nacional medo para recuperar el dominio en el Imperio perso-medo, porque eso es lo que era realmente el Imperio persa. Con Darío con problemas, los levantamientos nacionales empezaron por todo el imperio. Hubo rebeliones en Armenia,

Asiria, Elam una vez más, Egipto, Partía, y en las tierras de los saca. Pero quizá lo más peligroso fue que Darío ni siquiera pudo retener la patria persa: cierto Wahyazdata pretendió ser Bardiya (Esmerdis) y tomó el control de la capital de Ciro en Pasargada (Pasargadai), desde donde envió tropas hacia la vecina Aracosia, en un intento por extender su poder.

Para enfrentarse a todos estos levantamientos Darío tenía al menos una parte del ejército real de Cambises —aunque él mismo admite que en el mejor de los casos era un ejército pequeño— y sus seis co-conspiradores, que procedían de algunas de las familias persas más poderosas; además, su padre Wishtaspa (Hislaspes), que aún estaba vivo y gobernaba la provincia de Hircania, apoyó como es natural a su hijo, y el gobernador de la vital provincia oriental de Bactria —llamado Dadarshish— también se declaró a favor de Darío. Hay que recalcar que Darío actuó con gran energía y eficacia ante todas estas dificultades y se mostró como un líder superlativo. Hidarnes fue enviado con una fuerza de medos para contener el levantamiento en Media, y otra fuerza fue despachada a Armenia para contener allí la revuelta. El propio Darío realizó otra demostración en Elam, consiguiendo que los rebeldes se sometieran y entregaran a su jefe para que fuera ejecutado.

En la primavera de 521 Darío avanzó sobre Media y

venció en una gran batalla contra Frawartish/Khshathrita en Kundurush, cerca de Bisutun, que quebró por completo el levantamiento medo. Columnas volantes fueron enviadas desde Media hacia Armenia para ayudar en la supresión de la revuelta, y hacia Hircania donde el padre de Darío había conseguido resistir contra los ataques de los rebeldes partos e hircanios, y ahora era capaz de emprender una contraofensiva. Un ejército formado por tropas persas y medas fue enviado entonces, bajo el mando de un general llamado Artawardiya (Artavasdes), para atacar al pretendiente Wahyazdata (o Bardiya, como se hacía llamar) en Persis. Con la ayuda del gobernador de Aracosia, que había decidido ser leal a Darío, Wahyazdata fue derrotado en una serie de batallas, librándose las cruciales a finales de mayo y principios de junio en Fars (Persis), lo que permitió a Darío recobrar un control total sobre la patria persa. Con Media y Persia bajo su control, Darío estaba ahora firmemente asentado en el trono y sólo quedaban pendientes operaciones policiales.

Dadarshish en Bactria había tenido éxito en someter a los saca y otros rebeldes en el extremo más oriental, Histaspes había recuperado el control de Hircania y Partía, nuevas revueltas en Elam y Babilonia fueron fácilmente sofocadas por Gobrias e Intafernes, y a finales del año 521 el Imperio había recuperado el

orden casi por completo. En su inscripción autobiográfica en Bisutun, grabada en la cara de un risco cerca del lugar de su victoria más importante y crucial en Kundurush, Darío proclamaba orgulloso que había vencido en diecinueve batallas y que había capturado a nueve «falsos reyes» en un año. Aun dejando un margen para cierta exageración, y teniendo en cuenta que Darío se atribuye el mérito de las victorias de sus subordinados, fue un logro sorprendente.

Desde luego Darío había demostrado que era un heredero digno del gran conquistador Ciro, y en esencia ocupó el trono del Imperio persa por derecho de conquista, porque como he señalado con anterioridad prácticamente se vio obligado a reconquistar casi todo el imperio. Aun así se vio obligado a desarrollar diversas campañas para consolidar el poder persa en el este. En 519 operó contra los llamados «saca de sombreros picudos» en la región del Caspio, y en años siguientes llevó su ejército a Gandara (aparentemente el valle del río Kabul) y más allá hacia el Pakistán moderno, a primera vista para conquistar las tierras en la orilla occidental del río Indo e incorporarlas al imperio como una nueva provincia llamada Hindush, por el río que era ahora la frontera sudeste del imperio. También existen algunas evidencias que sugieren que Darío pudo visitar Egipto hacia 517, aunque no está

claro. Sin embargo, el poder persa se extendió hacia el sur y hacia el oeste, hacia Kush (Etiopía) y Put (Libia), en este último caso afectando a los griegos que poblaban la Cirenaica, una región de Libia. La ciudad griega de Barca fue capturada y su población enviada a Susa para el juicio de Darío, según el relato de Herodoto.

Hacia aproximadamente 514, las fronteras oriental y meridional del imperio se podían considerar satisfactoriamente establecidas, y Darío volvió su atención hacia Occidente. Ya había tenido la oportunidad de intervenir allí indirectamente hacia 519, porque el gobernador de Sardes, Oretes, no había declarado su lealtad a Darío y se había aprovechado de la época de revueltas para asesinar al gobernador Mitrobates en Dascilio, en el norte de Asia Menor. Después de eso, Oretes ignoró a los mensajeros de Darío, o incluso los mató, así que resultaba claro que había que traerlo a capítulo. Un enviado especial llamado Bageo persuadió a los guardias persas de Oretes para que se rebelasen contra él en nombre de Darío, y Oretes fue asesinado. En consecuencia, uno de los Siete, Otanes, fue enviado para hacerse cargo del antiguo territorio lidio, y extendió ligeramente el poder persa hacia el oeste al capturar Samos —cuyo gran tirano Polícrates ya había sido atrapado y asesinado por Oretes— e induciendo a Quíos y Lesbos a que se

sometiesen. Hacia 513 o 512, Darío visitó la parte occidental de su imperio, trayendo consigo al gran ejército real, porque tenía la intención de extender su poder más hacia el oeste en dirección a Europa. Su objetivo inmediato era la conquista de Tracia, es decir, a grandes rasgos la Bulgaria moderna y Rumanía al sur del Danubio, aunque parece que Darío planeaba cruzar el gran río y extender sus conquistas lo más lejos posible en la orilla septentrional. Además, el ejército real que trajo consigo, formado como siempre alrededor de un núcleo sólido de persas y medos, estaba compuesto por contingentes de todos los pueblos de Asia Menor, entre ellos griegos jonios. En el caso de los griegos, constituían el poder naval que quería el rey.

Darío no quería que su gran ejército tuviera que acampar en el Bosforo durante días o semanas mientras era transbordado lentamente de Asia a Europa. En consecuencia, un ingeniero griego, Mandrocles de Samos, recibió el encargo por adelantado de construir un puente sobre el Bosforo para que pudiera cruzar el ejército. Mandrocles construyó un puente de pontones, atando navíos de guerra griegos a través del estrecho, muy bien ligados entre ellos y fuertemente anclados, y construyó una calzada sobre los barcos que de esa forma actuaron de pontones. Esto no fue una tarea fácil porque la corriente continua a través del Bosforo desde el mar Negro hacia el Egeo es fuerte, y durante el

verano los vientos habituales suelen soplar en la misma dirección que la corriente. Aún así, el proyecto tuvo éxito, gracias a los barcos de guerra proporcionados por las ciudades jonias, y el ejército cruzó con rapidez y seguridad.

Después los barcos de guerra jonios rompieron el puente y navegaron por el mar Negro hacia la desembocadura del Danubio, y remontaron el río para encontrarse con Darío en un punto acordado del curso del río. Darío y el ejército atravesaron Tracia y ganaron la sumisión de varias tribus tracias sin demasiadas dificultades, alcanzando el Danubio y el lugar de encuentro con los barcos jonios tal como habían acordado. Una vez allí, los barcos formaron de nuevo un puente, esta vez para atravesar el Danubio. Los diversos contingentes de la flota jonia iban comandados por los gobernantes locales en persona —tiranos según la visión griega— que los gobernadores persas habían colocado para controlar cada una de las ciudades, siendo Histieo de Mileto el más importante entre ellos, puesto que Mileto era la ciudad más grande y rica. Cuando Darío y su ejército cruzaron el Danubio para atacar a los escitas que vivían en la orilla septentrional, dejó a los jonios en el Danubio con la orden de retirar el tercio septentrional del puente, pero dejando el resto intacto en espera del regreso de Darío y su ejército, cuando se completaría de nuevo el puente para permitir

el cruce del ejército. Entonces el ejército persa se desvaneció en el interior y los jonios esperaron.

Sin embargo, en su intento por conquistar a los escitas, Darío había mordido más de lo que podía digerir. Las tribus seminómadas no se quedaron para luchar contra el ejército de Darío: tomaron todas sus posesiones y desaparecieron en el interior de Rumanía y Ucrania, llevándose todos los suministros y envenenando los pozos a su paso. Darío y su ejército marcharon de un lado a otro buscando al enemigo, pero fuera de bandas de hombres a caballo que les hostigaban y desaparecían en cuanto les atacaba una fuerza sustancial, no encontraron ningún enemigo. Mientras tanto la situación de los suministros del ejército se estaba volviendo crítica, con una disminución rápida de los alimentos y las dificultades para encontrar agua potable en buenas condiciones. Darío se vio forzado a regresar sin haber conseguido nada y se encaminó hacia su puente; y ahora la cuestión era si podría evitar el destino que había encontrado Ciro frente a nómadas similares en Asia central, y si la flota jonia y el puente que formaban le seguiría esperando. Según parece, la caballería escita había aparecido ante el puente del Danubio y había intentado persuadir a los jonios para que se fueran, según relata Herodoto. Pero dándose cuenta que sus puestos como gobernantes de sus ciudades respectivas dependían del

poder de Darío, los líderes jonios decidieron quedarse y esperar al rey. Por eso resultó un verdadero alivio, después de una dura marcha y algunos sufrimientos, para Darío y sus hombres, que al llegar al Danubio encontrasen a los griegos y al puente intacto, y pudieran cruzar de nuevo hacia Tracia.

Después de esta campaña escita decepcionante pero en ningún caso desastrosa, Darío decidió que su frontera occidental se encontraba en buenas condiciones y podía regresar. Había añadido al imperio una nueva gran provincia, Tracia, y dejaba un ejército importante bajo el mando de un gobernador llamado Megabazos, con órdenes de extender el poder persa todo lo posible hacia Occidente. Megabazos extendió su provincia hasta el río Strymón, y convenció al rey de Macedonia al oeste del Strymón, el rey Amintas, para que se sometiera al poder persa, que de esta forma entró por primer vez en el norte de Grecia. Darío, con el resto de su ejército, marchó por el Helesponto y allí cruzó de nuevo hacia Asia. Se encaminó hacia Sardes, donde permaneció quizá durante un año o más, poblando la parte occidental del imperio y recibiendo los informes de Megabazos. Entonces, quizás alrededor de 519, Darío regresó al centro de su imperio y se retiró definitivamente de las campañas militares activas, dedicando el resto de su vida a la tarea de organizar el imperio de una forma concienzuda y eficiente. Dejó a su

hermanastro Artafernes como gobernador en Sardes y para controlar la frontera occidental del imperio, y en líneas generales le confió la seguridad de esta parte occidental y quizá que juiciosamente extendiese el poder persa un poco más hacia el oeste si se presentaba alguna oportunidad.

Según todos los cálculos, Darío ya había conseguido mucho, suficiente quizá para ganarse el sobrenombre habitual de «Darío el Grande», pero sus logros principales se desarrollaron en los siguientes veinte años de gobierno pacífico. Reorganizó completamente el imperio y lo orientó como si fuera un negocio. Según Herodoto, la nobleza persa en lugar de admirar su trabajo se burlaban de él —supuestamente se referían a Ciro como a un padre, a Cambises como a un maestro, pero a Darío como a un simple tendero— pero en realidad fue la obra de Darío más que ningún otro factor lo que permitió al imperio funcionar de forma eficaz y perdurar durante algo más de 150 años, hasta que Alejandro Magno tomó su control. Según cuenta Herodoto, Darío dividió el imperio en 20 provincias bien definidas (el número varió después cuando se añadieron de vez en cuando nuevas provincias por conquista o división), cada una de ellas bajo un gobernador militar y político llamado sátrapa (khshathrapan) y cada una pagaba un tributo bien definido al tesoro imperial. Persia (Parsa) se añadía

con frecuencia como la provincia número veintiuno, pero no se trataba de una satrapía tributaria como las demás. La lista que presenta Herodoto es la siguiente:

1. los jonios y los pueblos vecinos, tributan 400 talentos de plata;
2. los lidios y sus vecinos, tributan 500 talentos;
3. la región del Helesponto, tributa 300 talentos;
4. Cilicia, tributa 500 talentos y 360 caballos;
5. Siria y Palestina, incluyendo Fenicia, tributan 350 talentos;
6. Egipto y Libia, tributan 700 talentos;
7. Gandara y los pueblos de los alrededores, tributan 170 talentos;
8. Susiane, tributa 300 talentos;
9. Babilonia y Asiria, tributan 1.000 talentos y 500 eunucos;
10. Media, tributa 450 talentos;
11. la región del Caspio, tributa 200 talentos;
12. Bactria, tributa 360 talentos;
13. Armenia, tributa 400 talentos;
14. los sagartianos y sus vecinos, tributan 600 talentos;

15. los saca, 250 talentos;
16. Partia, tributa 300 talentos;
17. los paricanios, tributan 400 talentos;
18. la región de Matiene, tributa 200 talentos;
19. los moschoi y sus vecinos, tributan 300 talentos;
20. los indios, tributan 360 talentos de oro (que equivalen aproximadamente a 4.680 talentos de plata).

En definitiva, el tributo anual total sumaba más de 14.500 talentos de plata, una suma realmente esplendorosa. No es posible expresar las antiguas cantidades de dinero en unos términos modernos que puedan resultar útiles, pero una comparación puede ser de utilidad. Los atenienses en la cima de su poder a mediados del siglo V recibían un tributo anual de sus aliados que no llegaba a los 400 talentos. Con ellos fueron capaces de construir y mantener la flota más poderosa del mundo antiguo, luchar con éxito contra las persas y (a veces) contra los espartanos, construir algunos de los edificios más caros y más admirados del mundo antiguo (el principal de ellos el Partenón), y crear un fondo de reserva que en 432 a.C. alcanzaba la suma de 10.000 talentos. El tributo anual que recibían los reyes persas representaba más de treinta veces el

que percibían los atenienses, que les permitía hacer todas esas cosas. Esplendoroso resulta un término inadecuado para describir el tamaño de estos ingresos tributarios.

Después de organizar de esta forma el imperio, y de hacer a los sátrapas responsables de la recaudación y el envío del tributo, así como de la seguridad interna y de las fronteras de sus respectivas satrapías, Darío tenía a su disposición recursos inmensos para llevar a cabo todos sus planes para la consolidación del imperio. La lista de Herodoto es fiable en líneas generales: disponemos de varias listas de pueblos sometidos procedentes de las inscripciones monumentales de Darío, y tenemos una gran descripción de los pueblos del imperio ofreciendo tributo grabada en los muros de la *apadana* (sala de audiencias) de Darío en Persépolis; y aunque existen algunas variaciones (probablemente debidas en su mayor parte a la distinción de pueblos sometidos, por un lado, y provincias, por el otro) estas fuentes en su conjunto corroboran a Herodoto con suficiente precisión.

Además de organizar eficientemente su imperio de esta forma, Darío se preocupó en dejar detrás monumentos que asegurasen que se le recordase, y en dar al imperio unas capitales impresionantes. En este último aspecto, parece ser que bajo Ciro la capital fue Pasargadai (Pasargada), donde fue enterrado Ciro en

una tumba monumental, que fue visitado por Alejandro Magno y aún se puede ver, y que siguió actuando como un centro imperial y ceremonial importante; de igual forma, la capital meda Ecbatana siguió sirviendo como capital y como sede de la corte; y también Babilonia jugó un papel importante como centro administrativo imperial y como sede ocasional de la corte. Pero Darío construyó dos nuevas capitales imperiales, una de las cuales (según las fuentes griegas) se convirtió en el centro principal de su gobierno: Susa y Persépolis. Ambas fueron excavadas en profundidad antes de que el régimen islámico posterior a Jomeini terminase con estas actividades en Irán, y los restos que fueron publicados como resultado de las investigaciones son extremadamente impresionantes. Resulta evidente que se gastaron grandes recursos en construir inmensos complejos reales en los dos lugares. Susa fue la capital principal, desde la que gobernó Darío; Persépolis, en el corazón de Persia, fue el palacio de verano y un lazo de unión con las antiguas sensibilidades persas, y también fue especialmente importante por la construcción en la cercana de Naqsh-i-Rustam de un gran complejo funerario para Darío y sus sucesores.

Pero quizá lo más importante fue la cuidadosa organización del ejército real persa. Darío estaba orgulloso de sus logros militares, y de sus habilidades militares. En las inscripciones de su tumba en Naqsh-i-

Rustam su primera alabanza, después de nombrarse como favorito del gran dios Ahura Mazda y anunciar que gobernó por el favor de Ahura Mazda, fue para sus habilidades militares: «como arquero, soy un buen arquero, tanto a caballo como a pie; como lancero, soy un buen lancero, tanto a caballo como a pie». El rey persa era un monarca militar, y debía demostrar el valor personal del guerrero persa. Las armas de los persas, como se indica aquí, eran el arco y la lanza ligera o jabalina. Sus armas personales acompañaban siempre al rey, y los portadores de su arco y lanza personales eran consejeros políticos y militares importantes y en los que confiaba totalmente.

El núcleo persa y medo del ejército fue organizado en unidades estructuradas en función de su equipamiento. La unidad más importante fue la guardia imperial de 10.000 hombres y que eran conocidos por los griegos como los «Inmortales», porque se suponía que su número siempre era exactamente de 10.000 y cualquier hombre que muriera o se retirara era sustituido inmediatamente. Los Inmortales vestían las largas togas, los pantalones y los altos gorros de fieltro habituales de los guerreros persas y medos; pero por encima de estas vestiduras llevaban una armadura ligera de escamas, parecidas a las de los peces, y portaban lanzas largas con manzanas de oro en lugar de las puntas traseras, y por supuesto los ubicuos arcos y

flechas que eran el arma persa más característica. Sus escudos eran ligeros, y elaborados con una especie de mimbre reforzado que era efectivo para detener o desviar flechas y jabalinas, y también llevaban espadas curvas, parecidas a cimitarras. Los otros regimientos de la infantería persa tenían una equipamiento similar, pero la mayoría de ellos sin la armadura de escamas y con jabalinas más cortas.

Los persas, nacidos y criados en las montañas, primaban la movilidad y combatían como infantería ligera. Eran muy disciplinados y en batalla su táctica principal era correr hasta colocarse a distancia de arco del enemigo (quizás a unos cien metros, poco más o menos), detenerse allí y levantar sus grandes escudos de mimbre, formando una gran muralla de escudos, desde detrás de la cual lanzaban rápidas andanadas de flechas contra la formación enemiga. Cada soldado portaba un carcaj lleno con docenas de flechas y la lluvia de estas flechas, disparadas por un arco compuesto (el llamado arco escita) que tenía un alcance considerable y disparaba con gran fuerza, podía ser devastadora. La velocidad de disparo era crucial, y el arquero persa podía disparar una flecha cada pocos segundos. Cuando las flechas habían realizado su trabajo de herir, matar, desorganizar y desmoralizar al enemigo, los persas dejaban de lado los arcos, cogían los escudos, y cargaban con las lanzas, que eran

lanzadas contra el enemigo desde corta distancia, y después blandían la espada, que se utilizaba para terminar con el enemigo. También existían unidades especiales de apoyo —honderos y otros tipos de infantería, principalmente de los pueblos sometidos— para escaramucear, explorar, forrajear y otras tareas por el estilo.

También era muy importante para el sistema de combate persa la caballería, la mayor parte procedente de Media. Vestida y equipada como la infantería, participaban en la batalla, donde tenían cuatro funciones clave. Antes de la batalla, cabalgaban alrededor de las fuerzas enemigas mientras se acercaban y acampaban, saqueando e intentando desorganizar sus columnas de marcha y abastecimiento. Esto lo podían hacer de forma muy efectiva, como lo demuestra el relato de Herodoto sobre la batalla de Platea. Durante la preparación y las primeras etapas de la batalla, recorrían el frente de la formación enemiga mientras se desplegaba y preparaba, cargando por unidades, cada una de estas unidades se acercaba a la formación enemiga y después se alejaba de ella, disparando flechas y/o lanzando jabalinas, y alejándose al galope para dejar paso a la siguiente unidad. De esta forma se podía mantener un bombardeo constante de flechas y lanzas, y el efecto de las constantes cargas de caballería sobre los nervios del enemigo debía

provocar un gran desgaste.

A veces, sólo con esta táctica se conseguía quebrantar al enemigo y conseguir que huyera. En cuanto la infantería persa avanzaba hasta la distancia de disparo de flecha, la caballería se retiraba a los flancos del ejército, donde su tarea consistía en intentar superar el flanco de las fuerzas enemigas por un lado o por ambos, de manera que les pudieran atacar por la retaguardia mientras la infantería atacaba por el frente. Finalmente, cuando el enemigo rompía sus filas y huía, el trabajo de la caballería era perseguir, matar a todos los que pudieran y evitar que el enemigo se pudiera reagrupar para volver a luchar. Cooperando de esta forma, la infantería y la caballería persa y meda conquistaron todo el occidente de Asia, como hemos visto, y se ganaron una reputación merecida como guerreros terribles e invencibles.

Queda pendiente de analizar otro elemento de la guerra por tierra: el tema de los asedios. Durante la conquista y el control de un imperio, uno no se puede permitir que le obstaculicen las fortificaciones. En esta época, la antigua tecnología de asedio era bastante simple: no existía nada que se pudiera considerar artillería, excepto el arco, y no se utilizaban máquinas de asedio complejas. Las escalas y el minado (bajo las murallas enemigas, para penetrar con un túnel en la ciudad enemiga o conseguir que se derrumbase parte de

la muralla) ya eran conocidos y utilizados por los asirios. Sin embargo, los persas apreciaron de forma especial la rampa de asedio. El ejército persa habitual incorporaba grandes fuerzas reclutadas entre los pueblos sometidos, que eran de un uso limitado en una batalla campal. Pero esto significaba que habitualmente tenían mucha mano de obra que podía cavar y acarrear, o construir y acarrear, tierra, piedras y árboles en vastas cantidades para erigir rampas que gradualmente iban subiendo en una cuesta ligera hasta la cima de las murallas enemigas. Arqueros y honderos daban fuego de cobertura a los hombres que construían las rampas a medida que se aproximaban a las murallas enemigas. Una vez completada la rampa, la infantería persa podía cargar por ella y superar los muros enemigos para penetrar en la ciudad. Un ejemplo notable de una rampa de asedio persa de este tipo ha sido excavada por los arqueólogos en Pafos, en Chipre.

En definitiva, el ejército persa, en su forma totalmente desarrollada bajo Darío, era un verdadero ejército de armas combina(las: infantería de élite y fuerzas de caballería entrenadas para cooperar entre ellas, y una variedad de unidades de apoyo, incluyendo «zapadores» para las operaciones de asedio. Los griegos, con sus túnicas y su costumbre de ejercitarse desnudos, consideraban que las voluminosas ropas persas, en especial los pantalones, eran absurdas e

incluso «afeminadas»); y con su armadura y escudo pesados, y sus lanzas resistentes, llegaron a despreciar a la infantería ligera persa y a la caballería meda. Pero este desdén no nació hasta después de sus victorias durante las invasiones persas. Antes de las batallas de Maratón y Platea, los griegos temían a la infantería persa, les sobrecogía la caballería meda y consideraban que el atuendo persa era más temible que ridículo. Hasta la época de Maratón se habían producido una serie de enfrentamientos militares entre persas y griegos, como veremos, y de forma invariable los persas resultaron victoriosos. Los griegos del siglo VI y principios del siglo V no despreciaban a persas y medos, sino todo lo contrario: los respetaban y temían, y tenían muchas razones para hacerlo. Por eso resulta aún más destacable que, al final, se atrevieran a enfrentarse a los persas; y para los griegos no fue fácil obtener la victoria final. Los persas y los medos se encontraban entre los pueblos y sistemas militares más destacados de la historia.

Herodoto, a pesar de escribir a mediados del siglo V, aún muestra el profundo respeto de los griegos por los persas, por su cultura, por sus habilidades guerreras y por su poder. Nunca habla del liderazgo, la nobleza y el ejército persa con nada que no sea respeto, y aprecia de forma apropiada su valor, su disciplina y su sistema militar. Su relato del sistema educativo de la nobleza

persa se ha citado frecuentemente con aprobación. Según Herodoto, al persa se le enseñaban tres cosas básicas: montar a caballo, disparar un arco y decir la verdad. Para él, se trataba de una educación sencilla y noble, y que se ajusta básicamente a la verdad lo pone en evidencia el texto de Darío que se ha citado más arriba, en el que enfatiza sus habilidades como jinete y como arquero. También hay que señalar que la verdad también juega un papel importante en la autopresentación de Darío, y en la religión persa. Los persas de la época de Darío crecían en una forma de zoroastrismo, aunque no eran intolerantes o misioneros con su religión. En el zoroastrismo, el cosmos está gobernado por dos deidades opuestas —Ahina Mazda, el gran dios de la verdad, la luz y la bondad; y Ahí imán, el dios de la oscuridad, la mentira y la maldad— que se encuentran en un conflicto constante entre ellos. Los seres humanos tienen que elegir un bando en este conflicto, y todos los seres humanos buenos estarán naturalmente del lado de Ahura Mazda y lucharán por la verdad y la luz. Darío se refiere en sus inscripciones constantemente a Ahura Mazda como su patrono y benefactor, y de forma constante caracteriza a sus enemigos como defensores de la Mentira.

Mientras mantuvieron este noble sistema de valores, y un nivel considerable de tolerancia por los valores, las culturas y las religiones de sus súbditos, el gobierno

persa no se vio como demasiado pesado en la mayor parte de Asia occidental. Para algunos incluso fue bienvenido. En el libro bíblico de Isaías, el rey persa Ciro es presentado como «el ungido del Señor» (es decir, ¡el Mesías!) gracias a su política de permitir el regreso a casa de los judíos exiliados en Babilonia, y en su edicto autorizando la reconstrucción del templo en Jerusalén. Y en el libro de Ester, el rey Jerjes, que para los griegos parece ser el epítome de arrogancia, crueldad y traición, aparece como el amable y honesto Asuero, que estuvo a punto de maltratar a los judíos a causa de los malos consejos, pero que los trató con amabilidad en cuanto fue descubierto el engaño. Sin embargo, existe una gran diferencia entre la forma de vida sencilla, honesta y noble que Herodoto atribuye a los primeros persas, y los cuentos de lujo y arrogancia que los griegos posteriores atribuyen a los persas. ¿De dónde surge esta diferencia? Quizá los persas habían cambiado: desde luego parece que Herodoto creía que estaban cambiando para mal, bajo la influencia del poder imperial y la riqueza y el lujo que lo hicieron posible. Aunque no cabe duda que Herodoto y los demás griegos pueden ser sospechosos de unas inclinaciones antipersas, no sería nada sorprendente que cierta decadencia infectase realmente a la cultura persa después de una o dos generaciones de poder y riqueza imperiales.

Al final de su historia, Herodoto explica una de sus historias características, sobre Ciro y los persas. Según cuenta, a finales del reinado de Ciro, los persas enviaron a su rey una delegación con una petición. Como ahora eran los dominadores de toda Asia Occidental, les parecía inapropiado que siguieran viviendo en un país pobre, duro y montañoso mientras que muchos de sus súbditos vivían en tierras mucho más dulces y más favorecidas por el clima. Proponían al rey que se hicieran con las tierras más placenteras de las que controlaban y que todos se trasladaran hasta allí, expulsando a sus habitantes actuales.

Ciro les contestó que podían hacerlo si lo querían, pero que entonces se preparasen para perder su poder y para convertirse de nuevo en un pueblo sometido. Porque, según reflexionaba el rey, las tierras suaves, criaban a personas suaves; había sido la naturaleza dura y pobre de su patria lo que había convertido a los persas en un pueblo duro y conquistador, y no podían esperar que siguieran siéndolo si se trasladaban a un país suave. Impresionados por este punto de vista, dice Herodoto, los persas decidieron quedarse en su propio país. Pero de hecho Darío se trasladó a Susa, en la tierra de los antiguos elamitas, una tierra más llana y rica, con un clima más suave y cálido. Y muchos persas se trasladaron de su patria a Susa, o a las diversas satrapías, y pasaron a vivir una vida de comodidades y

lujos. Creo que el relato de Herodoto intenta indicar las razones del declive persa y de la victoria griega de su época: ahora eran los griegos los que tenían las virtudes, nacidas en un país pobre, duro y montañoso, que los persas habían tenido pero habían perdido. Pero en el año 500 esas ideas se encontraban en el futuro: cuando la amenaza persa se cernió sobre Grecia, nadie tomó a los persas a la ligera o creía que estaban en decadencia.

CAPÍTULO 3

LA CIUDAD-ESTADO DE ATENAS HACIA 500 A.C.

En las décadas previas al año 600 a.C., Atenas no era en ningún sentido una ciudad-estado poco habitual, desde luego no era una de las ciudades-estado dirigentes o más poderosas en el mundo griego. Sin embargo, en el año 500, poco más de un siglo después, Atenas era política y culturalmente una de las ciudades-estado más desarrolladas en el mundo griego, y militarmente una de las más poderosas e importantes. Obviamente mucho había cambiado a lo largo del siglo VI, y sin estos cambios es difícilmente imaginable que los atenienses hubieran podido intentar la resistencia contra el Imperio persa, como realmente hicieron. Los cimientos de la grandeza ateniense en el siglo V se sentaron en el siglo VI, en especial en ciertos acontecimientos trascendentales y transformadores que se produjeron en la última década de ese siglo.

LA ATENAS ARCAICA

En el año 600 los atenienses eran una comunidad más bien mediana, que destacaba del grupo general de las ciudades-estado griegas sólo por dos aspectos: la ciudad-estado ateniense en desarrollo era más grande que todas las ciudades-estado griegas excepto las más grandes, y a diferencia de muchas de las desarrolladas ciudades-estado griegas, los atenienses nunca habían

sufrido una etapa de gobierno por parte de un tirano. Con respecto al tamaño, Atenas era el asentamiento más grande en el territorio del Ática (véase mapa 4), y los atenienses habían conseguido reunir hacia el año 600 buena parte de toda el Ática en su ciudad-estado, un territorio de unos 2.400 km². La unificación del Ática en una sola ciudad-estado no era una conclusión evidente: la región de Beoda al norte del Ática, por ejemplo, nunca logró la unificación en una ciudad-estado, y no existía ninguna razón obvia, geográfica o de otro tipo, por la que las comunidades del Ática se deberían haber unificado mientras que las de Beocia no lo hicieron. El Ática podría haber albergado con facilidad cuatro o cinco o incluso más ciudades-estado independientes y rivales —además de Atenas, por ejemplo, comunidades como Eleusis, Maratón, Tóricos, y posiblemente incluso Acarnea y otras, se podrían haber convertido en pequeños estados separados— y en ese caso la gran ciudad-estado de los atenienses que conocemos nunca hubiera llegado a existir. Al unificar todo el Ática, los atenienses crearon una ciudad-estado que igualaba o superaba en tamaño a todas las demás ciudades-estado griegas, excepto Esparta, y eso convertía a los atenienses potencialmente en poderosos e importantes. En el año 600, sin embargo, la unificación del Ática seguía siendo muy frágil e incompleta. La forma en que los atenienses completaron

esta unificación los convirtió en el estado destacado y poderoso que llegaron a ser, como veremos a continuación.

El hecho de que los atenienses hubiesen evitado el gobierno de un tirano hasta el año 600 nos puede hacer pensar que fue bueno para ellos, pero no lo era necesariamente. Los tiranos de la Grecia antigua, como hemos visto en el capítulo 1, eran dirigentes progresistas y reformadores —al menos los mejores entre ellos— que ayudaron a sus comunidades a romper con los grupos y las costumbres anquilosadas que se encontraban en el camino del desarrollo cultural y político. Excepto en el caso de los espartanos, todas las ciudades-estado más importantes y más desarrolladas en Grecia habían experimentado tiranías hacia el año 600 —los corintios, los milesios, los argivos y los sicionios, por ejemplo— y habían surgido de la experiencia más fuertes y más unificadas. Un aristócrata poderoso llamado Ción se intentó convertir en tirano en Atenas, probablemente en 632, pero no lo pudo conseguir por la oposición de una familia aristocrática muy influyente conocida como los Alcmeónidas, que contaba con el apoyo de la mayor parte del pueblo común. La disputa que surgió a raíz de este episodio también dañó el poder y el estatus de la familia alcmeónida: algunos de los seguidores de Ción fueron asesinados a pesar de haber pedido santuario en uno de

los altares o templos de la acrópolis, y el Oráculo de Apolo en Delfos fue convencido para que colocase a la familia alcmeónida, y a su cabeza, Megacles, bajo una maldición religiosa, como resultado de esa acción. Esta «maldición de los Alcmeónidas» iba a tener eco a lo largo de toda la historia ateniense. Mientras tanto, Atenas seguía siendo hacia el año 600 una comunidad dominada por una serie de clanes y líderes aristocráticos rivales, y que había avanzado muy poco hacia instituciones políticas/religiosas centralizadas o para permitir la participación popular en la vida política para darle cohesión y fuerza. De hecho, seguía siendo en muchos aspectos una comunidad griega de estilo antiguo, y esto queda en evidencia por el hecho de que Atenas no produjo poetas u otras figuras culturales notables antes del año 600, y no jugó ningún papel en el gran movimiento colonizador que estaba extendiendo los asentamientos griegos a lo largo de los mares Mediterráneo y Negro.

Sin embargo, de las disputas internas en Atenas después del intento de tiranía de Cilon surgió un cambio progresivo: los atenienses presionaron con éxito a las familias aristocráticas que ocupaban el poder —que colectivamente recibían el nombre de *Eupatridai* o «los bien nacidos»— para que aceptasen la redacción de las leyes de la comunidad y que se publicasen en lugares públicos donde cualquier ciudadano alfabetizado

podría leerlas. Según la tradición, esto ocurrió en el año 621, y fue un aristócrata llamado Dracon el encargado de dar forma escrita a las leyes. Sus leyes no han sobrevivido, excepto la ley que hace referencia al homicidio, que tendría una gran influencia en la historia posterior por la distinción que establecía entre el asesinato deliberado y el homicidio involuntario. Pero parece que la mayor parte de los atenienses, cuando supieron a través de Dracon cómo eran sus leyes, se sintieron muy insatisfechos con ellas. Las leyes tradicionales se consideraban demasiado duras —o «draconianas», como se llama desde entonces a las leyes duras— y se extendió la agitación para cambiar las leyes. Poco después del año 600, esta agitación llevó al nombramiento de un nuevo «legislador», cuya revisión de las leyes de los atenienses, y a través de ellas de la sociedad y la política atenienses, inició el proceso que convirtió a los atenienses en el estado más avanzado en Grecia. Su nombre era Solón y fue nombrado magistrado jefe (o *arconté*) de Atenas en 594, revestido de poderes extraordinarios para revisar las leyes y resolver los conflictos que estaban corroyendo a Atenas. Gracias a su nuevo código legal, se le reverencia como uno de los «Siete Sabios» de la antigua Grecia, y como el reformador más importante de la historia ateniense.

La agitación política en Atenas giraba alrededor de

dos cuestiones principales: la participación política y la propiedad de la tierra. Hasta el arconato de Solón, la participación en la vida política de la comunidad atenienses había estado limitada o controlada por la aristocracia tradicional, los *Eupatridai*. Cada año eran elegidos —no sabemos con seguridad cómo, pero posiblemente mediante algún tipo de votación— nueve magistrados, llamados colectivamente los arcontes, y sólo los hombres de las familias eupátridas eran elegibles para convertirse en arcontes. Como estos arcontes eran el poder ejecutivo y los jueces principales de la comunidad, el gobierno cotidiano de la comunidad se encontraba en sus manos. Tras su año en el cargo, los arcontes se convertían en miembros vitalicios del Consejo de Estado que recibía el nombre de «Consejo del Areópago», según la colina del Areópago en la que se reunían, cerca de la Acrópolis. El Consejo del Areópago parece que fue en efecto el órgano de gobierno de la comunidad: supervisando a los magistrados anuales, estableciendo las políticas y actuando como una especie de «corte suprema» que entendía de cuestiones y pleitos sobre temas políticos y sociales importantes. Como estaba formado por antiguos arcontes, se trataba de un consejo aristocrático —sus miembros procedían exclusivamente de familias eupátridas— y eran miembros todos los políticos destacados y de éxito de la comunidad. Por eso su

prestigio era muy grande. Además, la ciudadanía ateniense, tal como se la consideraba en esa época, parece que se ejercía a través de la pertenencia a grupos llamados «fratrías»: inicialmente grupos de parentesco, pero en realidad organizaciones socio-religiosas a través de las cuales se canalizaba la participación comunitaria, religiosa y militar, así como la limitada actividad política que estaba abierta al «pueblo llano»; y la pertenencia a las fraternidades aparentemente estaba controlada por las familias eupátridas. En consecuencia, la aristocracia tradicional controlaba con firmeza la vida política de la comunidad. Pero Grecia estaba cambiando económica, social y militarmente, como hemos visto, y Atenas no era una excepción. Existía una clase sustancial de hombres que no procedían de familias eupátridas pero que estaban acomodados o incluso eran ricos —gracias a la agricultura, la manufactura y/o las actividades comerciales— y que se resentían de su exclusión de las magistraturas y del Consejo de Estado, y del control eupátrida de la participación política activa.

En cuanto a la propiedad de la tierra, parece ser que era una cuestión mucho más disputada. Tradicionalmente, se ha supuesto que las familias aristocráticas poseían la mayor parte de la tierra, que era trabajada para ellos por aparceros que pagaban de renta la sexta parte de lo que producían, de manera que

estos aparceros se conocían como *hektemoroi* o «los hombres de la sexta parte». Bajo esta suposición, la disputa que debía resolver Solón parecía una demanda de los aparceros o arrendatarios para redistribuir la tierra, desposeyendo a los *Eupatridai* de la mayor parte de sus posesiones y repartiendo la tierra confiscada entre las familias que las trabajaban; con las familias eupátridas resistiéndose evidentemente a estas peticiones e insistiendo en que los *hektemoroi* siguiesen con sus arrendamientos y pagaran sus rentas. Esta visión del tema considera que la cuestión contemporánea de Solón era muy similar a las disputas sobre la propiedad de la tierra en el siglo IV a.C. y con posterioridad, que es lo que nuestras fuentes que escriben en esta época (en especial Aristóteles) creían que era el caso.

Pero al aceptar este punto de vista, es posible que estemos aceptando una visión anacrónica de la cuestión y que no se ajusta completamente a algunos comentarios del propio Solón: Solón fue un poeta además de un reformador y algunos de sus poemas sobre sus reformas han sobrevivido. La visión tradicional, en efecto, asume como correcto el concepto de propiedad privada de la tierra, la tierra como propiedad privada. Pero la propiedad privada de la tierra —tan natural como pudiera parecer a los griegos en el siglo IV y que nos pueda parecer a nosotros en la actualidad— no se

encuentra en todas las sociedades humanas y por eso no debería darse por supuesta. Conocemos muchas sociedades en las que la mayor parte de la tierra se posee de forma comunitaria, o en las que ni siquiera existe el concepto de propiedad de la tierra. Por ejemplo, en la Gran Bretaña medieval grandes lotes de tierra eran «tierras comunales», controladas y utilizadas colectivamente por comunidades aldeanas; y en América del Norte y Australia antes de la conquista europea, muchos de los pueblos aborígenes no conocían el concepto de propiedad de la tierra, sino que simplemente tenían territorios tribales en los que vivían y cazaban los miembros de la tribu. Vale la pena considerar si y hasta qué punto la propiedad privada de la tierra estaba ya establecida en el Ática antes de la época de Solón.

La exploración arqueológica del Ática, y más en general de Grecia, ha demostrado que la mayoría de los asentamientos en Grecia fueron abandonados al final de la Edad de Bronce, entre 1100 y 1000 a.C. La población de Grecia, sea cual sea la razón, se redujo de forma dramática y evidente, y se cree que la mayor parte de la población restante adoptó un estilo de vida de pastoreo seminómada que se conoce como pastoreo trashumante: desplazándose cada año entre pastos de verano en las montañas y pastos de invierno en las llanuras costeras, y, en consecuencia, sin mantener

asentamientos permanentes para vivir en ellos.

Hacia inicios del año 800 a.C. este estilo de vida fue cambiando hacia la agricultura y de nuevo a la vida en asentamientos permanentes, que condujo a la civilización clásica griega de los siglos VI a III a.C. con la que estamos familiarizados. Esto significa que, en particular, el Ática estaba casi libre de asentamientos permanentes en una fecha tan tardía como 750 a.C., y los pocos asentamientos permanentes que quedaban —como la propia Atenas— eran pequeños y pobres. Bajo estas condiciones, con la mayor parte del Ática utilizada sólo estacionalmente por pastores trashumantes con sus rebaños, la mayor parte de la tierra del Ática quedaba desaprovechada, y no era propiedad de nadie. No resulta del todo obvio o inevitable que, cuando y si grupos de personas se empezaron a asentar en la tierra del Ática e introdujeron de nuevo su uso agrícola entre 750 y 600, lo hicieran de entrada estableciendo parcelas de tierra como propiedad privada. Convertir terrenos baldíos en tierras agrícolas productivas lleva tiempo y una inversión considerable de esfuerzo y capital. Se necesitan herramientas, semillas, suministro de comida para alimentar a los que trabajan hasta que la tierra empiece a producir cosechas. Líderes ricos pudieron proporcionar parte de este capital y, en consecuencia, pudieron considerar que tenían un cierto derecho sobre

las tierras puestas en cultivo; pero también es posible que la mayor parte de este proceso se realizase a través de esfuerzos colectivos y ayuda mutua, y que las tierras que se convirtieron en cultivos se considerasen inicialmente como tierras comunales más que como propiedad privada.

En otras palabras, la cuestión a la que se enfrentaba Solón fue muy probablemente el proceso mediante el cual las tierras agrícolas del Ática se iban transformando de tierras comunales en propiedades privadas. Solón resolvió esta parte de su programa de reforma con la *seisachtheia*, que parece significar «quitar una carga»; y en uno de sus poemas habla de liberar la tierra del Ática que había sido esclavizada por agrimensores enviados por los ricos.

Respecto a esto llamo como testigo en el tribunal del tiempo a la madre de los dioses olímpicos, a la más grande y a la mejor, a la negra Tierra en persona, porque una vez alejé de ella los límites que por todas partes fijaban en ella: antes, estaba esclavizada; ahora es libre.

El lenguaje de Solón en este y otros poemas, en los que habla de la codicia excesiva de los ricos, tiene sentido si lo que estaba ocurriendo era que las ricas familias aristocráticas estaban reclamando que tierras esencialmente comunales sobre las que, como líderes de la comunidad, tenían un cierto control, se habían

transformado ahora en su propiedad privada; que la «sexta parte» que pagaban los campesinos no era una contribución a algún tipo de reserva comunal que se mantenía, por ejemplo, para las fraternidades, sino una renta que se les pagaba a ellos, los «propietarios» aristocráticos; que los *hektemoroi* eran, en consecuencia, sus arrendatarios. Haciendo una comparación, se pueden citar las «Leyes de cercamiento» del siglo XVIII en Inglaterra, con las que la clase alta inglesa se apropió como propiedad privada de las tierras comunales de Inglaterra; o la Ley de Parcelación norteamericana, que permitió a los colonos europeos transformar las tierras comunales tribales controladas por los pueblos nativos en granjas de propiedad privada. Incluso se puede suponer que el objetivo de los *Eupatridai* era convertir a los *hektemoroi* en una especie de clase servil no libre, como los ilotas en Esparta y los *Penestai* en Tesalia. Es contra estas pretensiones de los ricos aristócratas que podemos ver la resistencia de los *hektemoroi*, negándose a seguir pagando la sexta parte de sus cosechas (y siendo esclavizados por ello por los ricos) y argumentando que si la tierra se tenía que convertir en propiedad privada, debería ser propiedad de las familias que vivían en ellas y las trabajaban.

Así, Solón se enfrentaba a un dilema: si el Ática se iba a convertir en una tierra de grandes propiedades en

manos de ricos aristócratas y cultivadas por una clase «servil», o una tierra de pequeñas propiedades en manos y trabajadas por agricultores independientes y moderadamente acomodados. Escogió esta última opción y al hacerlo puso las bases de la posterior democracia ateniense, porque la numerosa, independiente y acomodada clase media de pequeños agricultores que fue el resultado de esta *seisachtheia* formó la espina dorsal del *demos* (pueblo) ateniense que acabaría estableciendo el primer sistema de gobierno democrático del mundo.

Al enfrentarse al tema del acceso a la política y de los ingresos económicos, la solución de Solón siguió la misma línea: de la misma forma en la que había bloqueado el intento eupátrida de apropiarse de la propiedad exclusiva de la tierra, terminó con el control exclusivo de la política por parte de los eupátridas. En lugar de la norma de que sólo personas pertenecientes a los linceos correctos pudieran participar en política, Solón instituyó cuatro clases de propietarios —en esencia, los muy ricos, los ricos, los acomodados y los pobres— y estableció que las dos clases superiores fueran elegibles para ejercer las magistraturas y de esta forma se convertirían en miembros del Consejo del Areópago. Esto abría el arconato y el Consejo a los atenienses que no eran eupátridas pero que tenían suficientes propiedades, y permitía una movilidad

ascendente en la política porque cualquiera que pudiera acumular suficiente riqueza podía acceder a una de las clases superiores de propietarios y así convertirse en elegible para las magistraturas y el Consejo. Había mucho más en el programa de reformas de Solón, pero ésta era la parte esencial. Con ellas, Solón no creó la democracia, pero hizo posible la democracia. Si hubiera elegido el lado de los *Eupatridai* y apoyado sus pretensiones, la Atenas democrática de los siglos V y IV que conocemos y admiramos como cuna de nuestra cultura y de nuestras ideas políticas nunca hubiera sido posible.

Parece que el programa de reformas de Solón no satisfizo a nadie. Los *Eupatridai* estaban furiosos por la pérdida de sus privilegios exclusivos y por no ver satisfechas sus reclamaciones sobre la tierra; el resto de los atenienses creía que Solón no había ido lo suficientemente lejos, dejando a la aristocracia con propiedades muy importantes, y los ricos seguían manteniendo la posición dominante en la vida política. En el mismo poema en el que proclama que ha liberado la tierra, Solón se describe como «un lobo revolviéndose, rodeado de muchos perros»; y en otro poema habla de haber tomado una posición intermedia, sosteniendo su poderoso escudo sobre ambas partes, el pueblo y los ricos y poderosos, sin dar demasiado poder ni privilegios a ningún grupo pero intentando

proteger los derechos legítimos de todos. Pero a pesar de la extensa insatisfacción, la decisión fundamental de Solón sobre la propiedad de la tierra y la ampliación de la participación política echó raíces y se convirtió en parte crucial del orden socio-político de Atenas, convirtiendo a Solón en el pensamiento de los atenienses posteriores en su legislador más importante y fundador de su sistema político.

Después de Solón, el problema principal que siguió dificultando el desarrollo del estado ateniense fue la falta de cohesión, la unificación aún incompleta del Ática en un solo estado. La vida política en la Atenas posterior a Solón se movió, según Herodoto y Aristóteles, alrededor de tres facciones que tenían sus bases en diferentes regiones del Ática, reflejando una tendencia a situar los lazos y las lealtades regionales por encima de un sentido de identidad ateniense común. Estas facciones eran: los *Pedieis*, es decir los hombres que vivían en la llanura ateniense (*to pedion*) alrededor de la propia ciudad de Atenas, dirigidos por un eupátrida de nombre Licurgo; los *Paralioi*, los hombres de la región costera al sur del Ática (llamada *paraliá*), liderados por el cabeza de la familia alemeónida, Megacles (nieto del primer Megacles); y los *Hyperakrioi*, los hombres del este del Ática (desde la perspectiva de Atenas, de «más allá de las montañas» —la cordillera de Pentele— que es lo que significa

hyperakrioi), dirigidos por Pisístrato. Estas tres facciones compitieron entre ellas durante las décadas de 570 y 560, con el predominio habitual de Licurgo y los *Pedieis*, que contaban con la ventaja de vivir en y alrededor del centro político (Atenas). Una alianza de corta duración entre Megacles y Pisístrato permitió a este último hacerse cargo brevemente de Atenas como tirano alrededor del año 560, poco más o menos: encontraron a una mujer excepcionalmente alta y hermosa llamada Phye, la vistieron con la indumentaria tradicional de la diosa Atenea, e hicieron ver que era la propia Atenea la que acompañaba a Pisístrato a la Acrópolis para instalarlo como gobernante.

Un centenar de años más tarde Herodoto aún se reía de la credulidad de los atenienses que se creyeron semejante patochada. Para fortalecer la alianza, Pisístrato se casó con una hija de Magacles. Pero el pacto saltó en pedazos cuando Pisístrato se negó a ser padre de los nietos de Megacles para que fueran sus herederos, porque ya había criado hijos de su propia estirpe para sucederle, de manera que «se negó a tener sexo con ella de la forma habitual» como lo expresa Herodoto con delicadeza. Entonces Megacles se alió con la facción de Licurgo para expulsar a Pisístrato, y parece que los dos gobernaron Atenas de forma bastante pacífica durante los diez años siguientes. Pero en 548/547 Pisístrato regresó con un gran ejército de

mercenarios y aliados, derrotó las fuerzas de sus rivales en Palene en el centro del Ática, donde la carretera de Maratón desemboca en la llanura de Atenas, y se convirtió en tirano de Atenas hasta su muerte en 528, siendo sucedido por su hijo Hipias durante otros diecisiete años más.

Aunque la tiranía de Pisístrato surgió de la desunión regional del Ática y representó la victoria de una de las facciones regionales, Pisístrato como tirano se alzó por encima de este regionalismo y convirtió en parte central de su política trabajar para una unificación más completa del Ática. De hecho, a pesar de la mala reputación que adquirió la tiranía como sistema de gobierno, Pisístrato fue recordado como un gobernante moderado y popular que hizo cosas buenas por Atenas, y con buenas razones. Con la colaboración de sus hijos, siguió un variedad de políticas que mejoraron las condiciones de vida en Atenas y el Ática, que fortalecieron la unificación del Ática, y que introdujeron a Atenas más en la corriente principal de la vida económica y cultural griega.

Por ejemplo, fomentó la agricultura en el Ática, utilizando un impuesto del cinco por ciento sobre la producción agrícola para establecer un fondo para proporcionar capital a hombres que quisieran poner en cultivo tierras marginales. Estableció un sistema imparcial de jueces itinerantes, que iban por los

llamados «demos» (comunidades locales y regiones) del Ática para resolver pleitos y arbitrar disputas sin que los litigantes tuvieran que incurrir en los inconvenientes y los gastos de viajar hasta la ciudad de Atenas. Mejoró el suministro de agua a Atenas, creando una gran fuente y trayendo un curso de agua abundante hasta el corazón de la ciudad. Utilizó la religión para promover la unificación, incorporando los cultos locales del Ática —tales como el culto a Artemisa en Brauron en el Ática oriental, y los misterios de Demeter en Eleusis al norte del Ática— bajo un control central y convirtiéndolos en cultos de todos los atenienses. Sobre todo, convirtió el festival de Atenea, el *Panathenaia*, en un festival unificado para todos los atenienses.

Además de estas políticas con el objetivo de mejorar las condiciones en casa, Pisístrato intentó elevar el perfil de Atenas en el mundo griego. Convirtió la llamada «gran *Panathenaia*» que se celebraba cada cuatro años en un festival interestatal para todos los griegos, siguiendo el modelo de los juegos Olímpicos y Pitios. Participantes de todos los rincones del mundo griego llegaban para tomar parte en las competiciones del festival, con los ganadores recibiendo valiosos premios consistentes en aceite de oliva del Ática —que disfrutaban de una reputación muy extendida por su gran calidad— presentado en unas ánforas especiales para el premio. Estas competiciones no sólo eran atléticas:

también se celebraban competiciones de música y poesía, en especial un concurso de recitado de los poemas épicos homéricos. A través de esta última competición, los pisistrátidas fomentaron la recopilación de las diferentes versiones de Homero y la cuidadosa comparación entre ellas para dar lugar a los primeros textos autorizados de los dos grandes poemas épicos. En general se cree que esta edición pisistrátida de la épica homérica se encuentra en la base del texto que aún utilizamos en la actualidad.

Además Atenas entró de una forma más completa en el mundo del comercio y la colonización griegas. Desde finales del siglo VII los atenienses habían exportado cerámica de lujo y aceite de oliva por todo el mundo griego, pero bajo Pisístrato y sus hijos los atenienses desarrollaron el interés por el valioso e importante comercio en el mar Negro. Los productos de esa región —madera, grano, pieles, esclavos, metales y pescado— tenían gran fama en todo el mundo griego. A través de la colonización de la costas del mar Negro y sus zonas limítrofes, las ciudades de Mileto y Megara habían adquirido una posición dominante en este comercio. Pisístrato fomentó los proyectos de colonización atenienses en la entrada del Helesponto (los modernos Dardanelos), el primer y estrecho cuello de botella en la ruta entre los mares Egeo y Negro. En Sigeo, en la orilla asiática cerca de la antigua Troya, y en una larga

península que marcaba el lado septentrional del Helesponto —llamada por los griegos el Quersoneso tracio— los asentamientos atenienses establecieron puestos avanzados a través de los cuales los atenienses garantizaban un acceso seguro al comercio del mar Negro. A medida que la ciudad de Atenas crecía gracias al estímulo económico que proporcionaban las políticas de paz y desarrollo de Pisístrato, resultó cada vez más importante la capacidad de importar grano y madera, y otras materias primas, de las que la región del mar Negro era una fuente muy rica.

A través del gobierno de Pisístrato y, después de su muerte, de sus hijos Hipias e Hiparco, Atenas creció cada vez más unida y próspera y ganó peso en los asuntos griegos. Pero el mismo éxito de la tiranía empezó a socavarla. A finales del siglo VI, por todo el mundo griego, la tiranía estaba pasando de moda, y en la propia Atenas las familias aristocráticas más importantes como los Alcmeónidas y los Filaidas (la familia del gran Milcíades) estaban empezando a cansarse del dominio de Pisístrato; y la clase media de los atenienses se había desarrollado hasta un punto en el que estaba dispuesta a jugar un papel político activo.

En 514 el hermano del tirano Hipias, Hiparco, fue asesinado como resultado de una intriga sexual: el famoso escándalo de Harmodio y Aristogitón. En la típica cultura homoerótica de la clase alta de esta

época, relaciones de patrocinio y de naturaleza sexual eran habituales entre hombres maduros a finales de la veintena o mayores, y jóvenes bellos al final de la adolescencia o principios de la veintena. Harmodio era uno de estos jóvenes y bellos aristócratas, y le cayó en gracia a Hiparco, que se sentía inclinado hacia ese tipo de relaciones. Pero Harmodio ya tenía un amante mayor, Aristogitón, y rechazó las insinuaciones de Hiparco. Con la arrogancia de llevar tanto tiempo en el poder, Hiparco se sintió ofendido y respondió insultando públicamente a la familia de Harmodio; y el insulto era de tal calibre que Harmodio y Aristogitón decidieron asesinarle. La muerte de su hermano provocó en Hipias un ataque de paranoia vengativa: asumió que este asesinato debía formar parte de una conspiración más amplia contra su gobierno e instituyó algo parecido a un «reinado del terror» con torturas y ejecuciones de todos aquellos sospechosos de deslealtad. De esta forma la tiranía popular fundada por Pisístrato se volvió profundamente impopular; pero seguía siendo una tiranía con raíces profundas y fuertes que no se podía derrocar con facilidad. Fue el cabeza de la familia alcmeónida, que se había visto obligado a huir al exilio, el que encontró la forma de librarse del tirano.

CLÍSTENES Y LA INVENCION DE LA DEMOCRACIA

Clístenes el alcmeónida merecería ser mucho más

famoso en la civilización occidental de lo que lo es porque fue Clístenes quien, en primer lugar, provocó la caída de la tiranía pisistrátida y después —lo que es mucho más importante— estableció el sistema democrático de gobierno que fue el legado más importante de Atenas al mundo moderno. Hay que decir que Clístenes fue verdaderamente el inventor de la democracia y a pesar de eso su nombre es prácticamente desconocido fuera de un estrecho círculo de estudiosos profesionales de las antiguas Grecia y Roma. Su primera problema era acabar con la tiranía de Hipias, y sus seguidores y él no tenían la fuerza para hacerlo a través de una acción militar propia: lo habían intentado en 513, tras el asesinato de Hiparco, y habían fracasado. Sin embargo, Clístenes tenía una influencia considerable en el gran Oráculo de Apolo en Delfos, el santuario religioso más sagrado e importante del mundo griego.

Unas décadas antes un terremoto había destruido el templo de Apolo en Delfos, y los ricos Alcmeónidas se hicieron cargo del contrato para reconstruir el templo. Aunque este contrato contemplaba la construcción del templo con piedra caliza local, los alcmeónidas habían proporcionado a su costa una fachada de caro mármol de Paros, ganándose con ello la gratitud de los sacerdotes del Oráculo. Utilizando esta gratitud, Clístenes persuadió al Oráculo para que instruyera a los

espartanos, siempre que enviaran una delegación a consultar a Apolo —y los espartanos eran especialmente escrupulosos en todo lo referente a la religión y la consulta del deseo de los dioses— que el dios les exigía que liberaran a los atenienses. En 511/510 esta cantinela reiterada movió finalmente a la acción a los reticentes espartanos: enviaron una pequeña fuerza expedicionaria al mando de un oficial espartano menor para que le dijera a Hippias que debía dimitir de su tiranía. Las fuerzas de Hippias expulsaron con facilidad a los espartanos; pero eso puso en cuestión el prestigio militar espartano y provocó que los espartanos se tomaran en serio el derrocamiento de Hippias.

Como consecuencia del golpe a su prestigio, los espartanos enviaron ahora una expedición más grande bajo el mando del espartano más influyente de esta época, el rey Cleómenes, para atacar a Hippias y acabar con su gobierno. Los pisistrátidas y sus seguidores se refugiaron en la Acrópolis y resistieron un asedio; pero cuando Hippias intentó escabullir a sus nietos hasta un lugar seguro, fueron interceptados y capturados, y con el fin de que se los devolvieran sin sufrir ningún daño, Hippias se vio forzado a aceptar la entrega del poder y a abandonar Atenas con toda su familia. Los pisistrátidas se fueron al exilio en Sigeeo en la Tróade, y Atenas quedó como un estado libre tras treinta y ocho años de

tiranía.

Como Pisístrato nunca abolió y ni siquiera alteró materialmente el sistema de gobierno de Solón, permitiendo que siguiera funcionando bajo su supervisión directa, los magistrados y el Consejo del Areópago habían seguido gobernando Atenas sin ningún impedimento serio. A pesar de eso, después de una tiranía tan larga, existía la incertidumbre natural de quién gobernaría Atenas a largo plazo, y cómo. En especial, parece que aparecieron de inmediato las divisiones entre las familias principales y ricas que habían permanecido tranquilas en Atenas durante el gobierno pisistrátida, y aquellos que regresaban del exilio tras la caída de Hipias. Este último grupo se encontraba bajo la dirección de Clístenes y en la lucha política interna se llevaron al principio la peor parte. Fue esta derrota en la política aristocrática tradicional en los años inmediatamente posteriores a Hipias lo que llevó a Clístenes, en 508, a elaborar una nueva estrategia política. En palabras de Herodoto, incorporó al pueblo a su facción.

La narración de Herodoto, con su énfasis típico en los líderes individuales y en sus motivaciones personales, es engañosamente simple. Resulta obvio, cuando se echa un vistazo a los detalles de las reformas de Clístenes que se derivan del relato de Aristóteles y del gobierno ateniense de las décadas de 490 y 480,

que Clístenes ofreció al *demos* (pueblo) ateniense un amplio abanico de propuestas para cambiar el sistema político ateniense, un abanico de propuesta que difícilmente pudo surgir en el calor del momento, ni pudo estar motivado simplemente por el deseo de batir a los oponentes políticos del momento. Y resulta igualmente obvio que, al aceptar el ofrecimiento de Clístenes y apoyar sus propuestas, el pueblo de Atenas estaba dispuesto, e incluso deseaba, el cambio. Ante la aceptación de la propuesta de reforma de Clístenes, el líder de los aristócratas conservadores, el arconte de 508/507 Iságoras, buscó ayuda en los espartanos. Era amigo personal del rey espartano Cleómenes y sabía que los básicamente oligárquicos espartanos no aprobarían las reformas radicales que Clístenes estaba a punto de implantar en Atenas.

Cleómenes respondió a la petición de Iságoras recurriendo a la antigua «maldición de los Alcmeónidas», ordenando que los que estuvieran bajo dicha maldición abandonasen Atenas. En apariencia no queriendo aparecer como la causa de la intervención militar espartana en Atenas, Clístenes obedeció y abandonó Atenas. Pero Iságoras y Cleómenes no estaban satisfechos con esta victoria. Por eso Cleómenes llegó a Atenas con una pequeña fuerza espartana y ordenó que fueran exiliadas todas las personas relacionadas con los alcmeónidas y su

maldición: se cuenta que 700 familias se vieron obligadas a huir del Ática, y que incluso los huesos de los muertos fueron desenterrados y alejados del territorio ateniense. Hasta ese punto no hubo oposición, pero Cleómenes e Iságoras empezaron a sobrepasar los límites. En su determinación por colocar el poder en Atenas firmemente en las manos de Iságoras y sus seguidores, ordenaron que el Consejo de Estado — presumiblemente se referían al Consejo del Areópago — se disolviera, con la intención no expresada de purgarlo y establecer un Consejo nuevo y más leal formado por 300 seguidores de Iságoras. Pero el Consejo se negó a disolverse y en su lugar recurrió al pueblo de Atenas para que se levantase en apoyo de su Consejo y de sus propios derechos.

Para gran sorpresa y decepción de Iságoras y Cleómenes, el pueblo ateniense respondió a este llamamiento con fuerza y en gran número. Enfrentados a los atenienses armados que ocupaban las calles en defensa del Consejo, Cleómenes e Iságoras y sus seguidores se retiraron a la Acrópolis y se atrincheraron. Seguramente esperaban que el tumulto público se fuera apagando con cierta rapidez, a medida que se fuera calmando la ira popular y la gente volviera a sus casas y a su rutina diaria. Pero ocurrió todo lo contrario: el pueblo organizó el asedio de la Acrópolis, manteniendo una estrecha vigilancia de las puertas, y

cada vez más hombres se unían al asedio a medida que se extendía la noticia, incluso acampando durante la noche alrededor de la Acrópolis con las armas a mano para asegurarse que los sitiados no podrían escapar.

Después de unos cuantos días en esta situación y ante el suministro inadecuado de agua y la falta de alimentos, Cleómenes se vio forzado a negociar una retirada de Atenas. Sus espartanos y él debían dejar atrás sus armas y regresar a Esparta en ignominia, dejando a sus aliados atenienses para que los juzgase el pueblo de Atenas, aunque Cleómenes consiguió escabullir a su aterrorizado amigo Iságoras. Clístenes y el resto de los alcmeónidas, así como sus seguidores, fueron llamados de vuelta a Atenas, y el programa de reformas propuesto por Clístenes entró en vigor. Este fue el nacimiento de la democracia ateniense: un paquete de reformas formulado por un aristócrata atrevido y un levantamiento popular contra aquéllos dentro de Atenas que intentaban impedir que se pusiera en práctica dicho paquete de reformas.

Las reformas de Clístenes del sistema de gobierno ateniense fueron complejas, intrincadas y penetraron profundamente en la sociedad ateniense de formas muy diferentes, y —a pesar de la impresión que ofrecen nuestras fuentes y que con frecuencia es aceptada sin más por los historiadores— no se pudieron aprobar y aplicar en cuestión de semanas o meses. Más bien

tendríamos que pensar en un proceso de uno o dos años, quizá más largo, que ha sido resumido por nuestras fuentes en un único acto de reforma. Sin embargo, el resultado de toda esta reforma, fuera cual fuese la forma y el tiempo en el que fue aplicada, no está en duda. Clístenes y el pueblo de Atenas crearon un sistema de gobierno en el que los habitantes libres del Ática se definían como ciudadanos de la ciudad-estado de Atenas con idénticos derechos políticos, deberes y privilegios; y en el cual, como ciudadanos atenienses iguales, el pueblo gobernaba el estado en el sentido más directo e inmediato. La forma ateniense de democracia fue lo que se llama una democracia de «participación directa»: no existía ninguna distinción entre el pueblo y el gobierno, porque el pueblo *era* el gobierno. Los principios básicos del sistema eran dos: la igualdad política fundamental de todos los ciudadanos, lo que los griegos llamaban *isonomia* (igualdad ante o bajo la ley); y el derecho de todos los ciudadanos a reunirse en asambleas para tomar decisiones, y para discutir, debatir y decidir las políticas públicas con libertad y con una igualdad esencial en dichas asambleas, lo que los griegos llamaban *isegoria* (igualdad para reunirse y dirigirse a la asamblea).

El principio de que los ciudadanos *eran* el estado y se gobernaban a ellos mismos directamente no era nuevo en la Atenas democrática: dicha noción,

expresada por la forma en que los griegos se referían siempre a los estados con un nombre colectivo —por ejemplo, los corintios o los megarenses, nunca Corinto o Megara— ya estaba bien establecida en la vida política griega. Lo que era nuevo en la Atenas democrática era la extensión de la ciudadanía, que no convertía a una minoría o a un grupo elitista en el cuerpo soberano del estado, sino que lo era el pueblo ateniense en su conjunto (es decir, los habitantes masculinos libres que formaban el grupo de los ciudadanos). Y ésta es la razón por la que en última instancia fue el uso del término *demokrateia* (gobierno por el pueblo) el que se extendió con mayor amplitud para describir este sistema. Está claro que la antigua Atenas era, como todas las sociedades antiguas, una sociedad de propietarios de esclavos y los esclavos —que prácticamente eran todos importados del extranjero, algunos griegos, pero la mayoría procedente de pueblos no griegos— no disfrutaban de los derechos de ciudadanía y por eso no formaban parte del *demos*, el pueblo visto como una entidad política. Y también como todas las sociedades antiguas, Atenas era de naturaleza patriarcal, de manera que las mujeres no disfrutaban tampoco de derechos activos de ciudadanía. Pero con esto sólo se quiere decir que Atenas no era una sociedad moderna. El punto de interés perdurable sobre el estado ateniense era la importante extensión de

los derechos políticos, de manera que las reformas de Clístenes abarcaban aparentemente a todos los habitantes masculinos nacidos libres; y la forma completa y activa con la que los ciudadanos participaban en el gobierno de su comunidad, haciendo que su democracia fuera un caso real de autogobierno por parte de los ciudadanos.

Por supuesto que establecer el principio de que el *demos*, el pueblo en su conjunto, debía ser el soberano es una cosa; implantarlo y ponerlo en práctica, otra muy diferente. Y fue el proceso para convertir en una realidad el gobierno popular lo que fue complicado y requirió todo un programa detallado de reformas muy bien pensadas. El elemento crucial que se debía lograr era incorporar a los ciudadanos como actores políticos y a los ciudadanos como guerreros en el tejido de la ciudad-estado ateniense de forma que al mismo tiempo completara la unificación de todo el Ática y de sus habitantes como la ciudad-estado ateniense.

Esta era una empresa mayor, pero la solución de Clístenes a este problema fue tan elegante y tuvo tanto éxito, que con posterioridad no se planteó nunca más la cuestión de cómo se debía definir la ciudadanía en Atenas, ni persistió ningún rastro de la antigua desunión regionalista. Para lograr este efecto, Clístenes creó diez nuevas subdivisiones del pueblo ateniense, llamadas *phylai* (habitualmente, aunque de forma errónea, se

traducen como «tribus») y agrupó a los ciudadanos atenienses en estas *phylai* de tal forma que cada tribu era un microcosmos del Ática y del pueblo ateniense. Cada tribu estaba dividida en tercios (*trittyes* en griego) y un tercio de cada tribu procedía de cada una de las tres regiones del Ática. Es decir, cada tribu estaba formada por un tercio de hombres de la llanura de Atenas (*Pedieis*), un tercio de hombres de la región costera del sur (*Paralioi*) y un tercio de hombres del centro y del este del Ática (*Hyperakrioi*). De esta forma, ciudadanos de las tres regiones del Ática se veían obligados a trabajar juntos en las funciones religiosas, políticas y militares del estado. Las *phylai* jugaban un papel importante en el culto estatal, eran las unidades organizativas de la falange hoplita ateniense (es decir, su ejército), y eran una división crucial del pueblo para importantes propósitos políticos. De esta forma hombres de todos los lugares del Ática aprendieron a dejar de pensar en ellos mismos como pertenecientes a una región en particular, y en su lugar a pensar en ellos simplemente como atenienses.

Sin embargo, las partes básicas constituyentes de las *phylai* no eran los *trittyes*, sino los «demos» o comunidades locales, a partir de las cuales se constituían esos «tercios». Por toda el Ática existían numerosos pueblos pequeños, aldeas y comunidades rurales en las que vivían realmente una parte sustancial

de los «atenienses»; la población de la propia Atenas era menos de la mitad del pueblo ateniense en esta época. Clístenes designó todas estas comunidades como demos, y además también dividió la ciudad de Atenas y sus suburbios en una serie de demos. En cada una de las tres regiones del Ática, los demos locales fueron divididos en diez grupos de forma que se asegurase que cada grupo tenía más o menos la misma población. Estos treinta grupos de demos, diez en cada región, eran por supuesto los *trittyes* o tercios de las *phylai*, y cada una de estas «tribus» estaba constituida por habitantes de los demos de todas las regiones del Ática. Y fueron estos demos los que constituyeron la base de la ciudadanía ateniense.

Cada ateniense libre estaba registrado en un demo local en el que vivía él y/o su familia, y era responsabilidad de los demos locales mantener la lista de ciudadanos para el futuro: borrando los nombres de los miembros muertos y añadiendo los nombres de los hijos de los miembros del demo cuando llegaban a la edad adulta, siendo la pertenencia a un demo hereditaria sin tener en cuenta el lugar de residencia. Cada demo tenía su propio gobierno democrático: una asamblea de miembros del demo y magistrados (*demarchoi*) responsables ante la asamblea. De esta forma, el pueblo de Atenas se convertía en responsable de determinar quién era y quién no era ciudadano

ateniense, y de esta manera quién podía participar en la política y el gobierno de Atenas. Las fraternías siguieron jugando un papel importante en prestar testimonio de la idoneidad de sus miembros para obtener el estatus de ciudadano, pero ya no estaban controladas por la aristocracia, y las asambleas de los demos tenían la última palabra.

Con todos los habitantes libres del Ática con la categoría de ciudadanos, eran necesarios mecanismos para establecer firmemente el gobierno de la comunidad por parte del pueblo. El Consejo de Estado tradicional, el Areópago, estaba formado por la clase alta, que seguía siendo predominantemente aristocrática. Siguió reteniendo poderes significativos sobre todo de naturaleza judicial e investigadora —por ejemplo, examinando la cualificación para las magistraturas y la mala gestión de los magistrados— pero sus funciones más importantes del gobierno cotidiano y la supervisión de la comunidad y de sus asuntos le fueron arrebatadas y entregadas a un nuevo Consejo de Estado, la *Boule* (Consejo) de los 500, llamado así porque tenía quinientos miembros. Esta *Boule* fue cuidadosamente diseñada para formar un conjunto representativo del pueblo ateniense. Estaba constituida por diez grupos de consejeros, cincuenta de cada una de las diez tribus. Los consejeros eran nombrados por los demos, cada demo nombraba un número de consejeros proporcional

a su población. Todos los ciudadanos atenienses con buena salud y con más de 30 años podían ser elegidos. Los nombres de los elegibles y dispuestos a servir se colocaban dentro de una urna en cada demo, y el número requerido de consejeros era seleccionado al azar. De esta forma la *Boule* era una representación precisa y transversal del pueblo ateniense.

Vale la pena detenerse un momento en el tamaño de la muestra, y un ejemplo comparativo puede arrojar luz sobre el tema. Los 500 consejeros de Atenas representaban un cuerpo ciudadano de entre 30.000 y 50.000 hombres, según las mejores estimaciones de los historiadores de la demografía ateniense. Los Estados Unidos también tienen un consejo representativo de este tipo, que tiene un total de 535 miembros: 100 en el Senado y 435 en la Cámara de Representantes. Pero estos 535 miembros sirven a un cuerpo ciudadano de unos 228 millones (227.719.424 según la estimación de 2007 de la Oficina del Censo de los Estados Unidos). Podemos ver que el objetivo de Clístenes al crear un consejo tan grande, cuidadosamente calculado para dar a cada localidad y comunidad una representación proporcional, y utilizando el sistema de sorteo para asegurar que la selección se dejase al azar, era realmente producir un cuerpo que fuera un conjunto al azar casi perfecto del pueblo ateniense, tanto como fuera posible crearlo.

Esta *Boule* democrática supervisaba el funcionamiento cotidiano del gobierno y de los magistrados, y en especial discutía los temas de importancia pública de forma preliminar, y sobre la base que al hacerlo preparaba y establecía el orden del día para las reuniones de la asamblea popular. Sin embargo, no era un consejo ejecutivo que tomase decisiones: todas las decisiones importantes debían presentarse y eran tomadas por la asamblea de los ciudadanos atenienses. Para conseguir que el funcionamiento del Consejo fuera lo más democrático e igualitario posible, el trabajo del Consejo estaba estrechamente relacionado con las diez tribus. El calendario del estado ateniense, que se fundamentaba esencialmente en y alrededor de los cultos y festivales religiosos, estaba formado por doce meses lunares que totalizaban 354 días, lo que requería que se intercalase un mes cada pocos años para ajustar el año lunar con el año solar de 365 días.

Además de este calendario habitual de base religiosa, Clístenes instituyó un nuevo año político de diez unidades, llamadas «pritanías», cada una de las cuales estaba asociada con una de las diez tribus. Así, cada una de las diez *phylai* presidía por turnos el sistema ateniense durante un «mes político» de 36 días. Esto se veía en particular en relación con la *Boule*: los cincuenta representantes de la tribu que estaba asociada

a una *pritanía* determinada formaban en realidad un comité ejecutivo del Consejo durante ese período de 36 días. Cada día los cincuenta consejeros que ocupaban la *pritanía* elegían a uno de sus miembros a suertes para presidir el Consejo durante ese período de veinticuatro horas. Se requería que pasase todo ese período de veinticuatro horas en el *Tholos*, un edificio estatal al lado de la Casa del Consejo al borde del *ágora* ateniense (la plaza central de la ciudad), y debía seleccionar a siete u ocho miembros de su contingente tribal para que permanecieran con él de guardia. De esta forma, en todo momento existía un subcomité de la *Boule* disponible en el corazón de Atenas para aceptar y empezar a gestionar cualquier asunto público que pudiese surgir. Más aún, con el objetivo de asegurar que ninguna tribu mantuviese regularmente la *pritanía* durante una parte del año especialmente ajetreada o importante, el orden de las «pritanías» tribales se sorteaba cada año.

El papel principal del Consejo era presidir las reuniones regulares de la asamblea. Las reuniones de la asamblea se celebraban un mínimo de cuatro veces durante cada «pritanía», es decir, cada nueve días, y era deber del Consejo establecer el orden del día de cada reunión de la asamblea popular, y el del contingente tribal que disponía de la «pritanía» presidirla. El orden del día de cada reunión de la asamblea era anunciado

con anterioridad, y propuestas políticas especialmente importantes o propuestas de leyes eran publicadas con días de antelación en tablones blancos que eran desplegados para que todos los ciudadanos los pudieran leer en el *ágora* de Atenas, en el monumento delante de la cámara del Consejo que se había levantado en honor de los diez «héroes tribales». Puesto que Clístenes había obtenido una sanción divina para su reorganización del cuerpo de ciudadanos atenienses al enviar al Oráculo de Apolo en Delfos una lisa de cien nombres de héroes tradicionales de la mitología y del culto atenienses, pidiendo a Apolo que seleccionase diez héroes que darían su nombre a las nuevas *phylai* atenienses. En consecuencia, todos los atenienses que tenían la voluntad y eran libres de hacerlo, se reunían cada nueve días en una asamblea abierta —o con mayor frecuencia si había algún asunto importante que no podía esperar hasta la siguiente reunión regular de la asamblea— y allí se discutía, se debatía y se decidían formalmente todas las cuestiones políticas y de interés público. El voto del pueblo era vinculante: se requería a los magistrados que implantasen y se dejasen guiar por la voluntad del pueblo expresada en público, y la *Boule* estaba allí para supervisar a los magistrados y para asegurarse de que se conducían de acuerdo con la voluntad del pueblo expresada en público.

Para algunos asuntos públicos especialmente importantes, era necesaria la presencia de al menos 6.000 ciudadanos en la asamblea, indicando que los atenienses podían o esperaban que la sexta parte o más del cuerpo ciudadano estuviera presente en la asamblea en cualquier ocasión. Esto representa un índice de participación muy alto, dado que se celebraban más de cuarenta reuniones de la asamblea a lo largo del año. En definitiva, bajo el sistema de Clístenes, los atenienses eran participantes activos en el autogobierno.

Lo mismo se puede decir respecto a la *Boule*. El servicio en el Consejo duraba sólo un año y después del año en el Consejo cada miembro individual no podía ser elegido de nuevo hasta que no hubieran pasado diez años; y ningún ateniense podía servir en él más de dos veces. Como se necesitaban 500 consejeros cada año, resulta claro que en el transcurso de una generación estándar de 25 años, más de doce mil ciudadanos atenienses debieron servir uno o dos años en el Consejo: más de la cuarta parte de los ciudadanos disponibles de cualquier generación. Esto significa que existía una gran parte del cuerpo ciudadano que disponía de una experiencia detallada de los asuntos públicos por haber servido en el Consejo; y que los ciudadanos atenienses, a través de la consulta de los tablones blancos junto al Monumento a los Diez

Héroes, llegaban a las reuniones de la asamblea bien informados y bien preparados para debatir y para votar.

En consecuencia, a través de este Consejo y la reuniones regulares de la asamblea, Clístenes creó un sistema de gobierno genuinamente popular, uno en el que el pueblo era literalmente el gobierno en el sentido más completo. Llamar a este sistema «democracia de participación directa» no es un mal nombre. Hay que señalar hasta qué punto este sistema se basaba en el sorteo: los atenienses desconfiaban de las elecciones —porque favorecía a los candidatos ricos y prominentes por encima del ciudadano medio— e insistían todo lo posible en la asignación al azar de deberes y responsabilidades. Eventualmente, se formaron numerosos comités de supervisores para todo tipo de asuntos públicos para conducir las políticas públicas en Atenas, y hasta donde fue posible siempre se mantuvo el principio del sorteo. Inicialmente, bajo las leyes de Clístenes, los nueve arcontes anuales seguían siendo elegidos y seguían manteniendo poderes importantes, y el Consejo del Areópago seguía ofreciendo un órgano para la supervisión de los asuntos públicos por parte de la clase superior; pero esto sufriría un cambio en reformas posteriores en 487 y en la década de 460, como conocemos por el tratado de Aristóteles sobre la constitución ateniense.

Así la democracia no fue completada por Clístenes,

pero no puede existir ninguna duda de que su constitución fue democrática, y que por eso fue el inventor de la democracia. Sin embargo, un aspecto importante de la democracia ateniense creada por Clístenes queda pendiente de analizar. El ciudadano ateniense no era sólo un participante político y formaba parte de la asamblea estatal soberana, también era, y éste es un aspecto muy importante, un guerrero que luchaba en la batalla para proteger y ampliar su estado y sus intereses. La forma de hacer la guerra griega era, como hemos visto, una guerra de milicias ciudadanas, y en un sentido importante fue su papel como guerrero que arriesgaba su vida por el estado lo que justificaba el derecho de los ciudadanos a disponer de una voz y una participación política igualitaria.

Bajo la reforma de Clístenes, la falange hoplita ateniense estuvo íntimamente unida al nuevo sistema de las diez *phylai*. Eran las tribus las que mantenían un registro de los ciudadanos elegibles para el servicio militar, y en especial de aquellos ciudadanos que tenían lo suficiente para equiparse y servir como guerreros hoplitas. La falange ateniense, después de Clístenes, estaba formada por diez *taxeis* (regimientos) proporcionados por las diez *phylai*. De esta forma los hombres de cada tribu servían y luchaban juntos, cimentando su cooperación mutua y su sentido de unidad. Además, Clístenes había creado una nueva

magistratura del estado relacionada con esto: cada tribu elegía anualmente a un *strategos* (general) para organizar y mandar la *taxis* de la tribu que se integraba en la falange. Los diez *strategoí* anuales no sólo mandaban sus regimientos tribales en la guerra, sino que también formaban el consejo militar del comandante en jefe ateniense, que en esta época (y hasta 487) seguía siendo el *polemarchos* (arconte militar). En las décadas siguientes, de hecho a medida que el prestigio de los arcontes tradicionales se desvanecía y sus poderes quedaban recortados, los diez *strategoí* ganaron importancia hasta convertirse en los principales magistrados ejecutivos de la ciudad-estado ateniense. Sirviendo juntos en esta falange hoplita bajo generales que habían elegido ellos mismos demostró ser uno de los factores cruciales que unió a los atenienses con su nuevo sistema de gobierno, y les dio la confianza para convertir el gobierno democrático en una realidad práctica.

Existen otros detalles menores en el sistema de Clístenes, pero un importante mecanismo de seguridad merece una descripción completa. Las reformas de Clístenes aparecieron justo después de una tiranía en Atenas de cerca de cuarenta años, y el peligro de otro líder que intentase alcanzar el poder autocrático era una gran preocupación. Para evitarlo, Clístenes creó una institución conocida como *ostrakismos*, el origen de la

palabra ostracismo.

Cada año, en una reunión específica de la asamblea, los ciudadanos atenienses reunidos eran preguntados por los consejeros presidentes si, en su opinión, existía algún líder destacado en Atenas cuyo poder pareciera demasiado grande, de manera que se pudiera convertir en una amenaza para la democracia, es decir, fuera un tirano en potencia. Si la respuesta de la asamblea era que sí existía semejante líder peligroso, se convocaba una reunión especial de la asamblea para votar sobre la cuestión de quién representaba semejante peligro para el estado. Esta asamblea especial era una de las que necesitaban un quorum de 6.000 votantes presentes; y si se alcanzaba el quorum, el hombre que recibía la mayoría de los votos era exiliado de Atenas durante un período de diez años, pero sin perder las propiedades u otros derechos civiles, ni con deshonor para él mismo o para su familia. El objetivo era sencillamente apartar del proceso político a líderes peligrosos durante un período de «enfriamiento» de diez años. Aunque Aristóteles nos explica que el ostracismo fue instituido por Clístenes, añade que pasaron más de quince años antes de que los atenienses condenaran al ostracismo a su primer conciudadano: Hiparco, hijo de Charmos en 487. Algunos historiadores han dudado de que el ostracismo fuera una innovación de Clístenes, debido al largo intervalo entre su invención y su aplicación, que

consideran poco plausible. Sin embargo, aparte de una oleada de cinco ostracismos sucesivos en la década de 480 (Hiparco en 487, seguido de Megacles, Jantipo, un hombre cuyo nombre se ha perdido y Arístides en los años inmediatamente posteriores), el ostracismo parece que fue bastante raro.

Conocemos el de Temístocles en 472, Cimón en 462, Tucídides hijo de Melesias hacia 440 e Hipérbolo en 418. Es concebible que un montón de atenienses sufrieran el ostracismo en los años intermedios de los cuales no nos hayan llegado noticias, pero parece muy poco probable. De hecho era bastante raro que los atenienses se pusieran de acuerdo en que existía un líder que representaba un peligro para la democracia, y que en consecuencia se reunieran en número suficiente para completar el ostracismo. Por eso no resulta realmente sorprendente que llevase años para que se produjera el primer ostracismo. Y existe una tradición tardía que de hecho fue Clístenes el primer ateniense condenado al ostracismo, una víctima de su propio éxito político y de sus propias reformas. No podemos estar seguros de que sea verdad, pero podría explicar la por otro lado sorprendente desaparición de Clístenes de la vida política ateniense inmediatamente después de sus reformas.

Un último aspecto que vale la pena destacar sobre Clístenes es explicar su sorprendente oscuridad: ¿por

qué el inventor de la democracia no es más famoso gracias a sus logros? La respuesta se encuentra en la política ateniense de finales del siglo V. Entre 431 y 404 los atenienses libraron y, como es conocido, perdieron una gran guerra contra los espartanos y diversos aliados, la llamada Guerra del Peloponeso. Como parte del acuerdo de paz impuesto por los espartanos, la democracia ateniense fue derrocada y reemplazada por un régimen estrechamente oligárquico conocido como los «Treinta Tiranos». Pero al cabo de sólo un año los atenienses se levantaron, derrocaron a los Treinta y restituyeron su democracia; y al hacerlo formaron una comisión que revisara las leyes constitucionales de Atenas para crear una estructura coherente y ordenada de ley constitucional a partir de las actividades legisladoras de Dracón, Solón, Clístenes y Efiltes (a finales de la década de 460), y en general a partir de las numerosas leyes y decretos específicos que el pueblo ateniense se había dado a lo largo de los años. La constitución establecida por esta comisión en 399 fue en su mayor parte una versión sistematizada de la constitución de Clístenes tal como la reformó Efiltes: estamos bien informados sobre ella a través de la «Constitución de los atenienses» de Aristóteles y por fragmentos inscritos de las propias leyes. Pero una de las críticas que se lanzaron contra la democracia ateniense durante las últimas décadas del

siglo V fue que era nueva, que se apartaba de la antigua y apropiada *patrios politeia* (constitución ancestral) de los atenienses.

Las antiguas ciudades-estado griegas, como prácticamente todas las sociedades humanas, veneraban la tradición, y por eso esta crítica era muy poderosa. En consecuencia, parecía necesario establecer que la constitución democrática reestablecida en 399 era la *patrios politeia* ateniense, pero las actividades reformadoras de Efialtes (60 años antes) y Clístenes (cien años antes) eran demasiado recientes para que este argumento fuera efectivo. Por eso fue la actividad legisladora de Solón, de unos venerables 200 años antes, la que fue señalada como la clave para el establecimiento de la democracia en Atenas, y el código constitucional establecido en 399 recibió el nombre de *Solonos nomoi*: las leyes de Solón. De esta forma Solón, cuyo papel fue ciertamente importante pero que de hecho no creó la democracia, como hemos visto, acabó siendo reverenciado como el fundador de la democracia, y Clístenes quedó completamente olvidado.

De hecho, en la época moderna sigue existiendo una tendencia a minimizar la importancia de Clístenes. Algunos historiadores insisten en que su objetivo era simplemente ampliar su propio poder político, no crear la democracia. Pero en ese caso uno se pregunta por

qué Clístenes se habría tomado la molestia de crear las diez nuevas tribus, el Consejo de los 500, estableciendo la necesidad de cuarenta reuniones al año de la asamblea soberana, y todo lo demás. Seguramente podría haber ganado popularidad fomentando su propio poder sin necesidad de instituir unas reformas tan amplias y fundamentales. Por otro lado, se ha argumentado que su interés principal era unificar el Ática y que la democracia que surgió de sus reformas fue un efecto colateral. Sin embargo, también aquí hay que volver a decir que aunque la finalización de la unificación del Ática era claramente un aspecto importante del programa de Clístenes, la *Boule* y las numerosas reuniones regulares de la asamblea no eran necesarias para unificar el Ática, sino que tenían el objetivo claro del gobierno popular. Finalmente, es necesario insistir que Clístenes realmente fue y quiso ser el creador del sistema de gobierno democrático. Y repetir que las reformas instituidas por Clístenes no pudieron ser labor de unas pocas semanas o meses. Debíó llevar algunos años realizar todas las tareas necesarias y «poner en marcha» el sistema. Había que establecer y definir los 139 demos desde el punto de vista geográfico y en todos los demás, y se debían crear las estructuras de gobierno del demo local. Los demos tenían que registrar a sus miembros constituyentes, y así crear el primer registro de los ciudadanos atenienses.

Basándose en este registro de los demos, los demos debían dividirse en *trittyes* de una forma que fuera geográficamente asumible, al mismo tiempo que se aseguraban que dichos «tercios» tenían más o menos el mismo tamaño y la misma población. Después estos «tercios» se debían asignar a las tribus. Se debía definir el nuevo año oficial, y las tribus, a través de los demos, debían elegir a sus grupos de 50 consejeros para formar en conjunto la nueva *Boule* de los 500. Las *phylai* debían establecer listas de membresía a partir de los registros de los demos que las constituían y determinar qué miembros eran elegibles para el servicio como hoplitas. Cuando se piensa en todas estas complejas actividades administrativas, creo que resulta evidente que este proceso debió llevar un tiempo considerable para trabajar todos los detalles y llevarlo a la práctica: varios años como mínimo. Los atenienses no pudieron hacer todo esto en paz y sin molestias.

LA DEFENSA DE LA ATENAS DEMOCRÁTICA

El rey espartano Cleómenes, lívido a causa de su humillación a manos de los atenienses, llamó al ejército espartano y convocó a contingentes aliados de todo el Peloponeso con el objetivo de aplastar la naciente democracia atenienses en la cuna. Además, persuadió a los rivales regionales de los atenienses, los tebanos y los de Calcis, para que colaborasen con su proyectada invasión del Ática, invadiendo ellos mismo el Ática

desde el norte y el noreste, respectivamente. En consecuencia, invadida simultáneamente desde tres direcciones por tres fuerzas enemigas de grandes dimensiones, el experimento ateniense de la democracia realmente parecía destinado a terminar antes de que hubiera podido empezar. Los líderes atenienses valoraron correctamente que el ejército peloponesio que se acercaba desde el noroeste era el peligro principal, y convocaron a todos los atenienses que tuvieran la categoría de hoplita a que se reuniesen para detener esta invasión, saliendo a campo abierto para enfrentarse a los espartanos y a sus aliados en la llanura de Eleusis. Al mismo tiempo, enviaron mensajeros a Sardes para contactar con el sátrapa persa, Artafernes, con una petición desesperada de ayuda: los persas parecían el único poder lo suficientemente fuerte para ayudarles contra el peligro que se cernía sobre ellos.

Sin embargo, parece que Cleómenes no había explicado a los aliados que había convocado para unirse a su ejército cuál era su objetivo, ni siquiera había informado completamente a su co-rey espartano Demarato. Cuando resultó evidente que el objetivo era atacar a los atenienses y derrocar su nuevo sistema de autogobierno, estallaron las disensiones en el campamento espartano. Los aliados de Esparta más fuertes, y por eso más independientes, eran los corintios; y los corintios mantenían una larga amistad

con los atenienses, basada en la hostilidad común hacia el vecino de ambos, Megara, y el rival comercial y marítimo de los dos, Egina. Los corintios se negaron a unirse a un ataque contra Atenas y regresaron a casa. Parece ser que lo hicieron con la aprobación de Demarato, el co-rey de Cleómenes, que también abandonó la fuerza expedicionaria y regresó a casa con algunos de los espartanos. Envalentonados por esto, el resto de los contingentes aliados también decidieron regresar a sus casas; y ante los ojos sorprendidos de los temerosos atenienses, todo el ejército peloponesio sencillamente se dispersó sin haber dado ni un solo golpe.

Mientras tanto los aliados de Cleómenes, los tebanos y los de Calcis ya habían invadido el Ática y estaban saqueando la zona fronteriza al norte y al nordeste, de manera que los atenienses se dirigieron a detener a estos enemigos. Su primer movimiento fue enfrentarse con los de Calcis, que aparentemente habían penetrado con mayor profundidad en el Ática. Sin embargo, los tebanos se enteraron de sus intenciones y avanzaron en ayuda de los de Calcis. Enterándose a su vez de este movimiento, los atenienses cambiaron su ruta para enfrentarse a los tebanos. Se libró una batalla muy dura, aparentemente a primera hora de la mañana, en la que los atenienses consiguieron una victoria clara, expulsando en su huida a los tebanos del Ática, matando

a muchos y capturando a más de 700 prisioneros. Entonces se volvieron por la tarde para enfrentarse a los de Calcis, que escaparon cruzando el canal de Eubea para regresar a su territorio en la isla de Eubea.

Pero los atenienses querían venganza por el ataque sin provocación previa y la invasión del Ática. Cruzaron a Eubea en su persecución, obligaron a los de Calcis a presentar batalla la tarde del mismo día de la batalla tebana, y de nuevo consiguieron una victoria aplastante, llegando incluso a capturar la propia ciudad de Calcis. Herodoto, nuestra fuente para todo esto, comenta que estos acontecimientos demostraban los efectos benéficos de la igualdad política (*isegoria*). Antes de esta época, señala, cuando los atenienses fueron gobernados por tiranos, no destacaban en absoluto en la guerra; pero ahora que eran libres, eran inmensamente superiores a sus vecinos en la batalla. Esto demostraba que cuando luchaban por un señor, no ponían demasiado empeño; pero ahora que eran libres y luchaban por sus propios intereses, cada hombre realizaba sus mejores esfuerzos y resultaban ser muy superiores a sus oponentes. Como habían capturado Calcis, los atenienses se vengaron de la invasión sin provocación del Ática exiliando a la aristocracia gobernante en Calcis, conocida como los *Hippobotai* o «criadores de caballos», confiscaron sus propiedades y dividieron la tierra en 4.000 parcelas que le fueron

entregadas a los atenienses pobres.

Estos 4.000 atenienses viviendo en parcelas en Calcis retuvieron su ciudadanía ateniense, y de hecho formaron una guarnición ateniense permanente en Calcis. Allí seguían más de quince años después en la época de la campaña de Maratón, y aun diez años más tarde durante la época de la invasión de Grecia por parte de Jerjes en 480. Los numerosos prisioneros de guerra de Tebas y Calcis fueron rescatados a 200 dracmas por hombre, y del beneficio obtenido los atenienses construyeron un gran monumento a su primera victoria militar democrática.

Sin embargo, los problemas no habían desaparecido. Cleómenes seguía enfurecido por su derrota ante los atenienses. Con el objetivo de evitar que volviera a ocurrir una debacle como la de Eleusis, los espartanos decretaron que en las operaciones militares futuras sólo uno de los dos reyes iría a la cabeza de cualquier expedición, evitando el peligro de un mando dividido. Además, establecieron un sistema para celebrar reuniones de líderes aliados antes de cualquier operación militar de envergadura, para informar a los aliados de qué estaba planeado y asegurarse el apoyo aliado.

El primero de estos congresos se celebró ahora, probablemente durante la primavera de 506, en el que Cleómenes presentó al antiguo tirano ateniense Hipias y

propuso una expedición peloponesia para restaurar a Hippias en el poder de Atenas, hablando extensamente (según Herodoto) del peligro que suponía la Atenas democrática, y la estratagema con la que los alcmeónidas, a través del Oráculo de Delfos, habían inducido erróneamente a los espartanos a derrocar a Hippias. Al principio ninguno de los aliados se atrevió a objetar nada; pero finalmente fueron de nuevo los corintios los que apoyaron a sus amigos atenienses y argumentaron que, entre todos los pueblos, los espartanos cometerían un error si imponían un tirano a una ciudad griega. Después de que los corintios se hubieran atrevido a plantear este argumento, el resto de los aliados se unieron a él, y Cleómenes y los espartanos, con reticencias, tuvieron que dejar correr el asunto. En consecuencia, por el momento —en parte gracias a la fuerte amistad de los corintios y en parte gracias a sus propios esfuerzos militares— los atenienses habían superado las amenazas iniciales a su nueva democracia. Pero seguía en pie el tema de Persia.

Vale la pena recordar que cuando el Ática fue invadida desde tres direcciones y parecía que no había esperanza que los atenienses se pudieran salvar a ellos mismos, habían enviado una embajada al gobernador persa Artafernes en Sardes pidiendo la ayuda persa. Artafernes había contestado que los persas estaban dispuestos a ayudar a los atenienses, pero sólo si los

atenienses aceptaban formalmente la soberanía persa ofreciendo al rey Darío las prendas simbólicas de sumisión: tierra y agua, simbolizando que la tierra y las aguas del Ática pertenecían al rey. En su desesperación, y según Herodoto por propia iniciativa, los embajadores atenienses aceptaron la demanda, sólo para volver a casa y descubrir que la crisis había pasado, Atenas estaba a salvo y ya no se necesitaba ni deseaba la ayuda persa. El acuerdo de ofrecer sumisión al rey fue recibido con una tormenta de críticas y fue repudiado. Los estudiosos han especulado hasta qué punto Clístenes estuvo envuelto en todo esto: se supone que, como el líder ateniense del momento, debió estar tras la embajada a Sardes; y que como hombre cosmopolita que había viajado mucho, debía saber que los persas iban a pedir la tierra y el agua, y debió instruir a los embajadores para que lo aceptaran. Sin embargo, todo esto son especulaciones: no sabemos que fuera idea de Clístenes pedir la ayuda persa, no sabemos que podría haber esperado la exigencia de tierra y agua, y desde luego no sabemos que fuera él quien instruyó a los embajadores para que aceptaran semejante demanda si fuera necesario. Todo lo que sabemos es que esta embajada colocó por primera vez a los atenienses en la órbita de la ambición imperial persa. Cuando los aliados de Esparta vetaron el proyecto de Cleónenes de restaurar a Hippias como

tirano de Atenas, el anciano se dirigió a Sardes para buscar la ayuda de Artafernes para recuperar el poder. Y, enojado porque los atenienses habían repudiado su ofrecimiento de sumisión, Artafernes aceptó ayudar a Hippias.

Cuando llegó una embajada ateniense para excusarse por su cambio de opinión y pedir al sátrapa que no apoyase a Hippias, Artafernes ordenó a los atenienses que regresasen con Hippias como su tirano, diciéndoles que sólo de esta forma podrían tener la amistad de Persia. Los atenienses se negaron a hacerlo y como consecuencia las relaciones entre el Imperio persa y la nueva democracia ateniense se volvieron ahora decididamente hostiles. Aun así, no habría resultado nada de esta hostilidad si poco después no hubiera tenido lugar la gran revuelta jonia.

En definitiva, en víspera del estallido del conflicto abierto entre Persia y los griegos, Atenas aparecía como una sociedad reformada con un sistema político nuevo y que no había sido sometido a prueba. Empezando por las reformas de Solón a principios del siglo VI, y culminando con las reformas de Clístenes a finales de siglo, Atenas se había transformado de una comunidad que no estaba completamente unida y parecía bastante retrasada, sin gran importancia militar, cultural o política, en un estado que se encontraba en la avanzadilla del desarrollo político y con un gran poder

militar que iba unido a él. La gran prueba de la democracia ateniense aún estaba por llegar: ¿este sistema político y social, nuevo y destacable, podría generar la fortaleza, la resiliencia, la determinación y el liderazgo necesario para oponerse a la potencia del poderoso Imperio persa? Las circunstancias parecían decididamente en su contra, pero confiados en sus nuevas libertades, cohesión comunitaria y aumento de poder, los atenienses estaban dispuestos a pasar la prueba.

CAPÍTULO 4

LA ESCALADA DEL CONFLICTO ENTRE PERSAS Y GRIEGOS

Las relaciones entre el Imperio persa y los griegos empezaron como iban a seguir en su conjunto: mal. Cuando Ciro estuvo en guerra con el Imperio lidio de Creso en 546, descubrió —cómo no lo sabemos— que el imperio de Creso incluía, en su costa occidental, una serie de importantes ciudades-estado cuyos habitantes, que no eran lidios sino griegos, habían sido sometidos recientemente por los lidios. Ciro calculó que estas ciudades-estado podían sentir hostilidad hacia su soberano lidio y que podría convertir dicha hostilidad en una ventaja para él. Como hemos visto, envió mensajeros a las ciudades griegas de Anatolia Occidental invitándolas a que se librasen de la dominación lidia y se convirtieran en sus aliados. Pero resultó que los sentimientos griegos hacia Creso no eran de ninguna manera hostiles —de hecho Creso era un gobernante bastante moderado y los griegos se sentían inclinados a admirarlo— y en cualquier caso los griegos jonios estaba impresionados por el poder y la riqueza de Creso y esperaban que venciese. En consecuencia, declinaron la invitación de Ciro, hasta que fue demasiado tarde. Sólo cuando estuvo claro que Creso había perdido, las ciudades griegas enviaron representantes a Ciro para recordarle su ofrecimiento de

amistad y diciéndole que ahora estarían dispuestas a aceptarla. Ciro, según Herodoto, respondió con una fábula encantadora: un flautista vio una vez algunos peces en el mar, y tocó sus flautas con la esperanza de que se acercarían a la orilla. Los peces ignoraron su música, de manera que cogió una red, la tiró al mar y los pescó. Cuando hubo sacado la red a la orilla y vio a los peces dando saltos, les dijo: «Ahora no hace falta que bailéis para mí, porque no quisisteis bailar para mí cuando toqué mis flautas». En otras palabras,

Ciro hizo saber a los griegos que habían perdido su oportunidad y que ahora bailarían a su son quisieran o no.

PERSIA Y LOS GRIEGOS

Los griegos regresaron a sus ciudades, cerraron las puertas y ocuparon las murallas con la esperanza de ver como se alejaba la amenaza persa. Pero el general de Ciro, Harpago, capturó las ciudades de Jonia una a una mediante el uso de rampas de asedio, y de esta forma las ciudades griegas de la costa anatolia cayeron bajo el poder persa. En conjunto, los persas no trataron mal a estas ciudades griegas orientales. Cada ciudad fue colocada bajo el gobierno de un líder local de confianza —desde la perspectiva griega, un tirano— que dependía del sátrapa persa en Sardes. Y, por supuesto, los griegos tenían que pagar tributo al rey persa, pero el pago de los tributos persas no era una

carga excesiva. En su conjunto, las ciudades jonias disfrutaron de muchas décadas de paz relativa y prosperidad bajo el gobierno persa durante la segunda mitad del siglo VI. Por supuesto, muchos griegos orientales lamentaban la pérdida de su libertad. Algunos, antes que aceptar el gobierno persa, habían elegido exiliarse de su patria, como individuos o en masa.

La mayor parte de los habitantes de Focea, por ejemplo, subieron a sus barcos y emigraron hacia el Mediterráneo occidental, fundando un nuevo asentamiento llamado Alalia en la costa septentrional de Córcega. Gran parte de los habitantes de Teos emigraron a su colonia de Abdera en la costa de Tracia al norte del Egeo. Y muchos griegos individuales abandonaron Jonia y se trasladaron a las regiones coloniales occidentales en el sur de Italia y Sicilia: por ejemplo, el filósofo Pitágoras y muchos de sus seguidores. Otro filósofo, Jenófanes de Colofón, que tenía 25 años cuando Harpago el Medo apareció en Jonia, pasó por su propia cuenta 67 años vagabundeando por las tierra de Grecia, en especial por las ciudades de Sicilia. En uno de sus fragmentos que ha sobrevivido habla de las reuniones de los jonios en Occidente, y la pregunta natural que surgía durante dichas reuniones: ¿qué edad tenías cuando apareció el Medo?

El Medo, que era la forma en que los griegos se referían a persas y medos por igual, se convirtió en una figura terrorífica para los griegos. La soberbia caballería de los medos, las infantería numerosa y muy disciplinada de los persas con sus mortíferos arqueros, y sobre todo la tecnología de asedio de los orientales —que convertían en inútiles las caras murallas fortificadas con las que los griegos rodeaban sus ciudades— hacía que el gran imperio de Ciro pareciese irresistible e invencible. Y esta impresión sólo se vio incrementada por las historias que se difundieron sobre la conquista del Imperio babilonio e incluso de Egipto. Muchos griegos lucharon en estas guerras de conquista, como soldados mercenarios tanto al servicio de Persia y —probablemente en número mucho mayor— al servicio de babilonios y egipcios. Al principio, estas historias de soldados formaban la mayor parte de la información que el mundo griego tenía sobre los persas, y ya fuera que combatiesen en el lado persa o en los bandos perdedores, naturalmente exageraban el poder y la habilidad del «Medo» conquistador. Otro elemento que sin duda exageraron los griegos era su importancia ante los ojos de los persas.

La encantadora historia de Herodoto está llena de relatos de griegos que se pusieron al servicio de los persas, ya fuera de forma voluntaria o a través de su captura, y de encuentros entre griegos y persas. En estas

historias los griegos siempre juegan un papel importante como consejeros o agentes o avisadores del rey y de otros persas importantes. Ejemplos son el médico griego Democedes de Crotona, que supuestamente curó un tobillo terriblemente dislocado del rey Darío y un pecho ulcerado de la esposa del rey, Atossa, convirtiéndose en consecuencia en un miembro valioso y de confianza de la corte real; y el tirano milesio Histieo, que según cuenta la leyenda salvó a Darío y a su ejército de quedar aislado al norte del Danubio, y que, en consecuencia, se convirtió en uno de los consejeros del rey más valorados y de mayor confianza. Otros ejemplos son numerosos, en especial en el relato de la campaña de Jerjes contra Grecia: los consejos sabios y cruciales de numerosos griegos que asisten de vez en cuando a los consejos del gran rey y sus capitanes se resaltan constantemente. No quiero sugerir que no exista una base real en todas estas historias; sólo que el valor y la importancia de estos griegos es visto a través de sus propios ojos en la narración de Herodoto, y naturalmente se los exagera; y que al rey y a los demás persas las cosas les podían parecer muy diferentes.

Un visión verdadera de cómo los persas veían a los griegos, en cualquier caso antes de la revuelta jonia, se puede deducir de otra historia que Herodoto cuenta sobre Ciro. Según se explica, como los griegos jonios

les habían pedido ayuda contra «el Medo», los espartanos enviaron una embajada a Ciro advirtiéndole que debía dejar en paz a las ciudades griegas, porque los espartanos no le iban a permitir que hiciera daño a los griegos. Comprensiblemente sorprendido ante este mensaje, Ciro se volvió hacia sus consejeros y les preguntó, en efecto, quiénes eran los espartanos. Informado sobre ellos, respondió a los embajadores espartanos que nunca estaría asustado de ningún hombre que dispusiera zonas en sus ciudades en las que reunirse para mentir y engañarse. Se estaba refiriendo o bien al sistema político griego, sus debates colectivos y su forma de tomar decisiones que le parecían insensatos y engañoso; o bien a los mercados griegos, con su regateo sobre la calidad y el precio de las mercancías; o bien a ambos. En cualquier caso, lo importante es que para Ciro los griegos eran prácticamente desconocidos y nada importantes, y sus costumbres negligibles.

De hecho, para los reyes persas Ciro y Cambises y posiblemente también para Darío antes del golpe de la revuelta jonia, los griegos eran un pueblo periférico de muy poca importancia. De mucha más importancia para ellos eran los pueblos iraníes, que formaban junto con los propios persas el corazón del imperio, y los pueblos grandes, antiguos y ricos de Mesopotamia y Egipto, cuyas civilizaciones y recursos eran enormemente influyentes y valiosos. La verdad es que

la mayor parte del tiempo los reyes persas sólo debieron ser levemente conscientes de los griegos, y desde luego no les debieron dedicar mucho tiempo de reflexión. Los griegos, ese pueblo problemático que habitaba en la costa occidental, sólo eran importantes para los sátrapas persas en Asia Menor. De hecho, para estos gobernadores persas estaba claro que sus fronteras occidentales eran altamente insatisfactorias. La conquista del Imperio lidio sólo había traído consigo el control del puñado de ciudades griegas en la costa del continente asiático.

Justo enfrente de las costas se encontraban las grandes islas de (sur a norte) Rodas, Samos, Quíos y Lesbos, junto con numerosas islas menores; en dirección hacia el oeste a través del Egeo se encontraban docenas de islas griegas, incluidas las grandes islas de Creta y Eubea; y más allá se encontraba la península griega con sus numerosas ciudades-estado y sus estados étnicos. Los griegos jonios dentro del Imperio persa estaban en contacto constante e interactuaban con todos estos griegos libres, y el resultado inevitable era el fomento de la insatisfacción entre los griegos jonios por su situación de sumisión. Como el pueblo gobernante, lleno de autoconfianza, de un imperio aún en expansión, evidentemente los persas no tenían intención de pacificar esta problemática cuestión fronteriza mediante

una retirada y devolviendo su libertad a las ciudades griegas de Jonia. La solución natural era buscar una expansión más hacia el oeste, haciendo que cada vez más griegos cayeran bajo el control persa.

El poder principal en el Egeo oriental en esta época, el tercer cuarto del siglo VI, era la tiranía de Polícrates de Sainos. Herodoto tiene mucho que decir sobre este gobernante vistoso y destacable, cuya flota patrullaba el Egeo oriental de una forma bastante depredatoria, al parecer intentando interceptar cualquier cargamento de valor o interés que atravesaba estas aguas. Sin embargo, Polícrates estaba muy lejos de ser un simple pirata. Era un mecenas de las artes, pagando grandes sumas para atraer a su corte a los grandes poetas Anacreonte de Teos e Íbico de Rhegion, así como al destacado médico Democedes de Crotona. Promovió grandes obras públicas: el gran templo de Hera que rivalizaba con el Artemisio de Éfeso; un maravilloso malecón portuario que convirtió el puerto de Samos en uno de los más grandes y mejor protegidos del Egeo; y el famoso túnel de Eupalino que llevó un gran suministro de agua a la ciudad de Samos directamente a través de la montaña que dominaba la ciudad. También desarrolló alianzas: dándose cuenta de la amenaza persa a su independencia, se alió con el rey Amasis de Egipto, que también estaba preocupado por la expansión persa. Sin embargo, cuando Cambises

decidió atacar y conquistar Egipto, Polícrates abandonó esta alianza que ahora se había vuelto peligrosa y cultivó la buena voluntad persa enviando una fuerza naval para ayudar a Cambises.

Su buena suerte era legendaria. Herodoto explica la historia de cómo Polícrates, para evitar los celos divinos por su continuada prosperidad, tiró al mar su posesión más apreciada, un bello anillo de oro y esmeraldas. Unos días después un pescador capturó un gran pez y se lo llevó como regalo a Polícrates: cuando abrieron por la mitad el pescado, allí estaba el anillo de Polícrates que volvía a él. Sin embargo, hacia 522 el sátrapa persa Oretes empezó la expansión hacia Occidente del poder persa haciendo caer a Polícrates en una trampa, arrestándolo y crucificándolo.

Polícrates fue sucedido en el poder por su secretario Meandro, pero los días de la tiranía samia estaban ahora contados. Uno o dos años después el nuevo rey Darío envió al noble persa Otanes para convertirse en sátrapa de la parte occidental de Asia Menor, y Otanes conquistó con rapidez Samos y también puso bajo control persa a Quíos y Lesbos. Cuando Darío decidió extender el poder persa al otro lado del Helesponto y del Bosforo hacia Tracia (Bulgaria) en 512, fue capaz de reunir contingentes navales de las tres islas. Esta expedición tracia de Darío representa la primera expansión importante hacia Occidente de los persas

más allá del continente asiático, y también es muy posiblemente la primer vez que Darío se interesó en serio por los griegos. Como hemos visto, fue un ingeniero griego —Mandrocles de Samos— quien construyó para Darío el puente que cruzaba el Bósforo, permitiendo que su ejército cruzase con seguridad y facilidad hacia la orilla europea. Y fueron barcos griegos de las ciudades jonias y de las islas los que integraron la flota que formaron el puente para cruzar el río Danubio y le permitieron pasar hacia la moderna Rumanía para perseguir a los escitas. Al conquistar Tracia y añadirla a su imperio, Darío —aunque no fuera consciente de ello— había realizado el primer contacto con los atenienses, puesto que el Quersoneso tracio, la península en la parte septentrional del Helesponto, estaba poblada por colonos atenienses y gobernada por el aristócrata ateniense Milcíades, hijo de Cimón. Los intereses atenienses en esta región se remontaban a la época de Pisístrato, como ya hemos visto, y fue originalmente el tío de Milcíades del mismo nombre el que había gobernado a las avanzadillas atenienses y a los nativos dolongos del Quersoneso. Sin disponer del poder para resistir al ejército de Darío, el joven Milcíades, quisiera o no, se convirtió en súbdito persa, y fue obligado a comandar un contingente aliado que marchase con Darío en la conquista del resto de Tracia. Esto le proporcionó una experiencia muy directa del

ejército persa en acción, y la dio una oportunidad de evaluar su valía. A pesar de toda la excelencia y disciplina de la infantería persa y de la caballería meda, la conclusión de Milcíades fue que el ejército persa no era en ningún caso invencible.

Aunque la campaña europea de Darío se ha considerado con frecuencia un desastre por los lectores de historia griega, siguiendo sin lugar a dudas a Herodoto, en realidad tuvo bastante éxito. Incorporó al imperio Tracia hasta el río Danubio, incluida una serie de ciudades griegas en las costas tracias del Egeo y del mar Negro; e incluso su incursión al otro lado del Danubio contra los escitas —aunque no pudo conseguir que los escitas presentasen batalla y al final se pudo sentir satisfecho de cruzar de nuevo el Danubio sin sufrir daño— no tuvo éxito pero no se debería considerar un desastre. El resultado principal de la campaña fue el acercamiento del poder persa mucho más próximo a las principales tierras griegas y la incorporación de muchos más griegos al imperio. Ahora ya estaba claro que la evaluación que realizaba Darío de la frontera occidental era que sólo se podría resolver satisfactoriamente incorporando toda Grecia. Por eso, cuando regresó desde Tracia hacia Asia, Darío dejó en Tracia un ejército importante bajo el mando de un general persa veterano y gobernador, Megabazos, con órdenes de finalizar la pacificación de Tracia y

extender el poder persa más hacia el oeste, penetrando en tierras griegas.

Megabazos consiguió pacificar todas las tierras hasta el río Strymón. También envió representantes para conseguir la sumisión del reino macedonio, gobernado en esta época por el rey Amintas. Herodoto escuchó más tarde la historia de cómo el hijo del rey, Alejandro, había ordenado matar a esos persas arrogantes; pero la verdad es que los macedonios se sometieron de hecho a la soberanía persa, introduciendo la autoridad persa hasta el norte de Grecia. Mientras tanto el poder persa también estaba avanzando a través del Egeo y su objetivo eran las islas Cicladas que se encontraban frente a la costa sudeste de la península griega. También aquí, Herodoto explica una historia característicamente grecocéntrica.

La isla más poderosa de las Cicladas era Naxos, que en esta época (500 a.C.) era próspera y tenía una clase media fuerte que proporcionaba al estado un ejército poderoso de 8.000 hoplitas. Esta clase media de hoplitas gobernaba Naxos y había exiliado a un partido aristocrático conocido como «los Gordos», un testimonio más de su riqueza que de su corpulencia. Estos exiliados aparecieron en Mileto y apelaron al tirano milesio Aristágoras en busca de ayuda para recuperar su patria; y Aristágoras por su cuenta persuadió al nuevo sátrapa de Sardes, Artafernes, de

que una fuerza expedicionaria para restaurar a esos hombres en Naxos podía añadir con facilidad los isleños de las Cicladas a los súbditos del rey. El relato ignora totalmente la tendencia general del poder persa a extenderse hacia Occidente en esta época, y presenta esta expedición persa —porque Artafernes, con el visto bueno del rey, se embarcó en ella— como motivada por iniciativa e intereses griegos. En cualquier caso, fuera cual fuese la excusa exacta para la expedición, la expedición navegó hasta Naxos: una importante fuerza persa bajo el mando de un aqueménida llamado Megabates, en barcos jonios comandados por el propio Aristágoras.

La expedición no tuvo éxito. Megabates y Aristágoras se pelearon, y los de Naxos resultaron ser una nuez inesperadamente dura de cascar. Habían tenido noticias del próximo ataque y habían trasladado dentro de la ciudad fortificada todas las propiedades que se podían mover y que se encontraban en campo abierto, reforzaron las murallas de la ciudad, y almacenaron grandes reservas de alimentos y agua dispuestos a resistir un asedio. Evidentemente la fuerza persa no disponía del personal para construir una de sus eficaces rampas de asedio: el sitio se arrastró durante cuatro meses, hasta que la fuerza persa se quedó sin dinero ni suministros. Según Herodoto, Aristágoras incluso tuvo que emplear la mayor parte de su fortuna personal para

mantener el sitio, pero todo fue inútil. Al final, la expedición se vio forzada a regresar a Asia sin poder tomar Naxos, y este fracaso iba a ser la fuente de otros acontecimientos importantes.

Una vez más, Herodoto presenta los acontecimientos de forma característica en términos de intrigas personales y deseos de un par de líderes griegos: Aristágoras de Mileto temeroso de perder su posición por su papel en el fracaso de Naxos, e Histieo de Mileto, enojado porque lo habían obligado a ir hasta Susa dentro del séquito del rey y deseoso de volver al Egeo. Quizá lo que se ajuste más a la realidad fue la impresión del fracaso persa. Los habitantes de Naxos habían detenido con éxito a la fuerza persa, habían resistido su asedio y habían visto cómo se alejaban fracasados. Lo que habían hecho los de Naxos, seguramente lo podrían repetir otros. Quizás el poder persa no era tan inevitable, quizá las tropas persas no eran tan invencibles.

La REVUELTA JONIA

Los griegos jonios llevaban tiempo resintiéndose de su sometimiento a Persia mientras otros griegos eran libres, y les molestaba que les gobernasen tiranos apoyados por los persas, mientras por todo el mundo griego los tiranos se estaban convirtiendo en algo del pasado, reemplazados por formas de gobierno colectivas. En cualquier caso, Jonia se rebeló en 499,

derrocando a los tiranos pro-persas y exigiendo su libertad, y Aristágoras —que estaba realmente asustado de que lo pudieran castigar por su fracaso en Naxos— encabezó esta rebelión. Así empezó la revuelta jonia que se iba a convertir, en palabras de Herodoto, en la fuente de grandes problemas tanto para los griegos como para los bárbaros. Hay que tener presente que para los griegos de la época de Herodoto y de épocas anteriores, el término *Barbaroi* —el origen de la palabra bárbaro— no tenía el sentido negativo que adquirió después del siglo V y hasta la actualidad. Los *Barbaroi* eran simplemente las personas que hablaban cualquier lengua que no fuera el griego —*barbar era*. el equivalente griego al «bla, bla» en castellano—, de manera que los *Barbaroi* eran las personas cuya forma de hablar era ininteligible, extranjeros no griegos fuera civilizados y amistosos o no.

Que las ciudades griegas se habían ido calentando bajo el gobierno persa resultó evidente por la rapidez con la que se extendió la revuelta. Iniciada en Mileto, rápidamente contó con la participación de la flota jonia que acababa de regresar de Naxos y se encontraba anclada en el golfo de Latmia cerca de Miunte, y desde allí se extendió como el rayo arriba y abajo por la costa jonia. Todas las ciudades jónicas se unieron a ella, incluyendo las islas de Samos y Quíos, y desde allí la semilla de la rebelión se extendió aún más: hacia las

ciudades eolias alrededor de Cumas en el norte de Jonia, y hacia la Tróade y el Helesponto; a través del Helesponto hacia las ciudades griegas en la orilla septentrional (europea), donde Milcíades se unió encantado a la revuelta; también hacia el sur, hacia las ciudades helenizadas de Caria y Lidia; e incluso tan lejos como las ciudades griegas de Chipre. En las fases iniciales de la rebelión no ocurrió prácticamente nada, puesto que las ciudades estaban muy ocupadas organizando nuevas formas de gobierno después de expulsar a sus tiranos, reforzando sus defensas y enviando mensajes de un lado a otro para coordinar planes y políticas comunes. Pero los persas iban a aprender muy pronto que tenían entre manos una revuelta muy seria.

Una de las primeras decisiones que tomaron los jonios, fue la muy natural de buscar la ayuda de sus compatriotas griegos al otro lado del Egeo. El propio Aristágoras fue enviado como embajador a los estados griegos de la península y se encaminó inicialmente a Esparta, porque si los espartanos aceptaban enviar ayuda, sus aliados peloponesios les seguirían inevitablemente. En Esparta, Aristágoras fue recibido y entrevistado por el, inevitable, rey Cleómenes, que era sin lugar a dudas la mente directora detrás de la política espartana en esta época. Cleómenes era, como descubrió Aristágoras, un hueso duro de roer.

Aristágoras representó un buen espectáculo, hablando evidentemente de la riqueza de los persas, del poder y la reputación que podrían ganar los espartanos asumiendo la causa de la libertad griega, y la facilidad para derrotar a hombres que luchaban con arcos y lanzas cortas y que vestían *pantalones* en la batalla. Resultaba claro que estos hombres serían fáciles de vencer, y para ilustrar su argumento Aristágoras había traído consigo un artefacto de «enseñar y explicar», la última producción del racionalismo jonio. Se trataba de un mapa del mundo, grabado en bronce, mostrando todos los grandes ríos y pueblos, con el que Aristágoras ilustró la riqueza del Imperio persa y la facilidad de las comunicaciones. Todo lo que tenían que hacer los espartanos era marchar hacia el interior, librar una o dos batallas por el camino y capturar Susa para convertirse en el pueblo más rico y más poderoso de la tierra. Parece que estaba convenciendo a Cleómenes hasta que llegó el momento en que el rey espartano preguntó cuánto duraba el viaje entre la costa egea y Susa. Confiado, Aristágoras respondió la verdad: se trataba de una marcha de tres meses. Sin pensárselo dos vez, Cleómenes le ordenó que abandonase Esparta por haberse atrevido a sugerir que los espartanos debían alejarse del mar a una distancia de tres meses completos.

En lugar de irse, Aristágoras tomó la rama de olivo

del solicitante y fue a la casa de Cleómenes para intentar persuadirle y que cambiara de opinión. Ahora la persuasión adoptó la forma de un soborno, que Cleómenes rechazó, con lo que Aristágoras empezó a aumentar la suma que estaba dispuesto a pagar por el apoyo de Cleómenes, hasta que la hija de ocho años del rey, Gorgo, que estaba presente, comentó: «¡Papá, si no abandonas la habitación ese visitante te va a corromper!» Ante esto Cleómenes se fue, y Aristágoras se tuvo que ir sin el apoyo de Esparta o de los peloponesios, porque sin que Esparta lo dijera, ningún otro estado peloponesio iba a enviar ayuda, por supuesto.

Todo esto da lugar a otra historia divertida, pero una vez más la verdad tiene poco que ver con los caprichos personales. Los espartanos, siempre temerosos de una revuelta de su explotada clase ilota, siempre fueron muy reticentes a comprometer fuerzas importantes fuera del Peloponeso. El intento de Aristágoras de conseguir el apoyo de Esparta estaba condenado al fracaso desde el principio a causa de esta política espartana establecida hacía mucho tiempo, que se repite una y otra vez a lo largo de esta época, de mantener sus fuerzas cerca de casa, preferiblemente dentro del Peloponeso, pero desde luego no lejos de él. Los espartanos habían alcanzado su límite cuando hacía tiempo habían enviado la embajada para advertir a Ciro: la idea de que la

falange hoplita espartana pudiera luchar en la orilla oriental del Egeo, y mucho menos penetrando en Asia, estaba completamente fuera de cuestión.

Aristágoras se encaminó hacia Atenas, donde podía esperar una recepción más amigable puesto que los atenienses también eran griegos jonios con lazos desde hacía mucho tiempo con sus compatriotas del Egeo oriental. Y de hecho consiguió persuadir a los atenienses: votaron el envío de veinte barcos de guerra. Herodoto comenta que fue más fácil engañar a 30.000 atenienses que a un espartano, pero ya hemos visto las razones por las cuales los espartanos no iban a ayudar y los atenienses sí, y nos podemos tomar ese comentario con un poco de escepticismo. Junto con los veinte barcos enviados por los atenienses, sus amigos los eretrios de Eubea también enviaron cinco barcos: como los atenienses, los eretrios también eran griegos jonios con lazos tradicionales con los griegos de Asia Menor, y en especial con los milesios. Los atenienses han sido criticados a veces por la escasez de su ayuda a los jonios: sólo veinte barcos de guerra. Sin embargo, debemos tener presente que aquí no estamos hablando de la Atenas de la década de 470 o posterior, que podía movilizar flotas de cientos de trirremes. De hecho, poco después de 490, los atenienses eran capaces de reunir una flota de setenta barcos de guerra para igualar la flota de Egina sólo mediante el préstamo de veinte

barcos corintios, indicio de que los atenienses no tenían en ese momento más de cincuenta barcos de guerra. En consecuencia, enviar veinte barcos en 499 significaba que los atenienses comprometían la mitad del total de su flota, lo que demuestra que realmente estaba realizando un gran esfuerzo.

En definitiva, reforzados por los contingentes de Atenas y Eretria, los griegos jonios reunieron una fuerza sustancial y navegaron hasta Coreso, el puerto de Éfeso donde, después de desembarcar las tropas, dejaron la flota y marcharon hacia el interior en dirección a Sardes, la capital del poder persa en Anatolia Occidental. Evidentemente cogieron a los persas por sorpresa porque no encontraron ninguna oposición en el camino y capturaron Sardes sin combate. El sátrapa Artafernes junto con la guarnición persa se refugiaron en la prácticamente inexpugnable acrópolis de Sardes; la ciudad de Sardes fue incendiada y ardió hasta los cimientos. Encontrándose en una ciudad completamente quemada, con una acrópolis fuertemente armada que no veían forma de capturar, y recibiendo la noticia de que las fuerzas persas del resto de Anatolia estaban siendo movilizadas para acudir en ayuda de Artafernes, los jonios decidieron retirarse hacia la costa. Sin embargo, las fuerzas persas que corrían en rescate de Sardes, persiguieron a los griegos en retirada y los alcanzaron a las afueras de Éfeso. Allí se libró una batalla en la que

los griegos sufrieron una terrible derrota, resultando decisiva la disciplina y el entrenamiento superiores de los persas. Con sus arqueros, lanzadores de jabalinas y caballería inflingieron graves pérdidas a los derrotados griegos, y poco después el ejército jonio se disolvió cuando cada uno de los contingentes emprendió el regreso a casa. Los atenienses y los eretrios también volvieron a casa: probablemente pensaron que con la captura y el incendio de Sardes, el centro del poder persa en la región, habían hecho todo lo que los jonios podían esperar de ellos; y que asegurar la libertad que los atenienses y los eretrios les habían ayudado a ganar ahora era cuestión de los jonios. En cualquier caso, a pesar de peticiones posteriores de los jonios, la revuelta no obtuvo más ayuda de la península griega.

Sin embargo, la captura y el incendio de Sardes causó sensación. Muchos griegos orientales que no se habían comprometido se unieron ahora a la revuelta: en las regiones del Helesponto y del Bósforo, por ejemplo, y también fue el momento en el que se rebelaron abiertamente los griegos chipriotas. El saqueo de la capital regional persa hacía que pareciera realmente posible librarse del yugo persa. Los persas, por su parte, habían comprendido ahora que la revuelta era un tema muy serio, y que iban a necesitar la movilización de fuerzas importantes para pararle los pies a los griegos. El propio rey Darío se enfureció por el saqueo

de Sardes y determinó que Jonia sería reconquistada a cualquier precio y que los atenienses y los eretrios también serían castigados por su participación en la destrucción de Sardes. Si antes no había estado convencido, este acontecimiento le confirmó en su creencia de que sólo la completa sumisión de la Grecia peninsular podría asegurar unas fronteras occidentales del Imperio persa satisfactorias y pacíficas. En definitiva, fue sobre todo el incendio de Sardes lo que provocó las grandes campañas persas para conquistar la Grecia peninsular. Ésta es por supuesto la razón porque Herodoto vio en la revuelta jonia el inicio de las grandes desgracias tanto para los griegos como para los bárbaros, como he mencionado antes.

Tras la derrota jonia en Éfeso y la retirada ateniense, el teatro de la guerra se trasladó a Chipre. La rebelión allí se convertiría en la clave del curso posterior de la guerra, porque los persas sabían que necesitarían una flota para aplastar con eficacia a los jonios —en especial a los jonios de las islas— y la flota persa procedía de Fenicia, Cilicia y Chipre. Con las flotas de las ciudades chipriotas en el bando griego, las flotas de Fenicia y Cilicia se tenían que quedar obligatoriamente a defender sus aguas territoriales y sus puertos. Por eso los persas se tenían que mover con rapidez para recuperar el control de Chipre, ayudados por el hecho de que no toda las ciudades chipriotas se habían

rebelado: la ciudad no griega de Amatu no se unió a la revuelta. Una importante fuerza persa desembarcó en Chipre, dirigida por un general llamado Artibio, y con el apoyo de una flota fenicia. Los jonios también reconocían el valor estratégico que tenía para ellos la revuelta chipriota, y enviaron una flota numerosa en ayuda de los griegos chipriotas. Los griegos chipriotas se enfrentaron a las fuerzas persas en tierra, mientras que los jonios se encargaron de los fenicios en el mar. Aquí los jonios demostraron sus habilidades maríneas y temple en el combate derrotando a la flota fenicia.

Pero en tierra las cosas no fueron tan bien. Aunque al principio la batalla estuvo indecisa, y el comandante chipriota Onesilo incluso consiguió matar al general persa Artibio, al final los griegos fueron derrotados por un defecto que los perseguiría a lo largo de toda su historia: la desunión. En el momento culminante de la batalla, el contingente de la ciudad de Curión, dirigido por Estasanor, cambió de bando, seguido por la mayor parte de las tropas de Salamina. Esta traición rompió la línea griega y condujo a una victoria total de los persas. Las bajas entre los griegos chipriotas derrotados fueron altas, entre ellas la muerte de Onesilo y otros muchos líderes importantes, y los persas explotaron su éxito asediando las ciudades griegas. Sólo Soloi resistió durante algún tiempo, e incluso esta ciudad fue capturada a través de minas después de cinco meses de

asedio. A la flota jonias victoriosa no le quedó más remedio que regresar a Jonia y preparar la defensa de su patria. A principios de 496, los persas estaban preparados para desencadenar una campaña a gran escala para reconquistar Jonia.

Darío había enviado grandes refuerzos a Asia Menor y las operaciones estaban bajo el mando de tres de sus yernos: Daurises, Limeo y Otanes. Daurises reconquistó al principio muchos de los asentamientos griegos a lo largo de la costa asiática del Helesponto y después avanzó hacia el sur para invadir Caria. Allí infligió a los carios una derrota aplastante y cuando llegaron refuerzos milesios y convencieron a los carios para probar de nuevo la suerte de la batalla, Daurises les infligió otra derrota sangrante. Los milesios sufrieron graves pérdidas en esta batalla, según se nos cuenta. Pero la reconquista de Caria estaba muy lejos de haber finalizado. Aparentemente confiado por sus victorias, Daurises se dejó conducir a una trampa en la que él mismo perdió la vida y su ejército fue barrido.

El segundo comandante, Himeo, operaba contra las ciudades griegas a lo largo del Proponte (mar de Mármara), capturando Quíos entre otros lugares. Después penetró en la región del Helesponto que Daurises había dejado vacía y completó la reconquista de esta región antes de morir de una enfermedad repentina. El tercer comandante, Otanes, se unió al

sátrapa Artafernes en Sardes, y juntos avanzaron por la costa y capturaron las ciudades de Clazomene y Cime, y es muy probable que también Éfeso porque los efesios no jugaron ningún papel en el bando griego después de esto. Aunque en ningún caso los persas tenían las cosas como les hubiera gustado tenerlas, en conjunto iban recuperando el control sobre la regiones exteriores de la revuelta y la iban confinando cada vez más al centro de Jonia. Las posibilidades de que los jonios pudieran asegurar con éxito su libertad se iban reduciendo. En esta situación llegó el renegado milesio Histieo, liberado por Darío de su estancia forzosa en Susa con la promesa de que conseguiría acabar con la revuelta jonia.

Desgraciadamente, Herodoto concentra su narración después de la llegada de Histieo en las acciones de este pintoresco personaje, de manera que no podemos seguir reconstruyendo en detalle la lucha entre los persas y los griegos. Lo que podemos deducir del relato de Herodoto sobre Histieo es que las operaciones se habían vuelto bastante descoordinadas, por no decir caóticas. Aparentemente Histieo, que parecía que actuaba totalmente por su propia cuenta, consiguió persuadir a una serie de oficiales persas que no eran leales a Darío para que conspiraran con él, pero no sabemos para hacer exactamente qué. Artafernes recibió noticias de la conspiración e hizo arrestar y

ejecutar a los persas, causando un cierto alboroto en el campamento persa. Histieo no podía aparecer en las regiones controladas por los persas, pero pasó el tiempo moviéndose por las islas frente a Jonia intentando reunir fuerzas. Cuando consiguió el control de algunos barcos, sus operaciones con ellos no pasaron de ser poco más que piratería, y fueron la fuente de más confusión y problemas que ayuda a la causa griega. Consiguió seguir adelante durante algún tiempo, pero tras la derrota final de los jonios fue capturado por soldados de Artafernes y el sátrapa ordenó sumariamente que lo ejecutasen: una muerte que no fue inmerecida si fue verdad la mitad de lo que Herodoto cuenta de él, a pesar de que Herodoto parece tenerle una simpatía considerable a este archifollonero.

A principios de 495, con Artafernes aparentemente reafirmado en su autoridad y tomando el control de las operaciones persas, se implantó una estrategia nueva. Artafernes había decidido que el corazón de la revuelta y la clave para acabar con ella era la gran ciudad de Mileto, la ciudad jonia más grande y próspera. Concentró todas las fuerzas de tierra persas para un gran golpe contra Mileto y al mismo tiempo reunió una flota poderosa de barcos de Fenicia, Cilicia y Chipre para atacar Mileto por mar. Puede ser que esta flota estuviera bajo el mando del medo Datis, que

posteriormente dirigiría otra gran invasión persa: hay pruebas de que en esta época estaba operando en Rodas, que estaría en la ruta de la flota desde el Mediterráneo camino de Mileto.

En vista de esta amenaza, los jonios, que no disponían de los recursos para luchar en tierra y por mar al mismo tiempo, decidieron confiar en las fuertes murallas fortificadas que protegían a su pueblo de las fuerzas terrestres persas, y concentraron todas las fuerzas que pudieron reunir para una gran batalla naval. La flota jonia se concentró en la isla de Lade, que se encontraba justo delante del puerto de Mileto, una isla que en la actualidad es, irónicamente, una pequeña colina en una amplia llanura aluvial creada por los depósitos del río Meandro.

La flota reunida allí era impresionante: 353 trirremes, según el recuento de Herodoto, la mayor parte de los cuales procedían de las cuatro grandes potencias navales: la propia Mileto, contribuyó con ochenta barcos, Quíos con 100, los samios con 60 y la gente de Lesbos con 70. Los restantes 43 procedían de Focea (3), Teos (17), Eritre (8), Priene (12) y Miunte (3). Ésta era una flota muy capaz de enfrentarse a la flota persa en combate con buenas posibilidades de vencer, si todos los contingentes luchaban con todas sus fuerzas. Se supone que la flota persa reunía unos 600 barcos, pero como este parece ser un número bastante

convencional para una flota persa en esta época, podemos suponer que en realidad era considerablemente menor, con no mucho más de 400 barcos, si es que llegaba a ese número, porque no parece probable que los cilicios y los chipriotas hubieran contribuido cada uno con más de 100 barcos, ni que los fenicios hubieran podido aportar más de 200, si es que fueron tantos; y cualquier otro contingente (por ejemplo, los egipcios pudieron enviar algunos barcos) lo más probable es que fuera mucho menor.

En suma, las flotas estaban prácticamente igualadas, y los comandantes persas no podían estar seguros del resultado de una batalla en el mar. Por ello decidieron recurrir a explotar el bien conocido talón de Aquiles de los griegos: la falta de unidad. Sirviendo como consejeros junto a los comandantes persas se encontraban muchos de los antiguos tiranos de las ciudades jonias, que habían sido exiliados al iniciarse la revuelta, así como otros exiliados políticos. Ahora se instruyó a estos hombres para que se pusieran en contacto con sus conciudadanos y les prometieran que cualquier contingente que cambiase de bando o se negase a combatir, volviendo a la alianza con el rey, no recibiría ningún castigo por la rebelión y sería bien tratado. Inicialmente, dice Herodoto, esta aproximación fue rechazada por todos; pero al final un contingente decidió que la seguridad era la mejor parte del valor.

Sin embargo, los preparativos ostensibles para la batalla siguieron adelante de la forma habitual, aunque aparentemente existían disensiones en las filas jonias sobre los métodos de entrenamiento. Herodoto se centra mucho en este tema, pero la verdad sea dicha, el curso de la batalla no se decidió por el entrenamiento de los jonios, ya fuera adecuado o no. El tema parece en gran medida que fue una excusa para el contingente que había decidido no luchar, y que da pie para que Herodoto nos explique una de sus historias características: ésta se centra en el general focio Dioniso, que habría conducido los jonios a la victoria si éstos hubieran seguido de buena fe su régimen de entrenamiento.

En cualquier caso, una vez que los persas tuvieron la seguridad que buscaban, que el principal contingente jonio no iba a luchar, condujeron a su flota a la batalla, y los barcos jonios salieron a hacerle frente. La posición jonia se encontraba al norte de la persa, y su flota estaba anclada junto al contingente milesio en el extremo izquierdo, el punto más cercano a su ciudad de origen. El gran contingente de Quíos ocupaba el centro de la línea, con los samios a su derecha y el contingente lesbio en el extremo del ala derecha, los contingentes más pequeños se intercalaban entre los más grandes. Sin embargo, cuando los jonios remaron hacia delante para atacar la flota persa, el contingente samio al

completo, excepto once barcos, alzaron las velas y se dieron la vuelta para alejarse de la batalla y regresar a Samos. Viendo el amplio hueco en la línea a su lado, el contingente de Lesbos se dio cuenta de que ahora no había ninguna esperanza de victoria, y siguió su ejemplo, al igual que la mayoría de los contingentes menores.

En consecuencia, la batalla estuvo perdida antes de dar el primer golpe, y no porque los barcos de los griegos jonios no pudieran derrotar a los barcos fenicios y cilicios bajo mando persa, sino porque era característica de las ciudades-estado griegas que pusieran sus estrechos intereses particulares por encima del bien común. Los once capitanes samios que mantuvieron a sus barcos en la línea y combatieron fueron posteriormente honrados por su lealtad y bravura, pero fue un gesto fútil cuando la mayor parte de sus compatriotas había huido en dirección a su hogar. Los barcos de Quíos en el centro de la línea griega lucharon heroicamente, según las crónicas, quizá debido más a las circunstancias que a cualquier otra cosa: no les resultaba fácil escapar, emparedados por ambos lados, y decidieron que la mejor forma de huir era romper a través de la línea enemiga. Lo hicieron con éxito, pero sólo después de sufrir grandes pérdidas. Aquéllos que consiguieron pasar fueron perseguidos de cerca y se vieron obligados a abandonar sus barcos en

las playas del cabo Micalé y huir tierra adentro. Allí tuvieron la mala suerte de que fueron confundidos con bandoleros cuando atravesaban de noche territorio efesio. Atacados por los efesios en supuesta defensa propia, los derrotados hombres de Quíos fueron masacrados por los propios jonios.

Los barcos milesios no tuvieron más alternativa que luchar, porque se encontraban justo enfrente de su ciudad de origen, que habría sido atacada en cuanto se alejasen. Superados en número y sin esperanzas, libraron un combate desesperado, pero el resultado nunca estuvo en duda. Mileto quedó bloqueada y asediada por los persas desde tierra y desde el mar, e inevitablemente cayó en sus manos. Muchos milesios fueron asesinados durante el terrible saqueo. Los que sobrevivieron fueron capturados y enviados a pie camino de Susa, para ser juzgados y castigados por el gran rey en persona. Al final, Darío no los castigó más: fueron reubicados en un nuevo hogar a orillas del golfo Pérsico. Poco después Mileto fue repoblada con nuevos habitantes, pero la ciudad no volvió a tener más que una sombra de su anterior riqueza y gloria. En los siglos siguientes, el limo del Meandro fue colmatando progresivamente su puerto e hizo que la ciudad quedara aislada en tierra, después de lo cual fue abandonada.

El saqueo de Mileto decidió el resultado de la revuelta: a los persas todavía les quedaban muchas

operaciones de «limpieza», pero la destrucción de la ciudad jonia más grande y la dispersión (y en gran parte también la destrucción) de la flota jonia acabó efectivamente con la esperanza de una Jonia libre. Tras invernar en Mileto, la flota persa zarpó en la primavera de 494 y reconquistó con facilidad las islas jónicas, porque sus habitantes se dieron cuenta de que no tenían más opción que someterse. Las ciudades jónicas del continente que seguían resistiendo también se sometieron, como hicieron los carios.

Al principio el castigo de los persas fue duro: destrucción de santuarios y selección de los muchachos más guapos para castrarlos, y las muchachas más bellas para esclavizarlas. Estos chicos y chicas estaban destinados evidentemente al harén real. Sin embargo, muy pronto Artafernes cambió a una política más conciliadora, con el objetivo de que los jónicos se fueran acostumbrando a su nueva sumisión, y para reconstruir la región después de la devastación de la revuelta. La flota, mientras tanto, navegó hacia el Helesponto para recuperar el control del lado septentrional de los estrechos, puesto que el lado meridional ya había sido conquistado. Subieron navegando por el Helesponto y a través de la Propóntide hacia el Bósforo, sometiendo y en algunos casos destruyendo ciudades a su paso, y regresaron a lo largo de la orilla europea, finalizando la reconquista.

Hay que recordar que el ateniense Milcíades gobernaba la mayor parte del Quersoneso tracio en esta época. Se había retirado a la ciudad fortificada de Cardia en el istmo del Quersoneso, con todas sus propiedades y dependientes, que había colocado en cinco barcos. Cuando recibió la noticia de la aproximación de los fenicios, se internó en el golfo Negro, en el lado septentrional del Quersoneso, y bajó a lo largo de la costa bajo la cobertura de la península para emprender entonces la carrera por mar abierto en dirección sudoeste hacia la Grecia peninsular y, finalmente, el Ática. Sin embargo, cuando salió del refugio del Quersoneso, sus cinco barcos fueron avistados por un destacamento de buques fenicios apostados frente a la isla de Tenedo, que les dieron caza. Milcíades se dirigió a la isla de Imbro y consiguió llegar con seguridad, pero con la pérdida de un barco, que llevaba a su hijo mayor, Metioco. Sin embargo, el resto de su familia, incluido su hijo Cimón, escaparon con Milcíades, y consiguieron llegar a Atenas sin contratiempos, donde Milcíades se convirtió con rapidez en el líder de la facción hostil a los persas. Él fue el primero perseguido por sus rivales políticos bajo la ley anti-tiranos, por haber gobernado como tirano sobre los colonos atenienses en el Quersoneso, pero fue absuelto por la asamblea de los ciudadanos atenienses. Parece que se habían dado cuenta de que su

familiaridad con los persas, sus métodos y tácticas, les podría ser de gran valor en el futuro, porque es difícil que los atenienses hubieran podido suponer que el poder persa iba a finalizar ahora su expansión hacia el oeste, o que el rey olvidaría el papel que habían jugado al principio de la revuelta jonia, en especial en el saqueo de Sardes.

MARDONIO Y EL PRIMER ATAQUE PERSA HACIA OCCIDENTE

En 493, Artafernes se concentró en pacificar Jonia después de la revuelta. Para sorpresa de los griegos, convocó una reunión de representantes de todas las ciudades, y les obligó a aceptar el uso de medios pacíficos para resolver futuras diferencias y conflictos entre ellos, prohibiendo las prácticas tradicionales del saqueo y las incursiones. Disponía de una medida precisa de los territorios de cada una de las ciudades y distribuyó los impuestos de acuerdo a los territorios y los recursos: una decisión que se consideró en gran medida justa (aunque desagradable), y parece que de hecho fue utilizada más tarde por los atenienses como la base para su propia distribución de la «contribución» que cada estado jonio debía hacer al fondo común de la llamada «Liga de Délos». En 492, Darío envió a la costa un nuevo comandante para todos los asuntos griegos. Se trataba de Mardonio, yerno del rey, que trajo consigo un gran ejército y una flota para realizar más campañas.

Mardonio ordenó al ejército que marchase directamente

de Cilicia al Helesponto, pero él mismo llegó a Jonia con su flota y allí complació en gran manera a todos los jonios rencorosos al deponer a todos los tiranos y permitiendo que las ciudades establecieran sistemas colectivos de autogobierno, en apariencia de naturaleza moderadamente democrática en su mayoría. El objetivo era claramente reconciliar a los jonios con el gobierno persa, y evitar que provocasen nuevos problemas en el futuro, demostrando que el gobierno persa podía ser sensible ante su cultura y necesidades particulares. Sin embargo, Jonia sólo fue una breve parada para Mardonio: sus instrucciones eran llevar el poder persa a la Grecia peninsular, atravesando la costa norte del Egeo y bajando hacia Grecia desde el norte, mientras que la flota acompañaría al ejército a lo largo de la costa y proporcionaría apoyo naval y suministros. El empujón para crear una frontera occidental aceptable para el imperio mediante la culminación de la conquista de los griegos estaba en marcha.

Mardonio subió navegando por el Helesponto con su flota para encontrarse con el ejército, que la flota transportó hasta la orilla europea. Entonces el ejército marchó hacia el oeste siguiendo la orilla septentrional del Egeo, con la flota navegando a su altura. Esta región ya había sido sometida por Darío y su general Megabates veinte años antes, de manera que se trataba básicamente de reafirmar la autoridad persa. La primera acción real de la expedición fue en la rica isla

de Tasos, que fue obligada a someterse por fuerzas apabullantemente superiores. El ejército prosiguió entonces hacia Macedonia, que renovó su aceptación de la soberanía persa.

Mientras tanto, la flota navegó alrededor de la península Calcídica, pero ahí llegó el desastre. La larga costa de la península de Atos —la más oriental de las tres penínsulas que se proyectan hacia el sur desde la Calcídica— es rocosa, sin puertos y carece en su mayor parte incluso de playas o bahías resguardadas. Durante la temporada de navegación habitualmente no era difícil de circunnavegar, pero los marineros locales sabían que había que tener mucho cuidado: el viento del nordeste predominante durante el verano —que en la actualidad es llamado *meltemi*— puede cambiar rápidamente de una brisa agradable a casi una galerna, y si ocurría eso, los barcos en la costa oriental de la península de Atos estaban condenados, porque el viento los llevaría directamente contra las rocas y los acantilados. Esto es de hecho lo que le ocurrió a la flota persa, que o no había pensado en conseguir navegantes con conocimiento de las condiciones locales, o no había seguido su consejo. Muchos de los barcos naufragaron y la mayor parte de sus tripulaciones se ahogaron, fueron aplastados contra las rocas de la costa, o fueron atacados y muertos por los tiburones que infestaban esas aguas, como nos explica Herodoto. Con esto, la

estrategia persa de un ataque anfibio sobre Grecia quedó arruinada, pero lo peor estaba por llegar para la expedición de Mardonio. El ejército estaba acampado al este de Macedonia y aparentemente —quizá confiados en la sumisión macedonia— no mantuvieron una vigilancia adecuada. En cualquier caso, una tribu local llamada de los brigos lanzó un ataque nocturno que cogió a los persas por sorpresa. Les infligieron muchas bajas y el propio Mardonio recibió una fea herida en el muslo, antes de que pudieran repeler finalmente a los brigos.

Mardonio restauró un poco su prestigio quedándose en la zona y luchando incansablemente contra los brigos hasta que éstos se rindieron, pero entonces se vio obligado a dar por terminada la campaña. La flota no podía seguir cumpliendo su papel, el ejército estaba seriamente debilitado y el propio Mardonio necesitaba tiempo para recuperarse. Así este primer intento de conquistar Grecia terminó sin gloria y sin que realmente se hubiera conseguido nada: la frontera persa no había podido avanzar más hacia el oeste de lo que se había conseguido veinte años antes en tiempos de la campaña tracia de Darío. Sin embargo, el rey no se sintió descorazonado por esto, ni flaqueó su determinación de conquistar Grecia.

En 491, como un movimiento preliminar para futuras campañas, Darío envió emisarios por toda la Grecia

peninsular para exigir tierra y agua para el rey: las prendas formales de sumisión. El objetivo era sin duda valorar la posible fuerza y determinación de la oposición, y diseñar de acuerdo con ello la futura estrategia de conquista. Intimidados y temerosos por lo que habían visto que le había ocurrido a los jonios, todos los griegos de las islas del Egeo enviaron las prendas de sumisión, y lo mismo hicieron en el centro y el norte de Grecia. Sin embargo, los atenienses y los espartanos se negaron y de una forma muy contundente: en ambos lugares los heraldos persas fueron asesinados al lanzarlos a una zanja o pozo. Esto era una violación de la ley internacional conocida por todos de que los heraldos eran sagrados e inviolables, de manera que incluso los pueblos en guerra se podían comunicar entre ellos con seguridad a través de heraldos, lo que demuestra los sentimientos tan fuertes que sobre este tema compartían espartanos y atenienses. Enfrentados a la amenaza persa, los espartanos y los atenienses resolvieron ahora sus diferencias y se convirtieron en aliados. Incluso el rey Cleómenes dejó de lado su hostilidad del pasado hacia los atenienses. Cuando los atenienses informaron que los eginos, aliados de los espartanos, habían enviado tierra y agua al rey y de esta forma amenazaban las posibilidades de Atenas para resistir a los persas, Cleómenes forzó a los eginos a retractarse de dicha sumisión y a enviar rehenes a

Atenas para garantizar su buen comportamiento en el futuro. Planteada la situación y con el fin de conseguir esto, Cleómenes tuvo que encontrar primero una forma de deponer a su propio co-rey (y rival personal) Demarato, que le estaba obstaculizando en defensa de los eginos, de manera que podemos valorar lo comprometido que estaba Cleómenes en esta alianza con Atenas y en contra de Persia. Demarato, por su parte, demostró donde se encontraban sus simpatías al huir en secreto de Esparta y entrar al servicio del rey persa, un traidor a su ciudad de origen y a Grecia.

LA campaña que condujo a Maratón

Ahora ya estaba dispuesta la escena para el segundo intento de Darío de conquistar Grecia y castigar a los que habían apoyado la revuelta jonia. Como los griegos de las islas y la mayor parte de los griegos peninsulares al norte del Ática habían ofrecido su sumisión, Darío y sus consejeros calcularon que no sería necesario reunir otra expedición del tamaño de la de Mardonio. Se diseñó una estrategia nueva. Una expedición anfibia más pequeña podría golpear directamente a través del sur del Egeo en las Cicladas, Eretria y Atenas. Esto tenía una serie de ventajas. Habría que movilizar menos hombres y recursos. La flota podría evitar la peligrosa península de Atos para que no se volviera a repetir el desastre. Los tres estados que habían luchado contra el poder persa y lo habían humillado —Naxos, Eretria y

Atenas— podrían ser castigados como una lección para todos los griegos. Y desde un Ática ocupado, se podría organizar la conquista del resto de Grecia y emprenderla a placer desde una base en el corazón de Grecia. En efecto, como Grecia al norte del Ática ya había ofrecido sumisión y difícilmente se iba a retractar en vistas del castigo que iba a recaer sobre los atenienses, sólo quedaban los peloponesios, dirigidos por los espartanos, como único obstáculo. Durante la segunda mitad de y principios de 490 se trabajó para construir un gran número de barcos de transporte especiales para la caballería que iba a formar parte de la expedición. Datis el Medo y Artafernes, hijo del Artafernes que fue sátrapa en Sardes, fueron puestos al mando de la expedición. Y en la primavera de 490, un gran ejército, una flota y una escuadra de barcos de transporte se reunieron en Cilicia para poner en práctica esta nueva estrategia de conquista.

Los números de las diversas partes de la fuerza expedicionaria son, desafortunadamente, imposibles de establecer debido a la costumbre griega de exagerar las fuerzas persas en esta época. Herodoto habla de los habituales «600 trirremes» para una flota persa de este período; no da una cifra para los soldados, pero otras fuentes hablan de cientos de miles. Cuestiones prácticas de coste, logística y necesidad sugieren números mucho más pequeños. En la Grecia peninsular no existían en

esta época flotas demasiado grandes; incluso diez años más tarde, después de que los atenienses hubieran construido 200 barcos de guerra nuevos, los griegos peninsulares podían reunir poco más de 400 trirremes, y en este momento esos 200 trirremes atenienses no existían, puesto que los atenienses tenían escasamente 50 barcos, como hemos visto antes. Muchos de estos cincuenta barcos eran probablemente anticuadas *pentecóteras* (galeras de 50 remos). En consecuencia, una flota persa de 600 trirremes habría tenido algo así como tres veces el tamaño de cualquier flota que se hubieran podido encontrar incluso bajo la más pesimista de las proyecciones; de hecho no era demasiado probable que se le opusieran algo más de una docena de barcos de guerra griegos. Por eso, una cifra mucho más plausible para la flota persa, adaptada a la escala real de las operaciones, sería de 200 barcos o menos.

Algunas de nuestras fuentes antiguas hablan de cientos de miles de soldados en esta expedición. Pero en realidad, el tamaño de los ejércitos antiguos en campaña estaba limitado por las condiciones de transporte en la Antigüedad, que hacían prácticamente imposible alimentar a gran cantidad de personas que se reunieran de repente en un único emplazamiento. Incluso encontrar suministros para ejércitos formados por decenas de miles de soldados era con frecuencia

muy difícil; alimentar y equipar ejércitos que llegasen a los cientos de miles habría presentado dificultades logísticas insuperables: muchos de los hombres habrían muerto de hambre. Como la estrategia que se perseguía era de un coste relativamente bajo y una movilización moderada de recursos, se puede considerar certero que el ejército persa agrupaba a mucho menos de 100.000 hombres. Probablemente no tenía más de unos 25.000 infantes y varios miles de caballería, lo que sería dos o tres veces el tamaño de las fuerzas que cualquier de los tres objetivos principales —Naxos, Eretria y Atenas— podía movilizar, y sustancialmente más grande que sus ejércitos incluso si de alguna manera conseguían reunir un número significativo de refuerzos por parte de sus aliados.

Esta fuerza navegó a la largo de la costa del sur de Anatolia, subió por la costa oriental del Egeo hasta Samos, y entonces cruzó a cubierto de la larga isla de Icaria hasta las Cícladas en el sudoeste del Egeo. Desembarcaron en Naxos. A diferencia del año 500, los habitantes de Naxos no presentaron batalla ni defendieron su ciudad, sino que se refugiaron en las montañas. Los persas dieron un escarmiento con el lugar, quemando la ciudad y los santuarios, capturando y esclavizando a unos pocos pobladores despistados, y siguieron adelante hacia Délos. En contraste, Datis trató a la isla de Apolo con respeto: se aseguró a los delios

que no les iba a ocurrir nada malo, y se realizó una gran ofrenda de incienso al dios Apolo. El resto de las islas Cicladas se rindió, ofreciendo tropas auxiliares y rehenes: el contraste entre Naxos y Délos les quedó meridianamente claro. Al alcanzar el extremo meridional de Eubea, los persas exigieron a los caristios que se rindieran también. Después de ver devastados sus campos y la ciudad asediada durante unos pocos días, los caristios se sometieron y los persas siguieron adelante hacia el segundo de sus objetivos principales: Eretria.

Para entonces, a mediados de julio, los eretrios habían tenido tiempo suficiente para mejorar las defensas de su ciudad y para debatir el mejor curso de acción. Habían pedido ayuda a los atenienses, y los atenienses habían ordenado a sus 4.000 colonos en Calcis que ayudaran a los eretrios. Pero los propios eretrios estaban divididos sobre qué hacer: algunos querían abandonar la ciudad y refugiarse en las montañas del centro de Eubea, otros querían ocupar las murallas de la ciudad y defenderla, y unos terceros pedían directamente la rendición incondicional. En medio de esta disensión, y siguiendo el consejo de un eretrio principal llamado Esquines —que les dijo que se salvaran porque Eretria estaba condenada—, los 4.000 atenienses cruzaron el canal de Eubea y regresaron a Atenas. Entonces la armada persa

desembarcó en territorio eubeo y formó a sus tropas, con la caballería en vanguardia, pero no encontró a nadie con quien luchar. Finalmente los eretrios habían decidido retirarse detrás de sus murallas fortificadas y defender su ciudad.

Así los persas pusieron sitio a Eretria. Durante seis días las murallas de la ciudad sufrieron ataques y se produjeron combates feroces con pérdidas por ambos lados. Pero, como hemos visto, los griegos siempre solían acabar aplastados por una debilidad característica: la desunión. En la sexta noche, dos eretrios prominentes pusieron la seguridad propia y la de sus familias por delante de la comunidad y abrieron las puertas de la ciudad a los persas. Herodoto los nombra como Euforbo, hijo de Alquímaco, y Filagro, hijo de Cineas. Una vez dentro de la ciudad, los persas rodearon a la población y la deportaron, incendiando la ciudad vacía y sus santuarios. Así, hacia finales de julio, el pueblo de Eretria fue cargado en barcos y trasladado a Asia, donde fueron llevados tierra adentro hasta Susa para enfrentarse al rey. Como los persas seguían teniendo un objetivo principal por atacar, los atenienses, «aparcaron» a los eretrios en algunos islotes en el estrecho de Eubea durante las operaciones en el Ática. Al final los eretrios fueron trasladados a Susa donde, al igual que a los milesios, el rey Darío no tuvo interés en seguir castigándolos sino que los asentó en un

nuevo hogar no demasiado alejado del golfo Pérsico. Herodoto constata que seguían viviendo allí en su época, aunque sin duda se refería mayoritariamente a sus descendientes.

Hasta ese momento la expedición persa había sido un éxito total. Las islas Cicladas y el extremo meridional de Eubea pertenecían a los persas, y se habían logrado dos de los tres objetivos principales, y todo ello con pocos combates puesto que los griegos estaban o demasiado superados o demasiado desunidos para ofrecer ninguna resistencia seria. Mientras los comandantes persas, Datis y Artafernes, dejaban descansar el ejército durante unos pocos días después del saqueo de Eretria y discutían los planes exactos para la invasión del Ática con sus consejeros griegos —entre los que se encontraba el antiguo tirano ateniense Hipias— debían sentirse muy confiados. No tenían ninguna razón para suponer que la última parte de su campaña se desarrollaría de forma diferente a lo que ya había ocurrido, y no hay duda de que sus informantes atenienses les estaban señalando que Atenas no estaba más unida en propósito y determinación de lo que lo había estado Eretria. Al menos una parte de la aristocracia ateniense estaba descontenta con la constitución democrática que Clístenes había creado tan recientemente, sólo hacía poco más de quince años. Y no existía ninguna razón para creer que no habría, entre

los atenienses como en otras comunidades griegas, algunas personas que situarían los cálculos sobre su provecho personal por encima de la lealtad a la comunidad.

Por entonces, los persas tenían una larga historia de explotar con éxito la desunión griega, y tenían razones para creer que si los atenienses, como parecía lo más probable, pretendían defender sus murallas, su desunión o las máquinas de asedio persas los derrotarían. E incluso si los atenienses salían a campo abierto a luchar, los persas los superaban ampliamente en número y confiaban en el entrenamiento y la disciplina de sus fuerzas, que en esa época tenían a sus espaldas una larga historia de triunfos imperiales, y en particular creían que la caballería y los arqueros les proporcionaban una gran ventaja frente a los movimientos lentos y torpes de la fuerza hoplita que los atenienses podían formar para oponerse a ellos. Así que lo más probable era que los persas volvieran a embarcar en los barcos de guerra y de transporte para la corta travesía entre Eubea y el Ática en un estado de ánimo de optimismo efervescente de que la tarea quedaría completada con cierta rapidez.

CAPÍTULO 5

LA BATALLA DE MARATÓN

A principios de agosto, los barcos persas realizaron la corta travesía del canal de Eubea desde Eretria hasta la costa ática, y desembarcaron en el extremo septentrional de la amplia bahía de Maratón. El lugar estuvo bien elegido para un desembarco: Atenas estaba al menos a seis o siete horas a pie, y en consecuencia las fuerzas atenienses no se podrían movilizar a tiempo para interferir con el desembarco persa; y la larga península llamada Cinosura (Cola de Perro) protegía a los barcos embarrancados en la playa de los vientos del nordeste habituales en esta época del año (véase mapa 5). Además, la llanura de Maratón era amplia y muy adecuada para el despliegue de la superioridad numérica persa, y en especial ofrecía espacio para las maniobras de la caballería.

LOS PERSAS EN MARATÓN: PRELIMINARES

Instalados en Maratón, los persas podían librar una batalla bajo condiciones favorables, si los atenienses se atrevían a salir y presentar batalla; avanzar sobre Atenas por una carretera adecuada de unos cuarenta y un kilómetros si los atenienses decidían defender las murallas de la ciudad; o, si los atenienses acudían a Maratón pero evitaban la batalla, Atenas quedaría desprotegida ante un ataque anfibia alrededor de la

península ática. La elección hecha por Datis y Artafernes del lugar de desembarco estaba muy bien pensada, y ofrecía una serie de ventajas y flexibilidad estratégica que no podía igualar ninguna otra zona de desembarco en el Ática. Hay que reconocerles este mérito, aunque el mérito por la elección del lugar de desembarco habitualmente se le otorga, siguiendo a Herodoto, al anciano ex-tirano de Atenas, Hiplas, que acompañaba a los persas como consejero.

El propio Hiplas había desembarcado en Maratón con un ejército cerca de sesenta años antes, cuando su padre Pisístrato regresó del exilio y atacó con éxito y ganó el control de Atenas a partir de este lugar de desembarco. Es normal pensar que Hiplas recomendaría seguir la misma estrategia que había tenido éxito para su padre, pero la decisión no estaba en sus manos. Herodoto y otras fuentes griegas normalmente sobrevaloran la importancia de diversos exiliados y consejeros griegos en el proceso de toma de decisión persa, siguiendo sin duda lo que esos mismos griegos pretendían que era el peso de su influencia: porque ellos (o en muchos casos sus descendientes) fueron, por supuesto, las fuentes de Herodoto. En realidad, se puede imaginar que el experimentado comandante medo Datis difícilmente iba a necesitar que se le señalasen las ventajas de Maratón como punto de desembarco: necesitaba información pero con toda

seguridad podemos atribuirle la decisión a él y a su colega Artafernes.

Hipias era en esos momentos un hombre muy anciano. Como aparentemente ya era un adulto en 558, cuando el matrimonio de su padre con la hija de Megacles se vio arruinado por la negativa de Pisístrato a tener hijos con ella que pudieran rivalizar con los hijos mayores que ya tenía —es decir, Hipias y su hermano Hiparco— debía tener cerca de 90 años en la época de la campaña de Maratón. Quería recuperar su poder en Atenas antes de morir, y que lo enterrasen en su patria. Herodoto informa que en esa época Hipias tuvo un sueño que animaba sus esperanzas. Soñó que estaba durmiendo con su madre, lo que interpretó como que realmente recuperaría Atenas y sería enterrado allí. Pero cuando desembarcó en Maratón sufrió un ataque de estornudos que le arrancó uno de los dientes, que ya estaba suelto a causa de la edad. Buscó durante mucho tiempo el diente pero no lo pudo encontrar, y llegó a la triste conclusión de que sólo ese diente perdido estaba destinado a conseguir una tumba en el suelo del Ática.

La historia es obviamente más simbólica que real, sin duda inventada después de los acontecimientos por los atenienses o por los descendientes de Hipias. En ese momento, las esperanzas de Hipias eran, a pesar de su avanzada edad, bastante realistas. Seguía teniendo parientes y seguidores en Atenas —su primo Hiparco,

hijo de Carmo, por ejemplo— que bien podían decidir situar las ventajas personales por delante del patriotismo y traicionar a Atenas a favor de Hipias y los persas, como habían hecho los hombres en Eretria.

Y las fuerzas persas parecían irresistibles. Cuando llegaron las noticias a Atenas, seguramente unas horas después durante el mismo día del desembarco persa, los atenienses enviaron de inmediato un corredor a Esparta con la noticia y pidiendo la ayuda de los espartanos, y mientras tanto debatieron qué hacer ante la amenaza persa. Había dos opciones: traer a Atenas todas las fuerzas disponibles y defender las murallas, mientras esperaban la deseada ayuda espartana; o ir a Maratón con todas las fuerzas disponibles para enfrentarse a los persas en su lugar de desembarco. La primera opción era comprensiblemente popular: parecía la alternativa más segura, y para eso estaban las murallas fortificadas con las que los griegos rodeaban sus ciudades. Pero Milcíades dio un paso al frente como defensor de la estrategia ofensiva. Podía señalar que ninguna ciudad griega había resistido con éxito un asedio persa, y en especial que quedarse detrás de las murallas de la ciudad ofrecía la posibilidad de una traición como la de Eretria. Todos los atenienses sabían que había ciudadanos que no eran necesariamente leales al cien por cien. Además, Milcíades argumentó que, si luchaban con el compromiso adecuado, los hoplitas

griegos fuertemente blindados se podían igualar fácilmente a los persas que llevaban una armadura ligera. Su larga experiencia con la forma de hacer la guerra persa le daba credibilidad. Así que al final la sugerencia de Milcíades ganó el debate y los atenienses ordenaron a todos los ciudadanos capaces con la categoría de hoplitas que tomaran las armas y provisiones para muchos días para marchar hacia Maratón.

Mientras tanto, el corredor ateniense Filípides (o en algunas fuentes, Fidípides) estaba de camino a Esparta. En una gesta atlética destacable, recorrió los 225 kilómetros desde Atenas a Esparta, que pasaba por numerosos y escarpados puertos de montaña, en dos días, llegando a Esparta el día después de salir de Atenas. Allí anunció el desembarco persa y pidió la ayuda de los espartanos como le habían ordenado, espoleando a los espartanos para que no permitieran que Grecia perdiese otra de sus ciudades más grandes y antiguas. Sin embargo, la respuesta de los espartanos no fue la que Filípides y los atenienses habían esperado. Las autoridades espartanas expresaron que no era una costumbre espartana marchar a la guerra durante la segunda semana de la luna Carnea (es decir, la segunda luna nueva del año), y que por eso no irían en ayuda de los atenienses hasta que la luna estuviera llena al cabo de seis días; Filípides había llegado a Esparta en el

noveno día de la luna, y la luna estaría llena en la noche del decimoquinto día (es decir, el 11 de agosto según el calendario moderno). Hay que admitir que los espartanos eran un pueblo dado a la escrupulosidad religiosa y esta razón para el retraso merece algún respeto. Pero al mismo tiempo, la situación era una emergencia que requería una acción inmediata: al cabo de seis días Atenas ya se podría encontrar en manos persas, como demostraba el ejemplo de Eretria. En realidad, los espartanos siempre habían sido reticentes a comprometer sus fuerzas fuera del Peloponeso, y no parecía que hubieran tenido dificultades para superar los escrúpulos religiosos cuando sus propios intereses vitales estaban en juego. Después de todo, los espartanos estaban arriesgando la existencia de Atenas con su retraso.

Filípides, después de descansar una noche, partió de vuelta a Atenas llevando la noticia de que los atenienses tendrían que aguantar solos durante al menos una semana. Al atravesar el paso de montaña entre Esparta y Tegea, afirmó que había tenido una experiencia sorprendente: se le apareció el dios Pan, anunciando su amistad hacia los atenienses, y recriminándoles que no lo veneraran de forma adecuada. De hecho, después de Maratón, los atenienses establecieron un nuevo culto a Pan en una cueva al pie de la Acrópolis. Naturalmente nos

sentimos inclinados a pensar que la visión de Filípides fue una alucinación provocada por el cansancio y por las endorfinas y la adrenalina corriendo a través de su corriente sanguínea, pero para él y para los atenienses la experiencia fue una revelación religiosa muy real. Y los atenienses llegaron a pensar que Pan realmente les había ayudado: atribuyeron la desbandada persa durante la batalla a un ataque de miedo «pánico» provocado por el dios Pan.

Como Filípides había partido hacia Esparta antes de que los atenienses hubieran decidido cuál iba a ser su estrategia, seguramente regresó a Atenas y descubrió que el ejército se encontraba en Maratón. Allí se unió a ellos e informó de las novedades: tendrían que apañárselas solos durante una semana, antes de que se pudiera esperar la ayuda espartana.

El comandante ateniense era el *polemarchos* (arconte militar) del año, Calimaco de Afidnas, que estaba asistido y aconsejado por los diez generales tribales de la constitución de Clístenes, entre los cuales se encontraba Milcíades y dos jóvenes líderes que se volverían famosos algo más tarde: Temístocles y Arístides «el Justo» (según Plutarco en su *Vida de Arístides* 5, aunque el papel de Temístocles como general sólo se supone aquí).

Los hoplitas atenienses, sin duda acompañados por miles de infantes ligeros y esclavos, habían tomado

posición en las colinas en el extremo meridional de la llanura de Maratón, atravesando dos carreteras que conducían de Maratón a Atenas y cubriendo ambas. Estaban acampados alrededor de un santuario de Heracles, probablemente cerca de la actual capilla de san Demetrio, en una posición fuerte desde la cual podían presentar o evitar la batalla según lo decidiesen. La idea habitual es que marcharon hasta allí como una fuerza unida con cerca de 10.000 hombres, pero eso es poco probable. Sin duda los *hippeis*, los atenienses ricos que se podían permitir sus propios caballos, llegaron primero, siendo unos centenares. Aunque a veces realizaban la función de caballería, con mayor frecuencia eran infantería montada, dejando de lado a los caballos y ocupando sus puestos en la falange cuando estaba a punto de librarse la batalla. Seguramente aseguraron la posición en las laderas meridionales de la llanura como una fuerza de vanguardia, a la que se unirían unos pocas horas después algunos miles de hoplitas que llegaban desde Atenas. Pero sólo la mitad de los atenienses vivían en realidad en Atenas: el resto vivía en pueblos y aldeas que se extendían por el resto del Ática, y los contingentes que procedían de esas zonas es probable que siguieran llegando al campamento ateniense a lo largo del día siguiente. Una fuerza platea también se unió ese día a los atenienses, después de marchar

pandemei (con todas sus fuerzas) para estar al lado de sus amigos atenienses en el momento de necesidad. Debían ser unos 600 hombres bajo el mando de Arimnesto.

Una vez reunida toda la fuerza ateniense, junto con los plateos, debían ser unos diez mil hoplitas, una cifra remarcable para un estado tan pequeño. En esta época Atenas debía tener en total unos 30.000 ciudadanos masculinos adultos, menos de la mitad de los cuales eran lo suficientemente acomodados para equiparse como hoplitas. La movilización de más de nueve mil hoplitas para enfrentarse a los persas representaba, en consecuencia, básicamente un llamamiento general a todos los atenienses en edad militar y categoría de hoplita, cerca de un tercio del total del cuerpo ciudadano. Incluyendo a los millares de infantes ligeros que sin duda acompañaban a los hoplitas, parece bastante probable que más de la mitad de los ciudadanos atenienses saliera al campo de batalla.

Dice mucho del compromiso y el orgullo cívico de los atenienses que tantos estuvieran dispuestos y tuvieran la voluntad de dejar de lado otras preocupaciones en el momento de peligro para su ciudad, y arriesgar sus vidas para protegerla. Esta enorme movilización del potencial humano nacional, a nivel porcentual, prácticamente no tiene ningún paralelismo en la historia de la guerra: sólo la

naturaleza fundamentalmente democrática y participativa de las ciudades-estado griegas, y en especial de Atenas, que igualaba la ciudad-estado en todos los aspectos importantes con el cuerpo ciudadano y por eso los ciudadanos sentían que el estado era *su* estado y *su* negocio, puede explicar el tipo de movilizaciones masivas que las ciudades-estado griegas eran capaces de realizar de forma habitual, y también la frecuencia con la que los historiadores no lo tienen en cuenta, como si semejantes movilizaciones fueran acontecimientos naturales y normales.

El tamaño del ejército persa es, como hemos visto, imposible de establecer de forma precisa. Nos tenemos que contentar con decir que nuestras fuentes están de acuerdo en que los atenienses estaban significativamente superados en número, y que la ventaja persa en caballería y arqueros era especialmente preocupante.

Frente a esta superioridad persa, y esperando los refuerzos espartanos, los atenienses estaban satisfechos con mantener sus posiciones al pie de las estribaciones de la cordillera de Pentele, y jugar a esperar. Talaron árboles y los dispusieron sin desbrozar en las llamadas *abattis*¹. líneas de árboles sin desbrozar con las ramas en dirección hacia el enemigo que forman un obstáculo contra la caballería en ambos flancos, preparando un avance seguro hacia la llanura para la batalla cuando

llegasen los refuerzos espartanos.

Los persas también jugaron a esperar: Datis y Artafernes no veían ninguna razón para arriesgarse a un ataque cuesta arriba contra los fuertemente blindados atenienses. Si los atenienses no querían salir a la llanura a luchar, la guerra se podría ganar por otras vías. Probablemente esperaban un movimiento entre algunos de los antiguos seguidores de Hipias para que les entregasen Atenas; y si esto no ocurría, siempre quedaba la opción de dividir sus fuerzas y lanzar un ataque anfibio sobre la ciudad de Atenas mientras los atenienses se encontraban en Maratón. Es muy posible que estuvieran recibiendo información del campamento ateniense, teniendo en cuenta las diferentes visiones entre los atenienses sobre si y cómo luchar, y sabían cuándo, como muy pronto, se podría esperar la llegada de las tropas espartanas. Porque difícilmente puede ser una coincidencia que, tras días de inactividad, Datis y Artafernes realizaran un movimiento decisivo la noche antes de la luna llena, cuando debía finalizar el plazo de retraso de los espartanos. Pero suponiendo que esta información estaba circulando desde el campamento ateniense al persa, de ninguna manera era un tráfico en una sola dirección.

En mitad de la noche del 10 al 11 de agosto según el calendario moderno, el *polemarchos* ateniense Calimaco fue despertado por un mensajero procedente

de los puestos avanzados atenienses. Algunos griegos jonios de las fuerzas persas habían cruzado la tierra de nadie y contactado con los atenienses de guardia para transmitir noticias vitales. Se enviaron mensajeros para despertar a los diez generales tribales, y sin duda al comandante plateo, para convocarlos a una reunión en la tienda de Calimaco, donde serían interrogados los jonios. Estos informaron que los persas estaban muy ocupados embarcando una parte sustancial de su ejército, y lo que era más importante, la mayor parte de la fuerza de caballería, con el objetivo de navegar alrededor del cabo Sunión y en dirección a la bahía de Falero para atacar a la indefensa ciudad de Atenas mientras el ejército ateniense se encontraba ausente en Maratón. Uno puede imaginar el alboroto que provocaron estas noticias entre los comandantes atenienses, y la consecuencia fue un debate acalorado sobre qué hacer, un debate que se centraba en dos posibles cursos de acción.

De inmediato quedó claro que los atenienses no se podían quedar sencillamente ocupando la posición que mantenían en esos momentos y esperar la llegada de los espartanos. Desembarcando en la amplia bahía de Falero, la caballería persa sería capaz de atravesar la llanura ateniense y avanzar por la carretera de Maratón, cogiendo allí al ejército ateniense por la espalda al mismo tiempo que la fuerza principal persa avanzaba

para atacar colina arriba desde la llanura de Maratón.

Mientras tanto, la infantería persa que hubiera desembarcado también en Falero podría atacar la ciudad de Atenas, defendida sólo por los más viejos, los más jóvenes y los pobres desarmados. Incluso si la ciudad no era traicionada como ocurrió en Eretria, era totalmente posible que la experimentada infantería persa fuera capaz de irrumpir y capturar la ciudad. En consecuencia, permanecer donde estaban era para los atenienses casi la certidumbre del desastre.

En vistas del gran peligro para la ciudad, con las mujeres y los niños y la mayor parte de las propiedades muebles que tenían allí los atenienses, algunos de los generales argumentaron que la única alternativa posible era abandonar Maratón y regresar a la ciudad, refugiarse tras sus murallas fortificadas y defenderlas contra el ataque persa. Esta era, por supuesto, la política que muchos atenienses habían defendido desde el principio, y es muy comprensible que reviviera en las presentes circunstancias. Pero las mismas objeciones que habían evitado la adopción de esta política desde el principio seguían en pie, sólo que a un nivel incluso mayor. Como líder del grupo que defendía la resistencia en Maratón, Milcíades fue seguramente el portavoz principal al plantear estas objeciones.

Para el ejército ateniense retirarse de su posición en Maratón sería desmoralizador. Muchos de los 9.000 y

pico hoplitas atenienses no vivían en la ciudad de Atenas y se verían tentados de desertar de la marcha desde Maratón a Atenas para dirigirse a sus pueblos y aldeas de origen en el Ática, para proteger a sus familias y hogares. Los plateos se verían aún más tentados de dejar a sus aliados atenienses y regresar a casa. Los que seguían en la ciudad y defendían las murallas serían conscientes del fracaso de la estrategia inicial, y la tentación de que alguien colocase los intereses propios y de su familia por encima de los de la comunidad y cerrase un trato con los persas para abrirles las puertas de la ciudad —como, hay que enfatizarlo de nuevo, había ocurrido en Eretria sólo unos pocos días antes— sería muy fuerte. Y además, hay que señalar que el antiguo tirano Hipias, que estaba con el ejército persa, seguía teniendo parientes y antiguos seguidores viviendo en Atenas, y no todos ellos se podían considerar totalmente de confianza por su lealtad a la nueva Atenas post-Clístenes.

Milcíades argumentó que, al mismo tiempo que el movimiento persa representaba una gran amenaza, también ofrecía una oportunidad que los atenienses debían aprovechar como su única esperanza para sobrevivir y seguir libres: una oportunidad de luchar contra los persas en una batalla en la llanura de Maratón bajo condiciones más igualadas de lo que se podría haber esperado. El factor principal que había

hecho temer a los atenienses el avance en la llanura abierta de Maratón había sido la gran superioridad numérica persa, especialmente en caballería. Era el riesgo de que la caballería persa flanquease a la falange ateniense y la atacase por detrás al mismo tiempo que la más numerosa infantería persa avanzaba contra ella desde el frente, lo que había mantenido a los atenienses en lo alto de la ladera, ocupando las carreteras hacia Atenas y esperando a que el ejército espartano los reforzase. Ese riesgo se había reducido ahora en buena medida: la mayor parte de la caballería persa estaba en los barcos y no sería posible desembarcarla de nuevo a tiempo para luchar, si los atenienses avanzaban por la llanura a primera hora de la mañana. Incluso cuando los barcos persas hubieran zarpado los atenienses tenían una ventana de oportunidad: los barcos tardarían unas doce horas en realizar el viaje desde Maratón, alrededor del cabo Sunión, hasta la bahía de Falero; pero la marcha por tierra sólo era de seis o siete horas, dejando un margen de cuatro o cinco horas para combatir contra las disminuidas fuerzas persas en Maratón. Milcíades argumentó que la perspectiva de una batalla victoriosa nunca había sido tan brillante como en ese momento, y que los atenienses se deberían armar al amanecer y bajar por la ladera para formar su falange en el llano, forzando a los persas a salir y combatir con ellos sin su caballería, y con su

superioridad en la infantería también reducida por la cantidad de hombres embarcados para el ataque contra Atenas.

El debate fue aparentemente largo y feroz, con los diez generales prácticamente divididos por la mitad entre retirada y avance. Al final, la decisión estuvo en manos del *arconte* militar Calimaco y —afortunadamente para el pueblo ateniense y su (y nuestra) historia posterior— estuvo de acuerdo con Milcíades que lo mejor sería combatir. Así se tomó la decisión de avanzar por la llanura y presentar batalla, y aparentemente Calimaco entregó al veterano Milcíades, cuya estrategia era esta decisión de luchar, la tarea de decidir y organizar la estrategia de batalla y las tácticas que se debían adoptar. En cualquier caso, todas las fuentes están de acuerdo en atribuir el mérito a Milcíades.

LA BATALLA

Podemos imaginar que la noticia de la reunión de los generales y del feroz debate que mantuvieron se extendió por el campamento ateniense durante la noche, de manera que no debió ser una sorpresa cuando los heraldos empezaron a distribuirse por el campamento en la oscuridad previa al amanecer llamando a los hombres para que se despertasen, preparasen y tomasen un desayuno temprano, y dispusiesen sus armas. Los fuegos que se habían reducido a brasas durante la noche

fueron avivados, los sirvientes se debieron apresurar a preparar el cocido militar habitual con cebada y verduras, junto con vino aguado para el desayuno de sus amos, y los guerreros hoplitas se debieron dedicar a inspeccionar la armadura y las armas, asegurándose de que estuvieran dispuestas para la acción. Los oficiales de las secciones de la falange ateniense fueron llamados para reunirse con los generales y ser instruidos con el plan de batalla que seguirían en cuanto saliera el sol.

Porque ante el hecho de la aún considerable superioridad numérica persa, Milcíades había desarrollado un plan de batalla muy innovador y complejo. La táctica de batalla habitual de la falange hoplita griega era simple y uniforme: los hombres formaban en un rectángulo constituido por ocho o más filas de hombres, cada fila formaba un muro de escudos sin fisuras, y avanzaba a un paso regular para que no se rompieran las limpias filas, hasta chocar con el enemigo. Pero este sistema simple y habitual iba a sufrir cambios en varios elementos cruciales, para enfrentarse a la amenaza específica que presentaban los persas, en un ejemplo de ingenio táctico que no había conocido ningún antecedente hasta ese momento en la forma griega de hacer la guerra, y que no sería igualado durante otros 120 años, hasta la famosa batalla de Leuctra en 371 en la que finalmente los tebanos

derrotaron a los espartanos en batalla.

Milcíades estaba preocupado por dos peligros específicos que presentaba el ejército persa: como superaban significativamente en número a atenienses y plateos, lo más probable era que formaran en una línea de batalla mucho más larga, flanqueando a los griegos por uno o ambos lados y con ello creando el riesgo de que la falange ateniense pudiera ser envuelta por uno o ambos flancos, y así quedar derrotada; y el gran número y la gran habilidad de los arqueros persas expondría a la falange que avanzaba a un paso corto y regular a una larga y posiblemente agotadora lluvia de flechas que podría desmoralizar a los hoplitas atenienses, o potencialmente incluso rechazarlos antes de que pudieran llegar propiamente a tomar contacto con los persas. Milcíades había elaborado medidas para contrarrestar ambas amenazas. Con el objetivo de evitar el peligro de flanqueo, sería necesario extender la largura de la falange. Alrededor de diez mil hombres formados en la falange habitual de ocho filas crearía un frente de 1.200 hombres. Suponiendo que cada hombre ocupase como media un metro de espacio, o quizás un poco más, la línea de vanguardia se extendería alrededor de unos 1.300 metros, poco más o menos. Esa línea frontal se podía extender significativamente si se adoptaba una falange de seis filas, o incluso menos; pero cuanto más delgada era la falange, menor sería el

peso que tendría su carga contra la formación enemiga y mayor sería la posibilidad de que fuera rechazada y se rompiera.

Milcíades decidió correr el riesgo de adelgazar su falange, pero sólo en una parte de la formación. Dividió el ejército en tres partes: un ala derecha, un ala izquierda y un centro. Las dos alas presentarían la formación habitual de ocho filas; sólo el centro adelgazaría para extender la línea, formando con cuatro filas de profundidad. La esperanza era que las dos fuertes alas serían capaces de derrotar a las alas del ejército persa que se les opusiesen, consiguiesen que esas alas persas salieran huyendo y entonces girar hacia dentro para rodear el centro persa. En consecuencia, el delgado centro ateniense estaría bajo una enorme presión del centro persa, y resultaba decisivo que tuviera éxito en mantener la formación sin que se rompiera y que no cediese demasiado terreno, hasta que las alas atenienses pudiesen flanquear el centro persa y aliviar la presión sobre el centro ateniense. Esta estrategia de batalla era muy arriesgada: si el centro ateniense se rompía y era superado por los persas antes de que los flancos persas fueran desbaratados, serían las alas atenienses las que se verían flanqueadas de dentro a afuera y rodeadas, no el centro persa. Obviamente, resultaba crucial que los oficiales y los hoplitas del ejército ateniense comprendiesen este plan

de batalla y los papeles de las dos alas y el centro.

Además, para contrarrestar el peligro de los arqueros persas, Milcíades había decidido que, en cuanto la falange llegase dentro del alcance de las flechas persas, debían abandonar su paso regular y avanzar a toda carrera para encontrarse con los persas, reduciendo todo lo que pudiesen el tiempo que estarían expuestos a los arqueros persas. Herodoto nos cuenta que los atenienses en Maratón fueron los primeros hoplitas griegos que cargaron contra el enemigo a la carrera. La razón resulta obvia: era prácticamente imposible que miles de hombres corriendo hacia delante mantuvieran correctamente la formación. Incluso en una explanada de desfiles, las diferencias en condición física y habilidad como corredores haría que la fila se distorsionase; y la llanura de Maratón 110 era una explanada de desfiles. Pero Milcíades calculó que la inevitable distorsión de la filas de la falange era preferible al riesgo de una exposición larga a los arqueros persas.

A posteriori, este plan de batalla desarrollado por Milcíades parece bastante simple y evidente, de manera que no es necesario enfatizar lo inusual y remarcable que fue en su tiempo. No se esperaba que los generales griegos pensasen mucho o creasen planes de batalla. La guerra griega no se había desarrollado para fomentar la inventiva o creatividad de los generales; se basaba en

un sistema simple y uniformemente aceptado que dependía de la disciplina y la firmeza de los guerreros hoplitas. Cada hombre comprendía la formación estándar y la importancia de mantener su puesto particular en la formación, de manera que la falange pudiera permanecer intacta y, en consecuencia, invicta.

Esta uniformización y estandarización de la guerra, enfatizando la disciplina colectiva de la masa de guerreros más que las habilidades de los líderes, subyacía a la naturaleza colectiva y democrática de la vida política de los griegos, y en especial de los atenienses. Por esto probablemente los habitualmente tan creativos griegos no pensaron seriamente en innovaciones militares durante muchos siglos (entre principios del siglo VI y principios del siglo IV a.C.) cuando su civilización de ciudades-estado se encontraba en su cénit, y por eso es mucho más destacable que la gran excepción a esa regla tuviese lugar en la Atenas democrática, permitiendo que el gran aristócrata Milcíades impusiera sus ideas particulares a la falange democrática. Milcíades merece más crédito como general y líder brillante del que normalmente se le da: sus tácticas estaban cien años por delante de su tiempo. Sin embargo, al final la confianza de Milcíades estaba depositada en la armadura superior y la disciplina colectiva y la moral del hoplita griego para superar la experiencia, el entrenamiento y el número de

los persas.

El ejército ateniense debió levantar el campo y bajar de las montañas hacia la llanura abierta en cuanto la luz del alba hizo posible el movimiento. No podían permitirse ningún retraso, porque tenían que realizar su movimiento en cuanto los barcos persas hubieran zarpado para su viaje alrededor del Ática: la ventana de oportunidad para la batalla era muy estrecha y como mucho era de cinco horas. A medida que cada uno de los regimientos tribales atenienses bajaba a la llanura, se desplegaba desde la columna de marcha para convertirse en la línea de batalla. Es muy posible que los regimientos del ala derecha marchase primero, dirigidos por el *arconte* militar Calimaco a la cabeza de su tribu *Aiantis*, que ocupó la posición de honor en el extremo derecho.

Sabemos que el centro atenienses estaba formado por sólo dos regimientos tribales: el *Leontis* dirigido por el gran Temístocles, que iba a ganar fama como el arquitecto del poder naval ateniense en la década posterior a Maratón, y la tribu *Antiochis* mandada por Arístides el Justo. Esto significaba que cada ala tenía cuatro regimiento tribales, con el ala izquierda reforzada con los 600 plateos en el extremo izquierdo. Suponiendo que cada regimiento tribal tenía más o menos el mismo número de efectivos, los dos regimientos del centro debían tener unos 1.800

hombres, formados en cuatro filas de fondo, que debía ocupar un frente de poco más o menos 500 metros. Las dos alas, el doble de numerosas pero formadas con el doble de profundidad, ocuparían aproximadamente el mismo espacio, de manera que, incluyendo unos 100 metros para los 600 plateos, la línea frontal completa del ejército ateniense debía tener alrededor de 1.600 metros de largo. A los atenienses les debió llevar una o dos horas desplegarse en esta línea e iniciar el avance; y a los persas les debió ocupar más o menos lo mismo sacar al ejército del campamento y formar de cara a los atenienses.

La distancia inicial entre los dos ejércitos, según cuenta Herodoto, era de unos ocho estadios, lo que también son alrededor de 1.600 metros. En consecuencia, se puede deducir que las fuerzas persas que permanecían en Maratón habían avanzado por la parte meridional de la llanura al amanecer, sin duda para cubrir la partida de los barcos y contrarrestar el movimiento ateniense. El centro persa, que se consideraba el lugar de honor en su ejército, estaba formado por la infantería de élite de la expedición: infantería persa y de sus parientes los iranos saca, con las unidades reclutadas entre los pueblos sometidos formando las dos alas. Aparentemente, la práctica totalidad de la caballería persa se encontraba a bordo de los barcos, puesto que la caballería no aparece en

ninguno de los relatos del combate; aunque el friso del templo Niké en la Acrópolis podría indicar que un resto de la caballería persa seguía en tierra y luchó en la batalla.

Herodoto da la impresión de que los atenienses cubrieron los ocho estadios de distancia entre los dos ejércitos a la carrera, pero esto no puede ser correcto. Aunque los estudiosos han discutido si sería posible para hoplitas completamente armados correr más de mil quinientos metros para presentar batalla, la posibilidad de hacerlo no es relevante: no tendría sentido hacerlo. ¿Por qué se tendrían que agotar los atenienses corriendo cientos de metros con la armadura completa (¡y en pleno agosto!) y corriendo el riesgo de una rotura total de la formación en falange, cuando los arcos persas sólo eran efectivos a una distancia de unos 150 metros? Por eso, incluso los historiadores que argumentan que los atenienses corrieron los últimos 200 metros exageran: sólo poco más o menos los últimos 150 metros habrían expuesto a los hoplitas atenienses y plateos a una lluvia de flechas seriamente peligrosa, y sólo habrían llegado a correr la distancia realmente necesaria.

Suponiendo, como he argumentado, que el ejército ateniense empezó a abandonar el campamento y a desplegarse en la llanura al alba o poco después del mismo —que habría tenido lugar alrededor de las 6:30

de la mañana el 11 de agosto— lo más lógico es que la batalla hubiera empezado entre las 8 y las 9 de la mañana. El *polemarchos* ateniense Calimaco habría ordenado a sus *salpinktes* (trompeteros) que tocasen la señal de avance y este toque habría sido repetido sucesivamente por todos los trompeteros a lo largo de la línea hasta que alcanzase el ala izquierda. En consecuencia, empezando por la derecha, toda la fila de más de mil quinientos metros empezó a avanzar a un paso regular, fila a fila, los hombres haciendo todo lo posible para mantener la cohesión de las filas mientras caminaban por los desniveles del terreno y rodeaban obstáculos menores.

Al avanzar, todo el ejército habría empezado a cantar el sencillo himno llamado *paian* en honor a Apolo como protector y propiciador de la victoria. Cada estado griego tenía su versión particular del *paian*. El efecto era embravecer a los hombres mientras avanzaban hacia el terrible acto de la batalla, dándoles un sentido de cohesión y de objetivo común, para suavizar los temores y calmar los nervios. Uno puede imaginar el sonido de 10.000 hombres avanzando al paso y cantando el *paian* al pensar en una multitud de seguidores británicos de fútbol o de rugby cantando juntos para espolear a su equipo —los seguidores del Liverpool F.C. cantando «You'll never walk alone», por ejemplo, o los seguidores de rugby galeses en Cardiff

cantando «Land of my Fathers»— o en un contexto norteamericano, las canciones de combate entonadas por miles de estudiantes en los partidos de fútbol americano universitario.

Al acercarse al enemigo, cesaba el canto del *paian* y los hombres empezaban a lanzar sus gritos de guerra — habitualmente un grito sin palabras de «*Eleleu! Eleleu!*», por ejemplo— que tenía el objetivo de animar el valor de los propios e infundir miedo en los enemigos. Mientras gritaban de esta forma y les empezaban a caer encima las primeras flechas persas, Calimaco ordenó a su trompetero que tocase la señal de correr, y a medida que los trompeteros repetían la señal a lo largo de la línea, los atenienses y los plateos aumentaron su ritmo de un paso regular a una carrera rápida, con los escudos alzados y estirados hacia el frente para evitar que golpearan contra las piernas y (según esperaban) protegiesen contra las flechas, las lanzas alzadas y dispuestas para golpear las filas delanteras de los persas en cuanto estuviesen al alcance.

Desde la perspectiva persa la visión debía ser terrorífica: una amplia masa de hombres recubiertos de bronce, aparentemente más altos y más terribles por las altas crestas que ondeaban por encima de sus yelmos, las cabezas completamente cubiertas por esos brillantes cascos de bronce, los cuerpos ocultos tras grandes

escudos recubiertos de bronce, cargando hacia ellos a la carrera y gritando todo lo que daban sus pulmones. Llegando a semejante velocidad a la línea frontal persa, los griegos se debieron precipitar literalmente con un impacto terrible contra los persas que vestían armaduras ligeras y escudos de mimbre, y el daño inicial a los persas, en hombres derribados y/o heridos o muertos por los lanzazos, debió ser grande, especialmente en las alas. De hecho, parece probable que el centro ateniense, con sólo la mitad de la profundidad de las alas, se hubiera mantenido algo más retrasado: en definitiva, la estrategia ateniense consistía en que las alas derrotaran primero a los persas en sus zonas de la batalla, mientras que el centro ateniense intentaba conservar el terreno frente a posibilidades muy desfavorable. Por eso es posible que en el centro el combate empezase un poco después que en las alas; y allí fue donde los persas presionaron a los atenienses.

Es seguro que los persas lucharon bien, a pesar de la sorpresa inicial de la carga ateniense. Tenemos que recordar que los persas eran un orgulloso pueblo guerrero, que habían conquistado un gran imperio y gozaban con toda justicia de una gran reputación por su valor e invencibilidad. Conservaron el terreno a pesar de las grandes pérdidas iniciales y respondieron con dureza. En el centro, mientras tanto, la batalla parecía que se decantaba a su favor al imponerse la

superioridad numérica y empezar a hacer retroceder la delgada línea de los atenienses. Los dos regimientos tribales en el centro ateniense pasaron un rato muy malo, de hecho, cediendo terreno y según nuestras fuentes llegando a un punto cercano a la rotura. Surgieron muchas leyendas sobre esta lucha desesperada en el centro: según una de ellas, un guerrero enorme, armado a la antigua, apareció de la nada donde la presión sobre los atenienses era más fuerte, blandiendo un garrote más que una lanza, y animando a los atenienses a resistir y mantener la línea. Se supone que este personaje fue el gran héroe ateniense Teseo, que se había levantado de su tumba para defender a su pueblo en la hora de mayor necesidad. Esta leyenda nos demuestra lo desesperada que fue la lucha para las delgadas líneas en el centro ateniense.

Pero explicar la historia de la batalla de esta forma, la narración del historiador académico, tranquila, racional, sin sangre y casi aséptica, no puede transmitir el sentido verdadero y completo de cómo era realmente una batalla. Deberíamos imaginar qué le debió parecer a un hoplita ateniense mientras participaba en ella. Lo despertaron justo antes del amanecer con la noticia de que debía prepararse para la batalla —si en realidad no se había despertado mucho antes con el rumor que recorría el campamento de que habían llegado

novedades importantes y los generales estaban discutiendo el curso de acción—, tuvo que tomar un desayuno muy temprano y después comprobar y ponerse su armadura. A muchos hombres les debió resultar difícil tragar la comida, con el estómago atenazado por los nervios ante la perspectiva de arriesgar sus vidas, pero los hombres mayores y los oficiales debieron animar a todo el mundo para que comiera y bebiera adecuadamente. Ajustando la coraza; poniéndose las grebas; deslizando el cinturón de la espada corta atravesando el torso, la espada colgada pulcramente sobre la cadera izquierda; colocando el yelmo sobre la coronilla, preparado para boyarse sobre el rostro en cuanto se iniciase la marcha hacia el enemigo; alzando el gran escudo para deslizar el brazo izquierdo a través del agarre central, agarrar el asa para la mano y colocar el borde del escudo sobre el hombro izquierdo; y finalmente, recogiendo la lanza de dos metros y medio, y colocando la mano justo en el sitio preciso para mantenerla equilibrada; sus nervios debían estar tensos durante todo este tiempo, mientras la imaginación jugaba con la idea de enfrentarse al temido Medo. A su alrededor estaba el ruido y el bullicio de casi 10.000 compatriotas atenienses que se preparaban de la misma manera. Después tenía que encontrar su puesto en la línea y en la fila de su regimiento tribal, y cuando la oscuridad y el frío que precede al amanecer dio paso a

la luz y el calor de la mañana de principios de agosto, emprendió la marcha hacia la llanura.

La masa de hombres a su alrededor, marchando al mismo ritmo, vistiendo el mismo equipo, dispuestos a luchar por la misma causa, debieron ser un alivio, y no hay duda de que el simple acto de marchar al unísono, de *moverse*, debió calmar un poco sus nervios. Después sonaron los toques de trompeta y se gritaron las órdenes cuando los regimientos pasaron de las columnas de marcha a las líneas de batalla, y con ello el hoplita de la primera lila tuvo la primera visión clara, a través de los agujeros para los ojos del yelmo que ahora ya llevaba correctamente colocado sobre el rostro, de las tupidas filas persas. Miles y miles de hombres de aspecto extraño, vistiendo pantalones en lugar de túnicas, y otras ropas exóticas, debieron provocar de nuevo su nerviosismo.

Una muchedumbre, en especial una muchedumbre hostil, suele parecer más grande, más numerosa de lo que es en realidad; y en este caso los persas superaban indudablemente en número a los griegos, quizá dos a uno. La influencia persistente del *paian*, la sensación embriagadora de miles de compañeros a su alrededor, moviéndose al unísono, unidos en el mismo propósito, y el llamamiento a un dios que estará a tu lado si te muestras digno de ello: todo esto debió jugar su papel en mantener a nuestro hoplita lo suficientemente

tranquilo y concentrado para marchar hacia delante a un ritmo constante para encontrarse con el peligro que tenía delante. Después llegó la lluvia de flechas que caían del cielo sobre sus filas, los gruñidos o gritos ocasionales de un hombre alcanzado por ellas, la señal de trompeta para empezar a correr, y la propia carrera agotadora con casi 30 kilos de peso colgados del cuerpo o sostenidos con las manos para hacerla aún más difícil. Esa carrera hacia delante, posiblemente un trote pesado y a veces a trompicones sobre un terreno nada nivelado, debió impulsar el bombeo de adrenalina, y es posible que nuestro hoplita se diera cuenta con sorpresa que estaba gritando a pleno pulmón mientras cargaba.

El choque con las filas persas inició la batalla propiamente dicha, y la única preocupación en medio del jadeo, el estruendo, la conmoción, era atravesar a cualquier persa que tuviera a la vista, mientras mantenía levantado y al frente el escudo para rechazar los golpes enemigos. Para un occidental contemporáneo resulta difícil imaginar cómo debía ser una batalla de aquella época, con armas cortantes y de lanzamiento, de combate cuerpo a cuerpo en formaciones masivas. Implicaba a todos los sentidos —vista, oído, olfato, tacto— y dichos sentidos se veían agudizados por el miedo, la excitación y la adrenalina. Para el hombre moderno esta experiencia no se obtiene a través de la

batalla contemporánea, con sus unidades pequeñas, formaciones dispersas y armas de fuego que provocan la muerte o la herida sin que se las vea desde prácticamente todas las direcciones y con frecuencia desde una gran distancia. Más bien se trata de la experiencia de encontrarse en medio de una gran muchedumbre que puede desencadenar un alboroto: quizás una manifestación que se enfrenta a una formación policial y que avanza o retrocede en función de las cargas policiales con porras, cañones de agua o a caballo.

Para el hoplita griego la sensación de perder el control de los movimientos y las decisiones personales se veía incrementado por el yelmo que amortiguaba los sonidos y restringía la visión a lo que se encontraba directamente delante, y por el escudo pesado y poco manejable, que dificultaba los movimientos en la misma medida que ofrecía protección. Avanzando hacia delante, o —lo que era mucho más temible— que te empujarán hacia atrás, se escuchaban los gritos de hombres luchando, los gruñidos y chillidos de hombres heridos y moribundos, el resonar de las armas contra la armadura y al penetrar en la carne. Se presentía la aparición indiferenciada de figuras vislumbradas, a las que había que golpear si vestían togas, pantalones y gorros de fieltro con orejeras, o a las que había que apoyar si iban cubiertas de una armadura de bronce y

faldas cortas. Los músculos dolían de correr, por el peso del equipo, por las sacudidas de la lanza contra los cuerpos enemigos, o por recibir los golpes enemigos sobre el escudo. Y el ruido se veía sobrepasado por toda una serie de olores penetrantes: el sudor de hombres en combate, el olor ferroso y dulzón de la sangre, y sobre todo, sin lugar a dudas, el aroma ácido de la orina y el hedor húmedo de las heces cuando el miedo, las heridas y la muerte provocaban que los hombres soltasen la vejiga y los intestinos.

Con todo esto lo que quiero decir es que la batalla era una experiencia confusa y terrible para el soldado individual que participaba en ella. Esto era así incluso cuando —como es el caso de los atenienses en Maratón— los planes elaborados antes de la batalla funcionan casi a la perfección y la batalla iba bien. Para los soldados en el bando persa esta batalla debió ser aún más terrible. Cubiertos de los pies a la cabeza con ropas, pero portando poca o ninguna armadura y cargando con un escudo ligero de mimbre que, aunque ofrecía una buena protección frente a las flechas y las jabalinas de su forma nativa de hacer la guerra, presentaba poca resistencia frente a los golpes firmes de las lanzas pesadas griegas, se encontraron en esta batalla con una gran desventaja frente a los hoplitas griegos cubiertos de armaduras pesadas. Sus propias armas tenían poco efecto contra los escudos pesados y

la armadura de bronce de los griegos, mientras que las lanzas pesadas griegas causaban grandes daños.

Milcíades demostró tener razón en su estimación del valor de combate relativo de los hoplitas griegos fuertemente armados y la infantería ligera irania, sin importar lo bien entrenada y disciplinada que fuera, y la batalla discurrió exactamente según sus planes. Las dos alas atenienses, la izquierda reforzada por los aliados plateos, fueron desplazando sin descanso las fuerzas que se les oponían, y al cabo de poco tiempo los flancos persas se rompieron, los soldados intentando huir por la senda estrecha entre la marisma y el mar, encaminándose hacia donde se encontraban los barcos persas cercanos a la orilla, ofreciendo cobertura. Este fue el momento crucial de la batalla: el instinto natural de masas de soldados que rechazan y hacen huir al enemigo era perseguir y matar. ¿Serían capaces de refrenar dicho impulso y recordar sus instrucciones de rodear por detrás el centro persa, girándose hacia dentro para flanquearlo y atacarlo desde la retaguardia?

Si fracasaban, las consecuencias podían ser desastrosas. El centro ateniense iba perdiendo constantemente terreno, y aunque los hoplitas en él, conociendo su papel, habían resistido y no habían roto filas ni huido, no podían oponerse indefinidamente a la enorme presión a la que estaban sometidos. Si conseguían desbaratar el centro ateniense, el riesgo era

que los atenienses aún podían perder la batalla o, en el mejor de los casos, habría conducido a un punto muerto que habría ofrecido a los persas la oportunidad de triunfar a través de la fuerza que navegaba alrededor del Ática para capturar Atenas.

Sin embargo, si las alas atenienses conseguían girar hacia dentro y flanquear el centro persa, el resultado de la batalla quedaría sellado. Cuando los soldados en la retaguardia del centro persa se vieron atacados, o se dieron cuenta de que estaban a punto de ser rodeados, huyeron hacia los barcos, como los soldados de los flancos. A medida que cada vez más soldados del centro persa huían, la presión sobre el centro ateniense se vio aliviada y, sintiendo la victoria, fue capaz de retomar la iniciativa y rechazar a los persas que se les enfrentaban, empujándolos hacia las fuerzas de los flancos atenienses que los estaban rodeando. Aún quedaba por librar un combate muy duro, porque los persas y sacas del centro no vendieron baratas sus vidas, pero el resultado inevitable era una victoria aplastante de los atenienses.

Tras el colapso del centro persa, los atenienses persiguieron las fuerzas persas en desbandada hacia el campamento persa y sus barcos. Se nos cuenta que más que en el combate, los persas sufrieron muchas bajas durante esta huida, cuando la senda estrecha se vio colapsada y numerosos persas fueron empujados hacia

la marisma por un lado o el mar por el otro, mientras que los atenienses que los perseguían no dejaban de matar a los persas que quedaban rezagados. A pesar de todo esto, la mayor parte del ejército persa consiguió llegar a los barcos y empezó a embarcar. Aquí tuvo lugar la última fase de la batalla, cuando los atenienses intentaron evitar que los persas subieran a los barcos, e incluso intentaron capturar algunos de ellos.

El hermano del famoso dramaturgo ateniense Esquilo, Cinegiro, murió en esta lucha, combatiendo duramente por capturar un barco persa. Aquí murió también el *arconte* de guerra Calimaco y Estesilao, uno de los diez generales tribales. Al final, los atenienses consiguieron capturar unos siete barcos persas, pero la gran mayoría, después de recoger a todos los sobrevivientes de la batalla que pudieron, rechazaron con éxito el ataque ateniense y se adentraron en el mar. La batalla había acabado y los atenienses —posiblemente para su propia sorpresa— descubrieron que habían obtenido una clara victoria. Recontando los heridos y los muertos, gracias a su excelente armadura defensiva y a sus escudos, descubrieron que sus pérdidas en hombres muertos eran leves: sólo 192 atenienses y once plateos murieron, la mayoría de ellos en la lucha final alrededor de los barcos. En contraste, los atenienses contaron 6.400 enemigos muertos: los recontaron con precisión porque habían realizado una

promesa a la diosa Artemisa, si les ayudada a conseguir la victoria, de sacrificarle un cabrito por cada enemigo muerto. De hecho el número de enemigos muertos fue tan grande que los atenienses no pudieron cumplir la promesa de una sola vez: se vieron obligados a cumplir su promesa a plazos, sacrificando a Artemisa 500 cabritos al año.

Podemos calcular que, si se inició entre las 8 y las 9 de la mañana, la batalla pudo acabar y los barcos persas se adentraron en el mar no mucho después de las 11 de la mañana. Seguía quedando mucho día por delante, aunque ya lleno de incidencias, y quedaba mucho trabajo por hacer reuniendo a los muertos y cuidando a los heridos. Ambas tareas se consideraban cruciales. La importancia de cuidar a los heridos resulta obvia; pero los antiguos griegos daban una importancia casi igual a la preocupación por los muertos. En las creencias religiosas griegas sobre los muertos, un entierro apropiado era de crucial importancia para el destino de la sombra (o como diríamos en la actualidad, el espíritu) del fallecido. Sólo si se celebraba un funeral apropiado el barquero Caronte podía atravesar el río Estigia con la sombra del muerto y alcanzar el descanso eterno en el Hades, el inframundo. Las sombras de los hombres que no se enterraban correctamente estaban condenadas a una eternidad de vagabundeo incesante por la orilla

equivocada del Estigia, sin encontrar nunca la paz. En Maratón, como tributo único a la muerte heroica en la gran batalla, los cadáveres fueron reunidos para ser enterrados en una fosa común cubierta con un gran montículo funerario, llamado el Soros, que aún se puede ver en la actualidad.

LA carrera hacia Atenas

Pero, aunque habían ganado la batalla, la victoria ateniense en la campaña de Maratón aún no estaba asegurada. Mientras los líderes atenienses contemplaban a los barcos persas enfilarse hacia el sur desde Maratón, se sintieron ansiosos sobre la fuerza persa que había partido hacia Atenas esa misma mañana. Si esta fuerza tenía éxito en la captura de Atenas mientras se encontraba indefensa, la derrota aún se podía convertir en una victoria. En consecuencia, la cuestión que debían resolver los líderes atenienses era si podían proporcionar a Atenas una fuerza defensiva adecuada antes de que llegasen los barcos persas. Según Herodoto, su temor a que los persas capturasen la ciudad de Atenas se vio reforzado por un informe de que alguien había «levantado un escudo» para señalar a los persas que la ciudad era vulnerable.

Esta información resulta sorprendente: había miles de escudos que se alzaron y bajaron por toda la llanura de Maratón durante ese día, ¿qué quería decir Herodoto con «levantado» 1111 escudo? Algunos historiadores

especulan que se encontraba en lo más alto de las laderas del monte Pentele, que dominaba la llanura, de manera que el escudo se utilizó para comunicarse con los persas mediante destellos del sol en su brillante superficie. Sin embargo, todo esto sólo es especulación porque Herodoto no dice nada de esto. Todo el episodio del escudo parece muy dudoso desde el principio, en especial porque esta supuesta señal le llegó a Herodoto en el contexto de una denuncia de traición por parte de la poderosa y controvertida familia Alcmeónida. Toda la historia del escudo podría ser, en efecto, una invención por parte de los enemigos de los Alcmeónidas.

En cualquier caso, los generales atenienses sabían que algunas fuerzas tenían que llegar a la ciudad de Atenas en cuanto fuera humanamente posible, para protegerla del ataque persa. Los barcos persas tenían por delante una larga travesía, alrededor del Ática, hasta llegar a la bahía de Falero: remando lo más directamente posible, la distancia a cubrir era de algo más de ciento diez kilómetros. Lo más seguro es que los trirremes remasen a la mayor velocidad posible, dejando atrás a los barcos de transporte más lentos para que avanzasen a vela a la velocidad que pudiesen. Sabemos que los antiguos trirremes eran capaces de alcanzar una velocidad de seis a ocho nudos, lo que es lo mismo que decir entre once y quince kilómetros a la

hora, en velocidad punta y durante un corto espacio de tiempo; y podemos asumir que los persas presionaron a sus remeros para que realizaran un esfuerzo extremo. En cualquier caso, el más rápido de los trirremes persas no pudo superar una media de unos nueve kilómetros a la hora para dicha distancia, ni haber alcanzado la bahía de Falero en menos de doce horas, lo que es lo mismo que decir que los barcos persas podrían haber empezado a aparecer en la bahía de Falero frente a Atenas en las horas previas a oscurecer (lo que habría ocurrido hacia las 8:30), alrededor de las 6 y las 7 de la tarde asumiendo un esfuerzo extenuante. Los soldados atenienses que viajaban de Maratón hacia el Ática por tierra tenían una ruta mucho más corta: unos treinta y cinco kilómetros por la ruta más corta atravesando la vertiente septentrional del Pentele, o entre cuarenta y cuarenta y dos kilómetros tomando el camino costero hacia el sur y cortando después sobre las laderas meridionales del Pentele, y a través del paso entre Pentele e Himeto, bajando hacia la llanura ateniense desde Palene. Esta última era la ruta más llana y menos exigente, y el camino que había tomado el ejército de Pisístrato y de sus hijos cuando conquistaron Atenas en 547. La ruta septentrional, aunque era bastante más corta, implicaba una subida muy pronunciada de unos cinco o seis kilómetros al principio siguiendo una senda estrecha a través de un

terreno escarpado y boscoso; pero tenía la ventaja de que después ofrecía un camino prácticamente directo y cuesta abajo de unos veintinueve kilómetros hasta llegar a la ciudad.

Los historiadores han debatido cuál de estas rutas es más probable que tomaran los atenienses en este momento de crisis. Pero cualquier elección entre estas dos rutas me parece un error. La situación requería sobre todo velocidad, como enfatiza Herodoto en su relato, y extender a miles de hombres a lo largo de una ruta estrecha no ayuda en nada a conseguir una gran velocidad. Existe un viejo axioma de guerra: marcha dividido, lucha unido. Creo que es muy probable que los atenienses regresasen a Atenas por las dos rutas de manera que consiguiesen la mayor velocidad posible.

Para esta marcha los generales podían dividir el ejército siguiendo dos principios básicos: por tribus o por edades. En el primer caso, cuatro de las ocho tribus en marcha (se decidió que dos se quedasen en Maratón, como veremos), se podían haber asignado a cada una de las rutas. No obstante, en este caso una división por edades me parece lo más adecuado: en vistas de la subida empinada y exigente que se encontraba ante los hombres que tomaran la ruta norte a lo largo de los primeros cinco o seis kilómetros del viaje, lo más lógico sería enviar a los hombres más jóvenes por esta ruta, reservando la ruta meridional, más llana y menos

exigente desde el punto de vista físico, para los soldados mayores. Como suposición, se puede especular que los de 18 a 30 años fueron enviados por la ruta norte, con la orden de subir la cuesta a paso regular, atravesar el Paso de Dioniso en el punto más alto de la ruta y después bajar a la máxima velocidad por la larga bajada hasta Atenas; mientras que los hombres de más de 30 años habrían marchado al mayor ritmo que pudieran sostener por la ruta sur. Por muy brutal que fuera la subida inicial para los soldados más jóvenes, completamente armados bajo el bochorno del sol del mediodía y después de pasar la mañana librando una batalla, se podía esperar que cuando los hombres atravesaran el paso de montaña podrían recobrar el ritmo durante los aproximadamente veintinueve kilómetros de un camino básicamente recto y cuesta abajo, y alcanzar la ciudad antes que los hombres mayores por la ruta meridional.

Quizá la leyenda más famosa sobre la batalla de Maratón sea la del corredor Filípides que fue enviado por los generales en Maratón para que corriera hasta la ciudad para anunciar el resultado de la batalla. Según se cuenta, llegó a la ciudad después de correr durante todo el camino, anunció al consejo su «hemos ganado», y cayó muerto de agotamiento. Esta leyenda no se encuentra en el relato de Herodoto: su primera aparición data de la época imperial romana, más de 600

años después del acontecimiento, en historias narradas por Plutarco y Luciano.

En este caso la verdad es mucho más impresionante que la leyenda. Filípides no corrió los míseros cuarenta kilómetros de Maratón a Atenas, sino los duros 225 kilómetros de Atenas a Esparta y la misma distancia de vuelta, como hemos visto. Para este «ultrafondista» en plena forma una carrera de Maratón a Atenas habría sido un placentero ejercicio de entrenamiento. De hecho fue la mayor parte del ejército ateniense, aquellos que eran capaces después de la batalla, quien en esa tarde del 11 de agosto de 490 a.C. viajó de Maratón a Atenas, después de librar por la mañana la batalla más desesperada de sus vidas. Y no viajaron con ropa de atletismo, sino con la armadura completa, incluidos escudos y lanzas. Los dos regimientos tribales que habían luchado en el centro de la formación ateniense, y que habían sufrido más durante la batalla, como hemos visto, quedaron atrás para asegurar el campo de batalla, cuidar a los heridos y reunir a los muertos. El resto del ejército ateniense, los que estaban en buenas condiciones para viajar, recibieron la orden de encaminarse hacia Atenas lo más rápido que pudiesen, como lo expresa Herodoto. Dejando atrás a dos regimientos, y teniendo claro que junto a los cerca de doscientos muertos varios centenares de hoplitas habrían recibido heridas durante la batalla, es posible

que cerca de seis mil hombres emprendieran esta marcha a paso ligero para salvar a Atenas. Debemos recordar que los hombres en los tiempos antiguos estaban acostumbrados a ir andando a todas partes, a menudo durante horas y utilizando caminos irregulares y escabrosos, de manera que esta marcha le habría parecido mucho menos extremada a un griego antiguo que a un hombre moderno que está acostumbrado a cubrir las distancias largas con vehículos motorizados. Aun así, esta tarde de verano los atenienses completaron una marcha sorprendente.

Resulta inevitable que, dadas las diferencias naturales en estado de forma, ritmo y habilidades atléticas, los miles de guerreros atenienses se fueran separando a lo largo de los caminos durante las horas siguientes; y también es natural que no debieron correr toda la distancia. Esto habría resultado casi imposible con toda la armadura incluso en la mejor de las ocasiones, y mucho menos a primera hora de la tarde después de librar una batalla durante toda la mañana.

Los soldados más jóvenes habrían partido a paso rápido para encarar la difícil etapa inicial de subida por la cara norte del Pentele, y muchos habrían reducido considerablemente el ritmo después de los dos primeros kilómetros. Aun así, después de alcanzar el Paso de Dioniso, los hombres más en forma habrían sido capaces de trotar o correr al menos una parte del

resto del camino, bajando por la ladera hacia Atenas.

Un buen corredor de maratón aficionado puede completar la distancia moderna de casi cuarenta y dos kilómetros en unas cuatro horas. Muchos de los atenienses en 490, como he sugerido, tomaron la ruta más corta, en la que N. G. L. Hammond informó que había caminado de Atenas a Maratón en seis horas, y había tardado de regreso el mismo día unas siete horas. En consecuencia, podemos asumir que los primeros hoplitas atenienses agotados empezaron a gotear en la ciudad de Atenas unas seis horas después de partir, y habrían transcurrido al menos siete horas antes de que un número considerable de hoplitas atenienses alcanzase la ciudad. Podemos suponer que los *hippeis*, los aristócratas ricos que eran propietarios de caballos, incluidos los generales y algunos de los oficiales, cabalgaron al galope por la ruta más llana del Palene, para llegar antes a la ciudad y preparar la defensa. Se tomó la decisión de estacionar a la fuerza de hoplitas atenienses justo en las afueras de la ciudad, en su lado occidental, en el gimnasio de Cinosargos, encarando la bahía de Falero. Parecía un buen augurio que al igual que había habido un santuario de Heracles en el campamento ateniense en Maratón, Cinosargos también estuviera dedicado a Heracles.

A medida que los cansados hoplitas atenienses iban llegando por los polvorientos caminos que atravesaban

el llano de Atenas, se encontraban con la orden de atravesar directamente la ciudad para encaminarse hacia Cinosargos, y esperar allí en formación militar. Ancianos y muchachos, y en esta situación quizá también mujeres, probablemente llenaban jarras de agua en las fuentes de las casas de la ciudad para refrescar a los hombres agotados por el esfuerzo, reproduciendo escenas que no se debían diferenciar demasiado de los puntos de avituallamiento en los maratones modernos. ! ,o que sabemos es que cuando, al caer la tarde, aparecieron ron los primeros barcos persas en la amplia bahía que había delante de Falero, vieron que ya les esperaban delante de la ciudad un fuerza de varios miles de hoplitas. Como habían abandonado la bahía de Maratón por la mañana, antes de la batalla, al principio se debieron preguntar quiénes eran esos soldados. Pero deben haber visto avanzando por los caminos polvorientos de la llanura atenienses para unirse a las fuerzas en Cinosargos una corriente continua de hoplitas atenienses, lo que les habría dado la clave.

Estos no eran soldados derrotados o en retirada, acosados por una ejército perseguidor, y su presencia sólo se podía explicar asumiendo que la fuerza persa en Maratón había quedado de alguna manera fuera de combate. Los persas, indecisos, anclaron en la bahía y esperaron. Podemos suponer que no tardó demasiado en llegarles noticias definitivas: para los persas que se

retiraban de la bahía de Maratón debió resultar crucial informar de lo que había ocurrido a los barcos persas en Falero, y un barco ligero de reconocimiento podía realizar el viaje alrededor del Ática a una velocidad mucho mayor que los trirremes y los transportes. En cualquier caso, después de descansar en la bahía de Falero durante un rato, los jefes discutieron sobre lo que debían hacer y los barcos persas se dieron la vuelta y remaron de vuelta a Asia. Nadie en el ejército persa tenía ganas de intentar un desembarco delante mismo de una fuerza de guerreros hoplitas grande, decidida y victoriosa. Así quedo confirmada la victoria total de los atenienses.

Unos pocos días después, una avanzadilla de 2.000 espartiatas llegó a Atenas, después de salir de Esparta el día 12, inmediatamente después de la noche de luna llena, y a marchas forzadas llegó a Atenas (sorprendentemente) al tercer día. Allí supieron que la batalla ya había tenido lugar y que ya no eran necesarios. Pidieron permiso para visitar el campo de batalla y, después de hacerlo, se fueron impresionado por el logro de los atenienses. Es muy posible que los propios atenienses no fueran totalmente conscientes de la escala de lo que habían logrado. Acontecimientos como éstos tardan tiempo en calar en las conciencias. Pero no pasaron muchos años antes de que la batalla de Maratón fuera reconocida como el día más importante

en la historia ateniense, y como uno de los puntos de inflexión en la historia de Grecia y del mundo occidental.

CAPÍTULO 6

LAS CONSECUENCIAS DE LA BATALLA DE MARATÓN

Inmediatamente después de la inesperada victoria ateniense en Maratón, debieron sentir una enorme sensación de alivio e incluso de euforia. Pero queda bastante claro que llevó algún tiempo que se dieran cuenta de lo que habían conseguido y de la importancia que iba a adquirir el resultado de la batalla. El elogio de los espartanos, que habían visitado el campo de batalla, debió ser una fuente de orgullo, dada la reputación de los espartanos como guerreros sin igual. Y cuando los atenienses contaron a los enemigos muertos con el fin de cumplir la promesa a la diosa Artemisa —sacrificar un cabrito por cada soldado enemigo muerto si ayudaba a los atenienses a obtener la victoria— descubrieron que totalizaban unos 6.400. Esto era demasiado para que la promesa se pudiera cumplir de una sola vez: Artemisa recibió el pago a plazos, de manera que los atenienses sacrificaban 500 cabritos al año en el aniversario de la batalla. Esta gran cantidad de enemigos muertos, que representaban las dos terceras partes de los hoplitas atenienses presentes en la batalla, dio a los atenienses la sensación de que habían hecho algo grande. La sensación de logro iba a aumentar a lo largo de las décadas siguientes, hasta que la batalla se afianzó como un referente de la memoria

histórica de los atenienses. Pero aún así nos seguimos preguntando hasta qué punto fue realmente importante. Después de todo, el ejército persa en Maratón no había sido más que una simple fuerza expedicionaria, desde el punto de vista de los persas, de una escala relativamente pequeña y sin la compañía del rey. Como es bien sabido, la determinación persa de conquistar Grecia no se vio afectada, y diez años después se puso en marcha una invasión de Grecia a escala mucho mayor, tanto por tierra como por mar, y dirigida por el rey persa en persona. Por tanto, ¿por qué se considera a Maratón como una batalla crucial, como un punto de inflexión? Para contestar a esto debemos analizar tanto lo que realmente le ocurrió a los atenienses, a los griegos y a los persas en su conjunto en las décadas posteriores a la batalla, y lo que es lo más probable que hubiera ocurrido si hubieran ganado los persas, como hubiera podido ser muy posible, e incluso probable.

ATENAS Y GRECIA DESPUÉS DE LA VICTORIA EN MARATÓN

El héroe del momento en Atenas justo después de la batalla fue Milcíades: había sido su política de reclutar a la fuerza hoplita ateniense y presentar batalla en Maratón, y su estrategia y tácticas lo que había propiciado la victoria en la batalla, como reconocían todos. La muerte del *polemarchos* Calimaco en la fase final de la batalla ayudó a Milcíades a reclamar el mérito de la victoria —ya que había desaparecido el

rival más obvio para recibir dicho elogio— pero la alabanza general en nuestras fuentes a Milcíades como el general ateniense clave demuestra que el papel de Milcíades fue realmente crucial. Fue reelegido triunfalmente como uno de los diez generales para el año siguiente, y fue la voz dominante en la política ateniense, aunque esta situación no iba a perdurar. Una expedición mal planificada con el objetivo de extender el poder ateniense por las Cicladas llegó a un final desastroso en Paros, donde Milcíades recibió una herida en el muslo que lo dejó lisiado. Los enemigos del gran aristócrata aprovecharon la ocasión y lo acusaron de engañar al pueblo ateniense. Demasiado enfermo a causa de una gangrena terminal como para defenderse, yació tendido en el lugar de la asamblea mientras el pueblo lo declaraba culpable y le imponía una gran multa. Era más de lo que podía pagar, pero de cualquier forma murió poco después, dejando la deuda a su hijo Cimón, que la cubrió con la ayuda de sus familiares. Así, después de la victoria glorioso, los atenienses mostraban el lado oscuro de su democracia: la envidia y la rapidez en juzgar y castigar que iba a perseguir a la mayoría de los dirigentes atenienses de éxito durante las décadas siguientes.

Aun así, en su conjunto, el estado de ánimo en Atenas en la década de 480 era optimista. En 487 los atenienses terminaron con la elección de los nueve

arcontes al darse cuenta que dichas elecciones siempre iban a favorecer a los ricos y a los prominentes, y en su lugar establecieron un sorteo para elegir a estos magistrados, haciendo que las posibilidades de hombres de riqueza reciente y familias de origen oscuro fueran iguales a los procedentes de familias antiguas y famosas. Como consecuencia, el prestigio de los arcontes declinó de manera significativa y lo mismo hizo el prestigio del Consejo del Areópago, que estaba formado por los antiguos arcontes.

En el futuro, los diez *strategoí* anuales establecidos por las reformas de Clístenes, los únicos magistrados superiores en Atenas, junto con los principales funcionarios financieros, que seguían siendo elegidos, se convirtieron en los magistrados más prominentes e importantes en el estado ateniense. En esta misma época, los atenienses empezaron a hacer uso del sistema del ostracismo que había establecido Clístenes. Hiparco, familiar de Hipias e hijo de Carmo, que había permanecido hasta ahora en Atenas a pesar de las sospechas sobre su lealtad a la democracia ateniense, fue el primer exiliado durante diez años. Después de él, Megacles el Alcmeónida (probablemente sobrino de Clístenes), Jan tipo (padre del famoso Pericles) y Arístides «el Justo» fueron condenados al ostracismo por turnos, como políticos atenienses que rivalizaban por el liderazgo del pueblo.

Temístocles quedó como el dirigente político en Atenas, con una política de fomentar el poder naval. Ya como arconte principal en 493-492 había persuadido a los atenienses para construir un verdadero puerto en el Pireo, que presumía de ser uno de los puertos mejor protegidos de la región del Egeo. Hasta ese momento los barcos atenienses simplemente habían anclado frente a Falero o se habían embarrancado en la playa de suave pendiente de la bahía de Falero. Sin embargo, en 483-482, los atenienses recibieron una ganancia inesperada. Al sur del Ática, alrededor de Laurión, los atenienses disponían de valiosas minas de plata en las que ahora se descubrieron nuevas vetas de plata, proporcionando unos ingresos nuevos y enormes al estado ateniense. Temístocles, citando en particular la larga y poco exitosa rivalidad naval de los atenienses con los eginos, persuadió a los atenienses para que utilizasen estos ingresos en un programa de construcción naval: durante los dos años siguientes se construyeron 200 trirremes nuevos, creando una flota ateniense que dejaba totalmente en ridículo a la flota egina integrada por unas setenta embarcaciones. Resulta inevitable sospechar que los eginos fueron sólo una excusa para este programa de construcción. Cualquier líder griego inteligente que mirase más allá de los asuntos puramente locales de su estado debía ser consciente de que la amenaza de la expansión persa

hacia Grecia estaba muy lejos de haber desaparecido y la construcción naval de la escala en la que Temístocles persuadió a los atenienses para que se embarcaran, sólo podía tener en mente la amenaza persa, porque sólo los persas podían movilizar este tipo de poder naval que haría necesaria una construcción naval tan enorme.

Como resultó, la nueva flota ateniense estuvo lista justo a tiempo. El rey Darío murió en 487-486 y fue sucedido por su hijo Jerjes. Aunque la atención de Jerjes se centró en un principio en una rebelión en Egipto, en cuanto fue aplastada dicha revuelta, volvió su pensamiento hacia nuevas conquistas: como sucesor en el trono de Ciro, de Cambises y de Darío, cada uno de los cuales había conquistado nuevas tierras y extendido el imperio de los persas, Jerjes también consideraba que era necesario que se mostrase digno de ser el rey de los persas extendiendo el poder persa. Y la lección de la revuelta jonia y el revés en Maratón no dejaban duda de qué frontera persa necesitaba atención y en qué dirección se debía extender el poder persa.

Se elaboraron grandes planes a partir de 484 para reunir una expedición real que estableciera la frontera occidental del imperio y diera a los griegos una lección de una vez por todas. Las lecciones del pasado se habían aprendido en su totalidad: nada de medias tintas, ni economías de escala o preparación iban a condicionar el éxito de Jerjes. Estratégicamente, la

decisión fue lanzar el asalto tanto por tierra como por mar, utilizando la ruta septentrional. El ejército que era necesario movilizar era demasiado grande para transportarlo en barcos, de manera que debía cruzar las orillas del Egeo septentrional e invadir Grecia desde el norte. Para evitar un retraso peligroso desde el punto de vista logístico en el cruce del Helesponto, se debían construir puentes que salvaran el estrecho, de manera que el ejército lo pudiera cruzar con rapidez y penetrar en la Tracia meridional. Resulta irónico que estos puentes, que Herodoto describe con gran detalle, probablemente fueron diseñados por ingenieros griegos: una fuente tardía menciona a cierto Harpalo, y el propio Herodoto nos informa que el anterior cruce del Bósforo sobre puentes realizado por Darío fue diseñado por Mandrocles de Samos. Puentes similares también fueron preparados sobre los ríos principales que debía cruzar el ejército, como el Strymón; y se reunieron víveres en puestos de avituallamiento a lo largo de la costa septentrional del Egeo para asegurarse que el ejército no pasaría hambre.

En cuanto a la flota, el gran peligro era su paso alrededor de la península de Atos, donde había naufragado la flota de Mardonio en 493. Mardonio actuaba como el segundo al mando de Jerjes en este momento, y era muy consciente del peligro. Para evitarlo, se cavó un canal a través del istmo de la

península, cuyos restos (colmatados hace mucho tiempo) aún se pueden ver. Unos preparativos tan inmensos y extensos obviamente no se pudieron mantener en secreto ante los estados griegos que eran el objetivo de la invasión. Todos los estados que estaban dispuestos a pensar en la resistencia enviaron delegados a una reunión conjunta en el Istmo de Corinto, probablemente a instancias de los espartanos, que asumieron la dirección de la resistencia contra los persas. El objetivo era discutir una estrategia defensiva común, pero la reunión reveló las divisiones habituales entre los griegos.

Al final, los griegos al norte del paso de las Termopilas en la Grecia central se sometieron a los persas sin luchar; la mayoría de los estados y de las comunidades en la Grecia central, el norte del Ática y Megara, en el mejor de los casos, sólo estaban medio convencidos de resistir; e incluso en el Peloponeso los argivos —debido a su hostilidad hacia los espartanos— tenían relaciones amistosas con los persas. Aun así, se formó una alianza para resistir contra los persas. Esencialmente constaba de dos partes: los espartanos organizaron y dirigieron una «Liga del Peloponeso», que incluía en esta época Megara y Egina; y los atenienses con sus aliados los plateos. Los foceos también se unieron a la resistencia, pero cortados de la alianza principal por los tibios tebanos y otros boecios,

sufrieron mucho a manos persas y contribuyeron poco o nada al esfuerzo de resistencia griego.

La estrategia de los griegos, después de algunas dudas iniciales sobre luchar en el extremo septentrional en Tesalia, fue resistir contra los persas, cuando acabasen invadiendo Grecia en 480, en el estrecho paso de las Termopilas, mientras una flota de barcos de guerra podría cubrir al ejército que se encontrase en el paso de un ataque anfíbio mediante el control de los estrechos entre Tesalia y el extremo septentrional de Eubea, que tenía su base en el cabo Artemisia. Los griegos sabían que los superarían ampliamente en número y por eso necesitaban fijar su resistencia en un lugar donde la orografía hiciera imposible que los persas desplegaran sus fuerzas superiores. A los espartanos les habría gustado plantear esta resistencia en el Istmo, siguiendo su política ancestral de no comprometer sus fuerzas fuera del Peloponeso. El problema con esta estrategia era que Megara y, lo que era más importante, Atenas se encontraban más allá del Istmo y quedarían expuestas a la ocupación persa si la resistencia se fijaba en el Istmo, y también Egina quedaría abierta a la ocupación persa con una resistencia naval en el Istmo.

Tal como se desarrollaron los acontecimientos, parece que los espartanos no se preocuparon demasiado de todo esto excepto por un detalle: necesitaban los 200

trirremes atenienses y los aproximadamente setenta que podían movilizar los eginos, con el objetivo de evitar que los persas desembarcasen tropas donde más les conviniese dentro del Peloponeso —en el territorio de la amistosa Argos por ejemplo— y de esta manera amenazaran por la retaguardia la posición defensiva espartana en el Istmo. Por eso, con el objetivo de mantener intacta la alianza ateniense, los espartanos aceptaron con reticencias la estrategia de las Termopilas, pero al final no llegaron a comprometer a sus fuerzas en ella.

En 480 un gran ejército persa, comandado por el rey Jerjes en persona con el experimentado Mardonio como segundo al mando, cruzó el Helesponto e inició la marcha a lo largo de la costa septentrional del Egeo en dirección a Grecia. A su altura navegaba una gran flota de barcos de guerra y buques de suministros. Las dimensiones del ejército y de la flota son imposibles de determinar, porque Herodoto —nuestra fuente principal— ofrece unas cifras muy exageradas: según él, el ejército estaba compuesto por varios millones de hombres y la flota por más de 1.200 trirremes. Está claro que lo que hizo Herodoto fue estimar las fuerzas totales que todas las provincias del Imperio persa podrían haber movilizado, y después asumió que lo hicieron efectivamente. Es posible que en esta convicción estuviera influenciado por un muy conocido

epigrama bélico escrito por el poeta Simónides, que fue contemporáneo de estos acontecimientos, dedicado a los hombres que lucharon en las Termopilas, según el cual cuatro mil peloponesios combatieron allí contra tres millones.

En realidad, habría sido imposible concentrar de repente varios millones de hombres en un solo lugar con los mecanismos de suministros de alimentos de la Antigüedad y habrían muerto de hambre. El número máximo de hombres armados que se podían alimentar y equipar con la logística antigua no parece que pudieran superar los 150.000: en cualquier caso no se ha demostrado de forma incontestable ningún ejército antiguo que superase ese número. Podemos suponer razonablemente que el ejército persa, tan impresionante por sus dimensiones enormes, estaría formado por entre 100.000 y 150.000 hombres. En cuanto a la flota, era lo suficientemente grande como para encajar las grandes pérdidas ocasionadas por dos tormentas, y aún así superar significativamente en número a una flota griega integrada por unos 380 navíos. Es posible que esta flota estuviera integrada por unos 600 barcos, y fuera la fuente para que éste fuera el número habitual que se otorgaba a una flota persa. Sin embargo, la mayor parte del ejército persa realizaba funciones auxiliares y de demostración de fuerza más que para intervenir en los combates importantes: era el núcleo de

tropas persas, medas e iránias, que representaban entre un tercio y la mitad de la fuerza total, el que podía decidir el resultado de la guerra. La flota estaba articulada alrededor de una élite de barcos fenicios, con contingentes adicionales de cilicios, egipcios, chipriotas y griegos jonios. Pero aunque los barcos y los marineros procedían de esos pueblos, cada buque transportaba un contingente de infantería de marina persa, a una media de treinta por nave, que eran los que intervenían realmente en el combate.

Cuando llegaron las noticias de que semejante ejército y flota habían llegado al norte de Grecia, una flota griega de unos 300 trirremes, la mitad de ellos atenienses, zarpó hacia Artemisio, y un ejército griego comandado por el rey espartano Leónidas partió para ocupar el paso de las Termopilas. Pero Leónidas, como sabemos muy bien, sólo trajo consigo unos 300 espartiatas, junto con varios miles de siervos ilotas y unos pocos miles de hoplitas peloponesios aliados, la mayoría de ellos de Arcadia. Junto con fuerzas tebanas y de otros lugares de Boecia, reclutadas más o menos a la fuerza a lo largo del camino, y 1.000 foceos que se unieron voluntariamente, la fuerza total estacionada en las Termopilas no excedía los 7.000 hoplitas. Los espartanos explicaron que ésta era sólo una fuerza de vanguardia y que el ejército principal espartano y peloponesio se había retrasado por obligaciones

religiosas y que se unirían pronto a Leónidas.

Nunca lo hicieron. De hecho los espartanos estaban muy ocupados construyendo un muro fortificado que cerrara el Istmo de Corinto: en realidad seguían creyendo en la estrategia del Istmo. La flota griega en Artemisio se comportó admirablemente contra una flota persa superior en número, ayudada por el hecho que una gran tormenta frente a la costa de Tesalia había debilitado significativamente a los persas. En cuanto a Leónidas y su ejército, lucharon de forma heroica y sorprendentemente —utilizando la estrechez del paso y su soberbia armadura defensiva— consiguieron detener a los persas durante bastantes días a pesar de la grotesca disparidad en número. Los espartiatas mostraron su indómito espíritu de lucha habitual: cuando alguien intentó asustar a uno de los espartiatas llamado Diéneces señalando que los persas eran tan numerosos que cuando disparaban sus arcos, las flechas tapaban el sol, contestó imperturbable: «Esa es una buena noticia: ¡lucharemos a la sombra!»

En cualquier caso, el resultado de la lucha no estaba seriamente en cuestión ya que los espartanos se negaron a comprometer su fuerza principal. El paso de las Termopilas tenía un punto débil: una senda de montaña, estrecha pero practicable, que lo rodeaba, y la fuerza dirigida por los espartanos era demasiado pequeña para comprometer tropas para bloquear este camino de

forma efectiva. Allí se estacionaron los 1.000 foceos, pero cuando los persas se enteraron de la existencia de esta senda de boca de un lugareño llamado Efiates, marcado desde entonces como un traidor a lo largo de toda la historia griega, y enviaron las fuerzas persas de élite que los griegos llamaban los «Inmortales» para flanquear a Leónidas y los espartanos, los foceos no tuvieron más remedio que retirarse montaña arriba para salvarse y enviaron a un corredor a Leónidas para advertirle que estaban a punto de rodearle.

Leónidas ordenó a sus aliados que se retiraran de inmediato y se salvaran: él se quedaría con sus 300 espartiatas para cubrir su huida. Desconfiando de su lealtad, se quedó con un pequeño contingente tebano y con 700 tespios que, dándose cuenta de que su ciudad estaba condenada a ser capturada sin remedio, se presentaron voluntarios para luchar. Sin embargo, la posteridad sólo recordará la resistencia suicida de Leónidas y sus 300 espartanos. Muchas fuerzas a lo largo de la historia han declarado su intención de luchar hasta el último hombre, pero pocas lo han hecho realmente. Leónidas y sus 300 lo hicieron, y su combate hasta la muerte ese día probablemente salvó la alianza griega.

La pura verdad es que los espartanos habían dejado en la estacada a los atenienses, porque no habían cumplido su promesa de centrar la resistencia en las

Termopilas, protegiendo de esa manera al Ática de la invasión. Cuando supieron que las Termopilas habían caído y que el camino hacia la Grecia central quedaba abierto para los persas, la flota griega se retiró de Artemisio y la cuestión era qué harían a continuación los atenienses. No podían tener la esperanza de defender el Ática ahora que los espartanos se habían quedado en el Peloponeso, y parecía que sólo tenían tres opciones posibles: rendirse a los persas; coger a toda su gente y bienes muebles, subir a los trirremes y huir para fundar una nueva ciudad en algún sitio al oeste; o plantear una resistencia final en las fronteras del Ática y morir luchando. No eligieron ninguna de las tres: decidieron mantener su alianza con los espartanos, evacuar a su gente del Ática a las islas de Salamina y Egina y al Peloponeso —abandonando su patria vacía a la ocupación persa— y luchar con sus barcos al lado de los espartanos. De esta forma protegieron el Peloponeso de una invasión anfibia de los persas, aunque los espartanos habían fracasado en la protección del Ática de una invasión terrestre, como habían prometido.

Y es muy posible que la honda impresión que produjo la resistencia heroica y suicida de Leónidas y sus 300 ayudase a que los atenienses se decidiesen por adoptar este curso de acción. En cualquier caso, dirigidos por Temístocles, los atenienses tripularon sus

200 trirremes y con los poco más o menos 180 barcos del resto de los griegos, se enfrentaron a la flota persa en las estrechas aguas entre la isla de Salamina y la costa del Ática. Jerjes y su ejército, que habían ocupado y saqueado las desiertas Ática y Atenas, fueron testigos de la batalla desde la orilla, y presenciaron el triunfo de la nueva flota ateniense. Porque la flota griega, encabezada por los atenienses y por los eginos, inflingieron una derrota decisiva a los persas, y con ello salvaron el Peloponeso.

Reflexionando sobre estos acontecimientos una generación más tarde, Herodoto insiste en que, aunque sabe que en su época esta visión podría ser impopular, aun así debía concluir que fueron sobre todo los atenienses los que salvaron Grecia, y no los espartanos. Porque si no hubiera existido la flota ateniense, o si los atenienses se hubieran negado a seguir luchando después de las Termopilas, la estrategia espartana de centrar la resistencia en el Istmo habría fracasado: fuerzas persas desembarcadas en el Peloponeso habrían rodeado la posición espartana; y aunque nadie dudaba de que los espartanos habrían luchado con nobleza hasta el final, no parece probable que hubieran ganado bajo dichas circunstancias. Su opinión parece correcta. Los atenienses fueron cruciales para el éxito griego.

Después de la derrota en Salamina, Jerjes regresó a Asia con parte del ejército, dejando a Mardonio con la

ardua tarea de «terminar» la conquista de Grecia. Mardonio se retiró a los cuarteles de invierno en Tesalia y envió embajadores a Atenas, invitando a los atenienses a que cambiasen de bando, bajo la promesa de que recibirían un trato favorable si lo hacían. Alarmados, los espartanos también enviaron embajadores exigiendo a los atenienses que permanecieran fieles a su alianza, y prometiendo que realmente abandonarían el Peloponeso y lucharían junto a los atenienses en la Grecia central, si los atenienses se mantenían firmes. Los atenienses lo hicieron. Pero en la primavera, cuando Mardonio emprendió la marcha hacia el sur, ningún ejército espartano atravesó el Istmo, y una vez más los atenienses tuvieron que evacuar sus tierras y contemplar cómo eran ocupadas y devastadas por los persas. Enviaron una embajada a Esparta para quejarse ante los espartanos, y les amenazaron con que si los espartanos no hacían honor a su promesa de luchar fuera del Peloponeso, los atenienses, por su parte, abandonarían la lucha y partirían hacia Siris, en el sur de Italia, para fundar una nueva ciudad para vivir.

Finalmente, esta amenaza consiguió que los espartanos entraran en acción: sabían que su posición era desesperada sin los atenienses, de manera que al final enviaron un ejército —5.000 espartiatas, 5.000 *periokoi* y alrededor de 15.000 aliados del resto del Peloponeso— que atravesó el Istmo y penetró en el sur

de Boecia, donde se unieron a un ejército de 8.000 hoplitas atenienses en Platea. La batalla final de la invasión persa se libró allí, con el espartiatá Pausanias, sobrino de Leónidas y regente en nombre del hijo menor de Leónidas, al mando. Platea fue la batalla de los espartanos. Aunque parece que Pausanias convirtió la táctica en un caos, a juzgar por el relato de Herodoto, cuando se trató de atacar, la falange espartana cargó contra la fuerza de élite de los persas comandada por el propio Mardonio y la expulsó del campo de batalla, derrotada y en desbandada. Mardonio murió en la lucha, el campamento persa fue capturado y la victoria griega fue completa. Los persas nunca más volvieron a representar un amenaza creíble contra la libertad griega, y como fueron los hoplitas espartanos los que ganaron la batalla final, fueron los espartanos los que se llevaron el mérito, inmerecido en su conjunto, de haber salvado la libertad griega.

Esta derrota del poderoso Imperio persa inyectó en los griegos una dosis enorme de optimismo, en especial, por supuesto, en los atenienses. La victoria fue tan inesperada y aun así tan completa, que durante un par de generaciones pareció que todo era posible, siempre que se intentase. Para centrarnos primero en la historia militar, los atenienses dirigieron de inmediato un contraataque griego contra los persas. En principio este contraataque debía estar dirigido por los

espartanos, pero estos mostraron con rapidez que no tenían ningún interés: serían necesarias operaciones muy amplias en el lado oriental del Egeo. Ya en 479, en el momento de la campaña de Platea, una flota griega formada en su mayor parte por barcos atenienses pero bajo mando del rey espartano Leotiques, había cruzado el Egeo en persecución de la derrotada flota persa. Encontraron los restos de la flota persa en el cabo Micalé en la costa de Asia Menor, cerca de Samos, y le infligieron otra derrota decisiva. Entonces Leotiques decidió que ya había bastante y regresó a la Grecia continental; pero los barcos atenienses, bajo el mando de Jantipo, navegaron hasta el Helesponto para asegurarse de la destrucción de los puentes de Jerjes. Al descubrir que el puente ya no existía, asediaron la ciudad de Sestos en el lado europeo y la capturaron, matando a la guarnición persa y llevándose como botín los cables de papiro del antiguo puente. Este fue el primer paso en una década de ofensiva ateniense en contra de los restos del poder persa en el Egeo. El objetivo confesado era liberar a todos los griegos del control persa y castigar a los persas por los «daños infligidos a los griegos»; pero más que nada implicó la creación de un sistema de alianza que abarcase todo el Egeo y que convirtiese a los atenienses en una gran potencia en los asuntos griegos para rivalizar con los espartanos y su «Liga del Peloponeso».

El sistema de alianza ateniense surgido de la invasión persa se conoce habitualmente como «Liga de Délos» porque su sede, durante algún tiempo, estuvo en el islote sagrado de Délos en las Cicladas. Los atenienses fueron desde el principio los líderes reconocidos de la alianza: proporcionaban los comandantes para todas las acciones militares aliadas, proporcionaban a los tesoreros de los fondos de la alianza, fue el estadista ateniense Aristides «el Justo» quien estableció la contribución adecuada de los aliados iniciales para financiar las empresas conjuntas, y el estado ateniense fijaba las políticas de la alianza.

Los aliados se dividían efectivamente en dos grupos: un grupo pequeño de aliados poderosos que mantenían una independencia considerable y contribuían con fuerzas militares y navales a las acciones conjuntas; y un grupo mucho más grande de aliados pequeños que realizaban una contribución anual en dinero para financiar las actividades de la alianza, bajo el buen entendimiento que los atenienses utilizarían dichos fondos para pagar los barcos y los hombres que libraban las batallas de la alianza. De esta forma, en efecto, los aliados de Atenas financiaron un crecimiento enorme de las fuerzas armadas atenienses, en especial de su flota que creció por encima de los 400 navíos en servicio. Desde el principio los atenienses empezaron a tratar a los aliados más pequeños como subordinados, y

al final Atenas se empezó a ver como una «ciudad tiránica». Pero, dirigidos sobre todo por Cimón, el hijo de Milcíades, los atenienses utilizaron realmente su poder y el de sus aliados para expulsar a la potencia persa de la región del Egeo. Primero se eliminaron las guarniciones persas del Egeo septentrional y del Helesponto; todas las ciudades jonias fueron liberadas e incorporadas a la alianza; y un gran contraataque persa para—al menos—recuperar el control de Jonia fue derrotado en una batalla doble, por mar y por tierra, en la desembocadura del río Eurimedonte en Panfilia, alrededor de 468.

El apoyo ateniense a una rebelión egipcia contra los persas en la década de 450 acabó en un desastre cuando el comandante persa Megabizo reconquistó Egipto y destruyó una fuerza ateniense que ayudaba a los egipcios. Pero un nuevo intento persa de regresar al Egeo fue definitivamente derrotado por los atenienses en una gran victoria doble, por mar y por tierra, en la Salamina chipriota poco antes de 450. Los persas reconocieron que no tenían el tipo adecuado de fuerzas para enfrentarse con éxito a los griegos por mar o por tierra, mientras que los atenienses, envueltos desde 460 en hostilidades con los espartanos y sus aliados, estaban dispuestos a llegar a un acuerdo. Las negociaciones llevadas a cabo por parte ateniense por un adinerado dirigente político llamado Calias —un

aliado del estadista de Atenas más importante de esta época, Pericles— condujo a un acuerdo de paz entre los atenienses y los persas, la llamada «Paz de Calias» de alrededor de 447, llamada así por el negociador ateniense.

Con esta paz los atenienses aceptaban no seguir molestando a los persas ni a ayudar a la rebelión de los súbditos persas, y los persas, por su parte, acordaban permanecer totalmente alejados del mar Egeo y a no aproximarse a un día de viaje a caballo de la costa occidental de Anatolia, lo que implicaba la cesión del control de las ciudades jonias. Al mismo tiempo, en 446, después de cerca de quince años de hostilidades, los atenienses y los espartanos acordaron la paz, la «Paz de los Treinta Años», llamada así porque ésa se esperaba que fuera su duración, por ella los espartanos —a cambio de la paz— aceptaban básicamente el sistema de alianza ateniense y reconocían a los atenienses como sus iguales. Desde el punto de vista militar, los quince años siguiente representaron el punto culminante del poder y del prestigio de Atenas, y esos años —que están especialmente asociados al liderazgo del gran estadista Pericles— representan también el cénit de la prosperidad material y de los logros culturales atenienses.

La democracia fundada por Clístenes y los atenienses de su época, y defendida de forma tan efectiva en las

batallas contra Tebas y Calcis, y en la llanura de Maratón, había prosperado. Llenos de confianza a causa de estos éxitos, y también gracias a las grandes victorias de Salamina y del Eurimedonte, los atenienses creían completamente en su derecho y habilidad para gobernarse a sí mismos a través de la toma de decisiones y acciones colectivas, y extendieron esta idea en una serie de reformas aprobadas a finales de la década de 460, a propuesta de un dirigente llamado Efiltes. Estas reformas arrebataron al Consejo del Areópago de clase alta los pocos poderes que le quedaban, en especial el poder de examinar a los candidatos para los cargos públicos para decidir su elegibilidad y su idoneidad (*dokimasia*), y la revisión de la conducta y las cuentas de todos los magistrados y funcionarios después de su año en el cargo para comprobar cualquier mala gestión (*euthyne*). Estas responsabilidades se pasaron directamente al pueblo, que actuaba a través de los tribunales públicos de justicia, formados por jurados de entre 200 a 500 ciudadanos elegidos a partir de un grupo anual de 6.000 ciudadanos dispuestos y elegibles para este servicio. Y una ley presentado por Pericles unos pocos años después, en la década de 450 garantizaba, una paga diaria de 3 óbolos (suficientemente para alimentarse él mismo y su familia) a cada hombre que servía como jurado, animando incluso a los ciudadanos atenienses

más pobres para que se presentasen como elegibles para el servicio de jurado.

Además, los arcontes perdieron el poder que les quedaba para actuar como jueces. En su lugar, debían ver los pasos preliminares de todos los casos judiciales —recibir acusaciones, reunirse con el demandante y el defensor para asegurarse que realmente existía un caso y determinar el procedimiento, y otras gestiones por el estilo— mientras que juzgar y fallar los casos se convirtió en responsabilidad de los tribunales públicos de justicia, es decir, de los jurados de ciudadanos ordinarios, con los arcontes con la única función de presidirlos.

El puerto de Atenas, el Pireo, se había convertido en el puerto más importante del mundo griego, de manera que la mayor parte del comercio del Egeo y del Mediterráneo oriental pasaba por él. A los escritores atenienses, como el poeta cómico Aristófanes, por ejemplo, les gustaba presumir de la inmensa variedad de bienes que llegaban al Pireo, queriendo decir que todos los productos «del mundo» estaban a disposición de los atenienses. En consecuencia, la economía ateniense vivió un crecimiento espectacular, y miles de griegos procedentes de todo el mundo griego llegaron a Atenas para participar de este crecimiento económico, registrándose como residentes permanentes extranjeros (*metoikoi*) y pagando una tasa mensual por el privilegio

de vivir en Atenas y crear allí un negocio. Estos metecos, como se les llamaba habitualmente, eran artesanos y hombres de negocios: como no se les permitía ser propietarios de tierras o casas en el Ática, gestionaban empresas comerciales, talleres artesanales y manufacturas.

En el punto culminante de la prosperidad ateniense, había más de 10.000 metecos viviendo en el Ática, pagando impuestos al estado ateniense, alquilando sus viviendas a los ciudadanos atenienses, e impulsando la economía de Atenas con sus actividades productivas. Como todos los bienes que entraban y salían del Pireo estaban sujetos a tasas de importación y exportación; como todo barco que utilizaba el puerto pagaba las tasas portuarias; como todo producto comprado o vendido, y todo propietario de un puesto en la plaza del mercado (*agora*) pagaba una tasa del mercado, todas estas actividades económicas proporcionaron unos ingresos enormes al estado ateniense. Éstos se añadían a los ingresos procedentes de las minas de plata del Laurión en el Ática meridional, y a la contribución anual de los aliados, que representaban más de 360 talentos al año (una suma muy grande).

Próspero, poderoso y democrático, un lugar en el que la libertad de pensamiento y de palabra se había convertido en una forma de vida, Atenas era la meca de intelectuales, artistas y escritores de todo tipo, que

acudían de todo el mundo griego para intercambiar ideas y buscar oportunidades. Una fuente de oportunidades fue el famoso programa de construcción que emprendieron los atenienses persuadidos por Pericles. Como el estado más poderoso y desarrollado en Grecia, Atenas debía tener edificios públicos y monumentos en consonancia con su posición, argumentó; y a lo largo de la década de 440 y de los decenios siguientes, se emprendieron una serie de grandes proyectos de construcción que emplearon a arquitectos, escultores, artistas, canteros y obreros de todo tipo. La joya de este programa de construcción, y desde entonces uno de los edificios más famosos del mundo, fue el Partenón, el templo de Atenea la Virgen (*Parthenos*). Los arquitectos de este edificio fueron Ictino y Calícrates, que aplicaron a su diseño los últimos adelantos de la ingeniería y de la ciencia óptica, incorporando una amplia variedad de refinamientos precisos en la delicada curvatura de la base, de las columnas y del frontón del edificio, con el objetivo de obtener una construcción visualmente perfecta. Ictino escribió un libro describiendo los refinamientos en el diseño que provocaban este efecto de perfección visual, que conocemos a través de su utilización por parte del escritor arquitectónico romano Vitruvio.

Gracias a la obra de Vitruvio, y a la impresión que

ofrece el propio edificio, el Partenón ha sido una de las obras más elogiadas de la arquitectura en la historia occidental. Sin embargo, muchos otros edificios impresionantes se construyeron en esta época: el Erecteion y los Propileos (patio de acceso) en la Acrópolis; el gran teatro de Dionisio en la ladera meridional de la Acrópolis; el Odeón (sala de conciertos) de Pericles; las murallas fortificadas de Atenas y del Pireo; y de alguna forma lo más impresionante de todo, las tres «murallas largas» que conectaban Atenas con el Pireo y con Falero, convirtiendo la ciudad y su puerto en una especie de isla fortificada. Estas largas murallas, construidas tan anchas que sobre ellas se extendían calzadas en las que los carros podían cruzarse sin dificultad, significaban que un ejército sitiador nunca podría rendir por hambre a los atenienses mientras la flota ateniense controlase el mar y permitiese que las importaciones fluyesen al Pireo.

Pero quizá el producto cultural más importante y característico de Atenas en esta época fue la invención del drama. El drama trágico y cómico, cuyas raíces se hundían en las canciones corales y la danza del siglo VI, están inextricablemente entrelazados con la democracia ateniense. La épica homérica se compuso para audiencias aristocráticas, para entretener a los invitados a las fiestas aristocráticas. Las canciones de

la Grecia arcaica estaban compuestas para y eran cantadas en fiestas de diversa naturaleza: en su mayor parte fiestas organizadas y atendidas por los más acomodados, pero también para fiestas más «públicas» como las bodas y las victorias atléticas. Los cantos corales eran una parte importante de los festivales públicos en honor de los dioses, donde los participantes que formaban la audiencia eran más numerosos, y por eso estos cantos corales se pueden considerar que tienen un espíritu más «popular». Pero el drama fue el primer entretenimiento cultural verdaderamente «popular».

El drama nació en el contexto de los festivales en honor del dios Dioniso en Atenas, y desde el principio las representaciones en las que los actores encarnaban los papeles de personajes de las historias que se explicaban atrajo grandes audiencias de ciudadanos, que se sentaban en *theatra* (literalmente «espacios para ver»; teatros, como los llamamos en la actualidad) especialmente diseñados para ello. Las obras de los grandes dramaturgos trágicos de la Atenas del siglo V —Esquilo, Sófocles, Eurípides— se siguen leyendo y representando como clásicos del género dramático; y las comedias del siglo V de Aristófanes y del siglo IV de Menandro también reciben un reconocimiento similar. Estos dramaturgos eran considerados maestros nacionales por los atenienses, comentando y haciendo

que los ciudadanos reflexionasen sobre ideas y políticas, preocupaciones y debilidades de la vida política, social, cultural, religiosa y militar de la ciudad.

Otra invención de este período fue la historiografía analítica. El primer historiador que analizó racionalmente los acontecimientos y que produjo una narración histórica elaborada que no era sólo una simple enumeración de acontecimientos, sino que penetraba hasta el trasfondo social y cultural que hacía que los pueblos fueran lo que eran y que condicionaba su toma de decisiones, e intentó comprender no sólo *qué* ocurrió, sino *porqué* lo hizo, fue, por supuesto, Herodoto. Procedía de la ciudad de Halicarnaso en la costa occidental de Asia Menor, pero pasó muchos años en Atenas, trabajando en su historia, y al final se unió a la colonia que los atenienses enviaron a Turios en el sur de Italia, donde murió y fue enterrado. La inspiración y el objetivo de Herodoto era contar y explicar el gran conflicto entre los persas y los griegos, y en especial, por supuesto, porqué en contra de todas las probabilidades, los griegos llegaron a ganar y a preservar su libertad. Una generación después de Herodoto, el ateniense Tucídides siguió su ejemplo al escribir sobre la gran guerra entre los atenienses y los espartanos, y sus aliados respectivos: la llamada guerra del Peloponeso. Tucídides era un racionalista aún más

cuidadoso en sus métodos de lo que había sido Herodoto, y se preocupó especialmente en ilustrar las lecciones atemporales sobre la naturaleza de la política y la guerra, lo que ha provocado que se le vea como el «padre de la ciencia política», de la misma forma que Herodoto se considera el «padre de la historia».

La filosofía es otra disciplina en la que fueron fundamentales las contribuciones de los griegos clásicos de los siglos V y IV. Los primeros racionalistas jonios como Tales y Anaximandro habían iniciado la investigación racional al analizar el mundo físico, y pensadores como Jenófanes y Heráclito habían orientado el análisis racional hacia áreas que tenían una relación más directa con las preocupaciones humanas, como la religión, la ontología y la epistemología. Ambas vías de la investigación racional prosiguieron en el siglo V. Investigadores científicos como Anaxágoras de Clazomene, un amigo íntimo del estadista ateniense Pericles, y Demócrito de Abdera, que estableció la teoría atomista, realizaron progresos enormes en la comprensión de la realidad física. Sin embargo, resulta mucho más importante el llamado movimiento sofista, que se concentró en temas como la epistemología, la comunicación y el significado, la ética y la política, iniciando una reevaluación fundamental de la naturaleza de la comprensión y la sociabilidad humanas. Aceptando el enfoque

racionalista de los antiguos jonios y el relativismo de Heráclito, filósofos como Protágoras, Gorgias, Pródico y Sócrates criticaron las ideas recibidas sobre el conocimiento, el lenguaje, la virtud, la moralidad, la justicia y la piedad. Aunque contemporáneos conservadores, como el dramaturgo cómico Aristófanes en su obra *Las nubes*, los criticaron por socavar los valores tradicionales sin ofrecer nada a cambio más que escepticismo e interés personal, de hecho los sofistas desbrozaron el camino para los grandes filósofos del siglo IV —Platón y Aristóteles— al mostrar las debilidades de las ideas aceptadas sobre moralidad, conocimiento y virtud, y estableciendo el método para crear teorías filosóficamente correctas en estas áreas. Y su impacto sobre la cultura griega, en un sentido amplio, de su época —en figuras como el historiador Tucídides, el trágico Eurípides, o el orador Isócrates— fue profundo. En esencia, toda la carrera filosófica de Platón fue una respuesta extensa a, y un compromiso crítico con, el movimiento sofista, del cual su maestro Sócrates había sido una de las figuras clave, aunque Platón pretendía que no lo era.

A través de Gorgias, cuyo interés en el significado y la comunicación le habían llevado a desarrollar las primeras reglas para argumentar de forma efectiva y la ordenación persuasiva de las ideas que condujo al arte de la retórica, los grandes oradores áticos del siglo IV

—Isócrates, Lisias, Iseo, Esquines, Hiperides, Licurgo, Demades y, sobre todos ellos, Demóstenes— estaban directamente en deuda con el movimiento sofista. Y estos oradores áticos, y en especial Isócrates a través de su escuela de retórica, que sentó las bases del modelo de educación superior griego, tuvieron un impacto enorme en el mundo greco-romano, y después del Renacimiento, en la teoría literaria y en los principios estilísticos de Europa occidental. Por debajo de todo esto se encontraba una idea de perfección que impregnaba la crítica sofista de los valores e ideas tradicionales.

Esta misma idea de perfección resultó importante para el arte griego cuando escultores como los atenienses Mirón y Fidias, pero sobre todo Polícleto, Praxíteles y Lisipo, intentaron expresar el ideal de la forma humana. El *kanon* de Polícleto, su conjunto de reglas y relaciones espaciales que establecían una teoría racional para la forma masculina perfecta, queda encarnado en su estatua del *doryphoros* (portador de lanza) de las que han sobrevivido numerosas copias romanas. Praxíteles intentó una ilustración de la forma femenina ideal en su Afrodita de Cnido, que fue famosa en todo el mundo antiguo. Y por supuesto la persecución de la perfección visual en la arquitectura que intentaron Ictino y Calícrates con el Partenón, y que se explicaba y justificaba racionalmente en el libro de

Ictino, como hemos visto con anterioridad.

Al leer toda esta presentación esencialmente positiva de la historia y la cultura griegas y atenienses de los siglos V y posteriores, el lector se puede estar preguntado qué tiene todo esto que ver con la batalla de Maratón, y por qué no se está teniendo en cuenta el lado más oscuro de la sociedad y la cultura griegas. Porque desde luego que existía un lado oscuro: esclavitud, opresión de las mujeres, infanticidio, imperialismo descarnado, etc. Sin embargo, el objetivo de este libro es mostrar lo que se habría perdido si los atenienses hubieran sido derrotados y conquistados en Maratón: de ahí el énfasis en los logros positivos de los atenienses y los otros griegos después de Maratón. Y que todas estas cosas se habrían perdido, que un resultado diferente en Maratón realmente habría cambiado de raíz la cultura clásica griega, se puede demostrar —de eso estoy convencido— más allá de cualquier duda razonable. Por regla general los historiadores son muy reticentes a especular sobre «qué habría podido ocurrir» si sólo una acción o 1111 acontecimiento hubiera tenido un resultado diferente o no hubiera tenido lugar, y por buenas razones: como norma general, no podemos estar totalmente seguros de todo lo que se habría podido derivar de un resultado alternativo. Sin embargo, en el caso de Maratón, sabemos con casi total seguridad lo que los persas habrían hecho con los atenienses si

hubieran ganado; y también sabemos que lo que planeaban los persas lo habría cambiado todo.

Y SI HUBIERAN GANADO LOS PERSAS

Cuando los persas capturaron y saquearon la ciudad de Mileto en 494, reunieron a todos los milesios que habían sobrevivido al saqueo y los condujeron a Susa para que los juzgase el rey Darío. El rey decidió ser misericordioso: los milesios supervivientes fueron asentados pacíficamente cerca del golfo Pérsico. Por supuesto, los descendientes de estos milesios no jugaron ningún papel en la historia y la cultura griegas. La propia ciudad de Mileto fue muy pronto ocupada con nuevos pobladores, pero ya no fue más que una sombra de lo que había sido, y sus habitantes no realizaron tan grandes contribuciones a la cultura griega como los milesios del siglo VI.

Hacia poco más o menos el año 510 la ciudad de Barca en la Cirenaica (la Libia moderna) fue capturada y, como castigo, su población también fue deportada para someterse al juicio de Darío. Además, lo que tiene mayor importancia, el objetivo de la expedición de 490 no era únicamente establecer una base en la Grecia central desde la que someter al resto de los griegos, sino que era específicamente castigar a eretrios y atenienses. Después de la captura y el saqueo de Eretria, la población superviviente de la ciudad fue embarcada y conducida hasta Susa para enfrentarse al

juicio de Darío: su destino fue, como el de los milesios, su asentamiento en Irán. Y de nuevo, allí los descendientes de los eretrios se perdieron para la historia y la cultura griegas; y la Eretria reocupada de la época clásica fue sólo una sombra de lo que había sido.

Si los persas hubieran vencido en Maratón y hubieran capturado Atenas, realmente no hay ninguna duda de cuál habría sido el destino de los atenienses: habrían sido capturados —se entiende que los supervivientes— y conducidos a Susa, junto con los eretrios supervivientes, y habrían desaparecido en sus nuevos asentamientos cerca del golfo Pérsico.

Se puede objetar que los persas habían traído consigo al Ática a Hippias y tenían planeado restaurarlo como tirano de Atenas. Aunque no creo que podamos estar seguros de ello, porque esta pretensión pudo ser un invento de los descendientes de Hippias, es posible que lo hubieran hecho si hubieran obtenido la victoria. Pero de lo que podemos estar seguros es que, si Hippias se hubiera instalado de nuevo como tirano de Atenas bajo los persas, habría gobernado sobre una Atenas tristemente en ruinas, sobre una Atenas poblada con los que hubieran quedado, los más pobres y los campesinos del Ática, y por nuevos colonizadores. El destino de los atenienses propiamente dichos está claro que habría sido el mismo que el de los eretrios y los milesios. Y

los efectos de la destrucción de Atenas y de la deportación de sus habitantes habrían sido enormes.

Para empezar, la democracia ateniense habría desaparecido, sólo quince años después de su invención, y sería conocida por la historia, si es que entraba en ella, sólo como un experimento breve y fallido. Lo que esto habría supuesto para la historia posterior de la teoría democrática y del sistema de gobierno democrático sólo se puede suponer; pero resulta obvio que sin su modelo de mayor éxito, la historia de la democracia en la Grecia antigua sería muy diferente y posiblemente mucho más pobre; y el concepto de democracia como un sistema de gobierno viable, es más, todo el vocabulario de la política democrática, sería radicalmente diferente. Se puede dudar muy seriamente que los europeos y los americanos vivieran en la actualidad bajo sistemas de gobierno que se llamasen democracias.

Una Atenas capturada bajo control persa habría tenido un gran impacto sobre el resto de Grecia. Como las comunidades de la Grecia central y septentrional, al norte del Ática, habían ofrecido en su mayoría agua y tierra, las prendas de sumisión, a Darío en 491; y como esas mismas regiones se sometieron al control persa sin luchar en 480, podemos afirmar con toda confianza que una victoria persa en Maratón habría asegurado el control persa de toda Grecia hasta el Istmo de Corinto.

Sólo el Peloponeso, bajo el liderazgo espartano, habría permanecido libre.

¿Los espartanos habrían sido capaces de resistir contra los persas bajo estas circunstancias? Herodoto creía que no, y por muy buenas razones. La estrategia espartana consistía en fortificar los estrechos del Istmo de Corinto, y detener allí al ejército persa.

Y hasta ese punto podrían haber triunfado. Pero los estados peloponesios no disponían de una flota significativa: la flota ateniense de 200 trirremes que combatió en Salamina no habría llegado a existir. Sólo los corintios tenían un número significativo de trirremes, pero incluso ellos no podrían haber movilizado a más de un centenar. Todo el resto de los peloponesios no podrían haber reunido ni un centenar de barcos. Es decir, los peloponesios no tenían una flota lo suficientemente grande para evitar que los persas desembarcasen tropas en el Peloponeso siempre que quisieran hacerlo; y en Argos, el rival enconado de Esparta, existía una zona de desembarco segura para los persas. En consecuencia, las fuerzas persas podrían haber atacado a los espartanos y a sus aliados en el Istmo desde ambos lados, y resulta bastante difícil ver cómo el resultado podría haber sido diferente a una victoria para los persas. En otras palabras, el resultado casi seguro de una victoria persa en Maratón habría sido una conquista completa y un sometimiento total de

Grecia por los persas; y una Grecia en el siglo V como provincia persa, sin la gran ciudad-estado de Atenas, habría producido una cultura griega del siglo V muy diferente.

¿Podemos imaginar incluso una cultura clásica griega bajo dominio persa? Debemos tener presente que ninguna de las figuras seminales atenienses que jugaron un papel tan importante en la vida intelectual y cultural de los siglos V y IV habría estado allí. Esquilo, por ejemplo, es muy posible que hubiera muerto luchando en la batalla perdida de Maratón; o si hubiera sobrevivido, habría sido capturado y deportado a Susa con el resto de los atenienses. No habría escrito ninguna de sus grandes obras. Sófocles habría vivido una existencia oscura cerca del golfo Pérsico, al igual que Eurípides, si es que hubieran llegado a nacer. En consecuencia, la tragedia atenienses habría sido cortada de raíz en su infancia, como la democracia: sólo unas pocas obras de Frínico (ninguna de las cuales ha sobrevivido hasta la actualidad) habrían dado testimonio de lo que podría haber sido la tragedia ateniense. ¿Es posible que otros griegos, quizá en Siracusa, en Sicilia, por ejemplo, hubieran podido desarrollar el drama trágico? No lo podemos afirmar. Pero sí podemos decir que si la tragedia se hubiera llegado a desarrollar, habría sido radicalmente diferente a la tragedia que conocemos. Lo más probable

es que nunca hubiera llegado a existir el drama trágico griego.

Como los grandes trágicos, los dramaturgos cómicos de Atenas nunca habrían llegado a escribir sus obras. Las obras de los pioneros Cratino y Eupolis, y las obras del gran Aristófanes que han sobrevivido (once de ellas), no habrían sido escritas, porque sus autores, si es que estaban vivos, habrían vivido en la oscuridad de algún lugar en Irán. Y sin los grandes pioneros de la comedia ática, también resulta difícil imaginar la comedia nueva de Menandro a finales del siglo IV. Con la pérdida del drama ático, la cultura moderna se vería enormemente empobrecida, y no sólo por no disponer de esas obras. Marlowe, Shakespeare, Ben Jonson, Racine, Corneille, Molière, Goethe, Ionesco, Miller, Williams, O'Neill: la lista de los grandes escritores occidentales cuyas obras y géneros están inspirados y dependen del drama ateniense es muy larga. De hecho, cada vez que vamos a ver una película, o nos sentamos a ver un drama televisivo, o una comedia de situación, o una comedia del estilo de Monty Python o *Saturday Night Live*, contraemos una deuda por este entretenimiento directamente con los antiguos dramaturgos atenienses que fueron la fuente y la inspiración de la tradición dramática en la cultura occidental. ¿Serían diferentes nuestras vidas si estos dramaturgos atenienses no hubieran escrito nada?

¡Desde luego!

Para los historiadores una pérdida especialmente importante habría sido la obra de Tucídides. No se habría librado la guerra del Peloponeso sobre la que pudiera escribir, y en cualquier caso habría pasado su vida, si es que aceptamos que hubiera llegado a vivir, en Irán junto con el resto de los antiguos atenienses. Por supuesto se puede sugerir que al menos Herodoto, que no era ateniense, no se habría visto afectado: seguiríamos teniendo su historia, y la idea de una narración histórica analítica habría estado allí. Pero ¿de verdad sería así? La inspiración de Herodoto era narrar y explicar la historia de cómo los griegos, pocos y pobres como eran, hablando de una forma relativa, consiguieron resistir y derrotar al poderoso Imperio persa. ¿Se habría sentido inspirado para escribir si los griegos hubieran sido fácilmente conquistados por los persas, lo que habría sido el resultado más probable de una victoria persa en Maratón? No parece demasiado probable. De todas formas es posible que hubiera aparecido algún tipo de narrativa histórica; pero de nuevo, habría sido muy diferente de la que tenemos al faltar como inspiración las grandes historias de Herodoto y Tucídides.

En cuanto a la filosofía, tendríamos que intentar imaginar la historia de la filosofía sin Sócrates y Platón. Es más, nuestra pérdida no se detendría con

estos dos atenienses: ¿qué tipo de filosofía habría llegado a producir Aristóteles, si es que lo hubiera hecho, sin ninguna Atenas a la que acudir, sin academia en la que estudiar, sin un Platón que le enseñase y estimulase su mente? Algunas veces se ha dicho que toda la filosofía no es más que una respuesta extensa y una crítica a Platón y Aristóteles: sin Platón y Aristóteles para proporcionar las categorías, los métodos y la inspiración, ¿habría existido en absoluto una filosofía occidental? En cualquier caso, la filosofía occidental sería radicalmente diferente de la que conocemos. Quizá valga la pena señalar, puesto que antes me he referido al lado oscuro de la historia griega, que Platón fue el primer gran líder intelectual en la historia humana en defender el tratamiento igualitario de la mujer desde el punto de vista social y político. Nadie tomó en serio sus ideas durante siglos; pero cuando surgió el feminismo en la Europa de finales del siglo XVIII, la autoridad de Platón, tan admirado por los pensadores «ilustrados», no se pudo soslayar fácilmente por parte de los oponentes al feminismo.

La teoría de la comunicación y la retórica —el arte de la comunicación efectiva— fueron desarrolladas inicialmente por no atenienses como Protágoras de Abdera, Pródico de Ceos y Gorgias de Leontino. Sin embargo, vale la pena señalar que todos ellos viajaron a Atenas y pasaron buena parte de su tiempo en Atenas,

discutiendo y debatiendo entre ellos y con Sócrates, y fortaleciendo sus ideas a través del debate libre y continuado que hacía posible Atenas. Aun así, sin Atenas resulta claramente posible que podrían haber desarrollado sus ideas, aunque es probable que de forma algo diferente. Pero sus escritos no han sobrevivido, porque los grandes maestros y exponentes de la retórica resultaron ser hombres de las generaciones posteriores, y hombres que eran atenienses: sobre todo Isócrates, cuya escuela de retórica estableció las bases del sistema de educación superior y el currículum para toda la Antigüedad, y los grandes oradores Lisias y Demóstenes. Las ideas y los principios del estilo literario y la composición que estos hombres profundizaron y encarnaron en sus escritos han tenido un impacto enorme en toda la literatura occidental. Para citar sólo un ejemplo notable, resulta difícil imaginar las obras del gran orador y escritor romano Cicerón, sin las obras de Isócrates y Demóstenes que tomó como modelo.

En el arte y en la arquitectura, para finalizar, no habría existido el Partenón, ni Ictino, ni Fidias y Mirón, los grandes escultores atenienses del siglo V: la historia del arte occidental también habría sido muy diferente.

En resumen, podemos ver que, más allá de cualquier duda razonable, el impacto de una derrota ateniense en Maratón, no sólo en la historia ateniense, ni sólo en la

historia de la Grecia clásica, sino en la historia y en la cultura de toda la civilización occidental, habría sido enorme: todo sería diferente. Por supuesto, se puede argumentar que incluso sin la Atenas clásica y sin las contribuciones de los grandes atenienses, los griegos habrían conseguido de alguna forma contener a los persas bajo el liderazgo espartano, y que alguna forma de cultura clásica griega podría haber surgido bajo el liderazgo y la inspiración de otros griegos. Quizá los griegos de Occidente, de Sicilia e Italia, habrían jugado un papel más importante. Quizá los siracusanos o los tarentinos habrían sido los pioneros del desarrollo político e intelectual, del drama y de la historiografía, de la filosofía y del arte. Quizá sí. O quizá no: es posible que la cultura griega hubiera entrado en decadencia y se hubiera diluido bajo el impacto opresor del predominio persa. La cuestión es que todo lo que hubiera podido ocurrir sería radicalmente diferente a lo que ocurrió realmente, sin las contribuciones seminales de atenienses como Temístocles y Pericles, Esquilo, Sófocles y Eurípides, Aristófanes y Menandro, Tucídides y Sócrates, Platón y Aristóteles, Isócrates y Demóstenes, Ictino y Fidias, y todos los demás. A pesar de que no esté de moda decirlo, la batalla de Maratón fue realmente un punto de inflexión decisivo en la civilización occidental; los 10.000 atenienses que resistieron ese día, en un sentido

muy significativo, realmente «salvaron la civilización occidental».

CRONOLOGÍA DE LOS ACONTECIMIENTOS MÁS IMPORTANTES EN LA GRECIA ANTIGUA Y EN EL IMPERIO PERSA

Todas las fechas son a.C.; las fechas anteriores al año 500 son con frecuencia sólo aproximadas.

776 (fecha tradicional) Primer festival Olímpico *ca.*

740-720 Homero compone sus poemas épicos

ca. 730-710 Los espartanos invaden y conquistan Mesenia

ca. 720-700 El líder medo Daiukku/Deioces en conflicto con los asirios

ca. 700 Hesiodo compone su épica

ca. 680-660 Arquíloco de Paros compone sus canciones

ca. 670 Fidón de Argos es el primer tirano arcaico

ca. 660-640 El gobernante medo Khshathrita unifica Media y lucha contra los asirios

ca. 650-630 La revuelta mesenia contra los espartanos lleva a la creación de la *agoge* espartana

ca. 632 Cilón se intenta convertir en

tirano de Atenas

ca. 630 El rey medo
Frawartish/Fraortes

ca. 625-585 Huwakhshatra/Ciáxares
reina en Media y funda el Imperio medo
ca.

621 Dracón legisla en Atenas

612 Saqueo de Nínive por parte de
los medos, dirigidos por Ciáxares, y los
babilonios, bajo Nabopolasar

594 Legislación de Solón en Atenas

585 Tales de Mileto, el primer
filósofo griego, predice un eclipse de
sol

585-550 Astiages, rey del Imperio
medo

ca. 570 Lucha en Atenas entre
Pedieis, *Paralioie* *Hyperakrioi*

Boda de Megacles el alcmeónida con
Agarista, hija de Clístenes de Sición,
que conducirá al nacimiento de Clístenes
el alcmeónida
Ciro el Grande se
convierte en rey persa de Anshan

Pisístrato, tirano de Atenas durante
una breve alianza con Megacles

Pisístrato se ve obligado a huir de
Atenas
Ciro de Persia se rebela contra

Astiages de Media, fundando el Imperio persa aqueménida Pisístrato y sus hijos regresan a Atenas y fundan la tiranía pisistrátida

Creso de Lidia ataca a Ciro de Persia, provocando la conquista persa de Lidia y Jonia Los persas, bajo Ciro, conquistan Babilonia Polícrates se convierte en tirano de Samos Ciro el Grande muere en combate Cambises gobierna el Imperio persa Muere Pisístrato y le sucede como tirano de Atenas su hijo Hippias Cambises conquista Egipto

Muerte de Cambises, Esmerdis se convierte en rey de Persia

Darío y seis aliados matan a Esmerdis, Darío se convierte en rey

Darío aplasta con éxito numerosas insurrecciones por todo el Imperio persa, y confirma su soberanía Cleómenes se convierte en rey de Esparta de la línea de sucesión agiada

En Atenas, es asesinado Hiparco, hermano del tirano Hippias

Darío cruza el Helesponto y conquista Tracia; fracasa el ataque contra los

escitas Cleómenes de Esparta fuerza a Hippias y a su familia a abandonar Atenas

Las reformas de Clístenes en Atenas inician la primera democracia que se ha conocido en el mundo Cleómenes fracasa en su intento por acabar con las reformas atenienses; la democracia ateniense se defiende de los ataques de los tebanos y de los de Calcis

500 Fracasa el ataque persa contra Naxos, dirigido por

Megabates y Aristágoras

499 Aristágoras de Mileto abdica de la tiranía en Mileto, y se inicia la revuelta jonia contra los persas

498 Los griegos jonios, ayudados por atenienses y eretrios, saquean Sardes

494 Cleómenes y los espartanos derrotan a los argivos en la batalla de Sepeia

494 Los jonios son derrotados en la batalla de Lade; saqueo de Mileto; fracaso de la revuelta jonia

493-492 Temístocles se convierte en arconte de Atenas e inicia el desarrollo del puerto en El Pireo

492 Mardonio intenta invadir Grecia

por tierra y mar desde el norte, pero fracasa

491 Darío exige tierra y agua a los estados griegos; excepto Esparta y sus aliados y Atenas, todos los demás aceptan; Cleómenes depone al co-rey Demarato en Esparta por su disputa sobre Egina *ca.*

490 Cleómenes se ve obligado a huir de Esparta

490 Darío envía a Datis el Medo y a Artafernes al mando de un ataque anfíbio contra las islas Cícladas, Eretria y Atenas; saqueo de Naxos y Eretria; en agosto, la batalla de Maratón finaliza con la derrota persa puesto que la estrategia y las tácticas de Milcíades salvan a los atenienses *ca.*

489 Muerte de Cleómenes en Esparta

489 Milcíades, derrotado en Paros y multado por los atenienses, muere de gangrena

487 Los atenienses acaban con la elección de arcontes, ostracismo de Hipias, hijo de Charmos

486 Muerte de Darío, Jerjes se convierte en rey de los persas; revuelta

en Egipto contra el gobierno persa

484 El ostracismo de Arístides deja a Temístocles como líder dominante en Atenas

484-481 Jerjes ordena los preparativos para la invasión de Grecia, incluido un canal en el monte Atos y un puente para cruzar el Helesponto

483-481 Los beneficios de las minas de Laurión permiten a los atenienses construir 200 trirremes nuevos (barcos de guerra)

480 Invasión persa de Grecia conducida por Jerjes; muerte del rey espartano Leónidas y sus

298 espartiatas en las Termopilas; invasión y destrucción de la Atenas abandonada; en la batalla de Salamina la flota ateniense y griega derrota a la flota persa

479 El ejército persa bajo el mando de Mardonio es derrotado por un ejército griego dirigido por los espartanos en Platea; las fuerzas griegas destruyen los restos de la flota persa en el cabo Micalé

477 fundación de la Liga de Délos,

dirigida por los atenienses década de

470 Cimón dirige el contraataque ateniense contra los persas, expulsándolos de la región del Egeo y confirmando el liderazgo ateniense

472 Ostracismo de Temístocles

ca. 470 Punto culminante del éxito del dramaturgo ateniense Esquilo

469 Nacimiento de Sócrates

ca. 468 Dirigidos por Cimón, los atenienses derrotan a los persas por mar y tierra en el Eurimedonte

465 Asesinato de Jerjes; Artajerjes se convierte en rey de los persas

464 Gran terremoto en Esparta, seguido por una gran revuelta ilota

462-461 Cimón dirige las fuerzas atenienses en ayuda de los espartanos; cuando los espartanos rechazan la ayuda ateniense, Cimón es condenado al ostracismo en Atenas, y Efialtes hace aprobar reformas democráticas radicales

460-446 Primera «guerra del Peloponeso» entre espartanos y atenienses

ca. 455-429 Pericles se convierte en

el líder dominante de la democracia ateniense *ca.*

454 Revuelta egipcia aplastada por los persas; las fuerzas aliadas atenienses en Egipto quedan destruidas *ca.*

452 Cimón es llamado de nuevo, obtiene una doble victoria por tierra y por mar contra los persas en la Salamina chipriota *ca.*

447 Paz de Calias entre persas y atenienses

446-445 Paz de los Treinta Años entre atenienses y espartanos

440-420 Programa de edificación de Pericles en Atenas, que lleva a la construcción del Partenón, el Erecteion, los Propileos, el teatro de Dionisio, el Odeón de Pericles, y otros edificios

ca. 440-405 Sófocles y Eurípides los trágicos más importantes de Atenas

ca. 440-399 El movimiento sofista centrado en Atenas, con filósofos como Protágoras, Gorgias y Sócrates

ca. 440-420 Herodoto compila su *Historia* 432 Se inicia la llamada «guerra del Peloponeso» entre los espartanos y los atenienses, que durará

hasta 404

429 Muerte de Pericles

425-424 Muerte del rey persa Artajerjes; le sucede Darío II en el trono persa

420-390 Aristófanes escribe comedias para el teatro ateniense

420-416 La paz de Nicias fracasa en su intento por acabar con la guerra del Peloponeso

414 Alcibíades persuade a los atenienses para lanzar una expedición contra Sicilia

413 Alcibíades exiliado se refugia en Esparta

412 Destrucción de la expedición siciliana; alianza entre los espartanos y los persas contra Atenas

410 Los atenienses llaman a Alcibíades y se revitaliza su poder militar

407 Con el segundo exilio de Alcibíades se inicia el declive final del poder ateniense

405 Muerte de Sófocles y Eurípides; la batalla de Egospótamos significa el final del poder naval ateniense

405-404 Muerte del rey persa Darío II; Artajerjes II le sucede como rey

404 Rendición final de Atenas; reinado de los «Treinta

Tiranos» en Atenas; Esparta es la potencia principal en Grecia

403 Restauración de la democracia ateniense; inicio de la recuperación ateniense

403-401 Ciro el Joven intenta conquistar el trono persa con 10.000 mercenarios griegos, pero muere en la batalla de Cunaxa

ca. 400 Muerte de Tucídides, dejando incompleta su historia de la guerra del Peloponeso

399 muerte de Sócrates

380-340 Platón funda y dirige la escuela filosófica de la Academia en Atenas

380-340 Isócrates funda y dirige una escuela de retórica en Atenas

371 Los tebanos, bajo el mando de Epaminondas, derrotan a los espartanos en la batalla de Leuctra

369-368 Epaminondas libera Mesenia del control esparta no y termina con el

dominio espartano sobre el Peloponeso

359 Filipo II se convierte en rey de Macedonia e inicia la conversión de Macedonia en una gran potencia

359 muere Artajerjes II y le sucede como rey Artajerjes III

350-340 Aristóteles estudia en la Academia de Platón en Atenas

356 nacimiento de Alejandro Magno

343-340 Aristóteles tutor de Alejandro Magno

338 La batalla de Queronea deja el control de Grecia en manos de Filipo II

336 Asesinato de Filipo II; Alejandro se convierte en rey de Macedonia; Aristóteles funda su escuela filosófica en el Liceo en Atenas; muere Artajerjes III de Persia, le sucede Darío III

334-323 Alejandro invade y conquista el Imperio persa; muere en Babilonia a la edad de treinta y tres años

322 El fracaso de una rebelión ateniense contra el poder macedonio provoca el fin de la democracia ateniense

GLOSARIO DE TÉRMINOS

abattis líneas de árboles sin desbrozar con las ramas en dirección hacia el enemigo que forman un obstáculo contra la caballería en los flancos.

aqueos el nombre principal que usa Homero para designar a los griegos.

agoge el sistema de entrenamiento del muchacho espartiatá que le inculcaba dureza, indiferencia al frío, al dolor y al hambre, una disciplina rígida, buena forma física y resistencia, y familiaridad con las armas, la armadura y las tácticas del guerrero hoplita y la falange.

agón competición; la raíz de la palabra «agonía» y del espíritu «agónico» (competitivo) que impregnó siempre a la cultura griega.

agora plaza central o plaza del mercado en una ciudad griega.

Alcmeónidas influyente familia aristocrática ateniense que se opuso a un tirano ateniense en potencia pero que fue colocada bajo una maldición religiosa por el Oráculo de Apolo en Delfos;

Megacles y Clístenes pertenecían a esta familia.

arcontes principales magistrados de Atenas, las funcionarios ejecutivos y jueces supremos de la comunidad.

Consejo del Areópago después de un año en el cargo, los arcontes se convertían en miembros vitalicios de este Consejo de Estado, que actuaba como una especie de «corte suprema» en todos los temas políticos y sociales importantes, y en los procesos legales.

arete excelencia, posteriormente entendida como virtud.

aristeia un término que literalmente significa «ser el mejor», derivada de la palabra griega *aristos* que significa mejor; con frecuencia se traduce como «valor» o «excelencia».

Boule un Consejo de Estado, en especial el Consejo de los 500 ateniense, llamado así porque tenía 500 miembros, diseñado con mucho cuidado para reunir una muestra representativa del pueblo de Atenas.

demarchoi magistrados responsables de reunir al pueblo de cada demo en

Atenas.

demo aldeas y regiones del Ática; la base para la ciudadanía ateniense.

demokrateia gobierno por el pueblo.

demos pueblo.

aulos flauta doble o flauta dulce doble utilizada en la música griega, en especial como acompañamiento musical para algunos tipos de lírica, de poesía cantada.

dokimasia el examen de los candidatos a los oficios públicos para certificar su elegibilidad e idoneidad, un poder que en Atenas ejercía originalmente el Consejo del Areópago.
doryphoros portador de lanza; la estatua de Policleto que encarna su *kanon*, el conjunto de reglas y relaciones espaciales que establecieron una teoría racional de la forma masculina perfecta.

Ephoroi éforos o «supervisores», los cinco magistrados principales del estado espartano, supervisores y jueces efectivos de la sociedad espartana, incluidos los dos reyes.

eris conflicto; en Hesiodo, uno bueno y otro malo. El malo era el conflicto que

podía destrozar una comunidad a causa de una lucha insana y violenta por el poder y la posición. El tipo bueno era el deseo de batir al vecino.

Eupatridai los bien nacidos, la aristocracia hereditaria de Atenas.

euthyne revisión formal de la conducta y de las cuentas de todos los magistrados y funcionarios después de su año en el cargo para comprobar cualquier mala gestión, en su origen era una potestad que tenía en Atenas el Consejo del Areópago, que reunía a la clase alta.

genos clan, como los *Baquiadas* de Corinto o los *Pentílidias* de Mítilene.

gerousia los ancianos, los miembros del Consejo de Estado espartano, elegidos entre las familias aristocráticas; llamados así porque la edad mínima para ser miembro era de 60 años.

hektemoroi «los hombres de la sexta parte», campesinos de Atenas que trabajaban las tierras pretendidas por las familias aristocráticas y que pagaban la sexta parte de sus cosechas que los

presuntos propietarios aristocráticos consideraban como una «renta».

ilotas la población rural de Lacedemonia y Mesenia que fue reducida por los espartanos a una condición semiesclava similar a la de los siervos medievales. Mantenían una vida familiar normal y vivían en sus propias pequeñas comunidades, pero pertenecían a sus amos espartanos que eran los propietarios de la tierra que cultivaban, y estaban obligados a pagar la mitad de sus cosechas a los amos espartanos, además de realizar otras cargas para ellos.

hippeis los atenienses ricos que se podían permitir la posesión de caballos y servir como caballería.

hoplita el infante pesado griego completamente armado que combatía en una formación de falange y llevaba encima alrededor de treinta kilos de equipo.

Hyperakrioi una de las tres facciones de la sociedad del Ática; los hombres del este del Ática (desde la perspectiva de Atenas, de «más allá de las

montañas» —el macizo del Pentele—, que es lo que significa *hyperakrioi*), dirigidos por Pisístrato.

hypomeion menor; un muchacho que había suspendido la *agoge* que no podía obtener la plena ciudadanía espartiatá al llegar a la edad adulta.

isegoria igualdad ante o bajo la ley; la igualdad política fundamental de todos los ciudadanos bajo la democracia ateniense.

kanon creado por Policleto, un conjunto de reglas y relaciones espaciales que establecían una teoría racional para la forma masculina perfecta; se plasmó en su estatua del *doryphoros* (portador de lanza) de la que han sobrevivido numerosas copias romanas.

krypteia literalmente, grupo secreto; una unidad de élite en Esparta que reclutaba a los muchachos que habían superado con excelencia la *agoge*. Su misión era moverse en secreto por los campos mesemos para observar y aterrorizar a los ilotas.

Marathonomachoi los hombres que

lucharon en Maratón que, para Aristófanes, eran la expresión suprema de lo que podía llegar a ser un ciudadano.

metoikoi residentes permanentes extranjeros que pagaban una tasa mensual por el privilegio de vivir en Atenas y desarrollar allí sus negocios.

Micénica la gran civilización griega de la Edad de Bronce. *oikoi* familias, propiedades.

ostrakismos el origen de la palabra ostracismo; proceso que tenía lugar en una asamblea anual en Atenas para determinar si alguno de los líderes prominentes en Atenas parecía una amenaza para la democracia y si debía ser exiliado durante diez años.

paian himno en honor a Apolo como protector y propiciador de la victoria, cantado por los ejércitos griegos cuando avanzaban durante la batalla. Cada estado griego tenía su versión particular; su efecto era imponer entre los hombres, mientras avanzaban hacia el temible acto de la batalla, una sensación de cohesión y de objetivo común, disminuir el miedo

y calmar los nervios.

Panathenaia el festival de Atenea que se celebraba cada año en Atenas, pero con un esplendor especial y como un festival internacional cada cuatro años.

pandemei con todas sus fuerzas.

panoplia equipo militar, en especial el equipamiento completo de un guerrero hoplita.

Paralioi una de las tres facciones de la sociedad del Ática; los hombres de la región costera del sur del Ática (llamada la *paralid*), dirigida por el cabeza de la familia Alcmeónida, Megacles (nieto del primer Megacles).

patriospoliteia constitución ancestral, en especial de los atenienses.

Pedieis una de las tres facciones de la sociedad del Ática; los hombres que vivían en la llanura ateniense (*to pedion*) alrededor de la ciudad de Atenas, dirigidos por un eupátrida llamado Licurgo.

pentecoterai galeras de cincuenta remos, una forma primitiva del barco de guerra griego. *perioikoi* «los que viven en los alrededores», es decir, alrededor

de Esparta; libres pero políticamente sometidos a los lacedemonios.

fratrías inicialmente grupos de parentesco, pero en realidad organizaciones socio-religiosas a través de las cuales se canalizaba la participación comunitaria, religiosa y militar, así como la limitada actividad política que estaba abierta al «pueblo llano», en especial en Atenas.

phylai habitualmente, aunque de forma errónea, traducido como «tribus»; las diez subdivisiones del pueblo ateniense bajo la democracia ateniense.

poleis pueblos o ciudades, en especial ciudades-estado; el singular es *polis*.

polemarchos arconte militar; el comandante en jefe ateniense cuyo consejo estaba formado por los diez *strategoí* anuales de cada una de las tribus.

polis véase *poleis*.

pritanías establecidos por Clístenes, un «mes» político de treinta y seis días que formaban un año político de diez unidades, cada una de las cuales estaba

asociada a una de las diez tribus atenienses, o *phylai*.

salpinktes trompeteros.

seisachteia «quitar una carga»; programa de reforma del magistrado principal Solón que transformó las tierras agrícolas del Ática en pequeñas explotaciones propiedad y trabajadas por agricultores independientes y moderadamente acomodados en lugar de los latifundios propiedad de la aristocracia y cultivados a través de aparceros.

Soros una gran túmulo funerario en Maratón, que aún es visible en la actualidad, donde enterraron colectivamente a los atenienses muertos; este túmulo fue monumentalizado con la erección de unas columnas de piedra en la cima del mismo con los nombres de aquellos que murieron en la batalla y fueron allí sepultados.

estadio medida de longitud que equivale a la octava parte de una milla.

stoa poikile literalmente, «pórtico pintado»; un edificio público en la plaza central de Atenas en el que se

encontraba una pintura mural de la batalla de Maratón; se representaba a numerosos dioses y al héroe Teseo luchando al lado de los atenienses, y el *polemarchos* Calimaco y el general Milcíades estaba presente de forma destacaba luchando en la primera fila.

strategos general; cada tribu ateniense elegía anualmente a un *strategos* para organizar y dirigir la *taxis* de la tribu en la falange y para servir en el consejo militar del comandante en jefe ateniense, el *polemarchos* (arconte militar).

simposio literalmente, «beber juntos»; velada festiva para beber vino y entretenerse. *syssition* o *phidition* un grupo de comida militar al que debía pertenecer obligatoriamente todo espartiatá con el fin de obtener la ciudadanía plena.

taxeis regimientos, diez de ellos formaban la falange hoplita ateniense; cada *phyle*, o tribu, proporcionaba un *taxis*, *theatra* literalmente, «espacios para ver», origen de la palabra «teatro».

trirremes antiguos barcos de guerra

griegos y fenicios; eran galeras con tres filas de remos, uno encima del otro, proporcionando espacio para unos 170 remeros; por encima se encontraba la cubierta en la que permanecía el capitán, el timonel y un grupo de infantería de marina, que luchaba contra los infantes que iban en los otros barcos de guerra.

trittyes tercios; cada *phyle*, o tribu, en el sistema democrático ateniense estaba dividida en tercios, y cada tercio provenía de una de las tres regiones del Ática (*Pedieis*, *Paralioi* e *Hypemkrioi*).

tyrannos un palabra de origen no griego (posiblemente adaptada del término fenicio para gobernante), se refiere a un usurpador autocrático que no había conseguido el poder siguiendo las reglas y normas tradicionales, en oposición al *basileus* (rey) tradicional, que sí lo había hecho y por ello estaba limitado por las reglas y costumbres tradicionales de su sociedad.

Palabras persas

Apadana ala de audiencias, como la del emperador persa Darío en Persépolis.

Magoi (o *Magos*) tribu o casta sacerdotal en la

religión irania que quizás eran específicamente de origen medo pero que parece que disfrutaban de un prestigio especial por todas las tierras iránias.

sátrapa (khshsathrapan) gobernador político y militar que dirigía una de las bien definidas provincias del Imperio persa, cada una de las cuales pagaba un tributo definido al tesoro imperial.

BIBLIOGRAFÍA COMENTADA

Para saber más

Como una orientación para el lector no especializado, ofrezco aquí algunas indicaciones sobre lecturas esenciales y precisas sobre las fuentes de la historia que hemos explicado en este libro y también para los capítulos individuales y los diferentes temas. No me he limitado a citar las obras más recientes disponibles en cada caso, sino las que, desde mi punto de vista, son las más útiles/legibles/accesibles. Para los que quieran profundizar en esta historia y para los lectores más expertos, una lista más exhaustiva de los estudios disponibles aparece en la sección bibliográfica al final, aunque sigue siendo selectiva, porque la literatura disponible es muy vasta. En especial, me centro sobre todo en las obras académicas en lengua inglesa, aunque señalo unos pocos libros y artículos en otras lenguas cuando han significado una contribución particularmente importante. Mis sugerencias para ampliar las lecturas de cada capítulo son bastante generales; sólo para el esencial capítulo 5, la reconstrucción de la batalla de Maratón, entro en más detalles.

Fuentes

Para los capítulos principales de este libro, es decir, los capítulos del 1 al 5, la fuente principal de la que

depende todo lo que sabemos es Herodoto. Su *Historia*, escrita entre 445 y 425 a.C. —una generación después de las guerras médicas— nos ha dado la palabra «historia» que desde entonces da nombre al tema de investigación y la narración/análisis de los acontecimientos del pasado. En el original griego, el término de Herodoto *historiai* significa algo así como «investigaciones» o «averiguaciones», y nos cuenta que se pasó años viajando por todo el mundo del Mediterráneo oriental y del Oriente Próximo, visitando los lugares de los acontecimientos que recoge, entrevistando a las personas sobre las costumbres y las historias de sus comunidades, y en especial, por supuesto, entrevistando a los participantes supervivientes o a las hijas de los participantes en las guerras grecopersas. Muchas de las historias que cuenta son fantásticas, pero demuestra que es consciente de ello, explicándonos que su oficio era informar de lo que le habían explicado, se lo creyese o no. Realizó esfuerzos para obtener una imagen lo más precisa posible de los acontecimientos; no resulta raro que informe de varias versiones de los acontecimientos cuando eran habituales versiones diversas, y de vez en cuando revela su incredulidad sobre una historia o una versión y su preferencia por una de las muchas versiones del acontecimiento concreto. Hay que decir que su determinación en informar sobre las historias

que le explicaban, aunque fueran increíbles, no significa que fuera un investigador acrítico o poco sofisticado. De hecho, en su reconocimiento de que las diversas versiones de un acontecimiento podían contener parte de la verdad, pues ofrecen el punto de vista de los diferentes participantes, demuestra un sentido histórico muy sensato.

Hasta aquí la visión de Herodoto sobre sus actividades. Desde tiempos muy antiguos se le ha sometido a crítica, que a veces ha llegado a una incredulidad radical en sus métodos y pretensiones: en la época moderna, la forma más radical de incredulidad fue expresada por Fehling en 1989; pero la crítica extrema de Fehling ha sido contestada por diversos estudiosos —en especial la respuesta de Pritchett en 1993, bastante incoherente y a veces demasiado vehemente— y la mayoría de los estudiosos actuales se inclinan a creer a Herodoto en su conjunto y con ciertas reservas. Una razón principal para esta valoración positiva de Herodoto es el progreso de nuestros conocimientos a través de los descubrimientos arqueológicos, que con frecuencia han corroborado la información de Herodoto. Un ejemplo famoso de ello fue el descubrimiento de la inscripción «autobiográfica» del rey Darío en Bisutun, que hemos visto en el capítulo 2, que confirmaba el relato de Herodoto sobre el golpe de Darío. La literatura sobre

Herodoto es muy amplia. El lector inglés no especializado debería leer la traducción de Robin Waterfield de la colección Oxford World Classics (1998), aunque la traducción de Penguin Classics obra de A. de Selincourt, revisada por J. Marineóla (1996) también es muy buena. Una introducción general excelente a Herodoto y los diversos temas que plantea su vida y su obras es la de Dewald y Marineóla, 2006. Véase también Gould, 1989; Hartog, 1988; Thomas, 2000; Mumson, 2001; Marineóla, 2001. Aún vale la pena leer el estudio del gran Arnaldo Momigliano (1966). Además, en los últimos años se han publicado una serie de antologías de estudios sobre Herodoto: recomiendo Bakker *et al.*, 2002; Derow y Parker, 2003; Karagheorgis y Taifacos, 2004.

Además de Herodoto, disponemos de varias «Vidas» de los antiguos líderes griegos, obra de Plutarco, en especial las de Licurgo, Solón, Arístides y Temístocles, que están disponibles a través de la colección Loeb Classics, así como el ensayo de Plutarco *Sobre la malicia de Herodoto* que se puede encontrar en Bowen, 1992. La *Descripción de Grecia* de Pausanias es otra fuente valiosa y se puede leer fácilmente en inglés en la traducción de Peter Levi en la colección Penguin Classics (1971); y sobre Pausanias como escritor y como fuente histórica se puede leer con gran provecho Habicht, 1985. Una buena selección de fuentes

documentales y fragmentarias ha sido reunida y traducida al inglés por Crawford y Whitehead, 1983.

Introducción

Para la gran pintura de la batalla de Maratón en la pared de la *stoa poikile* y otras conmemoraciones, véase Harrison, 1972; Wycherly, 1972; Massaro, 1978 y Perry, 2001. El epitafio de Esquilo fue citado por Ateneo en *Deipnosophistai* 14.627d. Los pasajes citados de los autores atenienses de los siglos V y IV sobre Maratón son: Aristófanes, *Los acarnienses* 172, *Los caballeros* 133-134 y 781-785, *Las avispas* 696, *Lisístrata* 281, y el fragmento de la obra perdida *Holkades* está citado en Ateneo 3.111.^a; el fragmento de Cridas también procede de Ateneo: 1.28; Isócrates, *Panegírico* 71, *Peri to zeugous* 27, *Sobre la paz* 38; *Panatinaicos* 195, *plateos* 57 y 62, *A Filipo* 129; Esquines *Sobre la embajada* 75, *Contra Ctesifonte* 181, 186 y 259; Demóstenes *Sobre la falsa embajada* 311-312, *Contra Aristócratas* 196; *Oración fúnebre* 11; y los pasajes de Heráclides Póntico y Duris de Samos aparecen citados por Ateneo en 12.512 y 6.253 respectivamente. Sobre la tradición de oraciones fúnebres atenienses y sus (malas) interpretaciones de la historia ateniense, véase Loraux, 1986 y Walters, 1981. Para la representación de Maratón en el friso del templo de Niké: Harrison, 1972 y Palagia, 2005. La leyenda de la carrera de Maratón fue narrada por

Plutarco en «Sobre la gloria de los atenienses» en *Moralia* 347C y por Luciano en *Sobre una falta cometida al saludar*.

Sobre la historia de George Grote, véase Momigliano, 1952, Calder, 1996 y Demetriou, 1999; y por el medio liberal al que pertenecía, y su relación con John Stuart Mili y su círculo, véase ahora la excelente biografía de Mili de la mano de Reeves, 2007. Para algunas actualizaciones/revisiones de la lista de Creasy de las batallas decisivas, ilustrando su influencia, véase entre otros Fuller, 1954-1956; Pratt, 1956; Mitchell, 1964; Frankland y Dowling, 1976, Davis, 1999 y Hanson, 2001. Para la historiografía del movimiento olímpico moderno véase ahora Buchanan y Mallon, 2006; también Young, 1996 y Findling y Pelle, 2004. Para la invención de la carrera del maratón moderna en particular, la introducción histórica en Jones, 2003 es un buen recurso. Cualquiera que esté interesado en la película *The Giant of Marathón* la puede ver en Internet [en http://www.archive.org/details/CCO_TheGiantofMarath](http://www.archive.org/details/CCO_TheGiantofMarath)

Capítulo 1 : Los antiguos griegos

Para familiarizarse más con los antiguos griegos existen numerosas historias generales disponibles. Además de la gran historia en varios volúmenes de George Grote, citada en la introducción, y los volúmenes correspondientes de la *Cambridge Ancient*

History, es decir, en especial los volúmenes III.3 y IV, que debería consultarse en la edición revisada preparada en la década de 1980, recomiendo a Hammond, 1959, que debería leerse en la tercera edición de 1989; Sealey, 1976; Freeman, 1999; Osborne, 1996; Boardman, Griffin y Murray, 1986; Orrieux y Schmitt Pantel, 1999; Cartledge, 2001 b\ Morris y Powell, 2006; Pomeroy, Burstein, Donlan y Roberts, 2007; y muchos otros más. Austin y Vidal-Naquet, 1977 combinan de forma excelente la historia social y económica con la traducción de fuentes primarias. En especial para la Grecia más temprana, el tema particular de este capítulo, Murray, 1983 es una lectura excelente, y Snodgrass, 1980 es valioso por su familiaridad en especial con las evidencias arqueológicas.

Unos recursos actualizados excelentes sobre Homero son los comentarios editados por Kirk en la *Iliada*, 1985-1993 y por Heubeck, West, Hainsworth *et al.* en la *Odisea*, 1998-1993. Para el uso de Homero como fuente histórica, Finley, 1976 resulta crucial, y véase también I. Morris, 1986. Sobre los valores homéricos, y el sistema de valores de la Grecia arcaica en general, Nagy, 1979, Adkins, 1972 y Fisher, 1992.

Sobre la colonización griega, Graham 1964 es fundamental, y para una visión breve y actualizada de sus puntos de vista véase su capítulo en la *Cambridge*

Ancient History vol. III.3, 1982, cap. 38; véase también Boardman, 1999; Ridgway, 1992; Malkin, 1987 y 1998.

Sobre los tiranos griegos, Andrewes, 1956; Berve, 1967; Pleket, 1969 y McGlew, 1993. Sobre la forma griega de hacer la guerra véase Hanson, 1998 y 1999, Van Wees, 1992 y 2004. Para el crecimiento económico griego, y en especial el comercio, véase Austin y Vidal-Naquet, 1977; Bresson, 2000 y Cartledge, Cohén y Fowhall, 2002. Para el papel de la península Calcídica en el desarrollo de la tecnología del acero carbónico en la Grecia arcaica, Bakhuizen, 1976. El texto fundamental para el desarrollo del alfabeto griego sigue siendo Jeffrey, 1990 (2.^a edición con actualizaciones por parte de Johnston); véase también Powell, 1991. Una selección excelente de poesía lírica traducida es Lattimore, 1960; colecciones más completas se pueden encontrar en la colección Loeb Classical Library en los cinco volúmenes de *Greek Lyric Poetry* de D. A. Campbell (1982-1993), y los dos volúmenes de *Greek Iambic Poetry* y *Greek Elegiac Poetry* de D. E. Gerber (ambos de 1999). Bowra, 1936, aunque superado, sigue siendo en mi opinión una de las mejores evocaciones de la atmósfera cultural de los poetas líricos griegos; véase también Campbell, 1982 y M. West, 1993. Sobre la importancia del simposio para la cultura griega, véase entre otros la colección de ensayos editada por Murray, 1990. Sobre los racionalistas jonios, la mejor

fuentes para el lector inglés es Kira, Raven, Schofield, 1983; véase también Vlastos, 1995; Barnes, 1982; Guthrie, 1991; A. A. Long, 1999 y la obra de Nietzsche *La filosofía en la época trágica de los griegos* (escrita en 1873 pero publicada postumamente) está, como todo lo que escribió este gran filósofo, llena de perspicacias únicas. Sobre Esparta, finalmente, las obras de Cartledge son excelentes (2001a, 2003), y véase también Forrest, 1968; Fitzhardinge, 1980; Hooker, 1980 y Figueira, 2004.

Cápítulo2: El Imperio Persa

Para la historia del Imperio persa, Herodoto, aunque sea un extranjero, es nuestra mejor fuente; pero su información se ve completada y a veces corregida por una variedad de fuentes documentales persas y del Cercano Oriente, de las cuales se puede encontrar una buena selección en Kent, 1954.

En este capítulo me he apoyado principalmente en Cook, 1983, un resumen excelente y muy legible del Imperio persa. Aunque en muchos aspectos se ha visto superado, Olmstead, 1948 aún se puede leer con provecho; Frye, 1963 y 1984 son excelentes, al igual que Gershevitz, 1985; Dandamaev, 1989 y Curtis, 2000; pero por encima de todos ellos, los que estén interesados en un relato detallado del Imperio persa aqueménida deben consultar Briant, 2002. Alien, 2005 también merece aquí una mención especial; más obras

se pueden encontrar en la bibliografía.

Sobre Persépolis véase Herzfeld, 1968; Cameron, 1948; Lewis, 1994; Brosius, 2000 y 2003. Sobre Pasargada, Stronach, 1978. Susa no ha sido investigada a fondo, aunque una relación básica con algunas ilustraciones se puede encontrar en Olmstead, 1948. Sobre el arte persa y en general su arqueología véase Root, 1979, Boardman, 1999 y 2000, Loukonine e Ivanov, 2003, y también Cutis y Tallis, 2005.

Sobre la forma persa de hacer la guerra, Sekunda y Chew, 1992; para el zoroastrismo véase la obra en tres volúmenes de Obice, 1975/1982/1991; sobre los medos en particular véase Cuyler Young, 1988; y para el contexto general del Cercano Oriente la obra en dos volúmenes de A. Kuhrt, 1995 es extraordinaria, y la *Cambridge Ancient History* (vols. I-IV, a leer en la última edición publicada en la década de 1980) es siempre un recurso excelente.

Capítulo 3: Los atenienses

El relato de Herodoto sobre las reformas de Clístenes se puede encontrar en 5.62-73; otras referencias e historias sobre la Atenas arcaica se pueden encontrar a través del índice en la traducción de Waterfield. *La vida de Solón* de Plutarco es una fuente importante para las reformas de Solón. La fuente más importante sobre las estructuras y el desarrollo político de la Atenas arcaica es, sin embargo, la *Athenaion*

Politeia («Constitución de los atenienses») atribuida por la mayoría de los especialistas (de forma acertada según mi punto de vista) a Aristóteles. Este texto se puede consultar en inglés en Moore, 1975, con un comentario muy útil. El Libro 1 de la *Descripción de Grecia* de Pausanias también resulta útil.

Los estudios sobre la antigua Atenas son muy abundantes y aquí sólo voy a apuntar un puñado de ellos. Una excelente historia general de Atenas en Roberts, 1984. Sobre el desarrollo político ateniense un buen punto de partida es Hignett, 1952, que se debe completar y actualizar con Ostwald, 1986; Sealey, 1987; McDowell, 1978; Manville, 1990 y Wood, 1988. Un análisis reciente y muy destacable sobre el desarrollo de Atenas en el siglo VI, y en especial de los objetivos y el contexto de las reformas de Clístenes, es Anderson, 2003, aunque tengo la sensación que de alguna manera no da suficiente importancia a la invención de la democracia por parte de Clístenes. Sobre el desarrollo de la democracia ateniense véase más en Morris y Raaflaub, 1998 y Raaflaub, Ober y Wallace, 2007. Sobre el tema de la población y la demografía atenienses Hansen, 1986 ofrece un análisis sofisticado, y véase también Hansen, 2006.

Sobre las «Leyes de cercamiento» inglesa véase, entre otros, Nelson, 1993 y Shaw-Taylor, 2001; la «Ley de parcelación» norteamericana se analiza en Lause,

2005. Hasta donde sé, ningún historiador ha visto la reforma agraria de Solón como una respuesta a un intento de «ocupación de las tierras» similar a estos ejemplos modernos.

Capítulo 4: Persia y los griegos

Una vez más, nuestra fuente es básicamente Herodoto. Sigue siendo fundamental la obra de 1962 de A. R. Burns, que ahora está disponible en una edición revisada de 1984; y véase un buen análisis reciente en De Souza, 2003. Una aproximación extremadamente interesante, que intenta ver las guerras desde la perspectiva persa, es Cawkwell, 2004. Específicamente para la revuelta jonia Evans, 1976; Murray, 1988 y Georges, 2000. Sobre Datis véase Lewis, 1980.

Capítulos 5: La batalla de Maratón

Nuestros conocimientos de la gran batalla propiamente dicha proceden de forma abrumadora de Herodoto, que ofrece sólo el primer relato de la misma, basado en los informes de testigos presenciales o de sus hijos, sino también de largo el más completo. El relato de la batalla se encuentra en el libro 6 secciones de la 102 a la 120. El relato de Herodoto se puede completar en algunos detalles que se encuentran en otras fuentes, pero en general dependemos de Herodoto en este tema. Otras fuentes son: Plutarco, *La vida de Arístides* 5 (que ofrece el detalle que Arístides y Temístocles participaron en la batalla); Pausanias

1.32 y también 4,22 y 10.20; el *Milciades* de Cornelio Nepote; y Justino 2.9. Sobre el tema de las fuerzas militares en Maratón, Herodoto no ofrece unos números específicos, pero en *Milciades* 5 de Cornelio Nepote, *Moralia* 305B de Plutarco y Pausanias 10.20 se ofrece la cifra de 9.000 atenienses y 1.000 plateos en la batalla, dando un global de 10.000 hombres; obviamente estas cifras están redondeadas. Es posible que Justino 2.9 confunda el total por el número de atenienses cuando habla de 10.000 atenienses y 1.000 plateos. Lo importante es que estas cifras son consistentes con el número de atenienses y plateos que según Herodoto lucharon en la batalla de Platea diez años más tarde, en 479: unos 8.000 atenienses y 600 plateos (Herodoto 9.28). No parece probable que luchasen más plateos en Maratón que frente a su propia ciudad, de manera que los 1.000 plateos posiblemente están redondeados al alza y que 600 sea una cifra mucho más plausible; en cuanto a los atenienses, habría que recordar que en 479 también tenían hombres sirviendo en sus barcos en la campaña de Micalé (Herodoto 9.90-106), de manera que un total de más de 9.000 hoplitas para su falange en 490 es perfectamente plausible. Nepote, Plutarco y los demás probablemente reproducen una fuerte tradición de que alrededor de 10.000 griegos lucharon en Maratón, más del 90 por ciento de ellos atenienses, y dicha tradición tiene

sentido. Respecto a las fuerzas persas, existe una gran variedad en nuestras fuentes, aunque en todos los casos las cifras mencionadas son demasiado grandes para ser creíbles: Nepote en *Milciades* 4 habla de 200.000 infantes y 10.000 de caballería; Plutarco en *Moralia* 305B y Pausanias 4,22 se refieren a 300.000 persas; Justino 2.9 habla de 600.000 persas. Dichas cifras no son tardías: ya en los siglos V y IV autores como Simónides, Lisias (*Oración Fúnebre* 21) y Platón (*Menexeno* 240A) mencionan 200.000 o medio millón de persas. Ninguna de estas cifras es creíble, como he señalado en el texto.

Las reconstrucciones o los estudios modernos de la batalla son numerosos, remontándose hasta las obras de George Grote y Edward Creasy citadas en la introducción, y más atrás. Tratamientos modernos útiles de la batalla se pueden encontrar, por ejemplo, en: G. B. Grundy, 1901; A. R. Burn, 1962; J. F. Lazenby, 1993; P. Green, 1996; R Davis, 1999; R de Souza, 2003; A. Lloyd, 2004 y T. Flolland, 2006. Además de estos estudios generales de las guerras médicas y de las campañas y batallas individuales, que por supuesto hacen una mención especial de la batalla de Maratón, existen numerosos estudios especializados en temas concretos.

En primer lugar, una obra crucial sobre la topografía de la llanura de Maratón y el campo de batalla, iniciada

por Grundy en su visita a Grecia en la década de 1890, es la de W. K. Pritchett, 1960; y se pueden ver los resultados de diversas excavaciones en y alrededor del túmulo funerario y la llanura en P. G. Themelis, 1974 y J. A. G. Van der Veer, 1982; también en A. R. Burn, 1977. Otro tema importante es el de la fecha exacta de la batalla: en líneas generales se ha creído, siguiendo a August Boeckh, 1855, que se libró a principios de septiembre, pero A. R. Burn, 1962, en especial pp. 240-241 n. 10 y p. 257, argumenta de forma muy convincente que es preferible el mes de agosto, y véase ahora D. W. Olson, 2004 que establece astronómicamente la plausibilidad de una fecha en agosto al confirmar la primera luna nueva del año 490/489.

En cuanto a la batalla propiamente dicha, cualquier reconstrucción en detalle debe ser más o menos hipotética como nos recuerda Whatley 1964. Aún así, la reconstrucción que he ofrecido se basa en la premisa que Herodoto, que fue capaz de entrevistar a participantes en la batalla y a sus hijos, no se puede haber equivocado demasiado en las líneas generales de la batalla. Aceptada esta premisa, que nos permite utilizar la narración de Herodoto como nuestro esquema principal de la batalla, existen cinco elementos principales que se deben aclarar: ¿por qué los atenienses decidieron bajar a la llanura y luchar en el momento en que lo hicieron en lugar de esperar los

refuerzos de Esparta? ¿Cuándo, cómo y por qué navegaron los barcos persas alrededor del Ática en dirección a la bahía de Falero? ¿Por qué no jugó un papel más importante la caballería en el bando persa? ¿Qué distancia corrieron los atenienses para librar la batalla y por qué? ¿Cuándo y por qué corrieron (o mejor dicho, fueron a paso ligero) los atenienses de regreso a Atenas?

La clave para responder a todas estas preguntas, desde mi punto de vista, es una observación básica sobre la singladura de los persas alrededor del Ática: si los persas partieron después de la batalla, no pudieron llegar a Falero el mismo día, como demuestra un sencillo cálculo de la distancia y la velocidad probable de los barcos: véase J. T. Hodge, 1975a y 1975b, que señala que la distancia son unos buenos ciento doce kilómetros y que los barcos antiguos, incluso los trirremes, remando a toda velocidad, no podían cubrir dicha distancia en una tarde. Hodge argumenta que la tradición antigua (Plutarco, *Arístides* 5.5) de un viaje en el mismo día debe ser errónea; pero sabemos que los antiguos trirremes podían alcanzar unos cinco nudos (alrededor de once kilómetros a la hora) cuando era necesario, y eso les permitiría remar desde Maratón a Falero si partían al amanecer, no después de la batalla a primera hora de la tarde, como se creía hasta ahora. Sobre los antiguos trirremes, su

construcción y prestaciones, véase Coates, Morrison y Rankiv, 2007. Si los persas partieron al alba para rodear el Ática, y los líderes atenienses lo sabían, quedaría explicada su decisión de bajar al llano y luchar. Un pasaje en una enciclopedia bizantina llamada la *Suda* lo sugiere y también explica la ausencia casi total de la caballería en la batalla: bajo el encabezamiento *chorís hippeis* («sin caballería»), afirma que informantes jonios avisaron a los atenienses en Maratón que «la caballería se había ido; y Milcíades al valorar su ausencia, atacó y de este modo consiguió la victoria»: véase Burn, 1962, p. 247 que reproduce el texto original griego en la n. 23. Sin la caballería, los griegos lucharon contra los persas en unas condiciones más igualadas; con la escuadra persa en dirección hacia Falero y con su llegada prevista en un plazo de unas doce horas desde el amanecer, los atenienses tenían que luchar o retirarse.

Así, al asumir sencillamente que los barcos persas con la caballería y otras tropas partieron hacia Falero al amanecer, en lugar de después de la batalla, se explica la ausencia de caballería y la decisión de los atenienses de bajar al llano y luchar, y también explica la marcha forzada de regreso a Atenas después de la batalla: los atenienses victoriosos debían llegar a Atenas antes de que llegasen los barcos persas hacia las seis o las siete de la tarde. Herodoto 6.116 enfatiza que

la marcha de los atenienses fue una cuestión de gran rapidez y urgencia por la necesidad de batir a los parcos persas. J. P. Holoka argumenta que los atenienses ni marcharon ni pudieron marchar el mismo día de la batalla, algo que considera como una gesta sobrehumana; en su lugar la marcha debió tener lugar bastantes días más tarde (quizá seis días). Pero los modernos historiadores de sillón acostumbrados al transporte motorizado no deberían decidir que es o no es posible para un antiguo guerrero griego habituado a ir andando a todas partes durante toda su vida. Hammond, 1959, p. 216 n. 2, confirma que él personalmente caminó desde Atenas a Maratón en seis horas, y volvió el mismo día en siete horas, lo que nos demuestra que una marcha forzada en más o menos siete horas es totalmente posible y me conduce a aceptar la clara implicación que se deriva de Herodoto. Una reconstrucción muy parecida de la batalla ha sido propuesta por Holland, 2006, que no vi hasta después de terminar mi propia reconstrucción.

Queda por analizar la carrera de los atenienses durante la batalla. Donlan y Thompson, 1976 y 1979 abogan por una carrera de sólo unos 200 metros, porque la carrera de toda una milla con la armadura completa habría sido impracticable, si no imposible, e innecesaria teniendo en cuenta el alcance de los arcos persas. A pesar de los argumentos de algunos

estudiosos de que los arcos antiguos podían disparar flechas a más distancia que dichos 200 metros — aparentemente se ha llegado hasta los 500 metros, véase W. McLeod, 1970— creo que Donlan y Thompson tienen razón. La cuestión no es a qué distancia podía disparar una flecha un arquero entrenado con un arco de primera clase. El tiro con arco militar persa era cuestión de miles de arqueros disparando a la mayor velocidad posible: el objetivo era conseguir un altísimo volumen de fuego; la habilidad de los individuos en el disparo de flechas (inevitablemente lento) a grandes distancias no era de utilidad al enfrentarse a una gran formación enemiga. Y miles de arqueros concentrados en disparar una flecha cada pocos segundos al unísono contra una gran masa de hombres en movimiento, no habrían sido efectivos a una distancia mayor de la estimada por Donlan y Thompson, si es que llegaban a tanto: yo sugiero 150 metros como la distancia más larga que se habrían visto obligados a correr los atenienses, y que efectivamente corrieron. Poco más o menos un centenar de metros es lo que parece más probable.

Para una parte de la caballería persa jugando un papel en Maratón, según el friso del templo de Niké, véase Palagia, 2005; para profundizar en la «carrera» de Maratón, véase Frost, 1979 y Kertesz, 1991; para una lectura diferente del fragmento de la *Suda*, que me

parece que violenta el texto, véase Shrimpton, 1980; otras reconstrucciones de la batalla o de diversos detalles se pueden encontrar en J. A. S. Evans, 1984 y 1993; N. A. Doenges, 1998; }. H. Schreiner, 1970 y 2004.

Cápítulo 6: Consecuencias e importancia

Para la historia de las guerras médicas después de Maratón, véase las obras citadas más arriba en el capítulo 4. Sobre Atenas, y el poder ateniense, después de las guerras médicas, Meiggs, 1972 y de Ste. Croix, 1972 siguen siendo extremadamente valiosos. Véase también A. Powell, 1988, J. K. Davies, 1993, y las historias generales que se han citado en el capítulo 1. Sobre la cultura griega clásica, véase entre otros Cartledge, 2001 *b*; los escritos de las principales figuras culturales que he destacado —Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes, Herodoto, Tucídides, Platón, Aristóteles, Isócrates, Lisias, Demóstenes y los demás— están ampliamente disponibles en la colección Penguin Classics y la Loeb Classical Library. Sobre el movimiento sofista véase en especial Kerferd, 1981 y de Romilly, 1998, y la colección de textos de Dillon, 2003.

BIBLIOGRAFÍA

Adkins, A. W. H. (1972): *Moral Values and Political Behaviour in Ancient Greece From Homer to the End of the Fifth Century*, W. W. Norton & Co.

Alien, L. (2005): *The Persian Empire. A History*, British Museum Press.

G. Anderson, 2003: *The Athenian Experiment. Building an Imagined Political Community in Ancient Attica, 508-490 BC*, University of Michigan Press.

Andrewes, A. A. (1956): *The Greek Tyrants*, Hutchinson & Co.

Austin, M. M. y Vidal-Naquet, P. (1977): *Economic and Social History of Ancient Greece. An Introduction*, University of California Press. [Hay traducción al castellano: *Economía y sociedad en la antigua Grecia*, Barcelona, Paidós, 1986.]

Austin, M. M. (1990): «Greek tyrants and the Persians, 546-479 BCE», en *Classical* (quarterly, n.s. 40, pp. 289-306.

Bakhuizen, S. C. y Kreulen, R. (1976): *Chalcis-in-Euboea, Iron and Chalcidians Abroad*, Brill.

Bakker, E.J.; de Jong, I.J. y van Wees, H.

(eds.) (2002): Brill's Companion to Herodotus, Brill.

Balcer, J. M. (1989): «The Persian Wars against Greece: a reassessment» en *Historiaos*, pp. 127-145.

—(1993): *A Prosopographical Study of the Ancient Persians Royal and Noble c. 550-450 BC*, Lewiston.

—(1995): *The Persian Conquest of the Greeks 545-450 BC*, Universitaets Verlag Konstanz.

Barnes, J. (1982): *The Presocratic Philosophers*, Routledge.

Berve, H. (1967): *The Tyrannis bei den Griechen*, Beck.

Boardman, J.; Griffin, J. y Murray, O. (1986): *Greece and the Hellenistic World*, Oxford U P.

Boardman, J. (1999): *The Greeks Overseas*, 4.^a ed. Thames & Hudson. [Hay traducción al castellano: *Los griegos en ultramar*, Madrid, Alianza, 1999.]

—(2000): *Persia and the West. An Archaeological Investigation of the Genesis of Achaemenid Art*, Thames & Hudson.

Boeckh, A. (1855): *Zur Geschichte der*

Mondcyclen der Hellenen, Teubner.

Boedeker, D. (1987): «Herodotus and the invention of history», en *Arethusa*, 20, pp. 5-8.

—(1998): «The New Simónides and heroization of Plataea», en N. Fisher & H. van Wees (eds.), *Archaic Greece: New Approaches and New Evidence*, Duckworth, pp. 231-249.

—(2001): *The New Simónides: Contexts of Praise and Desire*, Oxford U. P.

Bowen, A. J. (ed.) (1992): *Plutarco: The Malice of Herodotus*, Aris & Philips.

Bowra, C. M. (1936): *Greek Lyric Poetry from Alemán to Simónides*, Oxford U. P.

Boyce, M. (1975, 1983, 1991): *A History of Zoroastrianism*, 3 vols., Brill.

Bresson, A. (2000): *La cité marchande*, de Boccard.

Briant, P. (1989): «History and Ideology: the Greeks and Persian “decadence”» ahora más fácil de encontrar en T. Harrison (ed.) 2002.

—(1999): «The Achaemenid Empire», en K. Raaflaub y N. Rosenstein (eds.), *War and Society in the Ancient and Medieval*

Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe and Mesoamerica, Center for Hellenic Studies, pp. 105-128.

—(2002): *From Cyrus to Alexander. A History of the Persian Empire*, Eisenbrauns (traducido del original francés de 1996).

Brosius, M. (2000): *The Persian Empire from Cyrus II to Artaxerxes I*, LACTOR 16.

—(2003): «Reconstructing an archive: account and journal texts from Persepolis» en Brosius (ed.), *Ancient Archives and Archival Traditions. Concepts of Record-Keeping in the Ancient World*, Oxford U. P., pp. 264-283.

Buchanan, I, y Mallon, W. (2006): *A Historical dictionary of the Olympic Movement*, Scarecrow Press.

Burn, A. R. (1960): *The Lyric Age of Greece*, Arnold.

—(1977): «Thermopylai revisited and some topographical notes on Marathón and Plataiai», en K. H. Kinzl (ed.), *Greece and the Ancient Mediterranean in Ancient History and Prehistory. Studies Presented to Fritz Schachermeyr on his Eightieth Birthday*, de Gruyter, pp. 89-105.

—(1962-1984): *Persia and the Greeks. The Defence of the West 546-478 BC*, 2.^a ed.,

Duckworth (1.^a ed. Arnold).

Calder, W. y Trzaskoma, S. (eds.) (1996): *George Grote Reconsidered: a 200th Birthday Celebration*, Weidman.

Cameron, G. G. (1948): *Persepolis Treasury Tablets*, Oriental Institute Chicago.

Campbell, D. A. (1982-1993): *Greek Lyric Poetry*, 5 vols., Loeb Classical Library.

—(1982): *Greek Lyric Poetry: A Selection of Early Greek Lyric, Elegiac, and Iambic Poetry*, Duckworth.

Cardedge, P. A. (2001a): *Sparta and Lakonia. A Regional History 1300-362 BC*, 2.^a ed., Routledge.

—(2001b): *The Greeks. Crucible of Civilization*, BBC Books. [Hay traducción al castellano: *Los griegos: encrucijada de la civilización*, Barcelona, Crítica, 2007.]

Cartledge, P. A.; Cohén, E. y Foxhall, L. (2002): *Money, Labour and Land: Approaches to the Economies of Ancient Greece*, Routledge.

Cardedge, P. A. (2003): *The Spartans. An Epic History*, 2.^a ed., Pan Macmillan. [Hay traducción al castellano: *Los espartanos*, Barcelona, Ariel, 2009.]

—(2006): *Thermopylae. The Battle that*

Changed the World, The Overlook Press.
[Hay traducción al castellano: *Termopilas: la batalla que cambió el mundo*, Barcelona, Ariel, 2008.]

Cawkwell, G. L. (2004): *The Greek Wars. The Failure of Persia*, Oxford U. P.

Christ, K. (ed.) (1986): *Sparta*,
Wissenschaftliches Buchgesellschaft
Darmstadt.

Coates, J.; Morrison, J. y Rankov, N. B.
(2007): *The Athenian Trireme. The History
and Reconstruction of an Ancient Warship*,
2.^a ed., Cambridge U. P.

Coleman, J. E. y Walz, C. E. (eds.)
(1997): *Greeks and Barbarians. Essays on
the Interactions between Greeks and Non-
Greeks in Antiquity and the Consequences
for Euro-Centrism*, Occasional Publications
of the Dept. of Near Eastern Studies and the
Program of Jewish Studies, Cornell U.

Cook, J. M. (1983): *The Persian
Empire*, Dent.

Crawford, M. y Whitehead, D. (1983):
Archaic and Classical Greece, Cambridge
U.P.

Creasy, E. (1851): *The Fifteen Decisive
Battles of the World: From Marathón to*

Waterloo, R. Bentley. [Hay traducción al castellano: *Las batallas decisivas en la historia del mundo*, San Sebastián, J. Gubert, 1940.]

Curtis, J. (2000): *Ancient Persia*, 2.^a ed., British Museum Press.

Curtis, J. y Tallis, N. (eds.) (2005): *Forgotten Empire: The World of Ancient Persia*, British Museum Press.

Cuyler Young, T. (1988): «The early history of the Medes and the Persians and the Achaemenid Empire to the death of Cambyses», en *Cambridge Ancient History*, vol. IV, 2.^a ed., pp. 1-52.

Dandamaev, M. A. (1989): *A Political History of the Achaemenid Empire*, Brill.

Davies, A. (1981): «Lyric and Other Poetry» en M. I. Finley (ed.), *The Legacy of Greece: A New Appraisal*, Oxford U. P., pp. 93-109.

Davies, J. K. (1993): *Democracy and Classical Greece*, 2.^a ed., Harvard U. P. [Hay traducción al castellano: *La democracia y la Grecia clásica*, Madrid, Taurus, 1988.]

Davies, M. (2004): «Simonides and the “Grateful Dead”», en *Prometheus* 30,3 pp. 275-281.

Davis, P. (1999): *100 Decisive Battles*, Oxford University Press.

Demetriou, K. (1999): *George Grote on Plato and Athenian Democracy. A Study in Classical Reception*, Peter Lang.

Derow, P. y Parker, R. (eds.), 2003: *Herodotus and his World*, Oxford U. P.

C. Dewald, J. Marineóla, 2006: *The Cambridge Companion to Herodotus*, Cambridge U. P.

Dillon, J. 2003: *The Greek Sophists*, Penguin Classics.

Doenges, N. A. (1998): «The campaign and battle of Marathón», en *Historia*, 47, pp. 1-17.

Donlan, W. y Thompson, J. (1976): «The charge at Marathón, Herod. 6.112», en *CJ*, 71, pp. 339-343.

Donlan, W. y Thompson, J. 1979: «The charge at Marathón again», en *CWTi*, pp. 419-420.

Drews, R. (1973): *The Greek Accounts of Eastern History*, Center for Hellenic Studies.

Ellinger, R (2002): «Artemio, Pan, et Marathón. Mythe, polytheisme et evenement historique», en S. de Bouvrie (ed.), *Myth and*

Symbol I. Symbolic Phenomena in Ancient Greek Culture, Norwegian Institute at Athens, pp. 313-532.

Evans, J. A. S. (1976): «Herodotus and the Ionian revolt», en *Historia*, 25, pp. 31-37.

—(1984): «Herodotus and Marathón», en *Florilegium*, 6, pp. 1-27.

—(1993): «Herodotus and the Battle of Marathón», en *Historia*, 42, pp. 279-307.

Fehling, D. (1989): *Herodotus and his «Sources». Invention and Narrative Art*, traducción de J. G. Howie, Leeds Latin Seminar (del original alemán de 1971).

Figueira, T. J. (ed.), 2004: *Spartan Society*, Classical Press of Wales.

Findling, J. E. y Pelle, K. D. (2004): *Enciclopedia of Modern Olympic Movement*, Greenwood Press.

Fisher, N. R. E. (1992): *Hybris. A Study in the Values of Honour and Shame*, Aris & Philips.

Fitzhardinge, L. E. (1980): *The Spartans*, Thames & Hudson.

Forrest, W. G. (1968): *A History of Sparta 950-192 BC*, Hutchinson.

—(1979): «Motivation in Herodotus: the case of the Ionian Revolt», en *Internacional*

History Review ,1, pp. 311-322.

Forsdyke, S. (2001): «Athenian democratic ideology and Herodotus' Histories» en *AJP*122, pp. 333-362.

Frankfort, H. (1970): «The art of Ancient Persia», en *The Art and Architecture of the Ancient Orient*, 4.^a ed., Penguin, cap. 12. [Hay traducción al castellano: *Arte y arquitectura del Oriente antiguo*, Madrid, Cátedra. 1987.]

Frankland, N. y Dowling, C. (1976): *Decisive Battles of the 20th Century*, Sidgwick & Jackson.

Freeman, C. (1999): *The Greek Achievement*, Oxford U. P.

Frost, F. J. (1979): «The dubious origins of “marathón”», en *AJAH*, 4, pp. 159-163.

Frye, R. N. (1963): *The Heritage of Persia*, World Publishing Co. [Hay traducción al castellano: *La herencia de Persia*, Madrid, Guadarrama, 1965.]

—(1984): *History of Ancient Irán*, Beck.

Fuller, J. F. C. (1954-1956): *The Decisive Battles of the Western World and their Influence upon History*, Eyre & Spottiswoode. [Hay traducción al castellano:

Las batallas decisivas del mundo occidental,
Barcelona, Caralt, 1973.]

Georges, P. (1994): *Barbarian Asia and the Greek Experience. From the Archaic Period to the Age of Xenophon*, [oh 11 s Hopkins U. Press.

—(2000): «Persian Ionia under Darius: the Revolt reconsidered», en *Historia*, 49, pp. 1-39.

Gerber, D. E. (1999): *Greek Elegiac Poetry*, Loeb Classical Library.

—(1999): *Greek Iambic Poetry*, Loeb Classical Library.

Gershevitch, I. (ed.) (1985): *The Cambridge History of Irán: The Median and Achaemenid Periods*, Cambridge U. P.

Gould, J. (1989): *Herodotus*, Weidenfeld & Nicolson.

Graf, D. F. (1994): «The Persian Royal Road system» en *Achaemenid History* 8, pp. 167-189.

Green, P. (1996): *The Greco-Persian Wars*, 2.^a ed., University of California Press.

—(2006): *Diodorus Siculus, Book 11-12.37.1 Greek History, 480-431 BC the Alternative Versión*, University of Texas Press.

Grote, G. (1846-1856): *History of Greece*, 12 vols., John Murray.

Grundy, G. B. (1901): *The Great Persian War and Its Preliminaries: a Study of the Evidence, Literary and Topographical*, Scribner's.

Guthrie, W. K. C. (1991): *A History of Greek Philosophy I: The Earlier Presocratics and the Pythagoreans*, Cambridge U. P. [Hay traducción al castellano: *Historia de la filosofía griega I. Los primeros presocráticos y los pitagóricos*, Madrid, Gredos, 1984.]

Habicht, C. (1986): *Pausanias Guide to Ancient Greece*, University of California Press.

Hall, E. (1989): *Inventing the Barbarian. Greek Self-definition through Tragedy*, Oxford U. P.

Hall, J. M. (2002): *Hellenicity: Between Ethnicity and Culture*, University of Chicago Press.

Hallock, R. T. (1969): *Persepolis Fortification Tablets*, University of Chicago Press.

—(1972): *The Evidence of the Persepolis Tablets*, Cambridge U. P.

Hammond, N. G. L. (1959-1984): *A History of Greece*, Clarendon Press.

Hansen, M. H. (1986): *Demography and Democracy. The Number of Athenian Citizens in the 4th Century BC*, Forlaget Systime.

—(2006): *The Shotgun Method. The Demography of the Ancient Greek City-State Culture*, University of Missouri Press.

Hanson, V. D. (1998): *The Western Way of War. Infantry Battle in Classical Greece*, 2.^a ed., University of California Press.

—(1999): *The Wars of the Ancient Greeks and their Invention of Western Military Culture*, Gassell.

—(2001): *Camage and Culture. Landmark Battles in the Rise of Western Power*, Doubleday. [Hay traducción al castellano: *Matanza y cultura, batallas decisivas en el auge de la dominación occidental*, Madrid, Turner, 2004.]

Harrison, E. B. (1972): «The south frieze of the Nike Temple and the Marathón painting in the Painted Stoa», en *AJA*, 76, pp. 353-378.

Harrison, T. (ed.) (2002): *Creeks and Barbarians*, Edinburgh U. P.

Hartog, F. (1988): *The Mirror of Herodotus. An Essay in the Interpretation of the Other*, University of California Press (traducido del original francés de 1980).

Herzfeld, E. (1968): *The Persian Empire. Studies in Geography and Ethnography of the Ancient Near East*, Franz Steiner.

Heubeck, A.; West, S. y Hainsworth, J. B. *et al.* (1988-1993): *A Commentary on Homer's Odyssey*, 3 vols., Oxford U. P.

Hignett, C. (1970): *A History of the Athenian Constitution to the End of the 5th Century BC*, Clarendon Press.

Hodge, A. T. (1975a): «Marathón. The Persians' Voyage», en *TAPhA*, 105, pp. 155-173.

—(1975b): «Marathón to Phalerum», en *JHS*, 95, pp. 169-171.

Hoelkeskamp, K. J. (2001): «Marathón vom Monument zum Mythos»

en D. Papenfuss, V. M. Strocka (eds.), *Gab es das Griechischer Wunder? Griechenland zwischen dem Ende des 6. und der mitte des 5. Jahrhunderts V. Chr.*, Philipp von Zabern, pp. 329-353.

Holland, T. (2006): *Persian Fire: the*

First World Empire and the Battle for the West, Abacus. [Hay traducción al castellano: *Fuego persa: el primer imperio mundial y la batalla por occidente*, Barcelona, Planeta, 2007.]

Holoka, J. P. (1997): «Marathón and the myth of the same day march» en *GRBS*, 38, pp. 329-353.

Hooker, J. T. (1980): *The Ancient Spartans*, Dent.

Hornblower, S. (2001): «Greeks and Persians. West against East», en A. V. Hartmann, B. Heuser (eds.), *War, Peace, and World Orders in European History*, Routledge, pp. 48-61.

Hunt, P. (1998): *Slaves, Warfare and Ideology in the Greek Historians*, Cambridge U. P.

Jeffery, L. H. (1990): *The Local Scripts of Archaic Greece. A Study of the origin of the Greek Alphabet and its Development from the Eighth to the Fifth Centuries BC*, 2.^a ed, revisada por A. W. Johnston, Oxford U. P.

Jones, A. H. M. (1967): *Sparta*, Blackwell.

Jones, H. (2003): *The Expert's Guide to*

Marathón Training, Carlton Books.

Karageorghis, V. y Taifacos, I. (eds.) (2004): *The World of Herodotus*, A. G. Leventis Foundation.

Kent, R. G. (1954): *Oid Persian: Grammar, Texts, Lexicón*, American Oriental Society.

Kerferd, G. B. (1981): *The Sophistic Movement*, Cambridge U. P.

Kertesz, I. (1991): «Schlacht und “Lauf” bei Marathón: Legende und Wirklichkeit», en *Nikephoros* 4, pp. 155-160.

Kirk, G. S.; Raven, f. E. y Schofield, M. (1983): *The Presocratic Philosophers: A Critical History with a Selection of Texts*, 2.^a ed., Cambridge U. P. [Hay traducción al castellano: *Los filósofos presocráticos*, Madrid, Cremos. 2008.]

Kirk, G. S. (ed.) (1985-1993): *The Iliad. A Commentary*, 6 vols., Cambridge U. P.

Konstan, D. (1987): «Persians, Greeks and Empire», en *Arethusa*, 20, pp. 59-73.

Kuhrt, A. (1988): «Earth and Water», en *Achaemenid History*, 3, pp. 87-99.

—(1995): *The Ancient Near East, c. 3000-330 BC*, 2 vols., Routledge.

Lateiner, D. (1989): *The Historical*

Method of Herodotus, University of Toronto Press.

Lattimore, R. (1960): *Greek Lyrics*, University of Chicago Press.

Lause, M. A. (2005): *Young America: Land, Labor, and the Republican Coinmunity*, University of Illinois Press.

Lazenby, J. E. (1985): *The Spartan Army*, Aris & Phillips.

—(1993): *The Defence of Greece 490-479 BC*, Aris & Phillips Ltd.

Lewis, D. M. (1977): *Sparta and Persia*, Brill.

—(1980): «Datis the Mede», en *JHS*, 100, pp. 194-195.

—(1994): «The Persepolis Tablets: speech, seal and script», en A. K. Bowman, C. Woolf (eds.), *Literacy and Power in the Ancient World*, Cambridge U. P, pp. 17-32.

Lloyd, A. (2004): *Marathón: the Crucial Battle that created Western Democracy*, Souvenir Press.

Long, A. A. (1999): *The Cambridge Companion to Early Greek Philosophy*, Cambridge U. P.

Loraux, N. (1986): *The Invention of Athens. The Funeral Oration in the*

Classical City (traducción de A. Sheridan),
Harvard U. P.

Loukonine, V. y Ivanov, A. (2003):
Persian Art, Sirocco.

Louraghi, N. (ed.) (2001): *The
Historian's Craft in the Age of Herodotos*,
Oxford U. P.

MacDowell, D. M. (1978): *The Law in
Classical Athens*, Cornell U. P.

Malkin, I. (ed.) (2001): *Ancient
Perceptions of Greek Ethnicity*, Harvard U.
P.

—(2004): «Postcolonial concepts and
ancient Greek colonization», en *Modem
Language Quarterly*, 65.3, pp. 341-364.

Manville, P. B. (1990): *The Origins of
Citizenship in Ancient Athens*, Princeton U.
P.

Marineóla, J. (2001): «Herodotus», en
*Greek Historians (Greece & Rome New
Surveys in the Classics*, 31), pp. 19-60.

Massaro, V. (1978): «Herodotos'
account of the battle of Marathón and the
Picture in the Stoa Poikile», en *AC*, 47, pp.
458-475.

McLeod, W. (1970): «The bovvsshot and
Marathón», en *JHS*, 90, pp. 197-198.

Meiggs, R. (1972): *The Athenian Empire*, Clarendon Press.

Mikalson, J. D. (2003): *Herodotus and Religion in the Persian Wars*, University of North Carolina Press.

Miller, M. C. (1997): *Athens and Persia in the Fifth Century BC. A Study in Receptivity*, Cambridge U. P.

Mitchell, J. B. (1964): *Twenty Decisive Battles of the World*, Macmillan.

Molyneux, J. H. (1992): *Simonides. A Historical Study*, Bolchazy-Carducci.

Momigliano, A. D. (1952): *George Grote and the Study of Greek History*, H. K. Lewis.

—(1966): «The place of Herodotus in the history of historiography» en *Studies in Historiography*, Weidenfeld & Nicolson, pp. 127-144.

—1975: *Alien Wisdom. The Limits of Hellenization*, Cambridge U. P. [Hay traducción al castellano: *La sabiduría de los bárbaros: los límites de la helenización*, Madrid, FCE, 1999.]

Moore, J. M. (1975): *Aristotle and Xenophon on Democracy and Oligarchy*, University of California Press.

Morris, I. y Raaflaub, K. (eds.), 1998: *Democracy 2500? Questions and Challenges*, Kendal Hunt Publishing Co.

Morris, I. y Powell, B. B. (2006): *The Greeks: History, Culture and Society*, Prentice Hall.

Munson, R. V. (2001): *Telling Wonders. Ethnographic and Political Discourse in the Work of Herodotus*, University of Michigan Press.

Murray, O. (1980): *Early Greece*, Fontana. [Hay traducción al castellano: *Grecia arcaica*, Madrid, Taurus, 1988.]

—(1987): «Herodotus and oral history», en Luraghi (ed.) 2001, pp. 314-325.

—(1988): «The Ionian Revolt», en *Cambridge Ancient History*, vol. IV, 2.^a ed., pp. 461-490.

—(1990): *Sympotica. A Symposium on the Symposium*, Clarendon Press.

Nagy, G. (1979): *The Best of the Achaeans. Concepts of the Hero in Archaic Greek Poetry*, Johns Hopkins U. P.

Neeson, J. M. (1993): *Commoners: Common Right, Enclosure and Social Change in England, 1700-1820*, Cambridge U. P.

Nietzsche, F. (1873): *Philosophy in the Tragic Age of the Greeks*, traducción de Marianne Cowan, Gateway Editions, 1996. [Hay traducción al castellano: *La filosofía en la época trágica de los griegos*, Madrid, Valdemar, 2003.]

Nylander, C. (1970): *Ionians in Pasargadae. Studies in Old Persian Architecture* Academia Universitatis Upsaliensis.

Ollier, F. (1933-1943): *Le mirage spartiate. Etude sur l'idealisation de Sparte dans l'antiquité grecque*, 2 vols., de Boccard.

Olmstead, A. T. (1948): *History of the Persian Empire*, University of Chicago Press.

Olson, D. W. et al. (2004): «The Moon and Marathón» en *Sky & Telescope* 108,3 pp. 34-41.

Orrioux, C. y Schmitt Pantel, P. (1999): *A History of Ancient Greece*, Blackwell's.

Osborne, R. G. (1996): *Greece in the Making 1200-479 BCE*, Methuen. [Hay traducción al castellano: *La formación de Grecia, 1200-479 a. C.*, Barcelona, Crítica, 1998.]

Ostwald, M. (1986): *From Popular Sovereignty to the Sovereignty of the Law*,

University of California Press.

Palagia, O. (2005): «Interpretations of Two Athenian Friezes: the Temple on the Ilissos and the Temple of Athena Nike», enj. M. Barringer, J. M. Hurwit (eds.), *Periklean Athens and Its Legacy*, pp. 177-192.

Perry, E. E. (2001): «Iconography and the dynamics of patronage», en *Hesperia*, 70, pp. 461-492.

Pomeroy, S.; Burstein, S.; Donlan, W. y Roberts, J. (2007): *Ancient Greece. A Political, Social and Cultural History*, 2.^a ed., Oxford U. P. [Hay traducción al castellano: *La antigua Grecia: historia política, social y cultural*, Barcelona, Crítica, 2002.]

Powell, A. (1988): *Athens and Sparta. Constructing Greek Political and Social History from 478 BC*, Routledge.

—(ed.) (1989): *Classical Sparta: Techniques Behind Her Success*, Routledge.

Powell, A. y Hodkinson, S. (eds.) (2002): *Sparta. Beyond the Mirage*, Classical Press of Wales.

Powell, B. B. (1991): *Homer and the Origin of the Greek Alphabet*, Cambridge UP.

Pratt, F. (1956): *The Battles that*

Changed History, Doubleday & Co.

Pritchett, W. K. (1960): «Marathón» en *University of California Studies in Classical Antiquity*, 4.2, pp. 137-175.

—(1971-1991): *The Greek State at War*, 5 vols. University of California Press.

—(1993): *The Liar School of Herodotus*, Gieben.

Raaflaub, K. A. (1987): «Herodotus, political thought, and meaning of history» en *Arethusa*, 20, pp. 221-248.

Raaflaub, K. A.; Ober, J. y Wallace, R. (eds.) (2007): *Origins of Democracy in Ancient Greece*, University of California Press.

Rawson, E. (1969): *The Spartan Tradition in European Thought*, Oxford U. P.

Redfield, J. M. (1985): «Herodotus the tourist» en *Classical Philology* 80, pp. 97-118.

Reeves, R. (2007): *John Stuart Mili: Victorian Firebrand*, The Overlook Press.

Roberts, J. W. (1984): *City of Sokrates: An Introduction to Classical Athens*, Routledge.

Robinson, A. (1995): *The Story of Writing*, Thames & Hudson. [Hay

traducción al castellano: *Historia de la escritura*, Barcelona, Destino, 1996.]

Romilly, J. de (1998): *The Great Sophists in Periclean Athens*, (traducción de Janet Lloyd), Clarendon Press. [Hay traducción al castellano: *Grandes sofistas de la Atenas de Pendes*, Barcelona, Seix-Barral, 1997.]

Romm, J. S. (1998): *Herodotus*, Yale U. R.

—(ed.) (1003): *Herodotus on the War of Greek Freedom. Selections from the Histories*, Hackett.

Root, M. C. (1979): *The King and Kingship in Achaemenid Art. Essays on the Creation of an Iconography of Empire*, Brill.

Ste. Croix, G. E. M. de (1972): *The Origins of the Peloponnesian War*, Cornell University Press.

—(1981): *The Class Struggle in the Ancient World*, Cornell University Press. [Hay traducción al castellano: *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, Barcelona, Crítica, 1988.]

—(2004): «Herodotus and King Cleómenes of Sparta», en *Athenian Democratic Origins and Other Essays*

(editado por D. Harvey, R. Parker), Oxford U. P., pp. 421-440.

Sancisi-Weerdenburg, H. V. Kuhrt, A. (eds.) (1987-1991): *Achaemenid History*, 6 vols., Brill.

Schreiner, J. H. (1970): «The battles of 490 BC», en *PCPhS*, 196, pp. 97-112.

—(2004): *Two Battles and Two Bills. Marathón and the Athenian Fleet*, The Norwegian Institute at Athens Monographs n.º 5.

Sealey, R. (1976a): *A History of the Greek City-States 700-338 BC*, University of California Press.

—(1976b): «The pit and the well: the Persian heralds of 491 BC», en *ClassicalJournal*, 72, pp. 13-20.

—(1987): *The Athenian Republic: Democracy or the Rule of Law?*, Pennsylvania State University Press.

Sekunda, N. y Chew, S. (1992): *The Persian Army 560-330 BC*, Osprey. [Hay traducción al castellano: *El ejército persa, 560-330 a.C.*, Madrid, del Prado, 1994.]

Sekunda, N. y Hook, R. (1998): *The Spartan Army*, Osprey.

Shaw-Taylor, L. (2001): «Parliamentary

Enclosure and the Emergence of an Entitled Rural Proletariat», en *Journal of Economic History*, 61, pp. 640-662.

Shrimpton, G. (1980): «The Persian cavalry at Marathón», en *Phoenix*, 34, pp. 20-37.

Souza, P. de (2003): *The Greek and Persian Wars, 499-386 BC*, Osprey.

Starr, C. G. (1979): «Why did the Greeks defeat the Persians?», en *Essays on Ancient History* (editado por A. Ferrill y T. Kelly), Brill, pp. 193-204.

Stolper, M. W. (1985): *Entrepreneurs and Empire. The Murashu Archive, the Murashu Firm, and Persian Rule in Babylonia*, Netherlands Historical-Archaeological Institute Istanbul.

Strauss, B. S. (2004): *Salamis. The Greatest Naval Battle of the Ancient World*, Simón & Schuster.

Stronach, D. (1978): *Pasargadae*, Oxford U. P.

Stronk, J. (1990-1991): «Sparta and Persia», en *Talanta* 22/3, pp. 117-136.

Talbert, R. (ed.) (2005): *Plutarch on Sparta*, Penguin.

Themelis, P. G. (1974): «Marathón. The

recent finds in relation to the battle», en *AD*, 29, pp. 226-244.

Thomas, R. (2000): *Herodotus in Context. Ethnography, Science, and the Art of Persuasion*, Cambridge U. P.

Veer, J. A. G. van der (1982): «The Battle of Marathón: a topographical survey», en *Mnemosyne*, 35, pp. 290-321.

Wees, H. van (1992): *Status Warriors. War, Violence and Society in Homer and History*, Gieben.

—(1994): «The Homeric way of war: the Iliad and the hoplite phalanx (I) and (II)», en *Greece & Rome*, 41, pp. 1-18 y 131-155.

—(2004): *Greek Warfare. Myths and Realities*, Duckworth.

VI as tos, G. (1995): *Studies in Greek Philosophy: the Presocratics*, Princeton University Press.

—(1984): *Helias und Irán: Studien zu den griechische-persischen Beziehungen vor Alexander*, Wissenschaftliches Buchgesellschaft Darmstadt.

Walters, K. R. (1981): «We fought alone at Marathón. Historical falsification in the Attic funeral oration», en *RhM*, 124, pp. 204-211.

Waters, K. H. (1971): *Herodotus on Tyrants and Despots: a Study in Objectivity*, Steiner.

West, M. L. (1993): *Greek Lyric Poetry*, Oxford U. P.

—(1997): *The East Face of Helicón*, Oxford U. P.

Whatley, N. (1964): «On the possibility of reconstructing Marathón and other ancient battles», en *JHS*, 84, pp. 119-139.

Whitby, M. (ed.) (2001): *Sparta*, Edinburgh U. P.

Wood, E. M. (1988): *Peasant-Citizen & Slave: the Foundations of Athenian Democracy*, Verso.

Wycherly, R. E. (1972): «Marathón in the Poikile», en *PCPhS*, 18, p. 78.

Young, D. C. (1996): *The Modern Olympics: a Struggle for Revival*, Johns Hopkins U. P.

AGRADECIMIENTOS

Una de las obligaciones más agradables del autor es agradecer la ayuda y la asistencia de aquellos que han contribuido a hacer que esta obra sea lo mejor posible. Debo empezar dando las gracias especialmente a Paul Cartledge por leer el manuscrito original de este libro: sus numerosos comentarios y críticas fueron de gran

ayuda, dándome mucho en que pensar y conduciendo a una serie de mejoras, con lo que evitó que cometiera numerosos errores. También le doy las gracias a Roberta Stewart y Jeremy Rutter del Dartmouth College por invitarme a dar una conferencia sobre el tema de este libro, y por sus amables comentarios tanto durante la conferencia como en las conversaciones posteriores. La idea de escribir este libro nació en unión de Peter Meyer: le agradezco la oportunidad de expresar puntos de vista que mantengo desde hace mucho tiempo sobre los conflictos entre persas y griegos y el papel de la batalla de Maratón en dichos conflictos. También le tengo que expresar mi gratitud a Juliet Grames, que propuso que escribiese este libro y vio el proyecto en sus etapas iniciales, y a Tracy Carns por su excelente trabajo en acompañar al manuscrito a lo largo del proceso de publicación. Finalmente, muchas gracias al equipo y a los colaboradores de The Overlook Press en general por todos sus esfuerzos para que se completase esta obra, y en especial a Jack Lamplough en promoción, Bernard Schleifer por su maquetación y diseño, incluidos los árboles genealógicos, y a Mirando Ottewell por emprender la tarea necesaria pero inevitablemente tediosa de compilar el índice analítico.

ÍNDICE ANALÍTICO

A

abattis, 184

Abdera, 154

acadio, 96
acarnienses, Los (Aristófanes), 32
aceite de oliva, 58, 132
Acrópolis, 124
colina del Areópago cerca de la, 126
como refugio, 124
culto a Pan en una cueva bajo la, 182
Erecteion y Propileos en la, 219
rumor de Atenea llevando a Pisístrato a la, 131
sitio de los espartanos en la, 137
Templo de Niké en la, 33, 191
Afrodita, 222
Agamenón, 50
Agesilao, rey, 88
Agíada, 18, 80, 89
agore 84
agón, 51
agricultura, intensiva, 72
Ahrimán, 119
Ahura Mazda, 98, 99, 116, 119-120
Aiantis, 191
Alalia, 154
alardes atenienses, 30
Alceo de Mitilene, 74-75
Alcibíades, 34
Alemán de Esparta, 74, 77, 87
Alcmeónidas (familia), 21, 131

como supuestos traidores, 200
maldición de los, 136
oposición a la tiranía, 124-125, 133, 135
papel en la destitución de Hipias, 151
Alejandro Magno, 41
Alejandro, 159
alfabetización, 64
alfabeto griego, 56
Aliates, 100-101
Amasis, 106, 157
Amatu, 165
Amintas, 113, 159
Anacreonte de Teos, 74, 77, 157
Anahita, 98
Anaxágoras, 221
Anaximandro, 78, 221
Anshan, reyes de, 101
antilabe, 67
Antiochis, 191
apadana, 115
Apis, 107
Aquemenes, 101
Aquiles, 49-50
cualidades de, 50
Aracosia, 110
arameo, 96
arco, 116

escita, 117

arconte, 125, 144, 217

declive del prestigio del, 207

y final de su elección, 206

Ardumanish, 108

arete, 50

Arimnesto, 183

Arión de Lesbos, 74, 77

Aristágoras, 90, 159-160

intento de soborno de Cleómenes por parte de, 162

mapamundi de, 162

súplica a Cleómenes, 161-162

aristeia, 34, 50, 65

como *aristeia* democrática, 36

expresión extrema de, 30

Arístides el Justo, 48, 183, 191, 215

ostracismo de, 146, 207

aristocracias griegas, 59

Aristófanes, 218, 220, 221, 225, 228

actitud hacia la batalla de Maratón, 32-33

Aristóteles, 144, 221, 228

«Constitución de los atenienses», 147

armadura, griega, 25

ligera, persa, 116

Arquíloco de Paros, 74-75, 77

Artafernes (comandante en Maratón), papel político en la batalla de Maratón, 177

decisión de desembarcar en Maratón, 179-180, 184
Artafernes (sátrapa de Sardes), ataque contra Mileto,
166-167

como gobernador (sátrapa) de Sardes, 113, 149, 159
pacificación de Jonia, 170-171

petición de sumisión de Atenas,
151-152

y la revuelta jonia, 164, 166

Artawardiya (Artavasdes), 110

Artemisa Ortia, festival de, 85

Artemisa, 198, 205

Artemisia, 209

Artibio, 165

asentamientos en Grecia, 54

Astiages, 101-103

Asuero, 120

asunto de Harmodio y Aristogitón, 134

Atenas, 125

alianza con los plateos, 89

arcaica, 123

calendario político de, 141

como ciudad tiránica, 216

conflicto con el Imperio persa, 152, 214

después de la victoria en Maratón, 206

falta de cohesión, 131

hostilidad hacia Esparta, 89

hostilidad hacia Tebas, 89

propiedad de la tierra en, 126
si los persas hubieran vencido en Maratón, 223-228
sistema de gobierno democrático de, 34, 129, 138
sistema legal, 125, 146, 217
tamaño de, 123
tributo anual, 115
Atenea, 131
Atos, península, 172, 209
Atossa, 155
aulos instrumento musical, 73
Avesta, 108
avispas, Las (Aristófanes), 33

B

Babilonia, 106, 115
Bageo, 111
bakhtrish, 100
Baquiadas de Corinto, 59
Baquilides, 74
barbaroi, 161
Barca, 223
Bardiya, 107
asileus, 60
batalla decisiva, concepto de, 3940, 43
«Batallas decisivas» (serie de televisión), 44
Belsasar, 106
Bisutun, inscripción, 108, 110
blitzkrieg, 43

Boeckh. August, 58
boule, 141, 147-148
Breal, Michel, 45
Brigos, ataque nocturno contra los persas, 173
Byron, Lord, 29

C

caballeros, Los (Aristófanes), 33
cables de papiro, 215
cabo Sunión, 187
viaje alrededor, 185
Calcis, 149-150, 176
Calías, 216
Calícrates, 219, 222
Calimaco de Afidnas, 182, 187, 192-193, 206
despertado por un mensajero, 185
muerte de, 198
posición de honor en la batalla de Maratón, 191
calzadas reales, 97
Cambises, 106, 156-157
campana escita, 112, 113, 158
canción. *Véase* poesía lírica a canciones de boda, 77
Canciones de la doncella, 77
canto coral, 77, 220
Véase también poesía lírica capilla de san Demetrio,
183
Caris tios, 176
Carmo, 207

carros, 64

Chipre: en la revuelta jonia, 161, 165

rampa de asedio persa en, 118

Ciáxares, 99, 100, 101, 109

Cicerón, 227

Cicladadas (islas Cicladadas), 159, 215

capturadas por los persas, 176, 177

la desastrosa expedición de Milciades a las, 206

Cilicia, 165

Cilón, 124

Cimón, 31, 158, 171, 206, 216

Cinegiro, 198

Cinosura, 179

Cípselo de Corinto, 72

Cípselo, 60

Cirene, 54

Ciro, 99, 101, 102, 120, 153

derrota de Cresos, 104-105

leyenda del nacimiento de, 102

muerte de, 107

y la conquista de Babilonia, 106

y la consolidación del imperio, 106

y la embajada espartana, 155-156

ciudad-estado, griega, 72

ciudadanía, griega, 63

clase media, 66, 69, 71, 73

Véase también Grecia Clausewitz, Cari von, 40

Cleómenes, 89

alianza con Atenas, 174

en la Acrópolis, 137

entrevista con Aristágoras, 161162

expedición contra Hippias, 135

huida hacia Tesalia y Arcadia, 93

invocación de la «maldición de los Alcmeónidas», 136

muerte de, 93-94

proyecto de restaurar a Hippias como tirano de Atenas,

152

visitando Atenas, 93

y el co-rey Demarato, 90-92

y el soborno al oráculo de Delfos, 93

y la guerra contra los argivos, 9091

y la invasión de Atenas, 148-149

y los enviados plateos, 89

y los megarenses, 89

clientes-amigos, 77

Clístenes de Sición, tirano usurpador, 60

Clístenes, 34

Atenas después de, 186

como fundador de la democracia, 134-148, 217

papel en la sumisión ateniense al gobernador persa,

151-152

reformas de, 152, 207

sorprendente oscuridad de, 146148

y constitución, 177, 182

y el sistema del ostracismo, 207
combatientes de vanguardia, 64
comercio, los griegos suplantando a los fenicios, 73
consejeros, 143
Consejo del Areópago, 126, 130, 137, 140, 144, 217
declive del prestigio del, 207
consejos de estado, 64, 72, 82
coraza, 68
Córcega, 154
Corina, 76
corintios, 149, 151, 163
corselete, 68
Coubertin, barón Pierre de, 29, 4445
Cratino, 225
Creasy, Edward, 29, 39-42
Fifteen Decisive Battles of the World, 29
Creso, 100, 103-104, 153
Cridas, uso de Maratón como tópico por parte de, 33
Crónica de Nabonido, 102
cultura griega:
«fase orientalizante» de la, 57
aceptación de la crítica en la, 75
ansia por la excelencia en la, 57
desarrollo de la, 73
era de la experimentación en la, 57
florecimiento de la, 55
Curión, 165

D

Dadarshish, 109, 110
Darayawaush. *Véase* Darío
Darío, 108, 156, 164, 169, 177, 223
«autobiografía» grabada en piedra, 108
campaña que condujo a Maratón, 174-175
como constructor de capitales, 116
complejo funerario en Naqsh-iRustam, 116
exigencia de sumisión a Atenas, 92, 151
expedición tracia de, 158 muerte de, 208
relato de sus habilidades como jinete y arquero, 119
relieve en piedra en Bisutun, 110
visión del mundo dualista de, 98
y Egipto, 111
y Kush (Etiopía), 111
y la guerra con babilonia, 109110
y la muerte de Esmerdis, 108
y la rebelión hircania, 110
y la rebelión meda, 110
y la reconquista del Imperio persa, 110, 113-114
y los refuerzos enviados a Asia Menor, 165
y Put (Libia), 111
y Susa, 121
Datis, 167, 174, 176-177, 179-180, 184
Daurises, 165
Deioces, 100
Delfos. *Véase* Oráculo de Apolo Délos, 176, 215
Demades, 222

Demarato, 92-93, 149, 174

demarchoi, 140 *demo*, 140-141, 148

Democedes de Crotona, 155, 157

Demócrito de Abdera, 221

demokrateia, 138

Demos (personificación del pueblo de Atenas en Aristófanes), 32-33

demos (pueblo), 60, 129, 138-139

Demóstenes, 35, 36, 222, 227-228

desunión, griega, 94, 165, 177

explotación por parte de los persas, 53

y el sitio de Eretria, 176

y la batalla de Mileto, 167

Día D, 43

Diceópolis, 32

Diéneces, 212

Dionisio, 219

dokimasia, 217

Dolongos, 158

doryphoros, 222

Dracón, 125

draconiano, 125

Duris de Samos, y la leyenda de Maratón, 36-37

E

Ecbatana (Hamadán), 100, 108, 115

Éfeso, 163-165

Efialtes, 212, 217

éforos, 83
Egina, 210, 213
como rival de Atenas y Corinto, 149, 163
en la Liga del Peloponeso, 209
la visita de Cleómenes a, 92-93
eginos, como aliados de Esparta, 173
en la flota griega, 213
rivalidad con los atenienses, 92- 207, 210
Egipto,
apoyo ateniense a, 216
como civilización avanzada, 55, 57, 97, 156-157
conquista persa de, 107, 155
rebeliones en, 109, 208, 216
recursos de, 58
resistencia al poder persa, 97, 106
revitalización después del colapso del Imperio asirio,

99

Elam, 109
Eleleu! Eleleu!, 193
Eleusis, 149
ephoroi, 83
era de los tiranos, 59-64
Erecteion, 219
Eretria, 176, 223
eretrios de Eubea, 163
elis, 51
escitas, 112, 158

esclavos, 138

escudo:

argivo, 66, 70

asociación con Argos y Corinto, 72

cuero de buey, 64, 66

dificultad de manejo del, 194, 196

efectividad del, 197-198

griego, 64

levantado como señal a los persas en Maratón, 199

pérdida y cobardía, 75, 87-88, 91

persas, 116-117, 193, 197

uso en la falange hoplita, 68-71, 188, 195

escultura, 80

Esmerdis, 107-108

espada, 117, 194

griega, 64

muy afilada, 68

persa, 117

Esparta:

alianzas de, 88

a la cabeza del desarrollo político griego, 82

cenizas en, 86

como la estructura militar más grande en el mundo griego, 89

creación de, 80

cultura militar en, 85-87

educación de los chicos en, 84-86

elogio de la victoria ateniense en, 205
ilotas en, 83-84
invencibilidad de, 88
magistrados en, 83
monarquía dual en, 80
pobreza de los logros culturales en, 87
resistencia en el Istmo, 213
terratenientes en, 82
y el control de los territorios vecinos, 82
y el espíritu de lucha en las Termopilas, 211
y la libertad de palabra, 87
y las reformas en la forma de conducir la guerra, 150
y los argivos, 88
y participación en la cultura griega, 82
espartiatas. *Véase* Esparta espíritu competitivo, griego,

51

espíritu del Maratón, El, 47
Esquilo, 31-32, 198, 220, 225, 228
Esquines, 35, 176, 222
estadio, 191
Estasanor, 165
estatus, 49, 51, 69
Estesícoro de Himera, 74, 77
Estesilao, 198
Eubea, 149
Euforbo, hijo de Alquímaco, 177
Eupalino, 157

Eupátridas (Eupatridai), 59, 126-127

Eupolis, 225

Eurimedonte, 216

Eurípides, 220-221, 225, 228

Euripóntidas, 80

Eurotas, 80

euthyne, 217

Excelencia, *véase aristeia*

Exequias, 80

F

falange de sarisas de los macedonios, 71

falange, 69-70

hippeisen la, 183

invención de la, 70-71

las *phylai* como unidades integrantes de la falange

hoplita ateniense, 139, 144

papel del escudo en el desarrollo de la, 66

representación en el Vaso Chigi, 69

ventajas militares de la, 70-71

Falero, 185

fenicios, 55-57, 73, 165, 168, 170

Festival de Atenea, 132

Fidias, 27, 222, 227-228

Fidípides. *Véase* Filípides

Fidón de Argos, 60, 72

Fifteen Decisive Battles of the World (Creasy), 29, 39

Filagro, hijo de Cineas, 177

Filaidas, 133
Filípides, 37-38, 45-46, 181-182, 201
Filipo II, rey, 71
filohelenismo, 29, 44
flauta, 74
flota persa en Atos, 172
flota samia, 168-169
Focea, 154
Fraortes, 100, 109
fratrías, 126, 129, 140
Frawartish. *Véase* Fraortes
Frínico, 225

G

genos, 59
gerousia, 82
iges, 100
gimnasio de Cinosargos, 203
Gobrias, 108, 110
Gordos, los, 159
Gorgias de Leontino, 221, 227
Gorgo, hija de Cleómenes, 162
grano, cortar las espigas de grano, en la historia de Herodoto, 62
grebas, 68
Grecia:
actitud hacia la vestimenta persa en combate, 118-119
auge de líderes poderosos en, 60

cambios de estructura política en, 59
clase media en, 58-59, 62
colonización del Mediterráneo occidental por, 57
«Edad Oscura» de, 54-55
en vísperas del conflicto persa, 94
espíritu competitivo, 49
«estados» en, 63
gobierno democrático de, 63-64
levantamiento contra el gobierno turco en, 29
manufacturas en, 58
población de, 54, 58, 128
griegos chipriotas, rebelión de los, 164
griegos jonios, 156
Grote, George, 29, 38, 41, 42
Guardia Imperial persa, 116
Véase también Inmortales guerra de las Gallas, La
(César), 65
guerra del Peloponeso, 34, 146, 220
guerras de gabinete, 40
Gustavo Adolfo, 71

H

Habsburgo, 42
Hakhamanish. *Véase* Aquemenes Halicarnaso, 220
Hammond, N.G.L., 203
Harpago el Medo, 102-103, 154
Harpalo, ingeniero de puentes, 208
Hastings, batalla de, 41

Hecatómnicas, 97

hektemoroi, 127-129

Heracles, 203

Heracles, santuario de, 25

Heráclides Pónico, 36-37

Heráclito de Éfeso, 79, 221

heraldos persas, asesinados en Atenas y Esparta, 173

Herodoto, 61, 69, 220

grecocentrismo de, 159

importancia de la victoria griega en Maratón como legado de, 226

las provincias del Imperio persa listadas por, 114

sobre Arión, el músico, 77

sobre Aristágoras, 160

sobre Cambises, 106-107

sobre Ciro, 120-121, 154, 156

sobre Cleómenes, 92-93

sobre Clístenes, 136

sobre Creso, 103, 105

sobre Darío, 111-113

sobre Demarato, 93

sobre el auge del poder persa, 101

sobre el cambio en los persas, 120

sobre el destino de los espartanos si los persas hubieran ganado en Maratón, 224

sobre el naufragio de la flota persa en la península de Atos, 172

sobre el número de las tropas persas, 175
sobre el rechazo de Cleómenes, 162
sobre el sueño de Astiages, 102
sobre Esmerdis, 107
sobre Filípides, 201
sobre Hipias, 180-181
sobre la batalla de Maratón, 189, 191, 199
sobre la batalla de Platea, 117
sobre la batalla de Salamina, 3039
sobre la caída de Eretria, 176
sobre la credulidad de los atenienses, 131
sobre la guerra, 64
sobre la igualdad política, 150
sobre la revueltajonia, 164, 166, 171
sobre las calzadas reales, 97
sobre las relaciones entre Grecia y Persia, 119, 152,

155

sobre los espartanos, 89
sobre los magoi, 98
sobre los puentes, 208
sobre los tiranos, 62
sobre Platea, 215
sobre Polícrates, 157
herramientas, de acero carbónico, 58
Hesiodo, 51, 59, 73, 76
Hidarnes, 108
Himeo, 165

Himeto, 200
Hindush, 111
Hiparco, 133, 145, 180, 207
Hiperides, 222
Hiplas, 132-133, 207, 224
como consejero de los persas, 177, 180, 186
conflicto con los espartanos, 135
el plan espartano para reinstalarlo en Atenas, 150-152,
224
paranoia de, 134
sueño de ser enterrado en Grecia, 184
Hiponacte de Éfeso, 74
hippeis, 183, 203
Hippobotai, 150
Histaspes, 110
Histieo de Mileto, 112, 155, 160
Histieo, 155, 166
historiografía, 220
History Channel, 44
History of Greece (Grote), 29
Holkades (Aristófanes), 33
Homero, 49, 51, 219
descripción de la guerra, 64-65, 73
espíritu marcial, 76
referencias a los fenicios, 55
honor, 50, 69
cuestionamiento del mismo por Arquíloco, 75

hoplita:

armadura y equipamiento del, 68, 69, 71, 196

bajas, 71

comparación entre atenienses y espartanos, 30, 34, 89

contra la caballería persa, 71, 177-181

contra la infantería persa, 188, 195-197

disciplina colectiva de los, 190

en Maratón, 183, 187, 189, 191, 194-195

en Naxos, 159

fuerza de, 71, 93-94

mercenarios, 72

organización de, 139, 148

representación en el Vaso Chigi, 69

sistema griego de falange de, 69-70, 71-72, 144

tácticas de, 188, 190

usados por los faraones egipcios y Nabucodonosor, 72

y el nuevo sistema de hacer la guerra, 64-73

Huwakhshatra. Véase Ciáxares Hyperakrioi, 131

hypomeion, 85

I

íbico de Región, 74, 77, 157

Ictino, 219, 222, 227-228

Ilíada, 49

ilotas, 81

rebelión de los, 83

ilustración liberal, 42

Imperio asirio, colapso de, 99

Imperio babilonio, 105, 155
Imperio lidio, 100, 156
Imperio medo-persa, 109
Véase también Imperio persa Imperio neobabilonio, 99
Imperio persa: centro militar, 96
como potencia económica, 96
cuatro zonas culturales/lingüísticas del, 96-97
extensión y gobierno del, 95-96
fusión de grupos en el, 100
geografía del, 96-97
primera expansión, 103
reinado dual de medos y persas en el, 103
religión en el, 98-99
sistema de hacer la guerra, caballería en el, 117
tolerancia en el, 98-99
tributo anual en el, 115
visión dualista del mundo, 98
y Egipto, 97
y gobierno de las regiones, 97
y la rebelión de Ciro, 102
y las calzadas, 98
infantería saca, 191
Inmortales, 116, 212
Intafernes, 108, 110
Iságoras, 136-137
iseporia, 138, 150
Iseo, 222

Ishtuwegu. *Véase* As ti ages Isócrates, 34, 221-222, 227-228

isonomia, 138

istmo de Corinto, 209

J

jabalina, 116

Véase también lanza

Jantipo, 146, 207, 215

Jenófanes de Colofón, 78-79, 154, 221

Jerjes, 41

invasión de Grecia bajo, 30, 104

retrato en el Libro de Ester, 120

jueces itinerantes, 132

Juegos Funerarios, 50

Juegos ístmicos, 77

Juegos Ñemeos, 77

Juegos Olímpicos, 29, 44, 46

Juegos Pídeos, 77

K

kanon, 222

Khshathrita, 100, 101, 109

krypteia, 87

Kundurush, batalla de, 110

Kurash. *Véase* Ciro

L

«la sexta parte», pagada por los agricultores, 129

Lacedemonia, 80-81, 86

Véase también Esparta lanza,
de lanzamiento, 67
griega, 64
homérica, 67
persa, 116
Leake, William, 38
Leipzig, batalla de, 40
Leónidas, 18, 94, 211-214
Leontis, 191
Leotíquidas, 19, 93,
Leuctra, batalla de, 88, 188
Ley de parcelación norteamericana, 129
leyenda de la carrera de Maratón, 44, 202
leyenda de Maratón: ateniense, 29-38
moderna, 38-48
leyes contra la tiranía, 171
Leyes de cercamiento, 129
Leyes de Reforma de la década de 1830, 42
liberalismo gladstoniano, 42
Libro de Ester, 120
Libro de Isaías, 120
Licurgo, 83, 87, 131, 222
liderazgo caldeo del Imperio neobabilonio, 99
gobernantes, 105
lidios, 153
Liga de Délos, 171, 215
Liga del Peloponeso, 89, 209, 215

lira, 73

Lisias, 35, 222, 227, 248, 252

Lisipo, 222

Lisístrata, 33

Louis, Spiridon, 45

LTC y 000, escaneo y maquetación.

Luciano, y la leyenda del corredor, 37,44,202

luna Carnea, 181

M

Macedonia, 113, 159, 172

magistrados anuales, 64

magistrados, 72

Magoi, 98

maldición de los Alcmeónidas, 125, 136

Mandrocles de Samos, 112, 158, 208

mapa del mundo, primer, 78 Maratón, batalla de:

carrera ateniense hasta Atenas, 199-204

como punto de inflexión en la historia griega y occidental, 26, 28

contraataque griego contra los persas, 215

descripciones románticas de, 2829

desembarco persa en Atenas, 203-204

desembarco persa en Maratón, 179-180

despliegue de la línea griega, 190, 193 despliegue de la línea persa, 190-191

encuentro de las líneas, 193, 195-197

éxito de la estrategia griega, 197198

gimnasio de Cinosargos, 203
informes de inteligencia persas, 184
los persas navegan hacia Atenas, 185
Milcíades en, 181
número de tropas atenienses, 183-184
opciones atenienses, 181
papel espartano en, 181, 204
persecución de los persas hasta los barcos, 198
preliminares, 179-187
ramificaciones si hubieran ganado los persas, 28, 223-
228
recuperación y entierro de los muertos, 199
ventaja de los hoplitas en el combate cuerpo a cuerpo
en, 197
victoria ateniense, 204
Maratón, llanura de, 179
maratones, «iron man», 46
Mardonio, 172-174, 209, 210, 214
Mario, Cayo, 71
Mármoles de Elgin, 29
Mauricio de Nassau, 71
Meandro, 157, 170
Medos, los, 96, 98-103, 105, 111, 119
como caballería, 102
como figuras monstruosas para los griegos, 154
mencionados en el epitafio de Esquilo, 32
mencionados en el epitafio de Simónides, 31

- y el levantamiento en Media, 109
- y la embajada espartana ante Ciro, 156.
- Mease también* Imperio persa Megabates, 160, 172
- Megabazos, 113, 159
- Megabizo, 108, 216
- Megacles, 124, 131, 146, 207
- Megara, 89, 133, 138, 149, 209
- meltemi*, 172
- Menandro, 220, 226, 228
- mercaderes, griegos, 73
- mercenarios hoplitas griegos, 155
- Véase también* hoplita Mesenia, 81, 83, 86
- metales, en el comercio y en la guerra, 66
- metecos, 218
- Metioco, 171
- metoikoi*, 218
- Metz, batalla de, 42
- Milcíades como consejero del comandante ateniense, 182, 183
- como modelo de Temístocles, 29
- estratega en la batalla de Maratón, 181, 186, 188-190, 197
- evaluación del ejército persa por, 158
- huida de, 170-171
- la familia de, 21, 133
- monumentos a, 31
- muerte de, 206

representado en la película *La batalla de Maratón*, 47-

representado en los murales atenienses, 30-31
y la opción de la batalla, 186-187

Milesios, 26, 159, 163, 177

contribuciones a la cultura griega, 223

derrota en Caria, 166

lazos de los eretrios con los, 163

papel en la flotajonia en Mileto, 167-169

reasantamiento en Irán, 223

y tiranía, 124

Mileto, 58, 62, 112

caída de, 91

como centro comercial, 151

declive y abandono, 223

en la revuelta jonia, 161, 167, 169-170

«los Gordos» exiliados en, 159

milicia ciudadana, 64, 73, 88

Véase también hoplita

Mili, John Stuart, 26, 28, 41-42

Mimnermo de Colofón, 74

minas de plata, 207, 218

Mirón, 222, 227

Mitilene, luchas aristocráticas, 61

Mitra, 98

Mitrobates, 111

monumentos de la batalla de Maratón, 31

movimiento colonizador, 54
murallas largas, 219

N

Nabonido, 105
captura de, 106
y problemas con los sacerdotes, 105
Nabopolasar, 99, 105
Nabucodonosor, 72, 105, 109
Naxos, 159, 175
Nínive, saqueo de, 99
nubes, Las (Aristófanes), 221
nuevo orden táctico, 69

O

Odeón, 219
Odisea (Homero), 47
Odisea, 47, 49
oikoi, 63
Onesilo, 165
oraciones, funeral, 30, 34-35
oráculo de Apolo en Delfos, 103, 124, 135, 142
oradores, atenienses, 38
Ática, 37, 222
y el tema de Maratón, 35
Oretes, 111, 157
ostracismos (ostracismo), 145-146, 207
Otanes, 108, 111, 157-158, 165

P

Pafos en Chipre, excavación de la rampa de asedio, 118
paian, 192, 195 Pan, 182
Panathenaia, 132
Panatinaico, estadio en Atenas, 45, 132
pandemei, 34, 183
panta rhei, 79
Paralioi, 131, 139
Paros, 206 Parsa, 100
Partenón, 29, 115, 125, 219, 222, 227
Parthawa, 100
Parthenos, 219
Pasargadai (Pasargada), 115
Paso de Dioniso, 201, 203
pastoreo trashumante, 128
patrios politeia, 147
Patroclo, 50
Pausanias, 214
Paz de Calias, 216
Paz de los Treinta años, 217
Pedieis, 131
pensadores ilustrados, 227
pentecoterai, 175 Pentele, 184, 199-200, 203
Pentíidas de Mitilene, 59
Periandro, 60, 62
Pericles, 207, 216-219, 221, 228
en Tucídides, 30, 35
perioikoi, 81-82, 89, 214 persas:

arqueros mortíferos de los, 155
como los mejores infantes, 101, 154-155
entrando en la patria histórica de Fars, 100
invencibilidad de los, 41 primer ataque hacia
occidente, 171-174
Persépolis, 115-116
phidition, 86
Phye, 131
phylai, 139, 144, 148
Píndaro de Tebas, 74, 77
pintura, 80
Pireo, 207, 218
Pisístrato, 158, 200
boda con una hija de Megacles, 131, 180
como tirano de Atenas, 61, 132133, 180
uso de la religión por, 132
y el comercio del mar Negro, 133
y el fondo para cultivos, 131
y la agricultura, 132
y la batalla en Palene, 131
y la épica homérica, 133
y la mejora del abastecimiento de agua, 132
y la unificación del Ática, 131132
Pitaco de Mitilene, 61 Pitágoras, 154 pitia, 93, 103
Plataico, 34
Platea, batalla de, 34-35, 40, 117, 119,214-215 plateos,
alianza con Atenas para resistir a los persas, 209

buscando la alianza con Esparta, 89
como aliados griegos en Maratón, 25-26, 34-35, 183,
186, 191,197
pérdidas en Maratón, 198 Platón, 221, 226-228
Plutarco, 29, 37, 44, 183, 202
poder naval ateniense, 207
nacimiento del, 30
poesía lírica, 73-74, 76-77
potéis, 63
polemarchos, 145, 182, 185, 192, 206
Policleto, y la forma masculina perfecta, 222
Polícrates de Samos, 61, 111, 157
polis, 71, 81
porpax, 66
pórtico pintado, 30
Praxila, 76
Praxíteles, y la forma ideal femenina, 222
Primera Guerra Mundial, 43
pritanías, 142 Pródico dedeos, 221,227
Propileos, 219
Protágoras de Abdera, 221, 227
prusianos, 41
puente, 112-113, 208, 215

Q

Quersoneso, 133, 158
Quíos, masacrados por los efesios, 169
quorum, 145

R

racionalistas jonios, 78, 221

Rawlinson, Henry, 108

recursos naturales, 57

Reich alemán, 42 relativismo, principio del, 79

retórica, 222

reuniones públicas, 64, 72

revuelta jonia, 90, 155, 160-171

riqueza de los griegos, 58

rivalidad, estados, dominio de los vecinos, 52

rutas comerciales, 55, 57, 133

Atenas como centro, 218

fenicias, 57

S

Sadowa, batalla de, 42 Safo, 74-76

Salamina (ciudad-estado de Chipre), batalla de, 216

Salamina (isla del Ática): batalla de, 30-31, 40-41, 213-215

resultado de la batalla si los persas hubieran ganado en Maratón, 225

tropas de, 165

salpinktes, 192

Samos, 36, 52, 58, 61, 79, 111-112, 156-158, 161, 169, 208, 215

santuario de Heracles, 183, 203 Sardes: calzada real
hada, 97

acrópolis de, 163-164

captura por parte de Ciro, 104-105
captura por parte de los griegos jonios, 163-164, 166,
171, 174
Darío en, 113
Oretes, gobernador en, 111
petición de ayuda a Atenas desde, 149, 151
petición de ayuda a Hippias desde, 152
sátrapa de, 154, 159
sátrapa, 114-115
Sedán, batalla de, 42
Segunda Guerra Mundial, 43
Segundo Imperio francés, 42
seisaclitheia, 128-129
Sepeia, batalla de, 90-91
cueva sagrada de, 91
Sestos, 215
Siete Sabios, 125
Sigeo, 133
Simónides, 31, 74, 77, 210
simposio, 76-77
Siris, 214
sistema de escritura fenicio, 56
sistema de valores homérico, 53
Snodgrass, Anthony, 57 Sócrates, 221, 226-228
sofistas, 221
Sófocles, 220, 225, 228
solidaridad comunitaria, 70

Soloi, 165

Solón, 74, 125-130

Solonos nomoi, 147

Soros, 31, 199

Stalingrado, batalla de, 43

stoa poikile, 30

strategos, 144 Strymón, 113, 159, 208 Susa:

calzadas reales desde, 97

como capital imperial, 116

el palacio de Darío en, 116

el plan de Aristágoras para capturar, 162

eretrios enviados a, 176-177, 223

estancia forzosa de Histieo en, 161, 166

los atenienses que habrían enviado si los persas
hubieran ganado en Maratón, 223

milesios enviados a, 169, 223

población de Barca enviada a, 111

syssition, 86

T

Tales de Mileto, 78

Tarento, 82

Tasos, 172

taxeis, 144

Teágenes de Megara, 60

tecnología de asedio, 118-119, 154155, 160

Temístocles, 146, 183, 191, 207

Templo de Apolo, 79, 135

Templo de Artemisa, 79
Templo de Atenea la Virgen, 219
Templo de Hera, 79, 157
Templo de Niké, 33, 244, 251
templos, 79 Teos, 154
Termopilas, batalla de las, 47
cantidad de soldados, 211
fortificación espartana del mo, 210-211
paso demontaña, 212
reticencias espartanas, 210
y el debate sobre la estrategia griega, 209
y la caída de las Termopilas, 211212
y la defensa de Leónidas, 212
Terpando, 74
Teseo, 31, 194 *theatra*, 220
Thirlwall, Connop, 38
Tholos, 142
tierra y agua, las prendas formales de rendición, 92,
151, 173
tierra, competencia por la, 51 tierras comunales, 127
tiranía pisistrátida, 89, 134-135
tiranía samia, 157
tiranos, 60, 150
depuestos por Mardonio, 171
era de los, 59-64
expulsados por la revueltajonia, 160
la Atenas arcaica libre de, 123124

papel en la formación del estado, 63
reformas establecidas por los, 64, 124
Treinta, 33, 146
y la aparición de los hoplitas, 69
y los persas, 112, 160-161
Tirteo, 74, 81-83, 87
trabajos y los días, Los (Hesiodo), 51, 59
Tracia, 112, 208
Trasíbulo de Mileto, 60, 62
tratamiento cinematográfico de la batalla de Maratón,
48
Treinta Tiranos, 33, 146
Istirremes, 163, 167, 175, 200, 204, 207, 210-211,
213, 225
trittyes, 139-140, 148
Tucídides, 27-28, 221
como padre de la ciencia política, 220-221
discurso de Pericles en, 30, 35
guerra descrita por, 64, 69
obra perdida si los persas hubieran ganado en Maratón,
226, 228
ostracismo de, 146
sobre la valentía de los atenienses, 30
Turios, 220
tyrannos, 60 *Véase también* tiranos

U

Ugbaru, 106

unificación del Ática, 123-124

V

Vaso Chigi, 69

Verdad, aprecio de los persas por la, 119

Vida de Aristides (Plutarco), 183

vino, 58

W

Wahyazdata, 109-110

Waterloo, batalla de, 40

Wishtaspa (Histaspes), 109

X

xenoi, 77

Y

yelmo, griego, 64

corintio, 66, 72

de Milcíades, 197

Z

zapadores, 119

Zaratustra, 98, 119

Zoroastro. *Véase* Zaratustra

1. *El gigante de Maratón (N. del t.)*

Table of Contents

- [Mapas](#)
- [Prefacio](#)
- [Introducción](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Glosario de términos](#)
- [Bibliografía comentada](#)
- [Bibliografía](#)

Table of Contents

[Mapas](#)

[Prefacio](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Glosario de términos](#)

[Bibliografía comentada](#)

[Bibliografía](#)